LEONARDO CASTELLANI

Cristo ¿vuelve o no vuelve?



ESTE libro tiene tres partes.

La primera, y principal, está dedicada al misterio del Retorno del Rey. Saber si Cristo vuelve o no vuelve determina el sentido de toda existencia particular y el de la misma historia humana.

Castellani no duda en sus afirmaciones. Ni en sus negaciones: "El Universo no es un proceso natural, como piensan los evolucionistas o naturalistas, sino que es un poema gigantesco, un poema dramático del cual Dios se ha reservado la iniciación, el nudo y el desenlace; que se llaman teológicamente Creación, Redención, Parusía... El dogma de la Segunda Venida de Cristo, o Parusía, es tan importante como el de su Primera Venida, o Encarnación."

La segunda parte contiene ensayos de variada temática, que van desde la muerte de Adán y el desquite de la mujer, hasta la pequeña industria y el vínculo entre política y religión, pasando por la televisión, la parapsicología y la bomba atómica. No obstante la diversidad, el hilo conductor se mantiene firme en la reflexión apocalíptica.

La tercera parte, incorporada por primera vez a esta obra, trata de las profecías contenidas en algunas de las apariciones de María: La Salette, Lourdes, Fátima y Garabandal. Nada mejor como telón de cierre, dado que las revelaciones de la Virgen siempre incluyen, además de un mensaje, una advertencia y una promesa.

Al leer este libro no sólo nos reencontraremos con un escritor impactante y original, "género único", sino que seremos llevados a meditar nuevamente sobre cuestiones que residen en lo más profundo del alma. ¿Habrá un fin de la historia? ¿El Anticristo gobernará el mundo? ¿Volverá Cristo para derrotarlo? Y si vuelve, ¿vuelve *pronto*?

ISBN 987-9222-17-2



EL Padre Leonardo Castellani nació el 16 de noviembre de 1899 en Reconquista, Santa Fe. En 1913 se incorporó al colegio santafesino La Inmaculada, de los padres jesuitas, en donde se recibió de bachiller en 1917. El 27 de julio de 1918 ingresó como novicio en la Compañía de Jesús. En 1929 viajó a Roma y allí fue ordenado sacerdote, el 27 de julio de 1930.

Cinco años después, ya terminados sus estudios en Psicología, Filosofía y Teología, regresó a la Argentina. Se dedicó a la docencia y al periodismo, mientras consolidaba su prolífica vocación de escritor: más de 60 títulos, varios de ellos aún inéditos, que abarcan todos los géneros y temáticas.

Fallecido el 15 de marzo de 1981, el Padre Castellani fue, además de una gloria de nuestras letras, un sacerdote ejemplar y un símbolo de la argentinidad.

Su obra y su figura son permanentemente revalorizadas por las jóvenes generaciones de nuestra Patria, en virtud de las continuas reediciones de sus libros, como así también de la publicación de aquellos títulos nunca editados o editados en forma limitada y hace ya mucho tiempo.

Su estilo peculiar, tan criollo, incisivo y humorístico, sumado a la cualidad profética de sus escritos, conducen al lector a una obligada reflexión sobre cuestiones tan elementales como trascendentes: la forma de pensar y de vivir, la amistad, la familia, la patria, la religión, el cielo.

La presente obra, *Cristo ¿vuelve o no vuelve?*, integra una trilogía de estudios apocalípticos, junto a *El Apokalypsis de San Juan* y *Los papeles de Benjamín Benavides*, en donde Castellani reflexiona sobre los misterios finales de la historia, actualizándolos a la luz de los signos de nuestro tiempo. Responder a esta pregunta tan acuciante sobre el retorno de Cristo supone develar una realidad tan importante como olvidada.

Cristo ¿vuelve o no vuelve?

LEONARDO CASTELLANI

Cristo ¿vuelve o no vuelve?

Ensayos religiosos

Las profecías actuales



Buenos Aires / 2004

La 1ª edición de *Cristo ¿vuelve o no vuelve?* apareció en el año 1951, en Buenos Aires, y fue realizada por Paucis Pango. La 2ª es de 1976, también en Buenos Aires, y estuvo a cargo de la Biblioteca Dictio.

La primera parte de la obra ("Cristo ¿vuelve o no vuelve?") fue reproducida, en esa 2ª edición, sin modificaciones; la segunda parte ("Ensayos religiosos") incorporó los siguientes cambios: se le quitaron dos ensayos («Sobre buena y mala apologética» y «Herbert George Wells»), que pasaron a integrar otro libro del autor (*Nueva Crítica Literaria*), y se le agregaron nueve, que habían aparecido en diversas revistas y diarios, a saber: «De exégesis», «Las tres Marías Magdalenas son una sola», «Las paparruchas de la parapsicología», «Sobre la predestinación divina», «Televisión católica», «Política y religión», «Una religión y una moral de repuesto», «Visión religiosa de la crisis actual» y «Un pasito adelante».

En esta 3ª edición se ha incluido, como tercera parte, un opúsculo del P. Castellani editado en 1966, en Buenos Aires, por Cruz y Fierro: *Las profecías actuales*. Además, las dos extensas notas que en la edición anterior estaban indicadas por asteriscos y no por números (cap. 7 y 20 de la primera parte), referidas a la Inquisición y al Milenarismo respectivamente, fueron subtituladas e insertadas al final del texto del capítulo correspondiente. Se han incorporado, asimismo, en escala reducida, cuatro de las ilustraciones de Vergottini (Marius) que engalanaban la 1ª edición: "Cristo vuelve" (portadilla de la primera parte, p.9), "Dominus Regnavit" (portadilla de la segunda parte, p.95), "La Mujer Águila" (portadilla de la tercera parte, p.269), "La Jerusalén celestial" (cierre del libro, p.296). Por último, la portada de aquella 1ª edición se presenta, a modo de miniatura, en esta contratapa.

Esta edición ha sido realizada en colaboración
con la FUNDACIÓN SAN PÍO X

Dibujo de portada

Desesperación
Óleo de ROBERTO MONTENEGRO
Pintor mexicano (1881-1968)

Castellani, Leonardo
Cristo ¿vuelve o no vuelve?
3ª ed. - Buenos Aires - Vórtice, 2004 - 296 p. ; 21x15 cm.
ISBN 987-9222-17-2
1. Espiritualidad. I. Título - CDD 291.1

Fecha de catalogación: 01/12/2004

A LOS FIELES DE
LOS PAÍSES DEL PLATA,
PREVINIÉNDOLOS
DE LA PRÓXIMA
GRAN TRIBULACIÓN,
DESDE MI DESTIERRO,
IGNOMINIA Y
NOCHE OSCURA



Leonardo Castellani
Captivus Christi
1946-1951

"Los actuales tiempos nos piden una fe más vigorosa, una moral más pura, una caridad más ardiente y una prontitud mayor para el sacrificio, semejante a los primeros tiempos de la Iglesia... y nuestro deber, el deber del episcopado, el del clero y de los fieles, es de prepararse al futuro encuentro de Cristo con el mundo."

S. S. Pío XII

2 de junio de 1942

I

CRISTO ¿VUELVE O NO VUELVE?



Advierto

Este opúsculo es obvio que no está destinado al gran público.

Su autor se somete en todo al juicio de la Santa Madre Iglesia Romana; y si en él hubiere cualquier proposición en contra de lo ya declarado o definido por ella, la da por no dicha y retractada; pero si hubiere proposiciones no claramente en contra de lo cierto y definido, mas simplemente opinables e *indagatorias* –necesarias a la indagación científica–, la interpretación heterodoxa que diere de ellas el crítico que ustedes saben, que "se vuelva contra él y sea imputada a su necedad y malicia", como dice Quevedo y Villegas en su famoso *Prólogo*.

No pretende dar enseñanza dogmática, sino investigación exegética de acuerdo a su meditación personal con las reglas de esta ciencia y las mejores autoridades modernas, algunas de las cuales fueron sus maestros.

No ha querido recargar el texto con citas de dichas autoridades, porque lo desaconsejaba la índole del libro y su género literario.

Reclama para sí la regla de cortesía cristiana de "salvar la proposición del prójimo", que decía San Ignacio; y la razonable libertad, necesaria a la investigación, que concede Nuestro Santísimo Padre Pío XII en su encíclica *Divino Afflante*, § 4°, sección II, en su formal consejo de aplicarse al sentido literal de los Libros Santos y de aprovechar los estudios modernos; y en su templada exhortación final.

L. C.

Sección Primera

La Parusía

I. Cristo ¿vuelve o no?

Jesucristo vuelve, y su vuelta es un dogma de nuestra fe.

Es un dogma de los más importantes, colocado entre los catorce artículos de fe que recitamos cada día en el Símbolo de los Apóstoles y cantamos en la Misa Solemne. "*Et iterum venturus est cum gloria judicare vivos et mortuos.*"

Es un dogma bastante olvidado. Es un espléndido dogma poco meditado.

Su traducción es ésta: el mundo no continuará desenvolviéndose indefinidamente, ni acabará por azar, dando un encontronazo con alguna estrella mostrenca, ni terminará por evolución natural de sus fuerzas elementales –*o entropía cósmica*, como dicen los físicos–, sino por una intervención directa de su Creador.

No morirá de muerte natural, sino de muerte violenta; o por mejor decir –ya que Tú eres Dios de vida y no de muerte–, de muerte milagrosa.

El Universo no es un proceso natural, como piensan los evolucionistas o naturalistas, sino que es un poema gigantesco, un poema dramático del cual Dios se ha reservado la iniciación, el nudo y el desenlace; que se llaman teológicamente Creación, Redención, Parusía.

Los personajes son los albedríos humanos. Las fuerzas naturales son los maquinistas. Pero el primer actor y el director de orquesta es Dios.

"Varones galileos, ¿qué estáis allí mirando al cielo? Este Jesús que habéis visto subir al cielo, parejamente un día volverá a bajar del cielo", dijeron los dos ángeles de la Ascensión.

Ése será el desenlace del drama de la humanidad: "*Videbunt in quem transfixerunt*" ("Mirarán al que enclavaron").

El dogma de la Segunda Venida de Cristo, o Parusía, es tan importante como el de su Primera Venida, o Encarnación.

Si no se lo entiende, no se entiende nada de la Escritura ni de la historia de la Iglesia. El término de un proceso da sentido a todo el proceso. Este término está no sólo claramente revelado, mas también minuciosamente profetizado. Jesucristo vuelve pronto.

Ven, Señor Jesús.
Oh Señor Jesucristo, ¿por qué tardas? ¿qué esperas
para mostrar al mundo tus divinas banderas,
y arrojar tu mensaje de luz sobre las fieras?

2. Cristo no vuelve más

La enfermedad mental específica del mundo moderno es pensar que Cristo no vuelve más; o al menos, no pensar que vuelve.

En consecuencia, el mundo moderno no entiende lo que le pasa. Dice que el cristianismo ha fracasado. Inventa sistemas, a la vez fantásticos y atroces, para salvar a la humanidad. Está a punto de dar a luz una nueva religión. Quiere construir otra torre de Babel que llegue al cielo. Quiere reconquistar el jardín del Edén con solas las fuerzas humanas [1].

Está lleno de profetas que dicen: "Yo soy. Aquí estoy. Este es el programa para salvar al mundo. La Carta de la Paz, el Pacto del Progreso y la Liga de la Felicidad. ¡La Una, la Onu, la Onam, la Unesco! ¡Mírenme a mí! Yo soy."

La herejía de hoy, descrita por Hilaire Belloc en su libro *Las Grandes Herejías*, pareciera explícitamente no negar ningún dogma cristiano, sino falsificarlos todos.

1 Quien dudare de esto (de que se está formando ante nuestros ojos una nueva y vasta *religión*), puede leer las obras de los ingleses Aldous Huxley o Bernard Shaw; o recorrer los numerosos opúsculos a mimeógrafo y sin imprimatur del P. Teilhard de Chardin, miembro de la Academie des Sciences y de la Compañía de Jesús; principalmente: *Comment Je Crois, Esquisse d'un Univers Personnel, L'Esprit de la Terre, Comment je vois, Les Phases d'une Planéte Vivante, Le Milieu Vivant, Introduction a la Vie Chretienne* y otros menores; mezcla, a nuestro entender, de buena ciencia, mala filosofía y teología herética sutilmente paliada; mezcla detonante que constituye –y ojalá nos equivoquemos en esto– vasto y completo programa de *neocatolicismo* profundamente heterodoxo y modernista.

Pero, mirándolo bien, niega explícitamente la Segunda Venida de Cristo; y, con ella, niega su Reyecía, su Mesianidad y su Divinidad. Es decir, niega el proceso divino de la Historia. Y al negar la Divinidad de Cristo, niega a Dios. Es ateísmo radical revestido de las formas de la religiosidad.

Con retener todo el a aparato externo la fraseología cristiana, falsifica el cristianismo transformándolo en una adoración del hombre; o sea sentando al hombre en el templo de Dios, como si fuese Dios. Exalta al hombre como si sus fuerzas fuesen infinitas. Promete al hombre el reino de Dios y el paraíso en la tierra por sus propias fuerzas.

La adoración de la Ciencia, la esperanza en el Progreso y la desaforada Religión de la Democracia, no son sino idolatría del hombre; o sea, el fondo satánico de todas las herejías, ahora en estado puro.

De los despojos muertos del cristianismo protestante, galvanizados por un espíritu que no es de Cristo, una nueva religión se esta formando ante nuestros ojos.

Esto se llamó sucesivamente filosofismo, naturalismo, laicismo, protestantismo liberal, catolicismo liberal, modernismo... Todas esas corrientes confluyen ahora y conspiran a fundirse en una nueva fe universal; que en Renán, Marx y Rousseau tiene ya sus precursores [2].

Esta religión no tiene todavía nombre, y, cuando lo tenga, ese nombre no será el suyo. Todos los cristianos que no creen en la Segunda Venida de Cristo se plegarán a ella. Y ella les hará creer en la venida del Otro. "Porque yo vine en el nombre de mi Padre y no me recibisteis; pero otro vendrá en su propio nombre y le recibiréis" [3].

De ellos escribió el primer Papa:

> ¡Sabed, en primer lugar, que vendrán en los últimos días en decepción seductores que andan según sus concupiscencias!
>
> Y dirán: "¿Dónde está la promesa de su venida? Todas las cosas perseveran lo mismo que desde el principio del mundo, después que murieron los Padres."

2 Las *Tres Ranas* del Apokalypsis, a saber: liberalismo, comunismo y modernismo.

3 San Juan V, 43.

Se les esconde a los que esto quisieran, que al principio fue el cielo y la tierra sacada del agua y consistente sobre el agua por el verbo de Dios.

De donde aquel mundo de entonces, inundado del agua, pereció.

Pero los cielos de ahora y la tierra en el mismo verbo de Dios cimentados, están reservados al fuego del día del juicio, y la perdición de los impíos...

No olvida Dios su promesa, como algunos creen; mas obra con paciencia por vosotros, no queriendo que perezca nadie, sino que todos se conviertan a penitencia [4].

4 II Petr. III, 3-9.

3. Mis palabras no pasarán

El mundo actual está ansioso de profecía.

Ante los desastres y las amenazas de esta época catastrófica, es natural que todos queramos saber lo porvenir. El que no sabe adónde se dirige, no puede dar un paso. ¿Adónde va el mundo?, claman todos.

A esta hambre actual de profecía se le propinan profecías falsas. Es menester dar la buena profecía, que para eso la tenemos.

Los protestantes sirven por Radio Excelsior *La Voz de la Profecía* a toda Sudamérica. Las revistas argentinas *Maribel*, *Mundo Argentino*, *El Hogar*, ofrecen con asiduidad las profecías de Nostradamus, de la Gran Pirámide, de Madame Thébes, del abad Malaquías... Algunos católicos sin mucha teología se dedican temerarios a espigar profecías privadas en el campo peligroso de los libros devotos.

Hay que dar, pues, la gran profecía primordial, la profecía esjatológica de Jesucristo, de San Pablo, del Apokalypsis de San Juan.

Este mundo terminará. Su término será precedido de una gran apostasía y una gran tribulación. A ellas sucederá el advenimiento de Cristo, y de su Reino, el cual no ha de tener fin.

Estas profecías están contenidas primeramente en el llamado sermón esjatológico de Nuestro Señor, que está en los tres Sinópticos: San Lucas XVII, 20; San Mateo XXIV, 23; y San Marcos XIII, 21.

De este sermón de Cristo, cuyo eco son los pasajes esjatológicos de Pablo y Pedro, y la gran revelación de Juan, hace la impiedad contemporánea su argumento principal contra la Divinidad de Cristo.

Pretenden, en efecto, que Cristo se equivocó y engañó a sus Apóstoles creyendo que el mundo se acababa entones mismo, cuando Él predicaba, o muy poco después. Esgrimen exactamente la frase que en labios de ellos pone San Pedro: "Falló la promesa relativa a la Segunda Venida." Luego, Cristo –dicen– no es lo que Él dijo.

La palabra en que se apoyan principalmente es la siguiente: "En verdad os digo que no pasará esta generación sin que todas estas cosas sean hechas. El cielo y la tierra pasarán, mi palabra no pasará" [5]. Es un solemne juramento de Jesucristo que parecería fallido. Se equivocó Cristo, entonces.

Pero esta precisión misteriosa del *tiempo* contiene precisamente la clave de la interpretación profética.

Toda profecía se desenvuelve en dos planos y se refiere a la vez a dos sucesos: uno próximo, llamado *typo, y* otro remoto, llamado *antitypo.* ¿Cómo podría un profeta describir sucesos lejanísimos, para los cuales hasta las palabras faltan, a no ser proyectándolos analógicamente desde sucesos cercanos?

El profeta se interna en la eternidad desde la puerta del tiempo y lee por trasparencia trascendente un suceso mayor indescriptible en un suceso menor próximo; en el modo que existe también analógicamente en los grandes poetas.

De la manera que Isaías describe la redención de la humanidad en la liberación del cautiverio babilónico, y San Juan la Segunda Venida en la destrucción de la Roma étnica, así Cristo el fin del mundo en la caída de Jerusalén y en la dispersión milenaria del pueblo judío. Eso justamente le preguntaron los Apóstoles, creídos que las dos cosas habían de ser simultáneas. Al decirles, saliendo del Templo, que de él no quedaría piedra sobre piedra, pensaron en el fin del siglo, y le interrogaron: "¿Cuándo será esto y qué señal habrá de tu triunfo y de la conclusión del siglo?". Cristo, sin desengañarlos de su error, entonces inevitable, respondió a la vez a las dos preguntas y describió en un mismo cuadro pantografiado la ruina de la Sinagoga, que era el final de una edad, y el final de todas las edades, o, como ellos decían, "la consumación del evo".

"Esta generación" significa, pues, a la vez los Apóstoles allí presentes con referencia al *typo*, que es el fin de Jerusalén; y también la descendencia

5 San Marcos XIII, 30.

apostólica y su generación espiritual con referencia al *antitypo*, el Fin del Mundo. Los Apóstoles vieron el fin de Jerusalén, la Iglesia verá el fin de Roma.

De esta manera la objeción racionalista ha servido de ocasión para estimular y para iluminar la interpretación católica, ahora en posesión de la llave de la exégesis. Y el encarnizado trabajo de Heitmüller y Renán para aplicar cada versículo del Apokalypsis a los sucesos colindantes al reino de Nerón –año 64– se vuelve útil al creyente: iluminando el *typo* para comprender mejor el *antitypo*.

4. La Gran Tribulación

Renán escribe:

El Anticristo ha cesado de alarmarnos [...] Nosotros sabemos que el fin del mundo no está tan cerca como creyeron los inspirados videntes de la primera centuria, y que ese fin no será una súbita catástrofe. Operará por medio del frío en centenares de centurias, cuando nuestro sistema no tenga más poder para reparar sus pérdidas; y el planeta Tierra haya agotado los recursos de los senos del viejo Sol para proveer a su curso.

Antes de esta quiebra del capital planetario, ¿alcanzará la humanidad la perfección de la ciencia, que no es sino el manejo de las fuerzas cósmicas, o será la Tierra otro experimento fracasado entre millones, convertida en hielo antes que el problema de matar a la muerte se haya solventado? No podemos decirlo. Pero con el Vidente de Patmos, más allá del flujo de las vicisitudes, percibimos el ideal, y afirmamos que un día será cumplido.

Entre las nieblas de un universo embrionario, contemplamos las leyes del progreso de la vida, la conciencia del ser creciendo y ampliándose en sus fines, y la posibilidad de un estado final en que todo será sumergido en un Ser definitivo, Dios, igual que los innumerables brotes y yemas del árbol en el árbol, igual que las miríadas de células del organismo viviente en el viviente. Estado en el cual hallará cumplimiento la vida universal; y todos los seres individuos que han sido, vivirán de nuevo en la vida de Dios, verán en Él, gozarán en Él y cantarán en Él un eterno Aleluya.

Cualquiera sea la forma en que concibáis el futuro advenimiento de lo Absoluto, el Apokalypsis no puede dejar de regocijarnos. Simbólicamente expresa el principio fundamental de que Dios no tanto "es", cuanto que "llegará a ser".

Hasta aquí el apóstata bretón, padre del *modernismo.*

Frente a este sueño averroísta y ateo de disolución paulatina en Dios, y aquesta remotísima y del todo irresponsable evolución bergsoniana, la palabra terminante de Cristo dice que el mundo terminará de golpe, que los hombres serán juzgados, que no todos desembocarán en la Vida, "como las células vivientes en el viviente", puesto que muchos caerán en la "muerte segunda" y definitiva; y que una terrible lucha precederá como agonía suprema la resolución del drama de la Historia.

Las palabras de Cristo en su simplicidad sintética son más temibles que las fulgurantes visiones del Apokalypsis con sus formidables despliegues de sangre, fuego y ruinas. Cristo dice simplemente que vendrá una tribulación como no se ha visto otra en el mundo –¡y cuenta que se han visto algunas!–, que si no fuera abreviada perecería toda carne, y que si fuese posible, serían inducidos en error los mismos electos. Las guerras terribles, las pestes, los terremotos que se sucederán en el mundo, no son sino el principio del dolor. El *Dolor* mismo será peor todavía. Porque madurada ya la iniquidad de la tierra, ella se levantará en toda su pureza y aprovechará todos sus anteriores ensayos, dirigida por Satanás en persona, que será arrojado a la tierra y estará en pleno furor, sabiendo que le queda poco tiempo. ¡Ay de las que crían y de las preñadas en aquellos días! ¡Ay de los que quedaron para ser cribados por Satanás en la última prueba!

Las dos fuerzas antagónicas que pelean en el mundo desde la Caída se tenderán en el máximo esfuerzo. Los santos serán derrotados y vencidos por todas partes. La apostasía cubrirá el mundo como un diluvio. La iniquidad y la mentira tendrán libre juego. El poder político más poderoso que haya existido no sólo perseguirá la Religión a sangre y fuego, sino que se revestirá de religiosidad falsa. Y los pocos fieles a Cristo parecerán perder el resuello cuando, separado el *Obstáculo,* aparezca en la tierra el *Hijo de Perdición,* aquel en que Dios no tiene parte y que Cristo no se dignó nombrar siquiera: el Anticristo... El *Otro.*

Decir "una tribulación como nunca se vio otra igual", es decir muchísimo. Quiere decir que los cristianos de aquel tiempo sufrirán como nunca se sufrió, como no sufrió Job, ni Edipo, ni Hamlet; como no sufrió San Alejo, San Roque, Santa Liduvina, San Juan de la Cruz, San Alfonso Rodríguez. Y los cristianos de aquel tiempo no son los que ya pasaron; somos nosotros, o algunos muy próximos a nosotros. ¡Bienvenido sea ese dolor, con tal que veamos volver a Cristo!

Considerad una cosa, señores. En el mundo antiguo la tiranía fue feroz y asoladora; y sin embargo, esa tiranía estaba limitada físicamente, porque los Estados eran pequeños y las relaciones universales imposibles de todo punto. Señores, las vías están preparadas para un tirano gigantesco, colosal, universal, inmenso [...] Ya no hay resistencias ni físicas, ni morales. Físicas, porque con los buques y las vías férreas no hay fronteras, con el telégrafo no hay distancia... Y no hay resistencias morales, porque todos los ánimos están divididos y todos los patriotismos están muertos [6].

6 Donoso Cortés, *Discurso sobre los Sucesos de Roma*, 14 de enero de 1849.

5. Dulcísimas promesas

Las terríficas visiones del Vidente de Patmos –que Renán califica de "delirios de terror"– y las palabras de Cristo –más duras aún en su limpidez de acero que las del discípulo– inducirían pánico y desesperación, si no estuviesen equilibradas por las promesas más dulces.

Así como la *mayor* tribulación en su brevedad encierra un terror desmesurado, así la condicional *si fuera posible* encierra una promesa amorosísima. "Caerían, *si fuera posible*, los mismos escogidos", dice Cristo.

No es posible, pues, que caigan los escogidos. Un ángel les marca la frente y los cuenta. Dios ordena suspender las grandes plagas hasta que están todos señalados. Dios abrevia la persecución por amor de ellos. El Anticristo reinará solamente media semana de años (42 meses, 1.260 días). Todos los mártires serán vengados. Los impíos serán flagelados de innúmeras plagas. Dos grandes santos defenderán a Cristo y tendrán en sus manos poderes prodigiosos. Y cuando caigan, Cristo los llamará y revivirán.

Después, nosotros, los que vivimos, seremos llamados y arrebatados con Cristo en el aire. Ésta será la Resurrección Primera. Y reinaremos con Cristo mil años, es decir, un largo tiempo, en la Jerusalén restaurada, donde tienen que cumplirse un día todas las opulentas promesas mesiánicas: porque ni una sola de las dulcísimas promesas de la Escritura dejará de llenarse más allá todavía de la esperanza y la imaginación del hombre, cualquiera sea el sentido que corresponda en la realidad futura a esta difícil palabra, cuya interpretación aquí no prejuzgamos... ¡Dichoso aquel que merezca gozar la Resurrección Primera!

Pero antes tiene que manifestarse el *Misterio de Iniquidad*, tienen que reinar *las Dos Bestias*, tiene que ser quitado el *Obstáculo*, tiene que perecer la *Gran Prostituta*.

6. El Misterio de Iniquidad

El *Misterio de Iniquidad* es el odio a Dios y la adoración del hombre. Las *Dos Bestias* son el poder político y el instinto religioso del hombre vueltos contra Dios y dominados por el Pseudo Cristo y el Pseudoprofeta. El *Obstáculo* es, en nuestra interpretación, la vigencia del Orden Romano [7]. La *Gran Ramera* es la religión descompuesta y entregada a los poderes temporales, y es también la Roma étnica, donde este *Misterio de Iniquidad* se verificó por vez primera, a los ojos deslumbrados de Juan el último Apokaleta.

La adoración del hombre con el odio a Dios ha existido siempre. "Ya funciona el Misterio de Iniquidad –dice San Pablo a los de Tesalónica–; solamente está sujetado, y vosotros sabéis cuál es el Obstáculo."

El *Misterio de Iniquidad* es el principio de la Ciudad del Hombre, que lucha con la Ciudad de Dios desde el comienzo; es la raíz de todas las herejías y el fuego de todas las persecuciones; "es la quietud incestuosa de la criatura asentada sobre su diferencia específica"; es la continua rebelión del intelecto pecador contra su principio y su fin, eco multiplicado en las edades del "No serviré" de Satanás.

La cúspide del *Misterio de Iniquidad* es el odio a Dios y la adoración idolátrica del Hombre.

El *Misterio de Iniquidad* tiende a corporizarse en cuerpo político y aplastar a los santos. Él fue quien condenó a Sócrates, persiguió a los profetas,

7 Confrontar: Rosadini, S. J., *In Libros N. Testamenti*, Vol. III, Gregoriana, Roma, 1931; *In Epistolam II ad Thessal.*, curso inédito, 1930-1931.

crucificó a Jesús, y después multiplicó los mártires; y él será quien destruya la Iglesia, cuando, retirado el *Obstáculo,* se encarne en un hombre de satánica grandeza, plebeyo genial y perverso, quizá de raza judía, de intelecto sobrehumano, de maldad absoluta, a quien Satán prestará su poder y su acumulada furia.

La Iglesia, asistida por el Espíritu Santo, obstaculiza esa manifestación y la reduce, apoyada en el orden humano que el Imperio Romano organizó en cuerpo jurídico y político; pero llegará un día, que será el fin de esta edad, en que desaparecerá el *Obstáculo.* El Espíritu Santo abandonará *quizá* este cuerpo social histórico, llamado Cristiandad, arrebatando consigo a la soledad más total a los suyos, *dándoles dos alas de águila para volar al desierto.* Y entonces la *estructura temporal de la Iglesia existente* será presa del Anticristo, *fornicará con los reyes de la tierra* –al menos una parte ostensible de ella, como pasó ya en su historia–, y la abominación de la desolación entrará en el lugar santo. "Cuando veáis la desolación abominable entrar adonde no debe, entonces ya es."

¿Será el reinado de un Antipapa, o Papa falso? ¿Será la destrucción material de Roma? ¿Será la entronización en ella de un culto sacrílego? No lo sabemos. Sabemos que el Apokalypsis, al describir la Gran Prostituta, señala con toda precisión "la ciudad de las siete colinas": interpretación dada por el mismo Ángel que a San Juan adoctrina.

7. La Meretriz Magna

Su nombre es Misterio, Babilonia magna, Madre de las fornicaciones y abominaciones de la tierra. Está sentada sobre la Bestia Bermeja, llena de nombres de blasfemia, que tiene siete cabezas y diez cuernos. Va vestida de púrpura y seda, adornada de joyas, con un cáliz lleno de inmundicia, y ebria de sangre de los mártires de Cristo.

La tentación de entregarse a los poderes de la tierra, de buscar aquí abajo la salvación del hombre, de adorar el Estado tiránico, es la tentación suprema. En nuestros días ha sido sistematizada racionalmente por un gran filósofo alemán, Hegel. A ella sucumbió la Sinagoga, al exigir un reino temporal; con ella fue tentado Cristo; y es consecuentemente sin cesar tentada la Iglesia.

Las tres tentaciones que sufrió Cristo no son quizá sino esta tentación misma desenvolviéndose en tres grados. "Si eres Hijo de Dios, haz que estas piedras se conviertan en pan", es decir, emplea tus poderes religiosos, el poder de hacer milagros, en proveer a tus necesidades y adquirir bienes terrenos. ¿No es necesario el pan? ¿No es hecho por Dios? ¿No eres capaz de usar rectamente del pan, sin glotonería? ¿No tienes hambre?

El historiador Belloc calcula que, al estallar el Protestantismo en Europa, la Iglesia era dueña en Inglaterra de un quinto de la tierra y un tercio de la renta del país. No eran en general bienes mal ganados, no eran bienes mal administrados en general; pero eran bienes terrenos en demasía y poseídos con demasiado apego. El peso de los bienes hundió a la Iglesia inglesa, fue el instrumento o la ocasión de su ruina. Los bienes de la Iglesia no son el *Bien* de la Iglesia. A veces, por desgracia, son la cola que arrastra por la tierra, la cola de la cual decía con gracia el santo varón Don Orione: "Algunos

eclesiásticos son perros mudos: para soltarles la lengua habría que cortarles la cola." Así ocurrió, por desdicha, con tantos prelados herejes del tiempo de la Reforma, con Crammer y Mortimer; con tantos apóstatas de la Revolución Francesa, Sieyés y Talleyrand. No tememos reconocerlo. Si no lo reconociéramos, ¿dejaría de ser real por callado o negado?

La segunda tentación es: "Si eres Hijo de Dios, échate de aquí abajo, para que viéndote volar los hombres, te adoren." Es decir: "Emplea tus facultades religiosas para conseguir prestigio y poder; para ser conocido, aclamado, obedecido, venerado; para brillar entre los hombres y los pueblos. Si la religión no es reverenciada, si no es obedecida, de poco sirve. ¿Acaso buscas tu propia gloria en eso? Buscas la gloria de Dios, la gloria de la Iglesia, el buen nombre de tu Orden, de tu convento; buscas la honra del Clero, de la Curia, del Pontificado. «¡Muéstrate al mundo!», como dirán después a Cristo sus parientes y amigos. ¡Asombra a las masas! ¡Haz bajar fuego del cielo! ¡Haz un signo en las nubes! ¡Ven, que queremos coronarte como nuestro Rey!"

El exceso de pompas, aunque sean religiosas; de ceremonias, de exterioridades, de *propaganda,* como dirían hoy; la excesiva obsecuencia a la ciencia y sus artilugios, el apego a *los instrumentos temporales pesados,* el aseglaramiento y amundanamiento de la actividad religiosa, la burocracia eclesiástica excesiva o inerte, los sacerdotes funcionales y no carismáticos, la agitación y el sacramentalismo, en lugar de la contemplación; en suma, lo que llamaba Péguy "el descenso de la mística a la política", constituye en la Iglesia el *fermentum phariseorum* que hincha y desvanece la masa, y constituye la segunda tentación.

La primera tentación fue humana; la segunda, farisaica; la tercera es satánica.

"Todo esto es mío y te lo daré si hincándote me adoras." Es decir: busca para la religión un reino en este mundo; y búscalo con los medios más eficaces, que son los satánicos. Ahora bien, la Iglesia viadora no es el Reino de Cristo en este mundo, según nuestra opinión, sino el instrumento de congregación de la Esposa de Cristo, para que sea arrebatada con Cristo a Su Venida [8]. Pero como los judíos cayeron en desear un Rey temporal, así la Iglesia es tentada con el deseo de reinar aquí, como reinan los otros reinos. "¡Oh

8 Cuestión opinable y delicada: Gregorio Magno, por ejemplo, afirma que los términos *Reino de Dios* e *Iglesia* no coinciden siempre; aunque se use a veces *Reino* por *Iglesia.*

Iglesia, aplasta a los albigenses, quema a los herejes, extirpa a los hugonotes, expulsa a los judíos! *¡Mate un judío!*".

Había un exceso de presión material, de coacción gubernativa, de violencia religiosa en suma, lo mismo que un exceso de bienes y de pompas, cuando estalló la Reforma en Europa, según opina Belloc. Esta sería la verdad que el Protestantismo se llevó cautiva, y que nosotros debemos liberar como a Lucía Miranda.

El Cisma Griego ha imputado siempre a la Iglesia Romana haber ya sucumbido a esta tentación suprema de conseguir el reino de Cristo en este mundo por medios terrenales, bastardos y aun perversos. Dostoiewski formuló en el terrible apólogo del Gran Inquisidor, en *Los Hermanos Karamazof* (Libro I, v. 5), no en forma categórica, sino dubitativa, esta querella del Oriente al Occidente. Pero sólo al fin de esta edad nuestra, la terrible acusación dará de lleno en el blanco.

Si sabemos que hasta el fin de este *aión* la cizaña estará mezclada inevitablemente al trigo, entonces las fimbrias del vestido de la Princesa Prometida serán siempre enlodadas; y su talón mordido por la serpiente. El error de Lutero consistió en ignorarlo, en querer purificar la Iglesia arrancando ahora mismo la cizaña, la cual, según Jesucristo, está reservada al tiempo de la Siega. Y a los Segadores, que no son los hombres.

Al querer arrancar a destiempo la cizaña, Lutero la desparramó.

La Inquisición

La Inquisición es una cuestión histórica compleja, que no se puede resolver sin conocimientos históricos serios y sin ese *hábitus* del historiador, que le permite trasladarse a otras épocas *y vivirlas* imaginativamente.

Desde luego, la afirmación torpe de "la persecución del pensamiento *qua* pensamiento" y de que la Iglesia "empleó la violencia para *convertir* a la fe", es falsa, antihistórica y absurda.

La Inquisición no fue una creación de la Iglesia, sino del poder político en todos los casos; y la Iglesia como un cuerpo colaboró con ella principalmente con el fin de mitigar su dureza o de impedir sus excesos. Como su nombre lo indica, su fin era *inquirir* si los inculpados por la ley civil eran o no veramente *herejes*; y, en caso de serlo, de persuadirlos con razones, o en

último caso, de obtener de ellos una retractación externa, que los *reducía* (reconducía) al consorcio social en el cual vivían. El caso más claro de ella es el de los donatistas, reprimidos por el Imperio con una acción policíaca, primero rechazada y después tolerada por San Agustín.

En esta institución, como en cualquier otra, se cometieron abusos, incluso por parte de los eclesiásticos. La primera en sufrir de ellos fue la Iglesia, como se ve por Cauchón, que, desprovisto incluso de jurisdicción sobre la Doncella, colaboró con la política feudal inglesa, quizás más por ignorancia crasa –terrible defecto en un obispo– que por crueldad o malicia. Caifás existe y existirá siempre.

Los casos de Galileo y Giordano Bruno, según nuestra opinión, dañaron a la Iglesia; pero la reacción que provocaron en ella misma marcaron el fin de la Inquisición Romana. Urbano VIII sufrió más con el asunto Galileo que el mismo "búrbero toscano"; el cual no sufrió mucho, según se dice; antes bien, su fama europea y su carácter moral salieron levantados del proceso. "*I torti e le ingiustizie che l'invidia e la malignitá mi hanno machinato contro, non mi hanno travagliato ne mi travagliano*", dice en carta a Elia Diodati el 7 de febrero de 1634.

Giordano Bruno, dejado aparte su talento filosófico, era un temperamento anárquico y asocial. Sus errores teológicos –profesados por Escoto Erígena y otros en medio del mayor poderío de la Iglesia– jamás lo hubiesen conducido a la hoguera, si no hubiesen sido pie de su actividad antisocial: antiautoritaria; *anarquista*, como diríamos ahora.

Aunque la *mentalidad moderna* no lo perciba, hay *ideas* que son tan peligrosas como las bombas; y el hecho de ser filósofo no privilegia a nadie a destruir la autoridad legítima.

De todos modos, la intervención de la burocracia eclesiástica en los dos procesos no careció de defectos y fue miope y aun cruel. Tuvo que abrir los ojos ante la reacción del mundo intelectual europeo y enterarse de que una nueva época, mejor o peor, había comenzado. "*Ce vilain tribunal de l'Inquisition sous lequel presque toute la chretienté gémit*", decía Pascal en 1656.

Estos dos *mártires informes*, lo mismo que sus hermanos mayores Juana de Arco y Boecio, con los millares de mártires de la Historia, no prueban otra cosa sino que la actividad política existe y es necesaria, que la Iglesia tiene sus pies sobre ella –a veces un poco empantanados en ella– y que es una cosa riesgosa y seria, con la cual no se puede jugar.

Sección Segunda

El Anticristo

8. Las Dos Bestias

Cuando la estructura temporal de la Iglesia pierda la efusión del Espíritu y la religión adulterada se convierta en la *Gran Ramera,* entonces aparecerá el *Hombre de Pecado* y el *Falso Profeta*, un Rey del Universo que será a la vez como un Sumo Pontífice del Orbe, o bien tendrá a sus órdenes un falso Pontífice, llamado en las profecías el "Pseudoprofeta" [9].

Poco ha el Presidente Truman y el Rey de Inglaterra decretaron el Día de Acción de Gracias a Dios, porque les concedió la victoria en esta guerra, *como era su deber concedérsela,* desde el momento que peleaban por Dios mismo, como antes habían ellos mismos infaliblemente definido *ex cathedra*.

Si esto no es ejercer funciones de Sumo Pontífice a la vez que de reyes, que venga Dios y lo diga. Ahora bien, así será también en el Fin del Tiempo, pero en forma mucho más universal y compulsiva, cuando aparezcan la *Bestia del Mar* y la *Bestia de la Tierra.*

El Anticristo será a la vez una corporación y una persona individual que la encarnará y gobernará:

1. Una corporación, porque eso dice la definición que de él formula San Juan [10], a saber, *"spiritus qui solvit Jesum"*, "espíritu de apostasía": y decir un *espíritu* es decir un modo de ser que informa a cantidad de personas.

9 Léase bien este parágrafo: no dice que la Iglesia perderá la fe, como tampoco la Sinagoga había perdido la fe del todo cuando la Primera Venida. "En la cátedra de Moisés... Haced, pues, todo lo que os dijeren..." La *Gran Apostasía* predicha por Cristo y San Pablo puede entenderse, sin exageración, de una manera ortodoxa.

10 I Carta IV, 3.

2. Un individuo, porque San Pablo [11] lo llama: "el hombre de pecado, el inicuo, el hijo de la perdición, que contraría y se levanta contra todo cuanto se dice Dios o culto, hasta llegar a sentarse en el templo de Dios; presentándose como Dios".

Este último texto es imposible de aplicar a un cuerpo colegiado de individuos, como la masonería o el filosofismo del siglo XVIII. Lacunza [12] intenta acomodarlo con innegable habilidad, pero inconvincentemente. Como todo investigador genial, Lacunza camina flechado siempre a su propia intuición, sin mirar nada fuera de ella.

Lacunza abogó reciamente la tesis de que el *Contracristo* no será un hombre particular, sino un cuerpo moral con unidad de doctrina y ánimo apostático; tesis que tiene antecedentes patrísticos; fue exagerada por los protestantes; y es común en los exegetas modernos [13]. Le daba en rostro a Lacunza, con razón, la especie de novela exegética que la baja antigüedad nos había trasmitido acerca del gran *Emperador Judío*, de la tribu de Dan, que reinará en Babilonia o en Jerusalén, destruirá Roma y gobernará el mundo; de cuya historia escribió Maluenda un centón voluminoso, imaginativo y pintoresco, y Leonardo Lesio un interminable tratado [14].

11 II Tesalon. II, 3-4.

12 *La Venida del Mesías en Gloria y Majestad*, tomo II, sección I.

13 Véase: Hallo, *L'Apocalipse*, por ejemplo.

14 A la pregunta *¿hombre o espíritu?* podemos responder: que el Anticristo será un hombre y una persona determinada, Cornelio Alapide, en II Thessal., 11, 3, lo da como cierto, y aun de fe; que también será un cuerpo social, un ente colectivo, un espíritu objetivo, nos parece actualmente también cierto, por las razones en el texto aducidas.

9. El Anticristo de la leyenda

El Anticristo es el mayor misterio de la historia humana y la clave de su metafísica. No es de extrañar que atraiga poderosamente la atención de los curiosos, y que los breves y oscurísimos textos que de él tenemos no basten a la curiosidad de los exegetas fantasiosos, entre los cuales hay que contar algunos grandes nombres, como el Ambrosiaster. Se dieron a recoger cuanto texto sacro aludía de cualquier modo al perverso y al apóstata ("el hombre apóstata mueve de boca, guiña del ojo y da del pie", en el Libro de los Proverbios, VI, 12-13), cuanta coincidencia venía a pelo (como la omisión de Dan entre las tribus de Israel en Apokalypsis, VII, 5, y su apoyo de "sierpe en la senda" en el Libro del Génesis, VII), cuanta figura de Rey Persecutor había en la Escritura o en los anales. Y con estos datos, mezclados a revelaciones privadas o a simples imaginaciones, compusieron una novela más o menos pía, no muy desemejante a algunos de los *apókrypha* del Nuevo Testamento.

El Anticristo sería un judío, de la tribu de Dan, hijo de una conversa judía monja ¡y de un obispo! ... cuando no del demonio directamente. No tendría ángel de guarda. Nacería con dientes y blasfemando. Adquiriría con rapidez fantástica todas las ciencias. Satán sería su compañero permanente..., etcétera, etcétera.

Los comentaristas complacientes describieron su corte, sus conquistas, sus ejércitos, sus mujeres, sus maldades felinas y serpentinas, sus prodigios mágicos, de los cuales uno sería elevarse en los aires para imitar la Ascensión del Señor, el cual lo sopla de golpe y lo manda de cabeza abajo (*"interficiet spiritu oris sui"*).

En suma, prepararon las vías a la novela de Hugo Wast *Juana Tabor-666*, la cual por lo menos profesa ser solamente novela, y no es mala novela del todo; ciertamente se lee más fácil que el libro de Maluenda, que es una aburrida novela con máscara de exégesis.

Bossuet, seguido por Calmet y otros, en su sistema que explica el Apokalypsis con la historia de los primeros siglos de la Iglesia –no suyo propiamente, sino tomado de la escuela española de Mariana y Luis de Alcázar, y después saqueado por Renán–, identifica al Anticristo con Diocleciano, el último perseguidor, al cual computa en 666, poniendo en cifras romanas las letras del nombre *Diocles Augustus*.

Pero Bossuet, a quien debemos la elucidación convincente y la vulgarización del *typo* del Apokalypsis, advierte sabiamente que él no excluye de su sistema *"quelqu'autre sens caché"*: es decir, que deja abierto lugar para el *antitypo*; o sea, el sentido anagógico, trascendental y principal de toda profecía. Eso es lo que suprimió Renán, que convierte el último libro de la Biblia en una mera crónica poética, y, por cierto, crónica delirante y fraudulenta. Quiero decir, que trata a Juan Apokaleta de mente en delirio y de hombre doloso, que da como profecías sucesos próximos que él veía venir o sabía con certeza, por una buena información eventual.

10. El Anticristo histórico

El bajo Medio Evo vio al Anticristo en Mahoma; y no dejó de calcular por supuesto el 666 con las letras de su nombre, charada nada difícil. El terrible peligro que el imperio mahomético representó para la Cristiandad y aquel problema histórico del cual en un momento dado no se veía ninguna salida, explica esta apropiación. Y es cierto que Mahoma representa uno de los precursores y figuras del *Hijo de Perdición*, una de las cabezas de la *Bestia Bermeja:* a nuestro parecer, *la Segunda Bestia de Daniel*, el *Oso*.

El sentir común de los escritores eclesiásticos, culminando hoy día en Hilaire Belloc con sus *Las Cruzadas* y *Las Grandes Herejías*, sostiene esta conjetura y da pie para otra algo más aventurada, pero no temeraria, que apunta el mismo Belloc en el primero de esos libros, a saber: que el Islam puede renacer como Imperio Anticristiano más poderoso y temible que antes, a manera de aquella cabeza de la *Bestia Bermeja* que fue herida de muerte y resurgió en los últimos tiempos, con asombro de todo el universo. Profecía que está duplicada en San Juan y en Daniel.

No hay razón ninguna para que esto sea imposible; y hay razones para que no vaya muy descaminado. El 3-4 de marzo de 1945 se formó silenciosamente en Egipto la Liga Árabe. En 1823, el profundo e inspirado escritor eclesiástico conde Josef de Maistre predijo en forma vaga las catástrofes actuales apoyándose en este hecho teológico, que él dilucida con singular sutileza: el protestantismo –dice– vuelto sociniano, desechada la divinidad de Cristo, se ha tornado ni más ni menos que *mahometismo*, tanto en su dogma –cosa manifiesta en aquel tiempo– como en su moral –patente en el nuestro; ver conferencia de Lambeth de 1928–. Lo cual significa para Occidente y su civilización el retiro súbdolo del cimiento religioso sobre el cual asentaba; o, mejor dicho, su adulteración sustancial.

El Occidente, pues, está hoy *musulmanado* [15].

El mundo moderno, hoy descristianizado, no difiere en nada esencial del mahometismo, a no ser por su atavismo cristiano, y por la resistencia desesperada de los fortines católicos aún en pie [16].

Y así el mahometismo resurgido será quizá cultural más que político; como las *Bestias* de Daniel, que representan culturas y religiones más bien que meros imperios políticos, los cuales están representados en la *Estatua*. Existe ya hoy día a plena luz el mahometismo cultural y religioso, que veía De Maistre en la descomposición del Protestantismo.

Tomando por ejemplo los libros que documentan fidedignamente la mentalidad común de Yanquilandia, en lo que concierne la moral y la religión (como el *Babit* y el *Elmer Gantry*, de Sinclair Lewis, la veintena de novelas policiales difundidísimas de Erle Stanley Gardner o la ingeniosa obra maestra de Kenneth Fearing, *The Big Clock*), uno comprueba en forma contundente que ese pueblo vivaz, poderosísimo y temible no es *amoral* ni es *inmoral*, como lo tachan los resentidos de Sudamérica, sino que tiene realmente una moral y una religión, quizá más acremente afirmada que la golpeada moral católica de *South America*; pero que esa moral y esa religión corresponden rasgo a rasgo y punto por punto al mensaje de Mahoma y no al de Cristo. La misma comprobación se podría hacer con la literatura de los demás países protestantes; lo cual omito, por no incurrir en prolijo. La profecía de De Maistre se ha cumplido tanto en la Moral como en la Dogmática. A saber: creencia en un solo Dios inaccesible; supresión o falsificación de la mística; negación de la Encarnación y, en general, del *misterio;* naturalismo, antisacramentalismo, apelo a la emoción y la acción, socialización de lo religioso... Todo esto en lo dogmático; mas en lo moral: poligamia, esclavitud, guerra santa, culto a la riqueza, energía bárbara de *struggleforlifer...* Me remito a todos los que conocen a Norteamérica.

La mentalidad actual del protestantismo degenerado es mahometismo cultural y religioso. Su *cosmovisión* o su *mensaje* actual no difieren esencialmente del Islam.

15 "Si esto es el Islam ¿no somos todos musulmanes?", decía Goethe en *Di Wan*. Es decir, quitándole las aristas odiosas al mahometismo, y suprimiendo las aristas duras del cristianismo, se las puede hacer coincidir *más o menos*.

16 Cfr. Chesterton, *The Flying Inn*, último capítulo; y también *infra*, pág.213.

11. El Anticristo protestante

El advenimiento del Protestantismo produjo una variación sustancial en la exégesis del Anticristo. Lutero aplicó la terrible etiqueta esjatológica al Papado, con lo cual es el primero que pone explícitamente en el tapete las dos tesis importantes –visibles en algunos Padres, como en Beatus de Liébana– de que: 1) el Anticristo no es un hombre singular, sino una institución; 2) la Iglesia fundada por Jesucristo puede corromperse, y de hecho se corromperá en los últimos días.

Por supuesto, esta última tesis es muy delicada para un católico –véase la cautela con que la propone Lacunza–, y para muchos, omnímodamente nefanda. Como la propone Lutero, es herética y contra la Escritura. Está ahí la gran promesa de Cristo sobre las Puertas del Infierno. La frase *"Ecclesia de medio fiet"*, del primer comentor del Apokalypsis, San Justino Mártir, se debe interpretar en el sentido de una casi extinción, no de una corrupción. "Cuando vuelva el Hijo del Hombre, ¿creéis que hallará fe en la tierra?" [17].

La exégesis protestante se encarnizó por más de un siglo contra el Papado, estribando fuertemente en la "interpretación del ángel" de la Visión 13 del Apokalypsis, o sea, la Visión de la *Gran Ramera*. Sin ninguna duda, la ciudad que el ángel allí designa es Roma. La evasiva necesaria de esta exégesis no tiene más remedio que referirla: o a la Roma pasada exclusivamente, o bien a una Roma futura, imaginaria y transformada; es decir, o bien a la Roma étnica, que San Pedro apellidó Babilonia, o bien a una Roma renegada, sede del Anticristo, que pudo imaginar, *d'après* Lacunza, Hugo Wast.

17 Lucas XVIII, 8.

Lacunza liberó una verdad prisionera del Protestantismo. Es sabido que el pretexto y el *pathos* que sostuvo la somera armazón heterodogmática de Lutero y la más rígida de Calvino fue la corrupción de la Roma renascente y el mundanismo de la Roma papal; lo cual, es cierto, no eran meras calumnias, aunque tampoco era aquello que exageraban los vociferantes reformadores.

Naufragado el dogma luterano [18] y convertido en siniestro espíritu maniqueo de la sociedad capitalista el calvinismo, lo que queda hoy del Protestantismo no es más que ese pretexto y ese *pathos* que fuera antaño su recóndita alma. De modo que Chesterton pudo definir el anglicanismo como una mezcla negativa de anticlericalismo y antirromanismo, o sea, orgullo racial nórdico y furor antisacerdotal.

En la primera sala de la Tate Gallery de Londres hay –o había en 1933, cuando la vi– lo menos cuatro cuadros de grandes pintores contemporáneos que traducen coloridamente este aserto: una escena del Gil Blas, con frailes disolutos en un mesón español; una fantasía de la derrota de la Armada Invencible; una glorificación de Isabel, la sucia virgen; y un brillantísimo cuadro *histórico* de Sargent, con un texto *histórico* de Sannazzaro al pie, que representa a la papisa Lucrecia Borgia sentada en el trono papal, soberbia de sirenal hermosura, con a sus pies un franciscano y un dominico que ignominiosamente le besan el alto y enjoyado chapín.

Toda la *apologética* de los disidentes y su actual dogmática está en este cuadro, que es un *capolabor* de la escuela llamada prerrafaelista: anticlericalismo y soberbia nórdica.

Lacunza ha liberado del horror de la soberbia protestante la amarga verdad de la parábola de la cizaña, que permanece mezclada al trigo sin poder ser arrancada ni por los ángeles hasta el fin del siglo. En esta cizaña tropezó Lutero, quien quiso arrancarla y la desparramó.

18 Ver Bossuet, *Histoire des Variations.*

12. El Anticristo de Lacunza

Lacunza fue un jesuita americano, versadísimo en la Escritura, de vida santa y asidua oración, a quien le tocó la hórrida suerte de la expulsión de América primero, y después la extinción total de su orden por Carlos III y el Papa Clemente XIV.

La impresión de esta catástrofe fue sin duda la que suscitó en su alma de cristiano nuevo la admirable intuición, inanulable por errores parciales, que forma el fondo de su obra *La Venida del Mesías en Gloria y Majestad*, clásica en exégesis, honra de la ciencia americana, que nuestro Manuel Belgrano y su hermano el embajador hicieron publicar en Londres, por puro patriotismo "americano", como decían entonces [19].

19 Lo dicho aquí acerca de Lacunza no representa justificación, ni siquiera defensa del escriturista navarro, sino una referencia crítica a su obra, tomada de don Marcelino Menéndez y Pelayo. El gran crítico santanderino en su obra *Historia de los Heterodoxos Españoles* (tomo VI, capítulo IV, Apéndice), opina que esta edición de Londres fue hecha por José Joaquín de Mora, "según es fama". No es posible: pues el ejemplar que poseemos tiene una carta anónima "del editor a los americanos", donde pondera "el sentimiento de no poder verificarlo en la capital de Buenos Aires, nuestra amada patria"... Esta frase hace más plausible la otra *fama* de que la edición se debe realmente a los dos Belgranos, el general Manuel Belgrano y su hermano Mario, el embajador. Son cuatro hermosos tomos en rico papel y bella tipografía, aunque con muchos errores, "en la imprenta de Carlos Wood, callejón de Poppin, calle de Fleet, 1816". No es la edición primera.

El editor asegura que la obra "se halla traducida ya en todas las lenguas cultas de Europa", corre manuscrita en las Provincias Unidas del Río de la Plata y ha sido propalada y defendida –aunque en edición incompleta– por el primer vicario general del Ejército Oriental, Bartolomé Muñoz. Los motivos del editor no son puramente científicos, sino más bien patrióticos, para mostrar a los españoles peninsulares "qué clase de bestias eran los americanos y entre qué especie de ellas se podían clasificar", como había preguntado por aquel entonces un diputado

Lacunza juzgó que el Anticristo era el filosofismo del siglo XVIII, en lo cual no creemos haya errado mucho, como se verá en su lugar. Terriblemente resentido *–et pour cause–* en su corazón y horrorizado ante los pródromos de la Revolución Francesa; el Papa Benedicto XIV carteándose con Voltaire; y el licencioso cardenal de Bernis *(Babet la Bouquetière)*, hechura de Choiseul y amigo de la ramera Pompadour, intrigando en Roma, no vaciló en aplicar la terrible visión de la *Meretriz Magna* –ebria de vino sacrílego y entregada a los reyes de la tierra– a Roma; no la Étnica pasada, sino una Renegada futura, obtenida por prolongación de líneas de su Roma coeva; prolongación que por suerte no se verificó.

Digo que al hacer esto –sin escándalo ni pasión de ánimo, antes con bastante humildad y prudencia– liberó una verdad evangélica cautiva de la teología protestante; porque rechácese, si place, su opinión de exegeta, no se puede negar la eficacia de su cirugía de apologeta.

En efecto, al pobre protestante que no tiene más excusa de su escisión que "los escándalos terribles del pasado", le contesta tranquilamente: "Eso no es nada al lado de lo que –puede– lleguemos a ver. Eso no es sino la cizaña del enemigo entre el trigo del *paterfamilias,* que más bien prueba que desprueba la institución divina de la Iglesia..." Es la *retortio argumenti,* la gallarda manera de argumentar del Rey de los Apologistas, el Africano. "¿Eso argüís? Pues, yo os concedo eso y estotro, que es mucho más; y en estotro está la clave de lo que os choca y ofusca...". Es el método del *De Civitate Dei* contra los paganos.

---

de las Cortes de Cádiz. Estos motivos valen ahora también para nosotros, sobre todo unidos a los científicos, que tienen mucho peso. No es justo Lacunza ande todavía sustraído por el viejo decreto del Índice a los estudios exegéticos.

Los estudios de los críticos, encabezados por el gran Menéndez y Pelayo, prueban que la puesta en el Index del libro del navarro no afecta ni la ortodoxia ni la ciencia del autor, mas obedece a razones circunstanciales de escándalo para aquel tiempo; por ejemplo: las "durísimas y poco reverentes insinuaciones, acerca de Clemente XIV, autor del *Breve* de extinción de la Compañía de Jesús", están hoy tan borradas, para el lector actual, que ni siquiera las descubre, si no está ya prevenido. Las otras razones muerden más bien el modo de exponer encendido y poco cauto, que la sustancia de la obra. Ellas se pueden reducir a esa especie de *sabor judaizante*, pues Lacunza se quiso hacer pasar por un rabino judío –no acertamos por qué– firmando Josaphat Ben-Ezra; siendo así que era un navarro, aunque quizá *cristiano nuevo* por línea materna.

El Anticristo es probablemente el filosofismo del siglo XVIII, prolongación de la seudorreforma protestante y precursor de esta nueva religión que vemos formándose hoy día ante nuestros ojos, llámese como se quiera (*modernismo*, *aloguismo*, *antropolatría*), que será sin duda la última herejía, pues no se puede ir más allá en materia de herejías.

Y el Anticristo será también un hombre singular, dado que todo *espíritu* objetivo no existe ni actúa sino encarnado, y todo gran movimiento histórico suscita un hombre. Todo gran movimiento sociológico suscita y reviste una cabeza para ser formado; como, por ejemplo, Mussolini creó y a su vez fue criatura del *nacionalismo* italiano.

Eso es una ley histórica obvia, que expuso Carlyle en su *Hero and Hero-worship*. Esta síntesis de la vieja tesis patrística del Anticristo personal con la anti-tesis lacunziana, es bien probable, por no decir cierta. Así pasan las cosas en la historia humana.

13. El Anticristo artístico

Tal síntesis ha sido ilustrada por una parábola admirable del gran novelista y psicólogo inglés Roberto Hugo Benson, *The Lord of the World* [20], que traduje en el año 1958 para la editorial Itinerarium, de Buenos Aires.

Es una de las obras maestras de la novelística inglesa, sin duda la mejor obra de su autor, un poema teológico de la categoría del *Paradise Lost* y el *Pilgrim Progress*. En ella el autor contempla la transformación del humanitarismo moderno en una religión positiva que en aquel su tiempo, año 1910, proponía el entonces líder socialista Gustavo Hervé, discípulo de Augusto Comte; y prolongando las líneas de la apostasía contemporánea, la encarna en un misterioso plebeyo de grandeza satánica, Juliano Felsenburg, orador, lingüista, estadista, quien consigue encaramarse fulgurantemente sobre el trono del mundo con el título de *Presidente de Europa.*

Como es propio de la obra artística, ese retrato imaginario del *Hombre de Pecado* prescinde de todos los aspectos proféticos de la Parusía, menos uno; y gana así en concentración y en unidad, lo que tal vez pierde la obra *Juana Tabor-666* de Hugo Wast, al abarcarlos todos.

El Anticristo será, pues, un Imperio Universal Laico unido a una Nueva Religión Herética; encarnados ambos en un hombre o quizá en dos hombres, el *Tirano* y el *Pseudoprofeta.*

20 Posteriormente he leído una obra deste mismo tipo mucho más ceñida a la letra del Apokalypsis que la de Benson; a saber: *Tres Diálogos* (*Drei Gespraeche*, 1899-1900, Augewaelte Werke Erster Band, II, A. G. Verlag, Stuttgart, 1922) del místico ruso Wladimir Solovieff, escrita poco antes de su muerte en 1900; y mucho más *profética* –aunque menos artística– con respecto a este tiempo que la posterior obra del monseñor inglés.

Por poco tiempo estas dos *Bestias* tendrán en sus manos el instrumento de extorsión y de persecución más gigantesco que ha existido: la mecánica maquiavélica y brutal de un Estado Internacional Cosmopolita. Ese instrumento reproducirá línea por línea el sacrílego Imperio neroniano, que Juan tenía ante los ojos al escribir sus fulgurantes visiones.

Todo este aparato del efímero y cruel triunfo del Príncipe de este Mundo destruirá el Señor Jesús con el fulgor de su advenimiento y con una sola de sus palabras, que matará al Rey sacrílego y aniquilará la doble *Bestia*.

Pero antes habrán pasado los Escogidos por el colador de la Tribulación Suprema, la cual desemboca en el Día del Juicio; que no será, probablemente, un día de veinticuatro horas, sino un largo período de tiempo, como los *días* de la Creación.

Sección Tercera

El Advenimiento

14. ¿Está cerca la Parusía?

El autor del Apokalypsis afirma que la Parusía (o sea la presencia justiciera de Cristo en la historia humana: παρ' οὐσία) está cerca; desde el comienzo, en que titula al libro *Revelación de El que está cerca*, hasta el final, donde dice: "Vengo pronto"; y también: "He aquí que estoy a la puerta y llamo. Aguanta un poco. Vengo ya."

¿Vengo ya? Esta expresión desconcertante, piedra de tropiezo de los incrédulos de hoy –y de siempre–, se verifica de tres maneras: trascendental, mística y literal.

1. *Trascendentalmente*. El período histórico de *los últimos días* (o sea el tiempo de la revelación cristiana entre la Primera y la Segunda Venida) será muy breve, comparado con la duración total del mundo.

Una antigua tradición hebreocristiana, muy respetable, asigna a "este siglo" (al ciclo adámico, desde Adán al Juicio Final) una duración de siete milenios, correspondientes a los siete días de la creación, porque "para Dios mil años son como un día" [21], correspondientes dos milenios a la Ley Natural, dos milenios a la Ley Mosaica y dos milenios a la Ley Cristiana; y el último milenio, el Domingo, a la trasformación feliz del universo en el Trono del Verbo ("Yo haré nuevos cielos y nueva tierra") mediante la acción parusíaca.

Así, pues, en un sentido trascendental Cristo pudo decir con verdad que su Segunda Venida estaba cerca.

21 Salm. LXXXIX, 4; II Petr. III, 8.

2. *Místicamente.* Todos los hombres, no menos que las naciones, estamos cerca del juicio a causa de la muerte, la cual puede sobrevenir en cualquier momento; y sobreviene siempre a la eterna ilusión y distracción humana de un modo inesperado. La pedagogía de Cristo en todo el Evangelio es alertar continuamente al hombre acerca de la muerte inminente e imprevista. "Necio, esta noche misma te pedirán el alma. Lo que has rejuntado, ¿para quién será?"

Nuestra experiencia nos enseña que aun a los viejos achacosos y enfermos desahuciados, la muerte los sorprende *de repente:* en el sentido de que no la esperan; y ¿quién la va a esperar? Un santo religioso hemos visto morir, el cual se enfurruñó cuando el Superior le habló de los últimos sacramentos. "Yo no soy hombre de morir sin sacramentos –dijo–; pero estos superiores jóvenes son tan precipitados, que apenas uno sufre cualquier cosita, ya se descuelgan con los Santos Óleos." Los recibió, sin embargo, porque era dócil; y esa misma tarde estaba muerto. Fue el padre Vicente Gambón; muchos de ustedes lo conocieron.

Pues bien: lo mismo será en el fin, *igual que en los tiempos del Diluvio: los hombres comprarán, venderán, harán política, se casarán y engendrarán hijos; y como el relámpago que surge en el Este y en el mismo instante está en el Oeste, así será la venida del Hijo del Hombre.* Lo sensato, pues, es pensar el fin siempre cerca, porque de hecho puede ser hoy mismo, cuando estamos sin aceite en el candil, como les pasó a las Vírgenes Insensatas; debemos pensarlo cerca, pero no como cosa cierta –lo cual paralizaría la actividad humana, como les pasó a los Tesalonicenses–, sino como cosa posible, prevista y esperada. Y también santamente deseada. ¡Ven, Señor Jesús!

3. *Literalmente.* Se cumplió enseguida la profecía en la destrucción de Jerusalén, y luego en el derrumbe del Imperio Romano étnico, los dos *typos* del fin del siglo, o sea del término del *ciclo*, que usaron Jesucristo mismo y el discípulo amado: se cumplió en su primera fase para los oyentes del Mesías; y se cumplirá quizá en su forma completa para nosotros, que pensamos menos en el Fin del Mundo que los primeros cristianos. ¡Y, sin duda, estamos más cerca que ellos!

Porque el drama de la Historia se desenvuelve en planos escalonados, como todo drama se desenvuelve en escenas que contienen todas la misma idea fundamental, a desplegar en el desenlace. Y así todas las grandes caídas de los imperios perseguidores de la Iglesia, las grandes resurrecciones triun-

fales del cristianismo y las grandes barreduras que hace Dios de razas enteras apóstatas o degeneradas, se pueden considerar como realizaciones parciales y figurativas de la Presencia (*para-ousía*) de Cristo en la Historia y de su Revelación (*apo-kalypsis*) definitiva [22].

22 *Realizaciones pre-fásicas.* Véase este punto explanado magistralmente en el trabajo le Bainvel "La Parousie", en *Nouvelle Revue Apologétique*, en 1928; y en el volumen homónino de Luis Billot, donde Bainvel se funda.

15. Los signos del tiempo

Todo libro profético es fatalmente oscuro, y sólo se vuelve claro al cumplirse la profecía. El Apokalypsis, por ejemplo, es una profecía de las persecuciones todas de la Iglesia, tipificadas en la primera (persecución de Nerón) y en la última (persecución del Anticristo), seguidas de los castigos temporales de Dios y los triunfos de Cristo.

Es natural que habiendo pasado casi 2.000 años de la Primera Venida, estando nosotros más cerca de su cumplimiento, estemos más capacitados por nuestra pura situación en el tiempo para entender algunas cosas de ella. "Cierra el libro de esta profecía –dice el ángel a Daniel– hasta que llegue el tiempo." "Abre el libro de la profecía –dice el ángel a San Juan en la Visión Segunda y en la Visión Séptima–, porque ya llega el tiempo."

No es temerario, pues, pensar, por ejemplo, que Holzhauser o Lacunza han entendido cosas del Apokalypsis que no entendieron tan claramente los primeros Santos Padres, sobre todo cuando las entienden en perfecta armonía con todos los Santos Padres; *no inventando*, sino desenvolviendo y desentrañando, que es el modo propio de lo que llaman "evolución del dogma".

La Esjatología, entendida por los primeros cristianos en la parte que les tocaba –y la prueba está que los fieles judíos huyeron de Jerusalén a Pella cuando se cerró sobre Armaggedón el segundo ejército romano comandado por Tito–, fue posteriormente un libro cerrado. Las interpretaciones se multiplicaron y diversificaron tanto, que ponerlas juntas es para romperse la cabeza; y si lo dudan, no tienen más que leer de corrida Alcázar o Cornelio Alápide, como he estado haciendo yo estos días.

Los incrédulos lo calificaron de delirio puro y simple. Los cristianos tibios lo evitaron. Y sin embargo, es el libro de la Escritura que contiene una promesa especial para el que lo guarde: "Dichoso el que guarda las palabras de la profecía de este libro."

Pero cuando una profecía se cumple, entonces todos aquellos que la guardan en su corazón creyente –y solamente ellos– ven con claridad que eso es y no puede ser otra cosa. Así pasó con Gamaliel y con todos los judíos que creyeron el primer advenimiento. "Necios, por las señales del cielo y de la tierra conocéis que está próximo el verano, y sois ciegos parra discernir los signos del Hijo del Hombre."

La tesis de Bossuet, de que "una profecía puede cumplirse sin que los contemporáneos se den cuenta", si se entendiera: *sin que todos los contemporáneos se den cuenta*, sería un disparate y una contradicción, porque valdría decir, *sin que la Iglesia se dé cuenta*. De ese modo, las profecías serían inútiles o al menos indignas de la sabiduría y piedad de Dios. "De la higuera aprended un ejemplo. Cuando veis las yemas verdes en el tallo tierno, decís: próximo está el verano. Así, cuando veáis que todas estas cosas suceden, sabed que ya es."

16. El Apokalypsis actual

El Apokalypsis se está volviendo un libro muy actual. "Cuando quiero saber las últimas noticias, leo el Apocalipsis", decía con gracia León Bloy. Hace un siglo, nada más, el renegado Renán se permitía burlarse del apóstol Juan y titear "la imaginación oriental delirante y desmesurada", tan diferente del sereno equilibrio y elegante mesura de la imaginación griega. ¡Un ejército de doscientos millones de hombres, todos a caballo! –que a lo mejor se refiere a una módica expedición guerrera de los parthos en los confines del Imperio que ni siquiera se verificó...– exclama el apóstata bretón. ¡El sol qué se oscurece, la luna de color de sangre, las estrellas que caen! –que sin duda fueron unos cuantos inofensivos eclipses, cometas y meteoros...– ¡Ciudades enteras que se derrumban en un momento y se convierten en ruinas! ¡La tercera parte de los hombres que perece!... Renán paladea con gusto estos absurdos, imposibles en la edad del Progreso, de la Civilización y de la Ciencia Moderna. Ignoraba que la Ciencia Moderna estaba ya entonces elaborando la bomba atómica. "*Je songe a tout l'en fer qui tient dans un atome*", decía por aquel entonces Víctor Hugo, sin saber él mismo todo lo que decía; es decir, profetizando la bomba atómica a la manera de la burra de Balaam.

En su *Comentario Literal al Apocalipsis* [23] (resumen lacunziano publicado con *imprimatur* en Roma), monseñor Eyzaguirre identifica la sexta tuba del sexto ángel del Apokalypsis con la gran guerra mundial, dividida en dos partes, con veinte años de tregua, de la que hemos sido testigos, y víctimas.

23 F. Eyzaguirre, *Apocalipseos Commentarium Litterale*, Roma, Isola dei Lyri, año 1919.

No se puede decir todavía que ésa pueda ser una verificación *literal,* porque el Profeta habla de un ejército de 200.000.000 de hombres *en el frente* (caballería, las tropas de choque de la antigüedad) y de bajas que alcanzan a un tercio de la humanidad. En la presente guerra *antinazi* ha habido cerca de 200.000.000 de combatientes, *pero contando los obreros de las fábricas de armas.* Y ha habido una tercera parte de bajas, pero contando mutilados y estropeados; y no de toda la humanidad, sino de una parte de ella.

Pero críticos militares tan autorizados como el capitán B. H. Liddle Hart y el catalán Iturrat [24] prevén como posible y aun probable una Tercera Guerra Mundial, después de una tregua menor que la anterior, y que no será ya guerra de *naciones unidas,* sino de *continentes unificados.* La aviación fulminante, los *robots* explosivos, la bomba atómica, la conscripción en masa, incluso de mujeres, y la compulsión a entrar en guerra sobre las naciones pequeñas (técnicas de la guerra moderna ya ensayadas con éxito y definitivamente incorporadas al arte bélico), hacen posible un exterminio tres veces más grande que el que hemos presenciado, contando muy por lo bajo.

La herramienta del Anticristo ya ha sido encontrada. Solamente que sea quitado el *Obstáculo,* y *El Que Ha de Venir,* vendrá.

24 Ver *Estafeta Literaria,* Madrid, mayo de 1945.

17. Conjetura exegética

Siendo esto así, se podría conjeturar para un futuro próximo:

1. La reunión de los judíos en un solo cuerpo nacional, la reconstitución del Reino de Israel en su solar propio, condición previa de su conversión en masa a Cristo. *Mirarán a Aquel que enclavaron.*

2. La concentración rápida del poder económico-político (totalitarismo capitalista) en pocas manos y la formación de grandes grupos internacionales, precursores de un Imperio Universal Anticristiano, o Primera Bestia; como esta *Panamérica* que nos están por regalar ahora con las Actas de Chapultepec [25].

3. La persecución de Juliano, la formación de una religión falsa parecida a la cristiana, obra del *Pseudoprofeta* o *Segunda Bestia,* que puede ser un Antipapa, o un gran genio religioso, o simplemente la Masonería o el Socialismo. Ya existen partidos socialistas cristianos, incluso en Italia. "*Ed ha mutato l'aquilla in acceggia / e in segno di fazione il Crocifisso / sicché se con se stessa ofende e aspreggia*", dice Papini [26].

25 Escrito en 1945.

26 "Y el águila ha mudado en gallineta
y en signo de facción el Crucifijo
partida y destrozándose irrequieta."

4. La persecución de Nerón, o sea la opresión jurídica, encarcelamiento, juicios norimberguianos, matanzas y fusilamientos de los que no tengan el signo de la *Bestia* en la frente (profesión de fe apostática) y en las manos –quizá monedas con inscripciones sacrílegas, como parece pasó en tiempo de Nerón.

5. La persecución de Diocleciano, o sea la opresión económica de los fieles a Cristo, los cuales no podrán comprar, ni vender, ni comerciar, atajados por listas negras sometidas a un control mundial.

6. La aparición de los dos testigos que lucharán con el Anticristo con poder divino, quizá el jefe de los cristianos viejos (Enoch) y el jefe de los judíos conversos (Elías) –quizá el último Papa y el último Vicerrey de Israel– que habrán de ser martirizados.

7. La derrota de los santos en todas partes, en medio de una universal apostasía, porque "cuando vuelva el Hijo del Hombre, ¿creéis vosotros que va a encontrar fe en la tierra?" [27].

8. Un breve período de paz internacional, de horrenda paz de terror y de injusticia, presidida por el Emperador Laico del Universo, el Anticristo.

Enrique Larreta teologiza en *La Nación* del 18 de noviembre de 1945 acerca de la bomba atómica, diciendo que, gracias a la "inspiración cristiana" del Presidente Truman, la bomba atómica será el instrumento que traerá al mundo "la paz eterna". ¡Ojalá sea cierto! Pero probablemente la bomba atómica constituye el instrumento técnico de la unificación del mundo por el terror, al mismo tiempo que el *partido socialista cristiano* representa el instrumento técnico de la unificación del mundo por la mentira. Los dos elementos constituyen, según las profecías, la argamasa del Gran Emperador Laico y el retiro del misterioso *Obstáculo*.

27 Lucas XVIII, 8.

A no ser que una gran reacción de la Cristiandad (la "conversión de Europa" que esperan Belloc, Dawson, Meinvielle) con un gran triunfo de la Iglesia (esperado por grandes teólogos, como Holzhauser y Billot) abran una última edad de oro al mundo antes de su fin (la *Iglesia de Filadelfia*, o *Amor de Hermanos)* y aplacen el tiempo de la última Iglesia (la *Iglesia de Laodicea*, o *Juicio de los Pueblos*).

Todo esto no está dado, por supuesto, como cosa de fe o previsión cierta, sino como interpretación privada, lícita a todo cristiano; y más si ejerce oficio de doctor sacro.

18. Las Siete Plagas

En este tiempo en que la Iglesia sufrirá tanto del mundo, no las pasará tampoco muy bien el mundo; al contrario.

La Ciudad de Dios y la Ciudad del Hombre, tensadas al máximo en la acción decisiva de su lucha secular, sufrirán todo lo que es posible sufrir a humanas criaturas y un poco más; con la diferencia que los dolores de la Iglesia serán dolores de parto ("y vi una mujer en el cielo, vestida de sol, calzada de luna, coronada de estrellas, gritando con dolores de parturienta y atormentada por dar a luz... y dio a luz un varoncito que regirá a todas las gentes con vergajo de hierro"); mas los dolores de los impíos serán dolores de muerte eterna, el comienzo del estanque de fuego preparado para los que se han de perder.

Estos dolores de los impíos están figurados en el Libro Santo por las Siete Fialas de los Siete Ángeles que administran la ira de Dios, las cuales corresponden a las Siete Tubas que el Vidente describe antecedentemente; con la diferencia que las Siete Tubas significan las causas espirituales de los dolores (la invasión de los bárbaros, el islamismo, el cisma griego, el cisma de Occidente, el Protestantismo, la guerra mundial y el Anticristo, en nuestra exégesis), en tanto que las fialas corrosivas, que los otros ángeles vuelcan al mismo tiempo sobre la tierra, representan los efectos penosos y punitorios de esas grandes destrucciones espirituales.

Si se interpretan con Eyzaguirre la Sexta Tuba y la Sexta Fiala como la guerra mundial, entonces las otras seis quedan fijadas e interpretadas por el hecho mismo, y de una manera irrecusable.

La Séptima Tuba y la Séptima Fiala son con toda evidencia el mismo Fin del Mundo, el cual es final invariable de cada una de las veinte Visiones. Pues hay que saber que las Visiones del Apokalypsis no siguen un orden lineal progresivo, como es el caso de la poesía épica o narrativa, sino un orden concéntrico o, mejor dicho, espiraloide, el cual es invariable característica del estilo profético oriental. Cada una de las Visiones empieza un poco más allá de la otra; pero todas terminan invariablemente en el objeto principal de todo el libro, la *Parusía* [28].

Así, pues –en nuestra interpretación–, la Primera Plaga es la sífilis; la segunda es la discordia y la guerra en las relaciones internacionales; la tercera es el envenenamiento de la vida cultural y social, y la lucha de clases; la cuarta es la desviación perversa y destructífera de la Ciencia Moderna; la quinta es la destrucción de la pericia política y la impotencia de los estadistas; la sexta es la guerra mundial; y la séptima, el advenimiento parusíaco [29].

De la misma manera, en nuestra exégesis, el *Caballo Blanco* de la Visión Tercera simboliza la *Monarquía Cristiana*, que duró desde Constantino a Napoleón I; el *Caballo Rufo*, la *Gran Guerra* y todo su período de "guerras y rumores de guerra" y de "paz armada" que sigue a las guerras napoleónicas; el *Caballo Oscuro*, este amable tiempo que estamos viviendo de *posguerra*, o sea de Crisis y Carestía; y finalmente, el *Caballo Amarillo* –¿por qué amarillo?; ¿el color de la muerte o el color de la raza que formará el ejército del Anticristo?– significa el *Acabóse Perfecto*.

28 El que no vea lo que aquí queremos decir –y no podemos extenderlo más–, puede revisar la novela arriba citada, *The Big Clock*, de Kenneth Fearing, que usa una técnica original, análoga a esto que decimos: progreso en espiral. Un poco lo hizo ya Ibsen en el drama *Juan Gabriel Borkmann*.

29 La aplicación de las Fialas a nuestro tiempo debe tomarse con cautela, y como interpretación estrictamente personal; aunque coincida, por cierto, con la de otros intérpretes modernos: Holzhauser, Eyzaguirre, Paul Claudel, André Suarès.

19. El morbo infame

A manera de ejemplo, vamos a explicar solamente la Primera Fiala, porque esto no es un tratado, sino un bosquejo; y no podemos explicar todo, sino indicar brevísimamente. El que tenga ojos para ver, que vea. Nos remitimos a otro libro más amplio en preparación: hecho ya y no publicado.

La Primera Plaga es una "herida cruel y pésima", que afligirá a los que tienen el signo de la Bestia y adoran su imagen. El texto griego indica que será una úlcera, por una parte, terrible, y, por otra parte, asquerosa (*élkon kakón kai ponerón;* ver *Diccionario* de Zeller). La sífilis es una de las plagas peores de la humanidad moderna, es cruel y asquerosa, y aflige casi siempre a los pecadores y no a los santos. (¡Ay! Ayer he visto en el tren una niñita de seis años con labio leporino y paladar perforado, medusante monstruo.)

La sífilis como plaga aparece en los tiempos actuales. No diremos que no existiera siempre como epidémica, pero en el siglo XVI se hace endémica. Aparece tan repentinamente, que los hambres creen se trata de un morbo nuevo. Cada nación adjudica esa enfermedad a su vecina. Los españoles la llaman *buba indiana*, creyendo que era traída por los conquistadores y oriunda de los indígenas de América. Los ingleses la llaman *morbo gálico* (*gallic morbus*). Los franceses la llaman *mal siciliano*. Los italianos la llaman *mal francés.* Los polacos la llaman *mal ruso;* y los rusos, *mal pérsico.* También se llama *lúes*, que significa peste, y *avariosis*, que significa degeneración.

La sífilis es diabólicamente maligna y astuta. Si la dejan, se va derecho al sistema nervioso y al plasma germinativo, atacando el núcleo vital del individuo y la especie. A semejanza del pecado original, hiere al hombre también

en su descendencia, y repercute en cadena, originando ruinas atroces a su rededor y hacia delante en forma incalculable. Un solo enviruelado podría contagiar a todo el género humano. El solo cardumen de espiroquetas que nutre una sola prostituta, podría regalar bubones, chancros y tabes a todos los uruguayos, y a los argentinos encima [30].

Es posible que de ella dependan etiológicamente la tuberculosis, el cáncer y la neurastenia. Esto sostienen algunos biólogos actuales.

No decimos que el terrible *treponema pallidum* sea la causa inmediata de esas tres enfermedades, por supuesto. Se sabe que no es así. Pero es muy probable, como opina André Suarés, que la sífilis parental sea la responsable de la propensión a esos tres flagelos, que son *degenerativos* tanto como infecciosos; sin la cual propensión o *terreno* no hay enfermedad.

Para estas tres enfermedades no existe hoy día remedio específico; y la ciencia moderna no lo hallará jamás. Los deslumbrados por el invento de la penicilina y los sectarios de la Nueva Religión de la Ciencia esperarán en vano una vacuna Pueyo para el cáncer, la tisis, la neurosis. No reflexionan que la penicilina, y los otros grandes progresos de la medicina actual, cortan las infecciones –en los organismos robustos, solamente–, pero no robustecen los organismos, ni menos los regeneran.

Dice Carrel que la medicina moderna disminuye las enfermedades infecciosas pero aumenta las degenerativas. La ciencia moderna lo único que consigue en definitiva es aumentar en el mundo actual la proporción de los enclenques, valetudinarios, achacosos y seniles, acarreando así la decadencia de las razas. Léase sobre esto el terrible ensayo del médico inglés Ludovici titulado *Lysístrata o La mujer del porvenir.*

Y la sífilis ataca en general a los que tienen el signo de la *Bestia y* adoran su imagen. Todas las revistas argentinas actuales publican sistemáticamente en cada número por lo menos una fotografía *artística* de una prostitutita de Hollywood en paños menores, incluso la revista *Don Fulgencio*, que profesa ser adaptada para todos los miembros del hogar cristiano, chicos y grandes. (Que haya iniciado ese sistema la revista *Aquí Está*, de un logrero español,

30 No se ofendan argentinos y uruguayos por la *preferencia*. Esto se escribía el año 1945, cuando existía en los prostíbulos de lujo de Punta del Este una especie de *lepra sifilítica*, traída por los soldados de la base yanqui, desde las costas africanas. A eso aludíamos.

es una cosa; y otra cosa distinta, que para ganar plata adopten el sistema todos los argentinos, incluso los de *hogares cristianos,* como..........) [31].

Y ésa es una de las imágenes de la *Bestia,* que nos proponen a nuestra adoración con el nombre evidentemente sacro de *estrellas.* El nombre español y verdadero es el que puse arriba.

Que los daños que causan a la inocencia caigan un día sobre sus cabezas: la piedra atada al cuello.

Esta maldición no es mía, sino del Libro Santo.

31 Escrito en 1945. Apóstrofe que no tiene hoy lugar, pues ha desaparecido la revista *Don Fulgencio.*

20. La Nueva Jerusalén

Basta de visiones de maldición. Interpreten ustedes las otras seis plagas, que son fáciles.

La Visión que cierra el Apokalypsis es de la Nueva Jerusalén. Hay dos Jerusalenes nuevas, la celestial y la terrena, madre de todos nosotros.

La Jerusalén celestial es la actual congregación de los salvados; o sea, lo que llamamos el *Cielo*, hállese donde se halle. El Profeta los ve debajo del altar, clamando venganza contra el poderío injusto y homicida del infierno y el mundo; *altro* que como los veía Víctor Hugo, rogando piedad a Dios para los sirvergüenzas como él [32].

32 Víctor Hugo, progresista. Como todo gran poeta, Víctor Hugo es un resonador de su tiempo y de su tierra, donde se puede contemplar clara y amenamente el espíritu de la herejía *progresista* o *modernista*; casi inmune de su malignidad, por la vacuidad filosófica y la capacidad retórica y estética del poeta.

Véase, por ejemplo, en el tercer tomo de *La Légende des Siècles*, la pieza L: *L'élégie des fléaux*, viva expresión de la mentalidad *moderna* –liberal y progresista– ante lo apokalyptico:

Tu ne l'as pourtant pas mérité, ma patrie !...
Rien n'échappe, et la nuit monte. Profonds sanglots!
Donc, deux invasions! Aprés les Rois, les flots!...
On reverrait ce Styx, le passé! Mornes rives!
Non, France. L'univers a besoin que tu vives...
Ruine et mort! Qui donc a-t-il fait tout cela?
Prêtre, que dis-tu là? Dieu serait le coupable?
Quoi! De tant de forfaits ce Dieu serait capable!...
C'est pour venir jeter dans notre dur chemin
cette explication sourde, bigote, athée
que tu te couronnais d'une mitre argentée,
prêtre! et que d'un émail sacré tu t'empourprais!
La France est accablée, et Dieu l'a fait exprès!...

"Y vi el alma de los degollados por Cristo debajo del altar, orando y clamando: «–¿Hasta cuándo, Señor santo y veraz, no juzgas y no vindicas nuestra sangre de aquellos que viven en la tierra?». «–Hasta que se completen vuestros hermanos y consiervos que han de ser matados como vosotros»". El Cielo es la visión de Dios y la posesión fusionante y unitiva del alma con la deidad. Pero las almas beatas claman en cierto modo por sus cuerpos, cuyas son formas sustanciales.

Pero esta Jerusalén celeste, que ya funciona desde que Cristo "bajó a los infiernos" el día de su muerte, no es la Jerusalén terrestre que ve bajar ahora el Profeta "adornada como una esposa para el varón". Estotra es "un cielo nuevo y una tierra nueva". Es el "tabernáculo de Dios con los hombres, para que desde ahora vivan juntos; porque yo [dice Dios] renuevo ahora todas las cosas". No es la esposa de Dios, sino la *prometida del Cordero*, que desciende del cielo a la tierra con la claridad del cristal y el fulgor del crisolito y el jaspe. Es una ciudad cercada y medida, con doce puertas y doce fundamentos, en forma de cubo perfecto. El sol que la ilumina no es otro que el Cordero, la surca un río de agua viva, y hay en ella doce árboles que dan el fruto de la vida y tienen hojas que curan todo mal.

El Profeta la describe con términos corporales y la promete para los últimos tiempos, para después de la Segunda Venida. Es un error exegético, por tanto, identificarla con el cielo de las almas y con la bienaventuranza definitiva. Están descritas de diferente manera, la celeste y la terrena.

Y en este tono pueril de patrioterismo supersticioso continúa pontificando y profetando el poeta durante trescientos versos, para exhortar a la Francia a "ser grande", a adorar a Dios, a eliminar a los curas, a orar al aire libre y a elegirlo a él senador y par del Reino:

Oui, prêtres, nous prions! Je crois! sachez-le bien.
Comme le vert palmier craint l'autant libyen
nous craignons pour nos fils votre enseignement triste.
Ah, vous ébranlez tout, prêtres, mais Dieu résiste.
Nous l'avons dans nos coeurs, et pas deraciné.
Je veux mourir en lui, car en lui je suis né;
et je sens en mon âme, où tout l'aime et le nomme,
que c'est du droit de Dieu qu'est fait le droit de [l'homme!...

Y continúa este mistificador sonoro prometiendo el paraíso en la tierra a corto plazo, si le hacen caso, entre descomunales injurias a los *prêtres*, exhortaciones al heroísmo... de los demás, y fáciles cheques sobre el futuro, que por desgracia para nosotros se han descubierto sin fondos.

Quisiera describirla. ¿Quién podrá describirla mejor que San Juan? Pero yo quisiera describirla para mis hermanos los argentinos. Quisiera tener, para describirla, la elocuencia del padre Golía para los italianos.

En la Pascua de 1930 oí en Roma un sermón sobre el cielo, del gran predicador italiano Golía, jesuita. (Dijeron que Mussolini estaba de incógnito oyendo el sermón ése, pero yo no lo vi. Eso sí, estaba lleno de militares y de aristócratas romanos.) Golía hizo un sermón largo, amoroso y humoroso, acerca de la perfección final de la natura humana en la vida venidera –que eso y no otra cosa es el cielo–, de hacer llorar y reír al mismo tiempo. Dijo que no hubiera más en el cielo que la supresión de todos los males terrenos, ya eso era paraíso. Describió los principales males terrenos, error, discordia, mentira, guerra, trabajo, incertidumbre, disgustos, enfermedad, vejez y muerte. Y después glosó humorosa y líricamente –haciendo chistes al mismo tiempo contra las beatas que cuchicheaban y movían las sillas y no dejaban escuchar– la promesa del Profeta:

Secaré de sus ojos toda lágrima
Yo mismo, dice Dios,
y ya no habrá más muerte y luto lúgubre,
pues estarán conmigo sin ser dos;
y ya no habrá clamor, dolor, ni estrépito,
porque todo lo viejo se acabó. [33]

De mí sé decir que si me quitaran solamente mis neuralgias semanales, el subdirector del diario y el calor y los colectivos de Buenos Aires, ya sería para mí el cielo. Aunque es claro que enseguida estaría descontento otra vez y empezaría a soñar nuevos cielos y nuevos amores: porque así somos. Pero aquel día, oyendo a Golía, lloré como una magdalena; y ahí está el canónigo Speroni, que se hallaba a mi lado y no me dejará mentir.

Después empezó Golía a recorrer todas las dichas terrenas [34] y a purificarlas y a sublimarlas, para mostrar cómo serán todas las cosas nuevas en la Jerusalén terrena, donde *reinarán los santos con Cristo mil años.*

33 Apokalypsis XXI, 4.

34 Incluso el terreno amor de las mujeres. Estaba allí Mussolini, según dicen, a quien perdió el trágico amor de las mujeres.

Esos mil años, después de la *resurrección primera*, en que reinarán con Cristo los mártires, los interpretan, para antes de la Segunda Venida de Cristo, una escuela exegética llamada *evolucionista*, y para después de esa Venida, otra escuela llamada *milenarista*.

El milenarismo se divide en milenarismo carnal y milenarismo espiritual. El milenarismo carnal o judaizante, técnicamente llamado *quiliasmo*, ha sido prohibido por la Iglesia; la cual también ha prohibido la enseñanza de un milenarismo espiritual llamado *mitigado* en las regiones de Sud América, con el Decreto disciplinar de la S. C. del Índice del 22 de junio de 1940.

Milenarismo y evolucionismo

Este párrafo creemos dice a un ojo limpio con bastante claridad lo necesario. Pero ha suscitado por desgracia una fuerte crítica de un teólogo (?), que nos trata de *milenarista* y otras lindezas. En honor de la ancianidad y bondad personal del crítico, aclarémonos más, si es posible.

Evolucionismo. Es la opinión de los que sostienen que el cap. XX del Apokalypsis se debe interpretar alegóricamente. Es decir, que la *primera resurrección* significa la gracia; los tronos significan los obispos; las almas de los degollados significan los buenos cristianos; y el *Milenio* no es otra cosa que el reinado actual de la Iglesia en el mundo. Tropos...

Milenarismo. Es la opinión que interpreta el mismo pasaje en sentido literal. Se divide en *espiritual* y *carnal* o, por otro nombre, *craso*.

Milenarismo carnal designa la tendencia judaizante y novelesca que en los primeros siglos imaginó un triunfo temporal y mundano de Cristo, semejante al que de hecho le exigiera el fariseísmo en vida; con un séquito de satisfacciones, desquites y deleites groseros para los resucitados, en los cuales la fantasía animal se dio libre curso. Este *quiliasmo* desmesurado fue condenado por la Iglesia, después de haber suscitado las iras, también un poco desmesuradas, de San Jerónimo. Como actitud espiritual, este milenarismo no deja de subsistir incluso hoy día; por ejemplo, en algunas sectas protestantes, y en la mística de los grandes imperialismos actuales.

El *Milenarismo espiritual* se puede resumir en estas palabras de Hallo: "Un Milenio está predicho en la Escritura; ese período todavía no se ha dado; en qué consiste a punto fijo y en pormenor no lo sabemos; cuando se dé, lo sabremos."

Así expresado, con discreción y agnosticismo, ese *quiliasmo* no ha sido jamás condenado por la Iglesia; ni *–audemus dicere–* lo será nunca, por la simple razón de que la Iglesia no va a condenar la mayoría de los Santos Padres de los cinco primeros siglos, entre ellos a los más grandes... (véase *Ecclesia Patristica et Millenarismus, Expositio Histórica a Flor*, Alcañiz S. J., Doctore et Magistro Aggregato Facultati Philosophieae in Universitate Gregoriana, Granatae, 1933.)

Lo que ha hecho no ha mucho la Iglesia, ha sido prohibir por un decreto del Santo Oficio la enseñanza de un *milenarismo mitigado*, claramente definido en la misma prohibición, la cual naturalmente no sería lícito ampliar; porque "*odiosa sunt restringenda*"; a saber: "el milenarismo de los que enseñen que antes del juicio final, con previa o sin previa resurrección de justos, Cristo volvería a la tierra a reinar corporalmente".

Este decreto es del 9 de julio de 1941. El decreto *ut jacet* agarraba también a los exegetas llamados *evolucionistas*, puesto que, según éstos, Cristo reina ya *corporalmente* –desde el Santísimo Sacramento– a partir de su Resurrección hasta el Fin del Mundo. Pero no tocaba, según parece, a los milenaristas sensatos.

Salió otro decreto declaratorio tres años después (A. A. S., 1944, pág. 212), en el cual la palabra *corporaliter* ha sido cambiada por *visibiliter.* Conforme a él, queda excluida la enseñanza, no sólo del *milenarismo craso,* mas también del *carnal-mitigado,* que imagina un Reino temporal de Cristo a la manera de los imperios de este mundo, con su corte en Jerusalén, su palacio, sus ceremonias y festividades, su presencia visible y continua –y hasta su ministro de Agricultura...–; "teología para negros", como dice Ramón Doll; semejante al cielo de la película *Green Pastures*.

Nosotros no enseñamos ni creemos ninguno de estos dos milenarismos, está de más el decirlo; aplicamos aquí simplemente al Apokalypsis el llamado en exégesis *sistema esjatológico,* en oposición al *sistema histórico* y al *sistema alegórico.* Y al crítico prepóstero, que tan mal ha leído mi librito y con tanta acrimonia lo juzga, me contento con copiarle unas líneas de dos autoridades en materia de exégesis: primero, mi maestro en la Gregoriana 1929-1931, R. P. Silvio Rosadini: "*Recolere ante omnia juvabit* [...] *millenarismun, speciatim illum purum et spiritualem, nunquam ab Ecclesía damnatum fuisse. Insuper, verum non est regnum millenarium esse necessariam consequentiam hujus sistematis* [...] *Sunt qui Apocalypsim eschatologice explicant et tamen*

quodcumque millenarium regnum rejiciunt [...] *Sunt e contrario plures, alia systemata sectantes, qui hoc modo regnum millenarium Capitis XX exponunt"* (Silvius Rosadini, S. J., *Inst. Introduct. in Libros Novi Testamenti*, Vol. III, pág. 112, Romae, 1931, Apud Aedes Universitatis Gregor.).

Otra autoridad más cercana a nosotros y no menos respetable e infinitamente oportuna son las dos notas que acerca de esta cuestión escribe monseñor doctor Juan Straubinger en su versión directa del griego anotada y comentada del Nuevo Testamento editada por Dedebec, 1948, págs. 383 y 384, sobre San Juan, XX, 5 y 6.

El resumen de esta espinosa cuestión que allí hace el docto profesor del Seminario de La Plata nos parece coincidir tan exactamente con nuestro pensamiento, tal como en este libro hace seis años se fijó, que queremos ponerle broche de oro haciendo nuestras al final todas y cada una de sus ponderadas y exactísimas palabras.

Helas aquí *:

> 5. *La primera resurrección.* He aquí uno de los pasajes más diversamente comentados de la Sagrada Escritura. En general, se toma esta expresión en sentido alegórico: la vida en estado de gracia, la resurrección espiritual del alma en el bautismo, la gracia de la conversión, la entrada del alma en la gloria eterna, la renovación del espíritu cristiano por grandes santos y fundadores de órdenes religiosas (San Francisco de Asís, Santo Domingo, etcétera), o algo semejante. Bail, autor de la voluminosa *Summa Conciliorum*, lleva a tal punto su libertad de alegorizar las Escrituras, que opta por llamar primera resurrección la de los réprobos, porque éstos, dice, no tendrán más resurrección que la corporal, ya que no resucitarían para la gloria. Según esto, el v. 6 alabaría a los réprobos, pues llama bienaventurado y santo al que alcanza la primera resurrección. La Pontificia Comisión Bíblica ha condenado en su decreto del 20-VIII-1941 los abusos del alegorismo, recordando una vez más la llamada *regla de oro,* según la cual, de la interpretación alegórica no se pueden sacar argumentos. Sin embargo, hay que reconocer aquí el estilo apocalíptico. En I Cor. XV, 23, donde San Pablo trata del orden en la resurrección, hemos visto que algunos Padres interpretan literalmente este texto

* Castellani reproduce las notas a los vers. 5 y 6 del cap. XX del Apocalipsis. Cfr. la edición actual: *La Santa Biblia*, traducción directa de los textos primitivos, por Mons. Dr. Juan Straubinger, 1 solo tomo, Fundación Santa Ana, La Plata (Buenos Aires) 2001 , pp.383-384 [N. del e.]

como de una verdadera resurrección primera, fuera de aquella a que se refiere San Mateo en XXVII, 52-53 (resurrección de santos en la muerte de Jesús), y que también un exegeta tan cauteloso como Cornelio a Lápide la sostiene. Cf. I Tes. IV, 16; I Cor. VI, 2-3; II Tim. II, 16 y ss., y Filip. III, 11, donde San Pablo usa la palabra *exanástasis* y añade *ten ek nekróon*, o sea, literalmente, la *ex*-resurrección, la que es de entre los muertos. Parece, pues, probable que San Juan piense aquí en un privilegio otorgado a los santos –sin perjuicio de la resurrección general–, y no en una alegoría, ya que San Ireneo, fundándose en los testimonios de los presbíteros discípulos de San Juan, señala como primera resurrección la de los justos (cf. Lucas XIV, 14 y XX, 35). La nueva versión de Nácar-Colunga ve en esta primera resurrección un privilegio de los santos mártires, "a quienes corresponde la palma de la victoria. Como quienes sobre todo sostuvieron el peso de la lucha con su Capitán, recibirán un premio que no corresponde a los demás muertos, y éste es juzgar, que en el sentido bíblico vale tanto como regir y gobernar al mundo, junto con su Capitán, a quien, por haberse humillado hasta la muerte, le fue dado reinar sobre todo el universo" (Filip. II, 8 y ss.). Véase Filip. III, 10-11; I Cor. XV, 23 y 52 y notas; Luc. XIV, 14, y XX, 35; Hech. IV, 2).

6. *Con el cual reinaron los mil años.* Fillion dice a este respecto: "Después de haber leído páginas muy numerosas sobre estas líneas, no creemos que sea posible dar acerca de ellas una explicación enteramente satisfactoria." Sobre este punto se ha debatido mucho en siglos pasados la llamada *cuestión del milenarismo* o interpretación que, tomando literalmente el milenio como reinado de Cristo, coloca esos mil años de los vers. 2-7 entre dos resurrecciones, distinguiendo como primera la de los vers. 4-6, atribuida sólo a los justos, y como segunda y general la mencionada en los vers. 12-13 para el juicio final del vers. 11. La historia de esta interpretación ha sido sintetizada en breves líneas en una respuesta dada por la *Revista Eclesiástica De Buenos Aires* de mayo de 1941, diciendo que "la tradición, que en los primeros siglos se inclinó en favor del milenarismo, desde el siglo V se ha pronunciado por la negación de esta doctrina en forma casi unánime". La Suprema Sagrada Congregación del Santo Oficio cortó la discusión declarando, por decreto del 21 de julio de 1944, que la doctrina "que enseña que antes del juicio final, con resurrección anterior de muchos muertos o sin ella, Nuestro Señor Jesucristo vendrá visiblemente a esta tierra a reinar, no se puede enseñar con seguridad (*tuto doceri non posse*)". Para información del lector, transcribimos el comentario que trae la gran edición de la Biblia de Pirot-Clamer sobre este pasaje: "*La interpretación literal*: varios autores cristianos de los primeros siglos pensaron que Cristo reinaría mil años en Jerusalén (vers. 9) antes del juicio final. El autor de la Epístola de Bernabé (XV, 4-9) es un mi-

lenarista ferviente; para él, el milenio se inserta en una teoría completa de la duración del mundo, paralela a la duración de la semana genesíaca: 6.000 + 1.000 años. San Papías es un milenarista ingenuo. San Justino, más avisado, empero, piensa que el milenarismo forma parte de la ortodoxia (*Diálogo con Trifón*, 80-81). San Ireneo, lo mismo (*Contra las Herejías*, V, 28, 3), al cual sigue Tertuliano (*Contra Marción*, III, 24). En Roma, San Hipólito se hace campeón contra el sacerdote Caius, quien precisamente negaba la autenticidad joanea del Apokalypsis, para abatir más fácilmente el milenarismo." Relata aquí Pirot la polémica contra unos milenaristas cismáticos, en que el obispo Dionisio de Alejandría "forzó al jefe de la secta a confesarse vencido", y sigue: "Se cuenta también entre los partidarios más o menos netos del milenarismo a Apolinario de Laodicea, Lactancio, San Victorino de Pettau, Sulpicio Severo, San Ambrosio. Por su parte, San Jerónimo, ordinariamente tan vivaz, muestra con esos hombres cierta indulgencia (*Sobre Isaías*, libro 18). San Agustín, que dará la interpretación destinada a hacerse clásica, había antes profesado durante cierto tiempo la opinión que luego combatirá. Desde entonces el milenarismo cayó en el olvido, no sin dejar curiosas supervivencias, como las oraciones para obtener la gracia de la primera resurrección, consignadas en antiguos libros litúrgicos de Occidente (Dom Leclercq)." Más adelante cita Pirot el decreto de la Sagrada Congregación del Santo Oficio, que trascribimos al principio, y continúa: "Algunos críticos católicos contemporáneos, por ejemplo Calmet, admiten también la interpretación literal del pasaje que estudiamos. El milenio sería inaugurado por una resurrección de los mártires solamente, en detrimento de los otros muertos. La interpretación espiritual: Esta exégesis –sigue diciendo Pirot–, comúnmente admitida por los autores católicos, es la que San Agustín ha dado ampliamente. Agustín hace comenzar este período en la Encarnación, porque profesa la teoría de la recapitulación, mientras que, en la perspectiva de Juan, los mil años se insertan en un determinado lugar en la serie de los acontecimientos. Es la Iglesia militante, continúa Agustín, la que reina con Cristo hasta la consumación de los siglos; la primera resurrección debe entenderse espiritualmente del nacimiento a la vida de la gracia (Col. III, 1-2; Fil. III, 20; cf. Juan, V, 25); los tronos del vers. 4 son los de la jerarquía católica, y es esa jerarquía misma, que tiene el poder de atar y desatar. Estaríamos tentados –concluye Pirot– de poner menos precisión en esa identificación. Sin duda, tenemos allí una imagen destinada a hacer comprender la grandeza del cristiano: se sienta, porque reina (Mat. XIX, 28; Luc. XXII, 30; I Cor. VI, 3; Ef. I, 20, y II, 6; Apoc. I, 6, y V, 9)."

Hasta aquí las notas de Mons. Straubinger.

21. Cabo

Debo callarme ahora, porque soy incapaz de describir el Cielo. En mi presente circunstancia me siento profundamente inspirado para describir el infierno, o a lo más el purgatorio. Mi descripción del Cielo sería una noche oscura, mi soledad en medio de ella y una cúpula de bronce. Si yo escribiera ahora un poema teológico, sería más parecido a *Las Flores del Mal* –en que un pobre réprobo y mártir de nuestra época describió su infierno interior–, que a la *Divina Comedia*, Tercera Parte.

Baste decir que la Nueva Jerusalén es cien veces mejor que la mejor cosa que ha existido en el mundo.

La vida eterna, dice Santo Tomás, citando a Boecio, que es "de una vida interminable la posesión toda junta y perfecta". La vida del hombre es dual, aunque no doble; vida del alma (el alma es el sentido del cuerpo) y vida del cuerpo (el cuerpo es la aparición del alma); vidas que aunque no son separadas ni superpuestas se encuentran más de una vez en este mundo violentamente desgarradas o contrastadas, a causa del oscilar vicioso del Yo entre los dos polos: misterio que hacía gemir a Aristóteles.

El Redentor del mundo, "que reformó la bajeza de nuestro cuerpo, configurándolo a la claridad del suyo", entregado por nosotros a los tormentos, ha salvado al hombre entero, alma y cuerpo, y con él a toda la naturaleza, creada para el hombre.

Cristo se debe en cierto modo a sí mismo la restauración del Paraíso Terrenal, si ha de reparar con ventaja, como está escrito, todo el daño hecho por la serpiente. Y aun quizá por eso en el Génesis el Paraíso Terrenal se dice "cerrado" y trancado después de la culpa, no se dice *destruido*.

El Paraíso vive como nostalgia insaciable en la sangre de los hijos de Adán, impulsándolos a la conquista de los elementos, haciéndolos marchar adelante, inspirándoles proezas y perpetraciones; y en nuestra época, poniéndolos frenéticos y haciéndolos delirar nuevas torres que lleguen al cielo.

Todo poema de amor es una evocación del Edén. Ya sé que a los *teólogos* no les gusta que sea así; pero es así y está en la Escritura. Todo gran poema debería llevar el título de Milton: *El paraíso perdido.* Sin Beatriz, Dante no hubiera podido imaginar el cielo.

Los teólogos del Seminario [35] imaginan el cielo como un lugar lleno de palmeras y pajaritos, sin frío ni calor, donde se pueden echar excelentes siestas. Cuando era joven, yo me lo representaba como una playa de mar y sobre ella un chalet con caballos y libros de metafísica, imagen que ahora me parece inferior a la otra –a la de las palmeras. Como estoy seguro que si forjo otra imagen mejor me la va a reventar la Censura, opto por acudir a la que hizo el poeta maldito que pasara en esta vida un infierno, si no fuera por los repentinos relámpagos del cielo que su genio poético le procuraba; en momentos raros, henchidos de lágrimas de una nostalgia infinita.

Al cielo, do adivina para sí un trono raro,
alza el poeta calmo los dos brazos piadosos,
y los vastos fulgores de su espíritu claro
le ocultan el tumulto de los pueblos furiosos.

Oh Dios, bendito seas que das el sufrimiento
como un divino díctamo de nuestra impuridad
y como el más activo y el más puro fermento
que prepara los fuertes para la eternidad.

Yo sé que Tú preparas un lugar al Poeta
en las filas ardientes de las santas legiones,
donde le esperan, huésped de la fiesta secreta,
los Tronos, las Virtudes y las Dominaciones.

35 *Teólogos* llaman en los Seminarios a los estudiantes de teología, que no pueden regularmente saberla muy del todo: no a los profesores, los cuales es de suponer que ya la saben.

Yo sé que el Dolor forma la aristocracia sola
do no hará mella el diente del mundo y los infiernos.
Sé que es preciso, para fabricar mi aureola,
juntar los universos y los siglos eternos.

Mas las joyas perdidas del Ofir y de Ankhara,
los ignotos metales, las perlas de la mar
por tu mano engarzados no podrán igualar
a mi diadema cierta, resplandeciente y clara.

Porque no será hecha sino de pura luz
arrancada a los focos primitivos del ser,
del cual aun esos ojos que yo sé de mujer
son menos que un espejo deslustrado y marfuz.

Charles Baudelaire
Les Fleurs du Mal, I Bénédiction

Sección Cuarta

Resumen de todo lo dicho en verso

I

"*Que mi patria me salve del destierro*
y la tortura, porque no he pecado
ni contra Dios, ni contra Martín Fierro..."

Pero ¿qué patria? ¡Oh hombre desdichado!
¿Piensas que el peregrino patria tiene,
ni hogar el que de Dios está exilado?

Sucia del mundo la corriente viene;
el mundo sufre, una época declina,
podrida en odio, sífilis e higiene.

El hombre desafió la ira divina
y vive en guerra y en rumor de guerra,
y la postrera guerra se adivina.

Quiso hacer el Edén sobre la tierra,
y he aquí que sobre el mar ve la burbuja
de la *Bestia Escarlata* y la *Gamberra*.

Y no lo reconoce y se apretuja
el magín inventando soluciones
que otra *Bestia* sutil refrenda bruja.

Ya sobre la injusticia las naciones
plantan los pies y ahondan las raíces;
ya de la fe se dan imitaciones.

Ya no hay verdad en hombres ni en países...
Si tú amas la Verdad y la defiendes,
te quemará los pies en donde pises.

¡Y ay de ti, por muy poco que deslices!
Ya están volando los postreros duendes.

II

Ya está volando la cohorte duende,
de las langostas la cohorte esclava,
Gog y Magog, los bárbaros de allende.

El gran Éufrates que desapartaba
la región de los santos, está enjuto...
Hierve el remoto Oriente como lava.

Sonó la Sexta Tuba y a su eruto
sobre la Europa el Asia se desborda:
de nuestra *civilización* el fruto.

El tiempo apunta de la inmensa horda
de doscientos millones de jinetes
que aquí quieren Edén y vida gorda,

y tienen nuestros bélicos juguetes
bocas de fuego, petos azufrados
y la bomba que vuelve fuego el éter.

Para matar, de fuego están armados,
un tercio de los hombres, y los otros
no se darán de Dios por enterados.

De hierro y nafta sus monstruosos potros
matan con la cabeza y con la cola,
faz de león con rabos de gimnotros...

Potros que nadie ha visto hasta nosotros.
Y es un mar. Dique no hay. Rompe la ola.

III

Tres *Ranas* ya preparan la gran guerra
que cuaquerizan, y con su graznido
traen tras sí los reyes de la tierra

a unirse contra Dios y el que es su Ungido
en conjura fatal, en la más fuerte
tribulación que en este mundo ha sido...

Croan los tres batracios de la muerte
del mundo en el fangal sin ser del mundo,
por ser de aérea sobrehumana suerte.

"*Libertad*" croa el uno, y el segundo,
"*Cristianismo*", y el otro, "*Democracia*"...
Y son la Trinidad del Gran Inmundo.

Dice el primer demonio: "*Ésta es la gracia*
del Dios Humanidad del culto nuevo,
la flor de Europa barnizada de Asia."

El otro dice: "*El pueblo es un renuevo eterno,*
el pueblo libre, el pueblo libre,
progreso eterno de un eterno efebo."

Y el tercero: "*Para que se equilibre*
el mundo, debe ser común el oro
y la riqueza de un común calibre."

Y croan, croan, croan en un coro
que es tres y es uno y es siempre lo mismo,
la vieja nenia del profeta moro.

Y entre el humo brotado del abismo
los hombres oyen la fatal sirena
y van ciegos al magno cataclismo

de la guerra sagrada, de la buena
batalla por la civilización,
para matar la guerra y su condena,

la última guerra séculoventena
en pro de la Sacrílega Ilusión.

IV

Con Dios el hombre ha roto el viejo pacto,
del mundo el drama va a su desenlace:
ya se ha alzado el telón del Tercer Acto.

La grey ya pastos venenosos pace
y el silbo del Pastor un ardoroso
estrépito de máquinas deshace.

Del alacrán picado sin reposo
se agita el hoy llamado "intelectual",
y vomita el veneno contagioso,

que se hace gas y atmósfera letal
y anubla el sol y ensangrienta la luna,
y las estrellas caen; y la sal

pierde su salinez; la sal salina
¿con qué se salará?... Sangre de Mártir
y sólo la otra intervención divina.

Ya se ha agrietado el último baluarte,
ya he visto todo, yo, lo que hay que ver:
Venus y Marte por el Kindergarten,

la adoración del hombre y la mujer,
al timón del poder alzado el zote,
poder de destruir, ¡bello poder!

He visto algo peor que todo azote:
vi la desolación abominable:
odio en el corazón del sacerdote...

Odio hacia la verdad, ¡oh miserable!...
Pero de un caso tal es conveniente
tan sólo el agua de los ojos hable.

Ya una trompeta aduna a toda gente,
la mala entraña muestra su entresijo
y vence a todo la crueldad que miente,

como en los tiempos del Dios Crucifijo
y aun peor, el hombre es inhumano,
como Cristo fatídico lo dijo:

Al tribunal el padre entrega el hijo
y el hermano la muerte da a su hermano.

V

Era verdad lo que decía el Cristo,
era verdad la horrible profecía,
era verdad. Se cumple. Yo la he visto.

El mundo ha de morir. Ya lo decía
de los profetas la visión siniestra,
y que no morirá sin agonía.

Ya en veinte siglos una que otra muestra
de las profundidades de Satán
se vio irrumpir. ¡Mortal! ¡Ésta es la nuestra!

Ha de finar un día el ciclo Adán...
¿No te parece que ya está maduro
el siglo nuestro ciego y charlatán?

Pensar que hay que morir es duro, es duro...
En sanar piensa siempre el muy enfermo;
piensa en vivir, vivir con todo apuro.

Y el mundo nuestro, ya de savia yermo,
piensa en vivir, vivir a toda prisa
con la testarudez del paquidermo.

Y una inmensa ilusión forja y atiza
con tintes de crepúsculo rosada,
que cree él aurora que se irisa

de la nueva Babel por fin lograda,
superfederación de todo el Orbe
del nuevo superhombre gobernada,

sin hambre, guerra o religión que estorbe
y con la fuerza atómica en la almarcha,
como elixir que todo mal absorbe...

*"No vuelve Cristo más. El mundo marcha
como siempre marchó desde el comienzo,
tierra, agua, viento, sol, fuego y escarcha.*

*Y está llegando a su cenit inmenso
la tierra unificada por el ala
del avión, de la prensa y del incienso..."*

Y será por la buena y por la mala,
por el preste, el soldado, el leguleyo
la tierra trono para alzar su estala,

de falsa paz que sacrilegio exhala
el nietzscheano Emperador plebeyo.

VI

Jesús no lo nombró... Predijo triste:
*"Uno vendrá; y a Mí que vine en nombre
del Padre, a Mí que no me recibiste,*

*suplantará. Será el Hijo del Hombre,
y lo recibiréis como Mesías
al Otro. Al que vendrá en su propio nombre..."*

Pseudos profetas con sus profecías
ya lo preparan, y su procerosa
figura se bosqueja en nuestros días;

gime hacia él ahora toda cosa;
le pide el mundo el don, el don sagrado
de la paz para el ansia que lo acosa.

Y él la dará. Será un resucitado;
su imagen hablará; fuego de arriba
hará bajar con mágico llamado...

De la mundial malignidad ojiva,
de las edades flor satanizada,
rayo y hechizo su palabra viva,

de un golpe pulverizará su espada
tres reyes, y los otros harán pleito
homenaje en el templo de la Nada...

Del Fuerte de este Mundo el falaz Reino
implantará por fuerza y por mentira,
por dos tiempos, un tiempo y medio tiempo...

Hijo de Iniquidad, Hombre de Ira,
rencor feroz a todo lo que es recto,
comunión en la negra adipocira,

el docto en la maldad, el arquitecto
de las cósmicas fuerzas desatadas
por la malicia de un mundo provecto,

le mirarán las turbas extasiadas
y adoraránle en inefable arrobo,
como ante un lobo atónitas manadas;

abolirá la Hostia; hará el Gran Robo;
comulgarán con él en la quimera
de hacer la nueva Gran Babel *ab ovo*,

y el hombre para el hombre será lobo
por el ejemplo de la Augusta Fiera.

VII

No eres feliz, mundo sin Dios. Creías
que, sin Dios, igual todo iría marchando
con más un haz de nuevas alegrías...

¡Oh, pobre mundo de hoy! Estoy llorando
de ver que crees ser rico y sapiente
y fuerte y grande y abastado, cuando

estás ciego y robado y muy doliente
y pobre y triste y mísero y maltrecho
y descarriado irremisiblemente...

Siete copas de ira tu pertrecho
son; siete fialas, invisible rayo
con sangre de los mártires que has hecho.

Pasó ya el rocín rojo, el rocín bayo
y llega el corcel negro que es la muerte,
y contra Dios no tienes pararrayo.

Vino la guerra y la posguerra inerte...
Viene el error, la crueldad tirana,
y la persecución dos veces fuerte,

que miente y mata y tienta sobrehumana;
y si durase, ni los elegidos
podrían resistir su atarazana,

mientras en trepe de atronantes ruidos
caen las copas de la ira sobre
los corazones pétreos y podridos...

Cayó la una copa, y una podre
nueva, una enfermedad fiera, encubierta
y vergonzosa rebalsó del odre...

Volcó el segundo Ángel la retuerta
segunda copa sobre la mar viva,
y la mar se hizo sangre, sangre muerta ...

Volcó el tercero su putrefactiva
tercera copa, y nuestra gran cultura
ríos de sangre fue de vida priva.

Y el sol de nuestra ciencia calentura
se hizo a la cuarta; y a la quinta copa
la sede de la *Bestia* se hizo oscura...

Faltó el Rey y el Legista en toda Europa,
y mordía su lengua la que era
antaño de regir vidente tropa.

Y se secó el Gran Río, la frontera
móvil que la barbarie contenía
dejando paso al gran tropel de afuera;

y ésta es la sexta copa; y todavía
la última, la séptima, se aguarda,
que es la consumación y la agonía

en que se rompa la Ciudad Bastarda
en tres pedazos, y el capitalista
emporio desde las raíces arda

la Urbe de rapiña y de conquista
que anuncia ya con sus tumeces grávidas
que el tiempo ya llegó; y está a la vista

la gran Águila del Evangelista...
Y donde el cuerpo esté, vendrán las águilas.

VIII

¡Oh aturdidos estúpidos rebaños
que pensáis que esta era es duradera
todavía dos mil o seis mil años!

Nadie sabe la hora verdadera;
nadie sabe la hora, ni los ángeles,
que del ciclo de Adán será postrera...

Pero no hagáis, por Dios, tan anchos márgenes..
Mirad los signos: cuando veis la higuera
con hojas tiernas y los otros árboles,

Decís: "*Cerca ya está la primavera...*"
¡Qué bien leéis el curso de los astros!
¡Qué mal leéis el fin de su carrera!

Cuatro sofistas o politicastros
que os hablan del progreso indefinido,
la evolución y sus dudosos rastros,

os hunden rebañegos al olvido
de que debe volver el juez y pronto;
que si no, poco fuera haber venido.

"*Vuelvo pronto*" –Él lo dijo–, y sólo un tonto
por "*vuelvo pronto*" entiende "*vuelvo lento*"
o "*me voy para siempre y me remonto*".

Así como le vimos sobre el viento
subir al cielo sobre el Monte Santo,
así vendrá. ¡Velad oído atento!

Decid "*¡Vuelve, Señor Jesús!*" con llanto;
con lágrimas regad la hundida frente
del mundo actual sumido en el espanto.

No os sea el Gran Dolor indiferente:
del Gran Dolor del mundo solidarios
sintámonos, hermanos. Es patente

la expectación que azora a toda gente
de sucesos sin par extraordinarios.

IX

Yo no lo sé. Dios puede, si lo quiere,
alzar el mundo con potente mano
y levantar a Lázaro que muere.

Puede, como otras veces, el cristiano
lábaro enarbolar de Constantino
sobre la melma del rebaño humano.

Puede nuestra agua convertir en vino
y ahogar la iniquidad que sobreabunda
en una inundación de amor divino.

Hacer que Pedro flote y no se hunda,
y extendiendo la mano, en un destello
aplacar la borrasca tremebunda...

Pero si ya se ha roto el sexto sello,
puede un resuello Dios dar a su Iglesia...
Pero, entendedlo bien, será un resuello.

Ya no es posible la palingenesia;
verdad y error crecieron demasiado,
y la herejía es demasiado recia.

Se ha llegado hasta el fin. El Evangelio,
ya por el orbe entero predicado,
cumplió su zigzagueante perihelio;

el reino de Israel se ha reanudado
y el odio a Cristo es hoy Reino y Partido,
caldo y cuna del Hombre de Pecado.

Algo en la misma entraña se ha extinguido
del hombre ahíto, que en maniobra sucia
de la procreación profana el nido.

Hecha Estado Antidiós la ex Santa Rusia
triunfa en la guerra; crece y se agiganta,
y a toda conversión se desahucia...

¡Ojalá que en palingenesia santa
un Pontífice angélico, un rey santo,
como quien grande lápida levanta,

puedan del mundo trasplantar la planta!...
Mas yo no oso, oh Dios, esperar tanto.

X

Sólo espero la cruz. El fariseo
parece en situación inconmovible,
y una, dos, tres y más veces arreo,

son vencidos los santos: es visible...
El que cree que Cristo es Dios de veras,
sufre persecución casi insufrible.

Talados son sus bosques y sus eras.
Ni comprar ni vender ni medrar puede,
si no acata del oro las banderas;

y si la marca de la *Bestia* adrede
no se imprime en la frente y en la diestra,
es un paria, y al mundo entero hiede.

Ha comenzado ya la lista negra,
y cubre y va parasitando todo
el árbol de la fe una mala hiedra...

Luchan acá y allá codo con codo
algunos adalides no domados
contra la oscuridad y contra el lodo;

pero darán su nombre derrotados
si quieren no abdicar de su conciencia,
pues se han echado los postreros dados.

De Maquiavelo la nefasta ciencia,
que considera al hombre como su
material de ambición y prepotencia,

los portales ha abierto a Belcebú,
y hasta en los sacros solios la política
con el mundo negocia a tú por tú,

y la podre creciente y sifilítica
parece ya en sus claros caracteres
universal, total y apokalyptica.

Materialízanse las dos mujeres:
la parturienta en luz de sol vestida
y la Ramera de los mercaderes.

Y parece implantado sin medida
el "*peccatum ad mortem*", cuyo fuego
no tiene aquí perdón ni en la otra vida:

el orgullo deicida y homicida,
por el que –Juan decía– "*Yo no ruego.*"

XI

"*Que mi patria me libre del destierro*
y la tortura, porque no he pecado
ni contra Dios, ni contra Martín Fierro."

El que es de Dios, es siempre desterrado;
su patria es sólo Dios siempre presente,
siempre invisible; y hoy desencarnado...

¿Hay patria ya? La idea renitente
de patria va a morir, la estamos viendo
desangrarse melancólicamente.

Pronto no habrá más patria que el tremendo
escoger de una u otra ideología
y el "*contra-mí-o-conmigo*" en truce estruendo.

Pero yo he visto en soledad sombría
las visiones de Patmos; y la Electa
novia Jerusalén que descendía;

y mi alma triste ha descansado en verla
la ciudad de la paz que no se acaba,
cada una de sus puertas una perla;

la ciudad de azahar sin alcazaba,
hecha de alegres flores vueltas gema,
donde la aljaba flor es flor de aljaba.

Pena es a mí el destierro la suprema
y a muchos; pero yo mi patria he visto:
la Urbe no mortal con su diadema,

donde no hay sol, porque su sol es Cristo;
donde la Virgen Madre es luna llena
y es Árbol de la Vida Trimegisto.

Humana habitación con Dios serena
de esmeralda, crisólito y topacio,
zafir, rubí, sardónice y galena,

como la vio el Profeta en el espacio:
de jacinto, amatista y esmeralda
y jaspe y ónix, inmortal palacio,

iridiscente en rojo azul y gualda,
iris que desde niño he deseado
y por el cual dejé toda guirnalda...

¡Qué amargo sabe el pan del exiliado!
¡Qué frío es su cubil, y cómo atierra
el *¿Hasta cuándo?* y el *¿Qué causa he dado?*

y la injusticia fría que lo encierra!...
Mas, criminal de guerra, no he pecado
contra Dios, ni pequé contra mi tierra...

–aunque como hombre pude haber faltado–
yo, no convicto criminal de guerra...

Epístola a Víctor
(Escrita en 1949)

Sección Quinta

Anexos

Himno al Mesías venidero

Baja otra vez al mundo,
baja otra vez, !Mesías!
De nuevo son los días
de tu alta vocación;
y en su dolor profundo
la humanidad entera
el nuevo oriente espera
de un sol de redención.

Corrieron veinte edades
desde el supremo día
que en esa Cruz te vía
morir Jerusalén;
y nuevas tempestades
surgieron y bramaron
de aquellas que asolaron
el primitivo Edén.

De aquellas que le ocultan
al hombre su camino
con ciego torbellino
de culpa y expiación;
de aquellas que sepultan
en hondos cautiverios
cadáveres de imperios
que fueron y no son.

Sereno está en la esfera
el sol del firmamento:
la tierra en su cimiento
inconmovible está:
la blanca primavera
con su gentil abrazo
fecunda el gran regazo
que flor y fruto da.

Mas ¡ay! que de las almas
el sol yace eclipsado;
mas ¡ay! que ha vacilado
el polo de la fe;
mas ¡ay! que ya tus palmas
se vuelven al desierto:
no crecen, no, en el huerto
del que tu pueblo fue.

Tiniebla es ya la Europa:
ella violó la ciencia,

maldijo su creencia
se apacentó con hiel;
y rota ya la copa
en que su fe bebía,
alzándose decía:
"Mirad, yo soy Luzbel."

Mas ¡ay! que contra el cielo
no tiene el hombre rayo,
y en súbito desmayo
cayó de ayer a hoy;
y en son de desconsuelo,
y en llanto de impotencia,
hoy clama en tu presencia:
"Señor, tu pueblo soy."

No es, no, la Roma atea
que entre aras derrocadas
despide a carcajadas
los dioses que se van:
es la que, humilde rea,
baja a las catacumbas,
y palpa entre las tumbas
los tiempos que vendrán.

Todo, Señor, diciendo
está los grandes días
de luto y agonías,
de muerte y orfandad;
que, del pecado horrendo
envuelta en el sudario,
pasa por un Calvario
la ciega humanidad.

Baja, ¡oh Señor!; no en vano
siglos y siglos vuelan;
los siglos nos revelan
con misteriosa luz
el infinito arcano
y la virtud que encierra,
trono de cielo y tierra,
tu sacrosanta Cruz.

Toda la historia humana,
¡Señor!, está en tu Nombre;
Tú fuiste Dios del hombre,
Dios de la humanidad.
Tu sangre soberana
es su Calvario eterno:
tu triunfo del infierno
es su inmortalidad.

¿Quién dijo, Dios clemente,
que Tú no volverías,
y a horribles gemonías
perenne perdición,
condena a esta doliente
raza del ser humano,
que espera de tu mano
su nueva salvación?

Sí, Tú vendrás. Vencidos
serán con nuevo ejemplo
los que del santo templo
apartan a tu grey.
Vendrás, y confundidos
caerán con los ateos
los nuevos fariseos
de la caduca ley.

¿Quién sabe si ahora mismo
entre alaridos tantos

de tus profetas santos
la voz no suena ya;
¡Ven, saca del abismo
a un pueblo moribundo;
Luzbel ha vuelto al mundo...
¿Y Dios no volverá?

¡Señor! En tus juicios
la comprensión se abisma;
mas es siempre la misma
del Gólgota la voz.
Fatídicos auspicios
resonarán en vano;
no es el destino humano
la humanidad sin Dios.

Ya pasarán los siglos
de la tremenda prueba;
¡ya nacerás, luz nueva
de la futura edad!
¡Huiréis, negros vestiglos
de nuestros duros días!
Ya volverás, ¡Mesías!
en gloria y majestad.

Gabriel García Tassara
(1817-1875)

Juicio

En el nombre del Padre y del Hijo
y el Espíritu Consolador
y la Virgen tu Madre y mi Madre,
yo me tumbo a tus plantas, Señor...

Señor, tus altos juicios me aterran como un rayo
y estoy anonadado frente a tu Majestad.
Tú, que en tus mismos ángeles encontraste maldad
y los precipitaste cual chaparrón de mayo...

Tú estás en los abismos y en los espacios plenos;
todo con tu impalpable simplicidad lo llenas
y cuentas las estrellas en las noches serenas
y en las noches fragosas increpas en los truenos...

Y yo soy polvo, barro, hijo de la mujer
caída. Ya en su seno la maldad me manchó;
y después con mis manos yo he delinquido...
¿Yo? ¿Yo, Señor? ¿Yo, mi Dios? ¿Yo me pude atrever?

¿Yo he sido tu enemigo, burlé tu ley sagrada
y levanté pendón contra el Rey Soberano?
Tú me hiciste y me tienes. Si separas la mano,
¡yo me vuelvo a la nada!

Por eso ahora, helado de terror como un muerto,
a pesar de mis largos años de penitencia,
me parece que siento tu divina presencia
que llena la solemne soledad del desierto...

Y tus labios que atajan, como diques de Gades
tus sentencias terribles, que serán un torrente,
y tus ojos, como una claridad trasfundente
que penetra la médula de mis iniquidades.

¿Cómo él hijo del hombre podrá serte importuno?
¿Quién mirará de fijo tu cara? ¿Quién abrir
podrá los labios trémulos? Si quieres argüir,
¡de mil cargos que le hagas, no soltará ni uno!...

Y entonces, ¿dónde escapo, Señor, que no me atajes?
¿Dónde me escondo al hórrido tronar de tus furores
cuando venga tu ira sobre los malhechores
súbita como un golpe de caballos salvajes?

¡Cómo estará mi alma, Señor, en los fatales
instantes en que le hundas tus escrutantes ojos,
mientras aquí en mi cueva, mis calientes despojos
los olfatean los hambrientos animales!

El dicho es formidable y el minuto espantoso
cuando tu boca eterna de Juez nos precipita
o a los reinos de la Virgen bendita
¡o a la caverna del león y el oso!

Y después no habrá cambios, ni mudanzas, ni glosas.
Se enclavará el destino de todo ser creado,
y allí donde han caído y así como han quedado
¡quedarán, *in aeternum*, las cosas!

Quedarán con firmeza adamantina, ¡Señor!
¡Señor, la incertidumbre de mi suerte me tumba!

¡Señor, nada se arregla más allá de la tumba!
¡Y yo no sé si estoy en odio o en amor!

Lo que pequé no sé si querrás perdonar,
y sé muy bien que puedo retornar a pecar...
¡Y el demonio que acosa, y este mundo que vende!
¡Y esta carne se enciende!
¡No hace lo que yo quiero y hace lo que repelo!
Y en los días que ayuno, sueña en vino y perdices,
y en danzas de doncellas en las noches que velo,
a pesar de mis cabellos grises
y de haber dormido en el suelo
¡y de haber comido raíces!...

... Pero, Señor, yo te vestí, desnudo,
y te he enseñado cuando fuiste rudo,
tu pan y tu vino comí,
y el pan de mi boca te di,
y llagas en la carne padecimos los dos...
¡no puedes fulminar contra mí!
¡Yo me agarro a la boca y la palabra de Dios!
¡Yo me agarro a las llagas de Dios!

Jerónimo del Rey

Oración al Rey venidero

Un gran vuelo de cuervos mancha el azul celeste.
Un soplo milenario trae amagos de peste.
Se asesinan los hombres en el extremo Este.

¿Ha nacido el apocalíptico Anticristo?
Se han sabido presagios y prodigios se han visto.
Y parece inmediato el retorno del Cristo.

La tierra está preñada de dolor tan profundo,
que el soñador imperial, meditabundo,
sufre con las angustias del corazón del mundo.

Verdugos de ideales afligieron la tierra.
En un pozo de sombra la humanidad se encierra
con los rudos molosos del odio y de la guerra.

¡Qh, Señor Jesucristo! ¿por qué tardas, qué esperas
para tender tu mano de luz sobre las fieras
y hacer brillar al sol tus divinas banderas?

Surge de pronto y vierte la esencia de la vida
sobre tanta alma loca, triste y empedernida
que, amante de tinieblas, tu dulce aurora olvida.

Ven, Señor, a vengar la gloria de Ti mismo.
Ven con temblor de estrellas y horror de cataclismo.
Ven a traer amor y paz sobre el abismo.

Y tu caballo blanco que miró el visionario
pase, y suene el divino clarín extraordinario.
Mi corazón será brasa de tu incensario [36].

Rubén Darío
(1867-1916)

36 Esta poesía lleva el nº 10 en *Cantos de Vida y de Esperanza*, p. 132, que integra el volumen *Obras Completas. Poesías*, publicado por Ediciones Anaconda, Buenos Aires, sin fecha de edición.

II

ENSAYOS RELIGIOSOS



El maestro infalible

En el siglo que vio el naufragio de la certidumbre, puso la Providencia de Dios la definición del Magisterio Infalible. Para los *tiempos peligrosos*, en que nubes de papel impreso habían de llover errores sobre la Tierra sedienta de Dios; cuando, resfriada la fe en muchos, la razón misma de contragolpe flaquea; para el siglo erudito, que, sabiendo tantas cosas, olvida la única necesaria, como un remedio y un desafío al mundo loco, diletante, sofista y presuntuoso, el Concilio Vaticano definió lo que implícita y prácticamente la Iglesia había siempre creído. A saber: *que en la sociedad sobrenatural y visible fundada por Cristo para columna y cimiento de la Verdad, existe una cabeza investida de la triple suprema potestad de imperio, ministerio y magisterio; y que en el ejercicio de esa potestad de magisterio, siempre que habla* ex cathedra, *esa cabeza que está en lugar de Cristo no puede equivocarse.* A grandes males, grandes remedios. Al derrumbe de la razón, el milagro de la infalibilidad.

> Sabrás una cosa: que en los últimos días vendrán tiempos peligrosos –hombres amantes de sí, codiciosos, rebeldes, soberbios, blasfemos, desobedientes a sus mayores, ingratos, criminosos–, sin amor, sin paz, denigradores, incontinentes, duros, sin benignidad –traidores, protervos, hinchados y amantes del deleite más que de Dios–, con apariencias de piedad, por cierto, pero de verdadera virtud desnudos. Habrá un tiempo que no aguantará la buena doctrina, sino que a su talante se amontonarán maestros con el prurito de novedades en las orejas; y de la verdad retirarán los oídos y los volverán a los cuentos vacíos [37].

37 II Tim. III, 1-5; IV, 3-4.

Los dogmas todos de la Iglesia son terriblemente actuales. "Cuando quiero saber las últimas noticias –decía León Bloy–, leo el Apocalipsis." El que quiera saber si es de actualidad, este año que celebra las bodas de oro sacerdotales del Papa Rey, hablar en esta revista de la infalibilidad del magisterio solemne de la Iglesia, puede asomarse un momento –y tendrá miedo, compasión y vértigo–, puede asomar la cabeza por la ventana a la vida intelectual contemporánea, a ver si en el torbellino sombrío de la razón sin la fe, de la razón apóstata, no encuentra algo parecido a lo que describió enérgicamente Pablo a Timoteo. Tiempos *peligrosos.* Maestros semejantes a nubes sin agua, arrebatados por todo viento de doctrina. Naufragio de la filosofía apóstata. Suprema corrupción del arte apóstata. Naufragio de la certidumbre acerca de las cosas más necesarias.

Y basta asomarse a la ventana. No necesito resumir el cuadro de la angustia contemporánea que ha trazado poco ha una pluma inteligente [38], ni traer a Maritain, Chesterton, Belloc, Bourget, Claudel, Harlaire y Papini de testigos. Basta ver acerca de Dios y su Cristo, de la Iglesia y su cabeza, del hombre y su alma y su fin, qué cosas dicen –o mejor, qué cosas *no* dicen– los maestros infalibles de *La Prensa*, de *Nosotros*, del *Mercure de France*; porque no es preciso descender tampoco a la canalla infecta de los pasquines. Arte, arte, arte; literatura, literatura; la ciencia, la ciencia y la civilización; un sabio dice y otro desdice; historia, política, crítica, música, novela, moral, filosofía y ¿por qué no? también teología, escrita lo más lindo del mundo por las más grandes firmas de los cinco continentes. Y ahora que ha estado Keyserling, sabremos todas las cosas. Y cierto, el hombre nos habló de todas las cosas.

No digo yo que este locro mirandolesco que nos sirve barato Gutenberg a todos los lectores enviciados –y lo somos todos los hijos de este siglo con anteojos– no pueda ser digerido por un sentido común, una cultura firme y un hábito de meditación arraigados, con –sobre todo– la estrella de la fe; por "un ermitaño que lee diarios y sabe la hora de los trenes", como hase llamado a Maritain; pero engullido en cantidades increíbles por el bachiller omnisciente y el universitario laico, ha producido una tremenda enfermedad de la inteligencia, llamada *diletantismo.* Hambre de saber sin estudiar; derramamiento de la mente; repugnancia a toda actitud mental enérgica; culto

38 Mons. Gustavo Franceschi, *La Angustia Contemporánea*, 1929, cap. III: "La crisis de las ideas", pág. 75.

idolátrico de la forma, la elegancia, la ingeniosidad, la exquisitez; prurito sensorial de novedades, desesperanza de la verdad; y complicando todos estos elementos del escepticismo de todos los tiempos, una voluptuosidad proterva de destrucción, que es de este tiempo. "Tengo el deleite del análisis destructor; ya he dicho que comprendiéndome, me destruía; mas destruyéndome así, deshaciendo y despilfarrando el tesoro positivo amontonado en mí por mis mayores, gusta un supremo placer, algo como el placer de desparramar en el mar perlas a grandes puñados. Voluptuosidad maravillosa, porque mezclada de muerte", así escribe en 1516, enfermo de Barrés y de Gide, con su clarividencia habitual, J. Riviere [39], un caso clínico de esta dolencia, y de su cura por el único remedio, la fe de la Iglesia infalible.

El diletantismo es siempre una enfermedad; pero es también algunas veces, en Renán, en France, en Gide, un crimen, una profunda perversión, que está catalogada en el catecismo entre los pecados contra el Espíritu Santo. El sofista pagano renuncia a la verdad y el sofista moderno la aborrece; y la razón es que entre medio de los dos bajó a la tierra la Verdad hecha carne, y desde entonces hay que estar con ella o contra ella. Porque el pecado de Gorgias es de desesperación; pero el pecado contra la verdad de Voltaire es de odio. Bourget, poeta psicólogo, ha disecado la enfermedad del diletantismo con bisturí implacable hasta las médulas, y en *Le Disciple*, *Cosmopolis*, *Essais de Psychologie Contemporaine*, ha desvestido esa lujuria intelectual que convierte de medio en fin el deleite de la operación del entendimiento, y a la Verdad, su suprema Finalidad y Reina, profana convirtiéndola en manceba. Claudel, poeta teólogo, ha abominado el crimen con vehemencia bíblica. Los dos buenos cirujanos, ya que bien acuchillados. "Y en seguida entra en el Nirvana. Y las gentes se asombraron de esta palabra. Cuanto a mí, encuentro a la idea de Nada añadida la de Deleite. Y allí está el misterio último y satánico, el silencio de la criatura encerrada en su rehuse integral, la quietud incestuosa del alma asentada sobre su diferencia especifica", dice el gran poeta francés en *Connaissance de l'Est*.

Y en el poema *Le repos du septiéme jour:*

> Los que están aquí son los contempladores de la materia.
> ¡Aquí comienza la Anticiencia, aquí la Claridad negra parece!

39 *Correspondance avec Alain Fournier.*

EMPERADOR. –¿No podría yo verlos y hablarles?

DEMONIO. –No puedes penetrar en el lugar duro en que están.

Como los erizos en su caparacho, como los corales ocupan su propia piedra.

Del bloque primordial habitan éstos la anchura y la masa.

Son la médula de los huesos del infierno, el infierno en su mismo hueso les hace sitio.

En su base y en su construcción.

De todas las cosas que existen por el peso, número y medida.

Ellos estudiaron las leyes, las reglas y propiedades.

Y negando ser distintos de la materia a que adherían, posesores de la ciencia árida, así, pues, se juntaron a la piedra.

Este hoyito que se cavaron y del cual su cuerpo es la medida, es la cosa que saben.

Y allí por la eternidad se cuecen.

Y la doble consideración de su alma, les es atribuida.

Pues ellos amaron la materia y he aquí que son puestos en eso mismo.

Y se han adorado a sí mismos, y, replegados, los miembros retraídos y pegados al cuerpo, cómo las hojas en la yema, como el niño redondo en el vientre de la madre.

Helos, poseen ya su carne con su alma.

Y la luz que han buscado no les es rehusada; ¡mírala que apunta como un alba!

Y, finalmente, en esa monumental sinfonía de órgano escrita en Tien Sin que se llama *Magnificat,* exclama el gran cristiano:

¡Vos habéis puesto en mi corazón el horror de la muerte, mi alma no tiene tolerancia de la muerte!

Sabios, epicúreos, maestros del noviciado del Infierno, prácticos de la Introducción a la Nada.

Brahmanes, bonzos, filósofos, tus consejos, Egipto, vuestros consejos.

Vuestros métodos y vuestras demostraciones y vuestra disciplina...

Nada me reconcilia, yo soy viviente en vuestra noche abominable, yo alzo mis manos en la desesperación, yo alzo las menos en el trance y el trasporte de la esperanza salvaje y sorda. Quien no cree más en Dios, no cree más en el Ser, y quien odia el Ser, odia su propia existencia.

Señor, yo os he encontrado...

Palabras que parecen fuertes y quizás apokalypticas. Es que para hablar fuerte del cáncer, no hay como haber visto cáncer, haber tratado de curar y, peor todavía, haber sufrido cáncer. Ojalá que a muchos parezca exagerado; pero nosotros sabemos que ese mundo de tinieblas angustiosas que en su libro *En Croix* nos describió Harlaire tan terriblemente, existe fuera de la fe verdadera, y no es una fantasmagoría.

He tocado uno de los males de la inteligencia. El diletantismo no es propiamente el error, que es el mal más grande de la inteligencia y por lo tanto del hombre. Es una enfermedad que predispone al error, y en los pontífices de él, en Renán y France, es el escudo tras que se guarece el deliberado error. Mas este solo mal es tan lastimoso y grande, que si no existiera para remedio de él un maestro infalible, deberíamos pedir a Dios que lo inventara.

Y la oración podría ser ésta:

Creador de todas las cosas, si no quieres que el hombre sea la más desdichada de tus criaturas, danos un maestro infalible hasta el fin del mundo. Si no hay un medio para todos de llegar a la certeza acerca de la primera pregunta del niño: *¿Por qué?*, y de la última que en la cumbre de la especulación se hace el filósofo: *¿Para qué?*, el hombre es una pobre cosa absurda, desdichada y feroz. Porque siempre que pierde la fe, Señor, el hombre pierde la ley, y nosotros hemos visto y sabemos que una sociedad de hombres sin ley es peor que un cubil de tigres.

¡La razón sola, Señor, que nos diste, no basta para remediarnos! ¡La razón errabunda y frágil, efímera, olvidadiza, atada a la carne, rebelde, caprichosa, inestable, pequeña, tal un fuego fatuo brillando sobre un pantano! De estirpe divina brotada, alguna caída pretérita la lastimó malamente y la encadenó a lo sensible, como sospechara Platón. Reina enferma, manda a las cosas visibles y es sin embargo engañada por ellas. Los deleites la aletargan, las diversiones la aduermen, su orgullo la ciega, su presunción la precipita, su pequeñez la acobarda

y su nobleza la exalta. Los sentidos, sus esclavos locos, le hacen ruido y polvareda, y no la dejan trabajar tranquila. Los apetitos, sus siervos rebeldes, la turban, enredan y agarrotan. Necesita un tutor, un defensor y un doctor.

No es verdad lo que viendo sus tristezas desconfió Bonald: no es impotente para alcanzar las verdades invisibles; no está herida de muerte, no es una cosa radicalmente inútil. Vemos cómo ata los continentes, embotella el rayo, mide las estrellas, surca los mares y jinetea los cuatro elementos; cómo vuela con Platón y Aristóteles, cómo encuentra en su seno los Diez Preceptos, cómo llega a probar ella sola la existencia de su Principio y su propia Inmortalidad. Pero, Señor, tú estás más alto que las estrellas.

Pero, Señor, si la dejas sola, ¡qué pocos, qué tarde, qué dudosamente llegarán con ella los hambres hasta Ti sobre las estrellas! Porque a Ti no alcanzan los telescopios ni el aeroplano.

¡Qué pocos llegarán! Porque de tu conocimiento altísimo y tu amor supremo, muchísimos serán ciertamente excluidos por uno de tres inconvenientes: la enfermedad corporal, la necesidad corporal, la pereza corporal. Porque nuestra razón está aposentada en esta estatua de lodo. El cuerpo corrompiéndose paraliza el alma. Hasta tal punto, que algunos toda la vida carecen del uso de su razón, y otros gozan de un uso tan limitado, que toda la vida son como niños grandes, greyes.

El filósofo, como el poeta, necesita una cruel gimnasia. Pitágoras imponía a sus discípulos el silencio por dos años y un rígido ascetismo, para aguzar los ajos de su mente hasta hacerles ver los ángeles, las esencias, los Números invisibles, causas de todo. ¡Qué pocos, Dios mío, serán los que rompan esta triple red!

Mas esos pocos, ¡qué tarde llegarán! Asomada a los ojos y a las yemas de, los dedos, la niñez almacena sensaciones en gavillas y racimos jugando; y la juventud petulante e impetuosa tiene otras cosas tras que correr que los silogismos, cuando la sangre florece como el mosto; hasta que los golpes de la experiencia y la madurez, posándola, la clarifiquen. Mas la ciencia de las últimas causas sobre todas las ciencias es como una montaña puesta sobre una cordillera; y el conocimiento de Dios, Causa de las Causas, es la cumbre misma de este monte, el pico enriscado y helado, blanco de nieve, dormido entre nubes y astros. ¡Cuánto alpinismo antes de ser idóneo para agredirlo, cuánto camino para llegar a él y escalarlo!

Y finalmente, esos pocos héroes ancianos, todavía si llegaran con seguridad y plenitud a tu Seno, para que, bajando, nos enseñaran. Pero he aquí que el error y la duda se han deslizado sutilmente en las tablas de Piedra que nos traen Platón y Aristóteles. Por la debilidad de nuestro entendimiento, el último en la escala de los seres inmateriales, atarlo a la materia, para el cual la más inteligible de las cosas, Dios, es como la más visible de todas, el sol, para los ojos del murciélago [40]. Por la confusión y el capricho y la limitación de los fantasmas de la fantasía, de los cuales ha de usar la mente en su duro trabajo. Por la divergencia de los maestros, que usando un instrumento aún más reducido, el lenguaje, no acertarán a demostrar con evidencia y se enredarán entre ellos en disputas de palabras que, arruinando su autoridad, sembrarán la duda.

Señor, yo no hablo de la razón teórica tal como salía de tus manos: ella es recta y su objeto es la Verdad; yo te hablo de la razón histórica del hombre caído tal como lo vemos: el fin de su investigación religiosa, después de una serie de tumbos, es el ateísmo, origen de todo mal. Así vimos, cuando vino tu Hijo, las sociedades antiguas, en que la razón había tenido intenso ejercicio y libre carrera, Grecia la sabia, Roma la prudente, hundidas en la más desolante tiniebla.

Para remediar un mal tan inmenso, danos, Señor, un remedio gigantesco. No basta, contra la disolvente energía del entendimiento crítico, que los Estados tutelen la religión y la sostengan: siempre serán hombres guías de hombres, ciegos guías de ciegos. De las religiones protestantes sustentadas por los Estados sajones vemos en cuatro siglos lo que ha salido: un hervidero de sectas, primero; después, el hielo del racionalismo, las brujerías del espiritismo y la podredumbre gnóstica de la Teosofía, es decir, ateísmo, superstición y necromancia, últimas degeneraciones de toda religión.

Ni siquiera el Libro Santo, con ser palabra Tuya, puede detener y refrenar por sí solo la audacia de esa cosa viva que es el entendimiento; pues la experiencia nos ha mostrado que no sirve la Biblia para un fin a que no fue destinada. De las palabras más claras que hay en ella: Éste es mi Cuerpo, doscientas trece interpretaciones distintas y contrarias ha forjado la licencia del entendimiento protestante [41].

40 Aristóteles, *Metafísica*, II, cap. 4.
41 Bellarmino, *De Euch.* 1, cap. 8.

Señor, contra la corrupción de esa fuerza espiritual y viva, danos un remedio sobrenatural y vivo. No nos hable Moisés, que dudaremos; háblanos Tú, Señor, y creeremos. He aquí, para remedio de nuestro peligro, lo que te pedimos:

Danos para siempre un maestro de las cosas divinas que no pueda errar;

Danos una promesa tuya confirmada con tu sello de que no podrá errar;

Danos una sociedad visible como una ciudad sobre una altiplanicie, como una antorcha sobre un candelabro, para que todos los más pobres y rudos podamos distinguir en su cúspide dónde está el Maestro que no puede errar.

Señor, contra el orgullo de la carne y la lujuria del espíritu, contra la seducción de las tinieblas y del desorden, contra todos los poderes del Mal y de la Oscuridad, concédenos el milagro de la Infalibilidad.

La Infalibilidad

La Infalibilidad del Papa que Dios ha hecho, es una cosa milagrosa; pero no es tan milagrosa como la infalibilidad del Papa que algunos protestantes han hecho. Ni Dios mismo, con ser topoderoso, puede hacer la infalibilidad que hizo Mr. Charles Kingsley, por ejemplo, y que regaló gratuitamente al Sumo Pontífice.

Por eso, para decir lo que es, ayuda decir juntamente *lo que no es* la Infalibilidad Pontificia.

1. Infalibilidad no es el poder de hacer del mal bien y del bien mal

La doctrina de la Iglesia reconoce la existencia de la ley natural, existencia del bien y del mal, es decir, de un orden que nace de la misma naturaleza de las cosas. Orden que Dios mismo no puede deshacer, porque Dios no puede hacer cosas contradictorias [42]. Dios mismo no puede hacer que una blasfemia deje de ser pecado, porque Dios no puede hacer que la criatura no sea criatura y el Creador no sea Creador. Dios puede dispensar de una ley divina positiva, como la de comulgar alguna vez en la vida; la Iglesia puede dispensar de una ley eclesiástica positiva, como la de comulgar una vez al año: porque todo legislador puede dispensar de su ley, cuya obligatoriedad dimana de su propia voluntad.

Así, pues, la Iglesia podía quizá dispensar el impedimento del matrimonio de Enrique VIII con Catalina de Aragón, impedimento de afinidad en primer grado, aunque de hecho no lo dispensó; pero que de eso se deduzca que el

42 *"Deus contra primum ordinem non agit, quia contra seipsum nemo agit"*, dice San Agustín.

Papa *"has the power of creating right and wrong"*, tiene el poder de crear el bien y el mal en tal desmesurada proporción, que pueda por medio de las indulgencias (!) asegurar el perdón a cualquiera, *"etsi matrem Dei violavisset"*, parece que es una consecuencia tan monstruosa, que es imposible que haya sido escrita. Y si ha sido escrita, parece que debe de ser por algún dejado de la mano de Dios. Y si fue escrita por el Rev. Charles Kingsley en una crítica de la historia de Froude en el *MacMillan Magazine*, en enero de 1864, parece que yo no debería repetir sus palabras, siquiera por no ofender los píos oídos y por respeto al género humano.

Y sin embargo, las tengo que repetir, para que se vea hasta dónde puede llevar el prejuicio a un hombre de estudios, *Doctor Divinity* (doctor en teología), que dice creer en Jesucristo y tiene a todos los papistas por fanáticos: para que sirva de ejemplo de lo que decía arriba acerca de la razón humana.

2. Infalibilidad no es impecabilidad

Dicen que en algunas lenguas estas dos ideas se expresan con una palabra común *(unfehlbar* en alemán, *nepogriéchimosti* en ruso), lo cual hizo gritar a los viejo-católicos alemanes y a los cismáticos rusos cuando la definición Vaticana, que los ultramontanos habían fabricado un Papa igual que Dios. Por lo cual, en el II Congreso de Velehrad, en 1905, el obispo ortodoxo A. Maltzew propuso cambiar por la palabra *bezochibotchnosti* (sin error), para quitar piedra de tropiezo a nuestros hermanos orientales. Pero no es así en la lengua latina (*falli* = equivocarse) ni en la nuestra. Nosotros sabemos hace mucho tiempo que *no todo es trigo limpio en* la *Iglesia Católica*, y que no sólo pueden pecar, sino que de hecho algunos Papas pecaron. ¡Miren a qué hora se despierta el buen diputado socialista! Lo sabía yo al hacer la primera comunión, que en el campo del Padre de familia el hombre enemigo sembró en medio del trigo limpio, cizaña.

El Papa es pecador como hombre privado, y por eso tiene confesor y se arrodilla ante él cada semana; pero es infalible cuando habla *ex cathedra*. Esta expresión técnica de los teólogos (hablar desde lo alto de la cátedra de Pedro) expresa las condiciones y límites de la promesa divina, que son tres: 1) cuando habla como Doctor público y cabeza de la Universal Iglesia, no como hombre, no como teólogo, no como obispo de Roma, precisamente; 2) cuando habla acerca de cosas de la fe y de la moral, es decir, acerca del

depósito de la revelación pública hecha por Cristo y clausurada por los Apóstoles; 3) cuando *define*, es decir, pronuncia juicio solemne, auténtico y definitivo acerca de si una verdad está o no contenida en ese *depósito* inmutable, no cuando aconseja, exhorta, insinúa o administra.

Ojo con esta palabra *depósito de la revelación* (*"Apóstoli contulerunt in Ea, tanquam in repositorium dives, omnia quae sunt Veritatis"*, dice Ireneo), que no significa una caja de verdades colgadas, pinchadas y clasificadas, como la teca de un naturalista.

En el capítulo último de *Orthodoxy*, Chesterton ha ilustrado las relaciones de *la autoridad y el aventurero*, con la comparación de su padre llevándolo de la mano a él pequeño al descubrimiento del jardín de su casa. "Yo sabía que mi padre no era un montón de verdades, sino una cosa que dice la verdad." El montón de verdades supraterrenas que al Hijo de Dios plugo traernos están todas contenidas en la Iglesia Católica de Pío XI, como lo estuvieron en la Iglesia Católica de San Pedro; no precisamente en la cabeza de Pío XI, ni en el símbolo de Pedro, ni en la *Suma Teológica*, ni en el Concilio de Trento; sino en la vida de la Iglesia viva, a la cual pertenecen Pío XI y el símbolo y la *Suma Teológica* y el Concilio. La inspiración personal de los protestantes agarrados a la Biblia es el extremo contrario del estatismo autorital de los rusos agarrados a los ocho primeros Concilios; y las dos exageraciones matan la verdad revelada, la primera por desangramiento, la segunda por estrangulamiento. Porque la asistencia continua del Espíritu de Verdad prometida a la Iglesia, ni es la continua profecía, ni es la profecía momentánea y petrificada en un libro o en veinte cánones.

Entre los dos extremos de la momificación del dogma y el continuo nacimiento del dogma, hay un medio verdadero que es la vida del dogma. Y de esta vida del dogma es la infalibilidad el órgano regulador y propulsor, como el corazón que en el medio del pecho bate tranquilamente la medida.

3. Infalibilidad no es ciencia universal

Algunos católicos poco instruidos se imaginan quizá la Infalibilidad como un estado de ciencia actual, y al Papa flotando en mares de certidumbre infusa, ideal y sintética acerca de todas las cosas divinas. Si no hay católicos tan sencillos, protestantes sí que los hay; y de esta gruesa fantasía brota la

objeción anglicana que arbora cándidamente Chillinworth, por ejemplo [43]: "Vamos a ver; si el Papa es infalible, ¿por qué no publica un comentario infalible de todos los versículos de la Escritura?". Como si dijeran: "Si el Papa es infalible, que resuelva el problema aeronáutico de volar sin motor."

De esta concepción nace también otra idea simplista, que ha cristalizado en el libro de Augusto Sabatier, *Réligions d'Authorité et la Réligion de l'Esprit.* Representan la historia de la religión de Cristo como una lucha continua entre la Autoridad y la Razón, con mayúscula; y atribuyéndose a sí mismos la libertad de la razón, nos regalan gentilmente la esclavitud de la Autoridad. En la cual mazmorra papal el entendimiento del pobre papista tiene que estar preparado para recibir cada día nuevas listas de *credenda,* nuevos dogmas y verdades que, so pena del infierno, debe creer ciegamente, aunque contradigan todo lo que creyó ayer y creerá mañana. Claro que Sabatier no lo dice así, porque tenia más talento que eso; pero así lo dicen al pueblo los bautistas yanquis en la plaza Once de Buenos Aires y los anglicanos en el Hyde Park de Londres.

Pero no hay libertad para el entendimiento fuera de la verdad. Es no saber ontología, tener por un bien la libertad de pensar el error, que no es más que la esclavitud del espíritu a la carne y al orgullo. "La gente libre debajo de Dios", llama San Agustín al pueblo cristiano. Es no saber psicología, ignorar la elástica energía del entendimiento del hombre, centuplicada bajo la compresión benéfica de la Verdad Divina, como ya notara Aristóteles [44], la elástica vitalidad de ese hijo del cielo, que como Anteo, hijo de la tierra,

a cada golpe más gozoso salta

y con freno es cuando más gallardea, piafa y salva barreras, mientras que sin freno se desboca y precipita. Es no saber historia, ignorar por una parte el edificio estupendo de la Teología Católica, más sublime que la metafísica aristotélica y la ética platónica, que no son más que sus basamentos, arquitecturado bajo el rol de la Infalibilidad, por mentes como Atanasio, Agustín y Tomás de Aquino; ignorar, por otra parte, la descomposición casi instantánea de la teología protestante en manos del libre examen, la carrera al ateísmo pasando por el protestantismo liberal y el racionalismo, que hacía retroceder

43 Murray, *De Ecclesia*, t. II, p.361.
44 X *Etic.*, c. VII; *De part. anim.* II.

espantada en 1833 al alma religiosa de Newman y la ponía sobre el rastro de Dios. Descomposición de la cual escribió el mismo Loisy, a propósito de la encuesta *"Jesus or Christ?"* del *Hibbert Journal*: "Se siente uno tentadísimo de pensar que la teología contemporánea –excepción hecha de la católica romana...– es una verdadera torre babélica, donde la confusión de ideas es peor aún que la diversidad de lenguas."

Es que dentro de la palestra de la Infalibilidad hay espacio amplísimo para el torneo formidable y benéfico de la Razón y la Autoridad Divina, para que se agarren Agustín y Jerónimo sobre los ritos judaicos, tomistas y suaristas sobre los *Auxilios*, mientras que fuera del recinto trazado por Dios mismo, la razón rebelde galopa al escepticismo que es su ruina, detenida un momento solamente por otra Autoridad bien innoble y esclavizante, la autoridad humana de un Estado civil, del Rey de Inglaterra, jefe de la Iglesia Anglicana; del ex zar Romanoff, ex jefe de la Iglesia Rusa.

De modo que el magisterio infalible de Pedro no es la plenitud de la ciencia adquirida ni de la ciencia infusa; y no ha sido instituido por la Providencia para crear nuevas creencias y dogmas, sino para custodiar incorruptas las creencias reveladas por Jesucristo-Dios, ni una más, ni una menos" ("para que no andemos vagando a todo viento de doctrina"), a través de todas las vicisitudes de los tiempos, hasta el fin. He aquí cómo la entiende un gran escritor ateo, y hoy amigo de la Iglesia, pero que ha leído historia: "El viejo de blancos hábitos que asienta en la cima del sistema católico puede parecerse a los príncipes de horca y cuchillo cuando corta y separa, expulsa y fulmina; pero la mayor parte de las veces, su autoridad participa de la función pacífica del maestro de coro, que marca el compás de un canto que sus coristas conciben como él y al mismo tiempo que él." [45]

4. Infalibilidad no es poder despótico de gobernar la Iglesia y aun los Estados

El Sumo Pontífice es jefe supremo de la Iglesia y su potestad es inmediata, ordinaria y episcopal. No podría, sin embargo, disolver el Episcopado, que es institución divina; porque Cristo quiso que fuese monárquico-aristocrático el gobierno de esta sociedad visible y cuerpo místico. Pero este poder

45 Charles Maurras, *Politique*, Dilemme I, pág. 382.

de mandar, que llaman *de imperio,* no es el poder de enseñar, que llaman *de magisterio,* al cual está prometida la Infalibilidad. Lo cual no impedirá que el tigre Clemenceau vocifere en el Senado en 1864, cuando se iba a definir: "Quieren hacer [los ultramontanos] al Papa como en los tiempos en que los reyes eran sus tenientes"; porque ¿qué obligación tienen *Ellos ("What They don't know?"*, que dice Chesterton) de saber estas cosas?

Sobre el poder temporal de los príncipes, los Papas no tienen ninguna jurisdicción directa, como han enseñado casi unánimemente los Teólogos, Santos Padres, Apóstoles y el mismo Cristo. Es conocido el ejemplo del jefe del Centro Alemán Mallinckrodt negándose a seguir una insinuación meramente política de León XIII (votar las leyes militares de Bismarck), por parecerle dañosa a la patria, conducta que fue aprobada por el mismo Pontífice.

–¿Qué es, pues, la Infalibilidad?

La Infalibilidad Pontificia no es más que la promesa del Hijo de Dios de que la fe de Pedro y sus sucesores no fallará; antes bien, servirá de sostén a sus hermanos, y de este modo la Iglesia de Pedro será hasta el Fin del Mundo columna y fundamento de la verdad revelada. Para negar que Dios pueda hacer eso, hay que negar que hay Dios.

¿Cómo lo hará Dios, por revelación, por inspiración, por simple vigilancia, por su eterna presciencia sola y habitual providencia?...

El hecho es que si lo ha prometido, lo hará.

Recuerdos del doctor santo

Cuando oí nombrar a Moscati, me había olvidado ya de una correspondencia de Italia sobre el *médico santo,* aparecida en el heteróclito Suplemento de *La Nación*, hace meses. Estaba en la iglesia de Santa Clara, medio rezando y medio mirando la coqueta profusión de estucos y bronces dorados y mármoles policromos que aprisionando ojivas, biforios y rosetones ha embutido en la austeridad del gótico normando la jocunda exuberancia del barroco borbón; injerto, por extraño, no menos común en Nápoles: el Duomo, San Doménico Maggiore, la Chiesa de Donna Regina. Mi plegaria arquitectónica fue distraída por una observación en voz alta: "*Ca, signora, priava Lui*", que me interesó. En Italia, cuando se dice *Él* sin más ádito, significa Mussolini. No creo incapaz de rezar a Mussolini, antes sé que asiste a misa a veces en su capilla de Villa Torlonia; pero no era fácil que en Nápoles –donde no ha estado– se hubiese arrodillado en el rinconcito humilde que la vieja mostraba delante del Sacramento. Luego hay otro *Él* en Nápoles, como en efecto comprendí luego: "*Sissignora, Lui, o Moscati, o santarello.*"

José Moscati, a quien la viejuca llamaba *el santito*, fue un distinguido clínico, un médico consultadísimo, un profesor laborioso y jefe de sala en el Hospital de los Incurables, muerto hace cuatro y a los cuarenta y siete años. Después y también antes de su muerte temprana, las gentes comenzaron a llamarle santo; y su hermana Ana, que es otra criatura de Dios –agonizante cuando esto escribo– muy conocida en Nápoles por su largo apostolado, escribía en 1927: "No me dejan en paz, me señalan con el dedo como la hermana de un santo." Esta veneración popular no se ha desvanecido, antes crece cada día, después que el cardenal arzobispo de Nápoles movido, por este aroma de loor y de ejemplo, ha mandado trasladar sus restos a la esplendente iglesia de Jesús Nuevo, enfrente de las reliquias del médico mártir San Cyro, su devoto, donde he visto cada día flores frescas y gentes que rezan de rodillas besando la piedra tumularia.

Esta sencilla inscripción dice allí su vida:

> Josephus Moscati – *doctrina clarus religione clarior – qui in medicina exercenda – cum corporibus animos curabat – magis in dies percrebescente – fama sanctitatis – Emi. S. R. E. Card. Ascalesi – interviniente decreto – heic cineres conditos habet.*

Vida sin estridencias de estudioso y de profesor; pero que una interna llama de amor vivo hizo antorcha de beneficencia y de apostolado, y modelo de acción católica, como la de Contardo Ferrini en la Alta Italia. Nacimiento distinguido, niñez alegre y pía, juventud intemerada y laboriosísima, brillantes estudios secundarios y superiores; y después, los comunes pasos de una carrera abrazada con pasión y vocación sincera, desde el clamoroso triunfo de su primera tesis *Uregénesis Hepática*, en 1903, que le gana el segundo puesto, disputadísimo entre veintiún concursantes para médico interno de los Hospitales Unidos, hasta la entusiasta libre docencia de Clínica Médica General en su predilecto Hospital de los Incurables, que lo apasionaba, y por la cual abandonó la cátedra de Química Fisiológica que desempeñara unos once años. Conoció entonces el sabor del legítimo éxito, la loa, la admiración, y la amistad sincera, y también la derrota y la amargura de la posposición por favoritismo; conoció la veneración del discípulo y la mordedura del envidioso, la satisfacción del hallazgo científico y el descorazonamiento del trabajo ignoto y arduo. Los sucesos de la historia externa lo encuentran siempre en su puesto: revolución proletaria en 1898, que no interrumpe sus estudios tenaces; erupción del Vesubio en 1906, donde salva a los enfermos de Torre del Greco a él confiados, arrastrándolos fuera del hospital por desplomarse; cólera en 1906, en que trabaja como jefe de profilaxis; guerra de 1915, que le hizo pasar por las manos 2.524 heridos, y después, al fin, durante ocho meses, el fusil y las bombas heridoras; desgracias de familia; pérdida de padre, madre y dos hermanos; viajes a los congresos médicos de Budapest y Edimburgo; contrastes y peripecias de su investigación científica, atada al vaivén de las humanas políticas y fortunas...

Moscati dejó tras de sí discípulos fieles y brillantes, mejoras en la organización hospitalaria, un Instituto de Anatomía Patológica resucitado, un aparato de su invención para dosar los azúcares orgánicos, una colección de investigaciones orgánicas de alto valor científico, cuya bibliografía comprende unos veinticinco opúsculos publicados en los *Atti Regia Accademia Medico-Chirurgica*, de Nápoles, principalmente, e inédito, "un gran material

de primera mano clínico-anatómico –dice el profesor C. Castronuovo– sobre abscesos pulmonares epipléuricos, abscesos hepáticos y subfrénicos, úlcera duodenal, terapia de úlceras gástricas y duodenales, oclusiones intestinales, aneurismas ocultos..."

Pero llegar a ser un gran clínico era un ideal subordinado para este hombre que meditaba, comulgaba y ayudaba misa cada día. "Curar los cuerpos solamente, hay muchos que se ocupan de ello", escribía en 1925 a un amigo médico que deliberaba retirarse a un convento. "Pero el médico se encuentra en una posición privilegiada para hacer el bien." Y este bien superior al corpóreo, que a Moscati, en el puro y estricto ejercicio de su profesión, Dios concedió prodigar a torrentes, no sin deshacerse él en la labor encarnizada, fue la misericordia a los pobres, la conversión de las almas y la formación cristiana de sus discípulos. En su clara alma meridional de niño, artista y sabio, el amor a toda verdad había hecho presa como una novia incontentable; y Moscati era de los no nacidos para darse a medias. Para solamente llegar a primer clínico de Nápoles, no era necesario ni quebrantar su salud con el trabajo inmedido, ni renunciar a los puros goces del doméstico lar por el voto de castidad perpetua.

Se enamoró de joven, como cualquier nacido; y deliberó un momento entre el sacerdocio y el matrimonio, para no optar por ninguno. No el sacerdocio, porque se reputó indigno, ni el matrimonio, para darse todo a la piedad y los estudios. Como el profesor de Derecho de la Universidad de Padua, hizo voto de permanecer siempre célibe el año 1914, delante de Nuestra Señora del Buen Consejo, que está en la iglesia de los Sacramentinos.

De aquel su juvenil primer amor, nos habla un trozo de su *Diario*:

> He examinado hoy la carne fidiana –dice– de una señora que allá en nuestros años juveniles me había henchido el corazón de ensueños, y ella no lo sabe. ¿Quién lo iba a decir que Ella habría de recurrir precisamente a mí?
>
> Su belleza es aún impresionante. Y yo he cumplido mi deber profesional tranquilamente, noblemente, sin que una sola fibra del corazón vibrase dentro.
>
> Me preguntó si yo la había visto antes. Respondí que no.
>
> Y no era una mentira. No era la misma, era otra aquella de mis primeros años, desvanecida y sin recuerdos de mi corazón pacificado.

De su voto de virginidad, nos cuenta su íntimo doctor Nicolás Mastelloni, que hablando un día con Moscati de su vida de estudiantes y deplorando los desórdenes de algunos compañeros, oyó de él que la vida del universitario debía estar hecha de piedad, continencia y estudio. Y objetando que la continencia era imposible en este tiempo infectado, dijo Moscati que con la ayuda de Dios era posible no sólo hasta el matrimonio, mas toda la vida.

–Así aspiro a hacerlo yo –se le escapó, con una sonrisa.
–Entonces, ¿por qué no te haces sacerdote?
–*Ci vuol altro.* Precisa una santidad que yo no tengo [46].

Dios lo hizo, en cambio, fecundo en hijos de inmortalidad. ¿Quién podrá contar las conversiones, de mal en bien y de bien en mejor, que operó el contacto de su personalidad cargada de Cristo? A los católicos que veía empachados por el respeto humano o la pereza indecisa les decía sencillamente: "Confiésate." Llamaba a la Comunión, "Medicina Primera", y no reparaba en invitar a los sacramentos a sus alumnos y amigos "como a una fiesta de familia", como los invitaba a tomar el té en su cumpleaños o a visitar a Pompeya o las fastuosas iglesias de Nápoles, de las que era *connaisseur* sensibilísimo. A los que perdieron la fe, los catequizaba delicada y discretísimamente, pero aguijoneado de una verdadera pasión de cazador o, digamos, de padre. "*Ego in Christo vos genui.*" El eminente médico Leonardo Bianchi, vicepresidente de Diputados, después de una brillante conferencia en la Facultad partenopea, se siente desmayar mortalmente. Sus ojos, al desplomarse, se dirigen al antiguo discípulo Moscati, que asistía por puro acaso, por "una fuerza sobrehumana que me llevó no queriendo", dice él en carta a la sobrina Sor Paulina Bianchi. ¿Los ojos del tanto tiempo alejado cientista buscaban al clínico o al amigo? Buscaban al cristiano, o, como dijo el cardenal Ascalesi, al *Misionero.* Como si fuese mandado, Moscati se abre paso decididamen-

46 Pocos años antes de morir, corriendo por Italia la novedad del movimiento *eugénico*, Moscati escribió sobre la castidad juvenil una página espléndida:

"No hay que contar –dice–, para obtener algún resultado [en el mejoramiento de la raza], más que con la propaganda moral y religiosa y la continencia.

Todos los jóvenes deberían comprender que en la práctica de la continencia está el medio mejor para alejarse de la peor enfermedad trasmisible, imagen del pecado original, la sífilis, manteniendo sus almas y sus corazones horros de toda torpeza en un ejercicio de renuncia y de esfuerzo. Deberían jurar conceder su madurez y sanidad sexual tan sólo al ser únicamente amado".

te entre sus colegas, manda buscar el párroco y dicta el acto de contrición. Recibió los santos óleos, y "sus ojos apagados sonrieron al camarada", dice un testigo.

A los sacerdotes y religiosos prodigaba cuidados de amigos sin aceptar honorarios, porque en ellos, según él, se cumple a la letra el "estuve enfermo y Me visitaste". A sus discípulos distinguía como a cosa suya, siguiéndolos en su carrera, gozándose y condoliéndose con sus éxitos y contrastes. "Jamás hablé mal de un colega –escribe–, de sus cosas, sus métodos o sus pareceres, desde que entendí el espíritu cristiano." Supo romper inmóvil la lanza de la agresión injusta, difícil justa. Sufriendo un ataque maligno, no quiso saber el autor y rogó al amigo que lo refería que callase y no lo vengase. A una carta injuriosa, contesta: "Soy más viejo que usted y comprendo ciertos momentos. Soy cristiano y recuerdo la máxima de la Caridad. Le garantizo que no me ofendo de lo que me escribe y lo estimo como antes. Usted está mal informado y es presa de equívocos."

De los pobres, de los sacerdotes y de los que se mostraban enemigos de la religión, no quiso nunca dinero; mas lo derramaba en vez con mano rota a los miserables que un médico a cada paso encuentra, con mano rota y modo sacudido, en que quería virilmente disimular la ternura de su generosidad. Dábales más, les daba su trabajo, sus fuerzas, su persona, y, naturalmente, con un doctor así los clientes se multiplicaban ("a nuestro médico y nuestro abogado, todos los querríamos santos", ha dicho Bourget); y en sus últimos años, el cansancio corporal y el decaimiento del que acogía a todos y no había aprendido a decir que no, le salían manifiestamente al rostro: "Me he ofrecido a Dios como víctima..."

¡Qué corazón debió de tener! Sin embargo, dicen quienes lo trataron, que este docto, ingenuo y alegre como un niño, bondadoso como un padre, abstraído como un eremita, supo ser sacudido de gesto a veces y duro y filoso de boca. Era tal vez necesario a la autoridad del médico apurado que debe hacerse obedecer o abreviar tratando con toda clase de gente; era inevitable en un obrero acuciado por el celo de hacer todo bien, ocupaciones gravísimas y numerosas, agotamiento físico; era sobre todo espontáneo pudor de su alma sencilla para ocultar bajo corteza áspera el heroísmo de sus liberalidades. Así reprende duramente a una familia pobre, porque no llenan el tratamiento prescripto, y deja ocultas quinientas liras bajo la almohada; grita a un viejo que quería matarse dejando el hospital para trabajar por sus nietos, y en tanto se los alimenta él a escondidas.

Pero sus cartas y sus obras predican la gentileza de su alma. Son preciosas las que escribe desde Londres, Lourdes y Edimburgo, a sus hermanos. Moscati es escritor elegante y neto, lo cual no es excepción, dada la formación clásica que el bachillerato da a los profesionales en Italia. Parece un chico con zapatos nuevos, le falta tiempo para contar todo, una intensa vida mental se revela en este poder interesarse de tantas cosas, sin olvidar sus estudios y sus enfermos, describe, admira, narra, se confiesa, juzga, acaricia y predica a un tiempo, con el desborde de un corazón virgen. A los que le preguntan de dónde es, responde: "De la tierra más hermosa del mundo." Cuando los ediles destruyen las bellezas panorámicas de Nápoles, se indigna. Delante de las obras maestras de los grandes museos, se extasía. Cuando su primer triunfo, con la tesis de 1903, exclama: "Me alegro por el gozo que tendrá mi madre." Cuando ella muere, hace voto de castidad a su memoria [47]. Cuando le preguntan por qué no se casa, responde: "Tengo a mi hermana", y finalmente, en carta a un amigo, así escribe: "Mi vida de responsabilidad y de trabajo tiene puntos luminosos, como un rasgón de azul en un nublado; mi fe, mis libros, y el recuerdo de amigos carísimos como usted."

¿Premió Dios con dones extraordinarios su fidelidad extraordinaria? El pueblo sospechaba que en el ejercicio de su profesión Moscati era asistido particularmente del cielo. No menos de ocho colegas suyos conocidos, notos médicos de Nápoles, escriben a su biógrafo el arzobispo de Amalfi acerca de una clarividencia, intuición o facultad adivinatoria que atribuyen a instinto divino. De otro modo no pueden explicarse afirmaciones o diagnósticos que serían imprudencias sin nombre, imposibles en un profesional de conciencia. Una vez receta a los niños de un amigo postrados de altísima fiebre, sin verlos y a distancia, que coman y se levanten; los doctores de cabecera se retiran estupefactos, no respondiendo de nada, y Moscati asume la responsabilidad firmando un escrito: los niños sanan. Un ilustre abogado dice: "Era un inspirado", y cuenta que habiéndole dicho al examinarlo: "Acérquese a Dios, confiésese y estará mejor", y volviendo él un año después de nuevo doliente, Moscati lo reconoció y resueltamente le dijo: "Usted no se ha confesado aún. Dios se lo recuerda." Finalmente, su hermana Ana María nos ha conservado la anécdota más curiosa. Haciendo un día el examen clínico de una señora y una joven, saltó de pronto:

47 Las últimas palabras de Rosa Moscati fueron: "Hijos míos, me hacéis morir dichosa. Huid el pecado, que es el más grande de los males"... De tal madre, tales hijos.

–Señorita, usted aún no ha hecho la primera comunión; y usted, señora, vive malamente con un sacerdote indigno.

Y mientras asentían con su sonrojo, se alza más turbado aún y rojo que ellas, y sale disparado a su cuarto, donde topa con su hermana:

–He dicho esto y esto a unas señoras, y ha resultado cierto –dice agitado.

–¿Cómo lo has sabido?

–No lo sé. Fue un impulso que yo no conozco, y ha resultado cierto.

Moscati murió joven de cuarenta y siete años, cuando su fama científica comenzaba a traspasar Nápoles y aun Italia, y sus monografías eran traducidas y pedidas por revistas extranjeras [48]. Su muerte fue improvisa, pero de ningún modo imprevista. El año antes dijo a una hermana clarisa: "La asistiré mientras tenga vida: sepa que mi vida es breve." En febrero de 1927, haciendo la novena de Nuestra Señora de Lourdes, dijo: "No sé si la haré otro año." A un pobre zapatero cardíaco, le dijo: "Usted con su corazón roto vivirá mucho y verá mi muerte." Al comendador Marangi, escribió: "Usted vendrá a mis funerales"; y finalmente, a su confesor: "Debo morir pronto", y a un discípulo: "La muerte repentina es la más hermosa."

El 12 de abril, Jueves Santo del 1927, se levantó sano, leyó en un libro de San Ligorio, ayudó la misa y comulgó en Santiago de los Españoles, hizo su servicio de sala en el hospital, comió, y volvió a su casa, donde lo esperaban sus enfermos. En el camino encuentra a la señorita Magdalena Aloi, y le dice:

–Venga conmigo a hacer un poco de compañía a mi hermana, porque hoy moriré.

–Usted siempre se está queriendo morir –dice ella bromeando–, y nunca se muere.

–No –dice Moscati–, hablo en serio. Hágame caso, porque si no, después se va a arrepentir.

48 He hojeado en la Biblioteca Nacional una de las principales investigaciones sobre el dosaje del glicógeno, con dedicatoria de su letra fuerte y apurada, que se tradujo al francés con el título *Le Glicogène dans la Placenta de la Femme et dans les Muscles de l'Homme*, y se reprodujo en alemán en la revista *Goppe-Seyler's Zeitschrift für Physiologische-Chemie*, 1906, 1907.

En su casa atiende sus consultas hasta las tres, despide después a todos, llama al sirviente y le dice: "Estoy mal", entrando en su cuarto. Corren sus hermanos y la señorita Aloi, y lo encuentran muerto en la poltrona, con los brazos cruzados y los ojos en alto. Su tránsito fue fulmíneo. Lo acompañó al camposanto un pueblo inmenso, un séquito como Nápoles no había visto nunca, que lloraba y lo llamaba santo.

Su biografía por monseñor Marini [49] trae la fotografía de su cara, su casa y sus cosas, y es ella una buena fotografía, un poco empalagosa, de sus hechos. Pero la fotografía de su alma de niño y de estudioso original y santo está en sus cartas y en su *Diario*.

Y bien, fue todo un napolitano. Los napolitanos son más bien petisos y morochos, de pelo y ojos negros, cabeza, boca y corazón grandes. Son habladores, chacotones, agudos, apasionados, dejados, afectuosos e inteligentes; les gusta la canción, la disputa, el lujo, el bochinche y la melancolía. Cuando se habla con ellos, al principio dan la impresión de que están enojados o sumamente enamorados de uno, que acaban de perder un pariente o de sacar la lotería; mientras en realidad lo que hay es que no saben hacer nada en estado de indiferencia, y todo lo hacen, piensan y dicen con fuego y transporte, gesticulosamente. Este pueblo, a mi ver, reúne en sí dos extremos: una alegre arrebatiña del momento presente y de la vida –y la lira– que pasa, con un sentido profundo de la tristeza de las cosas y la irremediable finitud de todo.

Leía las cartas de Moscati desde mi alto balcón de Posílipo, las cartas en que una broma o una impresión estética se ensartan sin transición en un afecto moral o ascético, delante del paisaje del mundo más fácil de pintar: un gran cono de piedra cobriza vomitando humo blanco, en medio; debajo, una pincelada llena y redonda de azul de Prusia, el más metálico y suculento; alrededor, cuadraditos desparramados como un salpullido blanco de casas en el verde de la montaña, y arriba, un inmenso chafarrinón de celeste ardiente, de celeste cristalino, todo empapado de luz blanca y tórrida. Y me parecía ver en las cartas y el paisaje ese contraste que es el enigma de Nápoles y de su pueblo vehemente y pachorriento, apasionado y fatalista, medio griego y semimedieval. El golfo maravilloso, que le dice: *Eres feliz* –y ahora una barca blanca rueda sin una estela, como un ave sobre el cobalto cabrillean-

49 E. Marini, arcivescovo di Amalfi: *Il Professore Giuseppe Moscati, della Regia Università di Napoli*, Fco. Giannini, Nápoles, 2ª edic., año 1930.

te–, y el Vesubio humeante, que le dice: *Eres mortal.* El golfo canta en la brisa: *La vida es bella*, y el monte guiña en el humor: *La vida es corta.* El golfo suspira como un pecho enamorado, y yo siento en torno mío las flores de las acacias cayendo en el ambiente caliente y balsámico, y el volcán de azufre, como un blandón, chisporrotea; el golfo, espejo moruno del cielo purísimo, y el volcán, señor de la tierra que se mueve...

Quanto é bello a ghi a vedé.
Scétete, scétete, Nápule, oé.

Nápoles, noviembre de 1931

La estrella del Mar Tirreno

El día 21 de septiembre tuve la suerte de presenciar la peregrinación regional toscana al santuario de Montenero, y tres curaciones prodigiosas ocurridas al bendecir los 125 enfermos alineados en la plaza, ante el cuadro de la *Madonna.*

Montenero es un pueblecito de campesinos y pescadores, desparramado en la falda de un monte que fue negro de pinos, a poca distancia de la capital de la Toscana, Liorna. Un antiguo santuario lo hace conocido en toda Italia, donde se venera una imagen de Nuestra Señora pintada en tabla, que, según una leyenda, fue librada de la profanación musulmana en 1345 por las olas del mar que la trajeron desde Saitón, en el monte Olimpo –donde en un templete griego muestran un marco vacío–, hasta la orilla del Ardenzo, en Toscana, donde fue revelado a un pastor enfermo que la Virgen quería allí un trono de culto y misericordia. El poeta lionés G. Marradi ha recordado la leyenda en un soneto:

E mia madre, quel dí, soave e piana,
prese a narrarmi della Vergin pia
come venne quassú dall'Albania
per consolar la terra di Toscana;
come uno storpio per l'alpestre via
recó sul dorso l'umile sovrana
e a lei, sanato, in quest'ombria montana
si prostró salutando: Ave Maria...

La leyenda quizá no sea verdadera, pues la crítica reconoce en el cuadro el tipo de la escuela pisana y tal vez la mano del Gera o del Signorelli; pero la antigüedad atribuida a la imagen es exacta. Una bula de Martín V erige

en 1422 un santuario en Montenero, que supone ya de mucho atrás conocido y venerado, y lo confía al tercer orden franciscano. Desde entonces hasta hoy, "en que la rigen los Benedictinos –habiendo pasado por las manos de jesuitas y teatinos–, la ermita de María está enlazada a la vida de esta región tirrena. Basta, para verlo, entrar en la sacristía, tapiada del más original y heterogéneo mosaico de exvotos, ofrendas y cuadritos rememorativos.

De todos colores y castas, en su mayoría rudos y mancos, estos cuadritos ingenuos agarran el alma apenas se entra. No se puede reír de la mala mano artística o simpleza psicológica, si se tiene el corazón en su puesto: son un inmenso poema de fe, agradecimiento y ternura en versos desparejos; el panorama del trabajo humilde del pueblo campesino, guerrero y marino de la Toscana, durante quince siglos; la historia del corazón humano en sus deseos, dolores y esperanzas. Achaques y enfermedades, accidentes, guerras, pestilencias, naufragios, derrumbes, terremotos, asesinos y corsarios, hambres y asedios, inundaciones y tormentas... Muletas, bustos, angarillas, pañales de niños, cofias de parturientas, escopetas reventadas, remos, fanales de pescadores, charreteras de oficiales, cuadro votivo de los rehenes toscanos del 1799, bandera de los réduces del 1848; el grito de una madre: "*Grazie Maria!*", a quien retornan de la guerra mundial los seis hijos incólumes; una pierna de plata de dos libras del hijo del Bey de Túnez, curado de una herida de bala; dos grillos de plomo de cautivos de Berbería; el jubón turquesco de damasco y oro, y las babuchas bordadas de una niña, María Ponsivinio, que, raptada por los turcos en 1800 y encerrada en el harem de Constantinopla, fue protegida en su pudor por la Virgen y salvada por la temeridad de un hermano suyo, que osó escalar las murallas fatales del musulmán gineceo.

La memoria se entrevera en tanto recuerdo. Aquí oraron los Médicis, los Austria, los Lorena y los Saboya; últimamente el *principino* Humberto, que rompió su auto un día de lluvia deshecha en el camino, el 23 de octubre de 1925, y pidiendo un paraguas rojo de algodón a una campesina, llegó al santuario chapaleando y embarrado. Aquí el gran Cosme I encomendó a la Virgen su *guerra perpetua* contra los piratas de Adasieno de Túnez; los caballeros de San Esteban trajeron las banderas negras arrancadas a Solimán, y se postró hasta el suelo el genovés Juan Andrea Doria, capitán de las doce galeras de Pisa que iban a Lepanto. Y cuando Pisa, cortada del mar por la cegadura de su puerto, cederá su lugar marinero a la pequeña villa contrabandista de la orilla del Ardenzo, Livorno elegirá a María por patrona, y su imagen bajará veintiuna veces a bendecir la capital del nuevo Granducado.

La primera vez, en la hórrida bubónica de 1630, famosa en el mundo entero por la descripción de Manzoni; la segunda, en el terremoto de 1646; la tercera vez, cuando el voto por la peste de 1684... la décimonovena, cuando la Capital, amenazada después de la retirada de Caporetto, el 21 de julio de 1918, *juró resistencia, imploró victoria y prometió una lámpara de bronce que ardiese perpetua;* las últimas veces, con ocasión de grandes peregrinaciones que no cabían en el Santuario y en la pequeña plaza.

Dulce de clima y paisaje, Montenero ha atraído muchas personas notables, veraneantes, viajeros o devotos, que han dejado en el santuario o fuera, su nombre y su recuerdo. Todos los grandes duques toscanos, Cosme el Viejo, Fernando el Pisano, la austríaca mujer de Napoleón I; casi todos los príncipes de Saboya, desde Carlos Manuel, que se hizo hermano jesuita, y Amadeo, rey efímero de España, hasta Humberto I y la actual reiría Elena y sus cinco hijos. Aquí la gran María Teresa de Austria copió con sus manos la imagen en una cinta; se encontraron el príncipe de Anjou y el vizconde de Chateaubriand, y Lamartine escribió *La lampe du temple*, una de sus *Nouvelles Harmonies*. Aquí pararon el general Laugier, Federico Ozanam, el escultor Dupré, el maestro Pedrella, León XIII, siendo cardenal; el escritor inglés Tobías Smollet, mientras terminaba su obra *The Expedition of Humphrey Clincher*. Lord Byron aquí pasó un verano en esa villa que desde el santuario se ve entre árboles en el camino, y en ella recibió a Keats y Shelley. Cierto que no rezó ante la Purísima, como Lamartine. (Me parece verlo al cojo altivo y *blasé* contemplando desde su caballo en la plaza las viejucas oscuras y secas, las muchachas rechonchas, los pescadores melenudos y alquitranados, los labriegos terrosos, los frailes pachorrientos, la fachada chata, la plaza como una cancha de pelota...) Y finalmente, entre las gentes notables, enumeremos los doscientos seminaristas latinoamericanos, estudiantes de la Universidad Gregoriana, que pasan en Montenero los dos meses de tregua al estudio y a la canícula romana. Y por si alguno duda que seamos notables en la Toscana... un día que fuimos de paseo al pueblo de Cécina, tuvimos el calor de ver venir todo el pueblo a vernos, la maestra con sus chicos, como a un museo de etnografía. "*¿Vedete? Sono americani. Siedono come noi, mangiano come noi, vestono come noi... Sono come noi; soltanto un po' moretti.*"

Así, pues, el domingo 21 de agosto oíamos a las ocho la "misa de los enfermos" del obispo de Liorna, sobre un tablado que preside la *Madonna*

cubierta de laurel y flores, y cercan carabineros, cofrades, seminaristas y camisas negras. Un día lloviznoso de viento *libeccio* (de la Libia), que ha molestado bastante a los asistentes a la procesión de antorchas de anoche y amenaza aguar la fiesta de ahora; ráfagas de viento frío intermitentes bajo el cielo sucio, desbaratan las ropas de los enfermos; los montes de Carrara, allá lejos, están velados de nubes, y el Tirreno verdoso muestra las motas blancas y movedizas que indican marejada. En el cuadrilátero de la plaza, abierto por un solo lado y comparable a un frontón, la gente se arremolina –pescadores de melena de jabalí, campesinos y puebleros, peregrinos, gente bien trajeada de la ciudad– contra la verja que los separa de los enfermos; una gran muchedumbre que habla durante la misa, pero que reza con piedad inmensa. Los próximos responden en voz alta las oraciones de la misa; los huasos se abren paso con los codos hacia los puntos curiosos; *brancardiers* y enfermeras cruzan haciendo bordadas la multitud con un niño paralítico o una vieja doblada como un compás por el artritismo, alzados a pulso; se entonan cantos no muy afinados ni nutridos; un canónigo arbola en voz potente las patéticas imprecaciones evangélicas: "Jesús, hijo de David, ten misericordia de mí; –Señor, si queréis, podéis sanarme; –Estrella del Mar Tirreno, sana nuestros enfermos..." Dan ganas de llorar, más por la desolación muda de los cuerpos disformes, que por la devoción un poco convencional, aunque inmensamente honda de rezos y ceremonias. Al lado mío, una niñita de cinco años paralítica gira sobre los linos limpísimos sus ojitos alegres, la madre al lado, rezando; ¡qué escena! Hermosa como un angelito, la cabecita vuelta inexorablemente al cielo, la criatura crucificada no sufre; pero no se la puede ver sin sufrir. Y aunque ninguno se cure, ¿no es un inmenso consuelo ver así los sanos presentando a Dios los enfermos, la comunión de las almas, la oración de los unos por los otros, y la Iglesia un solo cuerpo?

Jesús, así era cuando tú pisabas el polvo de Palestina. No quieras de nosotros oraciones dramáticas ni ímpetus místicos, que no tenemos bajo este cielo frío más que nuestra poca fe y nuestra tristeza cansada. En medio de este ambiente prosaico y diario, haz de golpe un milagro arbitrario, solamente porque sí, solamente porque así lo quiere nuestra necesidad y tu misericordia. ¡Que lo sobrenatural se abra de golpe como un relámpago, como una raya roja en el cielo gris inesperada!

Acabó la misa el obispo, leyó un telegrama del Papa, y la imagen arcaica incrustada de joyas cruzó de nuevo tambaleando, hacia la iglesia, la plaza embalsamada de incienso y de resignación. Y cuando iba a desaparecer, lle-

vándose tras de sí ojos y esperanzas, una señora clavada en cama hace cuatro años por el mal de Pott se levanta y chilla: *"Sono guarita! Guarita!"* La gente grita, aplaude, corre, se amontona. Al mismo tiempo, dos niños tullidos, uno de cinco, otro de diez años, se habían puesto a caminar. Después se supo otro caso, quizá el más sorprendente: una joven de veinticinco años. Zelinda Pera, curada en Lucca durante estos días del mismo terrible mal de Pott después de una novena. He visto en el santuario el corsé de acero y yeso que sustentaba hace dos años en la cama sus vértebras cariadas.

No pude ver los enfermos levantarse y caminar, impedido por la aglomeración. Pero cuando volvía, me encontré con Moledo, un muchacho de Flores, electrizado, que había visto alzarse atontados y pálidos la vieja y el niño.

"–¡Hay que hacer peregrinaciones de enfermos a Luján! –decía el porteño–. ¡La Virgen es la misma en todas partes! El primer año se reirán de nosotros; pero luego que empiecen las gracias... ¡La cuestión es tener fe y rezar!"

Del diario *La Nazione*, de Livorno, del 22 de septiembre de 1931, tomo los siguientes datos:

- Elvira Irene Tintorini dei Beltramini, cincuenta y cinco años, nacida en Montecatini, vive en Livorno, doce años de enfermedad, completamente paralizada hace cuatro años, atendida sucesivamente por los doctores Pampanini, Queirolo, Fedeli, Anzilotti, Campatelli y otros.

- Otello Marchi, cinco años, parálisis infantil, nunca hasta hoy había podido sostenerse en pie un instante. Mientras subía la colina que lleva a la plaza, pidió a su padre que lo bajase de sus espaldas e hizo por sí mismo la pendiente que restaba hasta la imagen, asistiendo arrodillado a la misa.

- Gino Maionchi, diez años, tullido de las piernas, pidió al señor liornés que lo sostenía durante la misa que lo soltase, y cruzó la multitud por sí mismo en busca de su madre.

Quince días después, el 5 de octubre, asistí por la tarde a la bendición, a la cual habían venido dos de los enfermos agraciados, por curiosidad de ver si la salud duraba y también por devoción, porque hasta los curas nos hemos contagiado. La iglesia de Montenero es mejor que su fachada vulgar y fea; renacimiento que comienza a desplegarse en barroco, toda mármoles policromados por dentro, porque los montes de Carrara asierran azules el horizonte allá enfrente, con las cicatrices blancas de las canteras en la falda. Pe-

ro los altares pomposos y las bóvedas ricas están sumidos en la penumbra, a pesar de que afuera la tarde arde sobre el mar en una hoguera de todos colores. Los vitrales hermosamente dibujados por De Mattei, de Florencia, no teniendo más defecto que el de no ser vitrales, sino pantallas, y siendo las ventanas demasiado pequeñas, dejan el santuario en la sombra, y suprimen los cuadros bastante buenos de Traballesi, de 1773. Por lo demás, en esta ermita el arte importa menos; hay una cosa superior que prima: el armonioso y fastuoso altar mayor está oculto, anulado por los innumerables candeleros rústicos de chapa de plata, por almácigos de flores y una selva de cirios que los fieles traen y un monacillo enciende incesantemente. La imagen santa, una graciosa morena con el Niño de pie sobre las rodillas, vestida de colores fuertes, está cernida de anillos, cadenetas, prendedores y pendientes. Los altares embaldosados de exvotos y la sacristía cubierta, como dije, de cuadritos memorativos.

Rezamos el Rosario a gritos y arrodillándonos a cada Gloria, y después, muchas oraciones y cantos en latín y cosas. La piedad italiana, efectista, popular y campechana, que al turista parece populachera, y al protestante, irreverente. Lo mismo que cuando habla, el italiano necesita gesticular cuando reza, tocar la campanilla, postrarse y alzarse, cantar mucho, responder en voz alta. Pero ¿no es eso lo que hace la Iglesia y no somos todos los hombres un poco italianos? Acabadas las preces, el párroco, un benedictino de los de Villaumbrosa, da avisos y admoniciones a los feligreses, y alude al fin a los dos curados, que están en un reclinatorio del presbiterio, convertidos en objetos de reverencia, de admiración y también un poco –cosas humanas– de exhibición. El pibe Gino Maionchi se pone a llorar con su padre, cuando oye que los médicos lo reputaban incurable: no lo ha sabido hasta ahora. La señora reza, los brazos extendidos como el sacerdote en la misa. Acabada la bendición, el pueblo espera y espera para ver salir a los curados; no se cansa de verlos caminar, y yo me quedo, porque no quiero acabar de creer. Una madre pasa por sobre el comulgatorio a su hijito de unos cuatro años, un precioso marinerito delgado y morocho, que se resiste a ir a la señora Beltramini para que lo bendiga. Ella lo abraza, le muestra la Virgen y le hace rezar el avemaría. Las mujeres se enternecen, las mujeres solamente. El niño se levanta y sale de la mano de su padre entre la gente que se arremolina. "*Poverino! Carino! Ama a la Madonna! Io l'ho visto paralizzato! La religione tientela cara, sai!*", le dicen al paso las viejucas. Camina bien y ligero, aunque un poco duro y deliberado, como cuando los bebés aprenden a caminar: debe de ser la atrofia de los músculos, sometidos a años de cruel inercia y

desalimentados. Ha estado casi todo el tiempo de rodillas, y la carita ha recuperado la alegría y la despreocupación infantil que aquel día faltaba.

De ciento veinte enfermos, tres o cuatro han sanado. Y de millares y millares han venido aquí estos ciento veinte. ¡Qué poca cosa! Pero ¡qué gran cosa! En el cielo todos sanaremos, y eso es lo que han sentido aquí los otros no curados y sólo consolados, al volver a sus tierras con su tormento al hombro sonrientes. Para estos dos cuerpos restituidos, los médicos habían decretado que no había más remedio, y han acudido a Dios, y ha habido remedio.

Entonces, hay remedio.

En medio de la noche de la angustia, la estrella polar de la firme esperanza.

Entonces, para todas las cosas de esta vida hay remedio.

Montenero, noviembre de 1931

El laicismo

Carta a un Senador de la Provincia

Señor legislador y amigo:

Su epístola me sorprende. Es ingenuo preguntarle a un cura qué piensa de la Escuela Laica. ¿Usted también es de los que creen que soy un *cura liberal?* Sospecho que es una desas consultas médicas por sorpresa que hacemos a los doctores amigos de sopetón en la calle:

–Che, hace días que tengo sensible la cintura, un dolorcito en la amígdala y ganas de pegarle al portero cuando me levanto; ¿qué te parece?

–¡Que deberías hacerte ver!

Sí. Sospecho que usté quiere que le haga gratis el discurso. Y yo no sé hacer discursos. Lo que opino, bien sabe usté que es igual a lo que usté opina.

¿Usté opina que el laicismo en la Argentina es un cuento del tío?...

Yo también.

Justamente, acabo de ver un periodiquito de Tandil, llamado "GERMINAL - Periódico Socialista - Aparece los Jueves", con un larguísimo cocido titulado: "Hay que reconquistar la escuela laica". Si hay que reconquistarla, primero fue una *conquista.* Quiere decir que no estaba aquí; nos vino de afuera, armada y violenta. No era de aquí, no estaba en la tradición, y la dejaron entrar nuestros mayores por quién sabe qué fatídica flojera, como a los gorriones y al sorgo de Alepo, creyéndola un gran progreso.

Pero yo tengo hoy templado el instrumento y las payadas me gustan. Usté reducirá a estilo parlamentario lo que Dios me inspira acerca desa cuestión compleja; pero yo se lo voy a dar en dos preguntas secas, una pregunta filosófica y una pregunta política, contestadas a la criolla, no más; y si se descuida, se las pongo en verso:

1. ¿Debe el Estado tener una Religión?
2. ¿Debe el Estado Argentino enseñar la religión cristiana en sus propias escuelas?

1. *¿Debe el Estado tener una religión?*

Llámase Estado la parte estructural de la Sociedad. La Sociedad, como tal, es más que el Estado. "La Sociedad es un ente colectivo orgánico", dice Dilthey, es decir, una gran reunión de familias organizadas en vista de una común *convivencia*. Un ente colectivo no tiene alma sino en sentido analógico; "las naciones como naciones no tienen juicio final", decía San Agustín, anoser que se les adscriba como alma ese *espíritu objetivo* de que hablan hoy los doctos, que algunos, filosóficamente mal calibrados, conciben en forma sustantiva. Pero los individuos, que son la realidad material de la sociedad, tienen alma; y tienen *religión* en su inmensa mayoría y casi necesariamente; cosa que es de fácil comprobación en el Censo General de la República Argentina, por un lado, y en las conclusiones de los más autorizados sabios por otro [50], que asignan al efecto de la *religiosidad* raíces instintivas y lo consideran inextirpable en el hombre. Psicológicamente, el hombre es *animal religiosum*, como lo llamó Cuvier. Si usté le quita la religión, el pueblo segrega superstición.

Siendo esto así, si esos individuos agrupados en familias y encuadrados por una construcción cultural que llamamos Estado tienen su *religiosidad* y han de coexistir como nación en *convivencia pacífica*, es necesario de toda necesidad *que se pongan de acuerdo acerca de la religión*, tanto o más necesario que acerca de las otras cosas de que trata la Constitución. Cuentas claras conservan amistades.

Dije "que se pongan de acuerdo acerca de la religión". No dije *que todos tengan la misma religión* –ideal histórico de la Cristiandad europea medieval–. Ni dije *que los más impongan coactivamente su religión a los menos* –ideal jurídico del Imperio Romano en tiempo de las Diez Persecuciones–. Ni dije *que los menos impongan por las armas su religión a los más* –ideal del Primer

50 Ver, por ejemplo, Mourgue-Von Monakow, *Neurologie et Psichopathologie*, París, Alcan, año 1938.

Islam–. Ni dije, en fin, *que nadie cure de la religión de nadie y el Estado haga como que la ignora* –ideal pseudoliberal del siglo XIX–.

Dije *que hay acuerdo social, estadual, político también, acerca de la religión en esta colectividad humana concreta que existe* hic et nunc *en este espacio y este tiempo* –ideal cristiano del Estado pluralista moderno—.

El error fundamental del hoy anciano Ideal Pseudo-Liberal fue pretender eludir ese acuerdo ineludible –en lo cual se mostró flojo político– pretendiendo que la religión sería de hoy en más *asunto privado* –en lo cual se mostró flaco filósofo–. En efecto, la religión, si es humana, será por fuerza también *externa*, y más aún que externa, *social*, y por fuerza, siendo social, *jerárquica;* y tendrá por ende que irrumpir forzosamente en la vida pública.

Es claro que el liberalismo del siglo pasado, en el fino fondo de su mente, lo sabía perfectamente. Su íntimo inconfesable anhelo –o al menos inconsciente tendencia– era simplemente eliminar la religión como realidad *tout court*, tanto en lo público como en lo privado, empezando por lo primero. Coincidía, pues, en el fondo, con el ideal jurídico del Imperio Cesáreo de Nerón o Tiberio, y desde el punta de vista teológico se reducía a un ateísmo condescendiente y disfrazado. El repulsivo Renán es su tipo más representativo. Cousin expresó su doxología cuando opinó prudentemente que la religión "era buena para las clases populares". Más allá, en el fondo, los ilumina a ambos la sonrisa hipócrita y corrompida de Voltaire, que comulgaba en Ferney "para dar buen ejemplo a sus colonos".

Para confirmar todo esto, si es que lo necesita, a saber, que el laicismo hoy día es sólo una táctica y el liberalismo siempre fue un ateísmo latente, cosa que los liberales ingenuos como Emile Faguet y Emilio Ravignani ignoran, mire qué Santo Padre le voy a citar a usté: el hebreo Carlos Marx. Carlos Marx se ha encargado de demostrarlo, con argumentación cerrada y contundente, en uno de sus opúsculos teóricos poco conocidos, *Die Juden Frage* (*La Cuestion Judía*). ¿No fue Carlos Marx, por ventura, el cirujano irascible que practicó al liberalismo la cesárea y le arrancó a bisturí seco el pequeño monstruo que tenía ectópicamente enquistado, adaptándolo luego por suyo con el nombre de "Religión-Opio-del-Pueblo" [51]? De ahí viene, según el proceso dialéctico, la actual anemia del liberalismo rusoniano, que ni Vaz Ferreyra, ni Ortega y Gasset, ni Don Luigi Sturzo creo que van a poder

51 *Einfurung in der Hegelschen Rechtphilosophie...*

reanimar, por más que soplen: sus reservas orgánicas alimentan *à son insu et malgré lui* a su feroz neroncito entenado y sublevado, a su hijo adulterino insubordinado y matricida, el marxismo comunista.

Aetas patrum, pejor avis, tulit
nos nequiores, mox daturos
progeniem vitiosiorem...

Esto viene inevitablemente por fingir o ignorar hechos que no se pueden abolir, y trascurar realidades sociales que exigen regulamento político. Le voy a contar un caso que no es cuento, sino que pasó verdaderamente –ojalá no– en su provincia de usté, llamada por antonomasia la *Provincia.* Dos hombres fuertes y derechos trabajaban una estancia a medias, allá por el Sur; uno, dueño del campo y magnífico gaucho; otro, ingeniero agrónomo y excelente muchacho. Se querían como hermanos, con una desas fibrosas amistades varoniles que engendra el común trabajo, afición y riesgo, acendrada por años y años de camaradería desde la escuela. Una vez se instaló en la estancia una mujer joven, pobre, huérfana, parienta de uno de ellos, acogida por patriarcal solidaridad y hospitalía. Nunca antes había habido entre ellos la menor diferencia. Y bueno, antes de un año se pelearon los dos de tal modo, que uno mató al otro de un tiro, dio con sus huesos en Ushuaia y perdió todo; perdió hasta la pobre mujer, que hubo de desaparecer después del hecho, aplastada sentimental y socialmente quizá para siempre.

¿Todo "culpa de la maldita hembra", como dijo la gente de Campo l'Overo? No, señor; culpa de los dos varones. Culpa de que en el *contrato* de aquel año fatal los dos hombres imprudentemente pasaron por alto, como si no existiese, un pequeño y trascendental *asunto privado,* callando cada uno al otro su pequeña solución secretamente acariciada.

Había que haberlo liquidado a tiempo y francamente. Ella, ¿qué culpa tenía de existir y ser hermosa?

Esto es una parábola. Algo así es lo que le ha pasado al seudoliberalismo novecentesco tipo Rousseau –recuerde usté los sucesos de España–, por decretar la no existencia del sentimiento religioso a los fines del gobierno público. La religión, ¿qué culpa tiene de existir y ser atractiva? justamente en el momento que el lince don Manolo Azaña declaraba la desaparición repentina de la religión de España, se le levantaban los navarros con más

furor carlista que en tiempo del cura Santa Cruz, y el populacho de Madrid y Barcelona quemaba iglesias y asesinaba frailes, lo cual es también una manera de ser religioso *al revés*. La religión existe tercamente en el orden individual, y por ende necesariamente también en el orden estatal, por el caso de ser la nación, como enseñan los filósofos, una *sociedad suprema (societas perfecta)*, que atinge por fuerza, en virtud de su naturaleza, *totum sed non totaliter*, todo el ámbito de la realidad social humana, y por tanto, también las manifestaciones sociales del sentimiento religioso, el más complejo y último de todos los *afectos intelectuales*, pero también el más tenaz y violento de todos.

La religión y la moral son asuntos privados, para Cavour. El hombre dejado solo se vuelve bueno de por sí, dijo Rousseau. El hombre que tiene plata es necesariamente virtuoso, creía Adam Smith. ¡Qué dogmas más cómodos para un gobernante!... Al principio. Pero, después, empieza a aparecer poco a poco y siniestramente que el Estado puramente *económico* y administrativo es un campo ventajosísimo para el logrero y el vivillo, donde la virtud acaba por volverse un *handicap* para sí misma; y que un pueblo sin religión y moral se vuelve ingobernable, anoser por medio de atroz tiranía, según la ley de los dos termómetros, de Donoso Cortés. La única vía de alcanzar el generoso ideal del liberalismo (o sea la humana y decente libertad posible al hombre), es renunciar a la ciega política del liberalismo. El liberalismo confunde fines con medios, cumbres con caminos; ése es su fatal destino. Es, como dijo Chesterton, "una verdad cristiana que se ha vuelto loca".

Un ejemplo es la Escuela Argentina. La Escuela Estatal Argentina ha conseguido en la Capital Federal –a costa de grandísimo derroche de dinero– la victoria contra el *analfabetismo* que era su último fin; y hela ahí convicta y confesa de quiebra total como educadora y forjadora del espíritu nacional: el esfuerzo de la escuela argentina desemboca en formar lectores de *Crítica*. "La República Argentina actualmente no es radical ni conservadora: es botanista", me decía no ha mucho un joven y perspicaz político argentino. No digo que no haya en esa escuela muchos valores personales altísimos; al contrario, el honor del pobre y extenuado magisterio argentino es uno de los más limpios del mundo; pero ellos no ocultan, antes bien hacen más patético el notorio fracaso del sistema y de sus equipos dirigentes, supeditados a la política, e impares a su sacra responsabilidad. El público que proporciona más de 600 representaciones seguidas en 1939 a un bodrio teatral animalesco y degradante de un tal Marco Bronenberg –para dar un ejemplo concreto–

llamado *No hay suegra como la mía*, en que actores y sala se revuelcan cerdunamente tres horas en una gran comunión orgiástica de carcajadas bestiales, alusiones obscenas, gritos de animales, guaranguerías indecentes, chistes de tercera calidad y payasadas soeces –¡oh manes de Calderón y de Lope!–; el público de los pasquines y de las carreras, el público del entierro de Carlitos Gardel, esa pobre masa perfectamente indefensa y ya contaminada de la Capital Federal, preparada ya a todas las explosiones, es el producto más sincero del Consejo Nacional de *Educación* de las Provincias Unidas del Río de la Plata. Se me aprieta el corazón al decirlo, porque así lo creo. Pero tengo que decirlo.

Suma: la historia contemporánea está desplazando de todas partes, con fuerza incontrastable, el Estado Económico de Adam Smith en favor del Estado Ético. El Estado Ético no puede serlo sin ser por repercusión en alguna manera religioso. El *laicismo* es una antigualla. Los laicistas son propiamente *reaccionarios*.

2. *¿Debe el Estado Argentino enseñar la religión en sus propias escuelas?*

Yo pregunto, a mi vez: ¿De dónde salen tales Escuelas? ¿Quién le manda al Estado Argentino ser Maestrescuela?

Un buen Estado tiene obligación y mandato de *conseguir que haya en sus ámbitos buenas escuelas;* muy bien. Pero para tal cosa no es forzoso, ni siquiera conducente, que las tenga que hacer –y monopolizar, que es lo más grave– él mesmo por sí mesmo, para lo cual la experiencia lo reputa inadaptado y la ciencia lo demuestra injusto.

Que monopolice los pozos de petróleo, ¡bien! –protesta, sin embargo, Standard Oil, y es oída.

Que monopolice los ferrocarriles, ¡óptimo! –si es ya capaz de hacerlo sin derroches ni déficit.

Que coordine los trasportes, ¡pase! –con tal que no se encadene ni se venda.

Pero monopolizar la Escuela, eso no debe pasar. Es un grave error político y un serio traspié pedagógico, que casi siempre procede de raíz maligna y que siempre se paga caro.

Un Estado derecho es aquel que estimula, dirige y controla la iniciativa próxima (familiar y gremial), de tal modo que las *buenas escuelas* se obtengan con certeza y economía de parte de aquellos a quienes ellas competen e interesan más inmediata y naturalmente, es decir, las padres de familia y las profesiones. El Estado debe ser aquí primer motor y no rodaje intermedio. Si aquéllos defectan, entonces solamente entra a tallar el Estado en función supletoria. Tal es el caso de Inglaterra, Yanquilandia y Holanda, por ejemplo.

Pero puesto que ése no es el caso de la Argentina, y aquí es la Escuela Fiscal la que lucha con ingente derroche de dinero contra el acridio Analfabetismo, ¿débese enseñar, sí o no, en esas escuelas la religión de Cristo?

Mi señor senador: la religión de Cristo es la religión de la mayoría nacional; es la religión de nuestros muertos, de nuestros Padres y de nuestros Grandes, es la más antigua y extendida del Universo; así como, para nosotros dos, es la única verdadera. En nuestro país, el Estado sostiene o defiende su culto, la Carta Magna la impone al Presidente, y también, implícitamente –por la fórmula del juramento–, a los altos magistrados; y la sangre, la raza y la historia la imponen a los súbditos, empezando por los pobres indígenas hoy abandonados, cuya *conversión* la Constitución prescribe –¡qué sarcasmo!– haciendo un eco al Testamento de nuestra Madre Santa Isabel la Católica. ¿Usté me pregunta si esta religión se debe enseñar en las escuelas del Estado Argentino?

Oiga, señor, senador. Cuando tuve el honor y el gusto de conocerlo, y me lo presentaron a usté en San Antonio de Areco, le oí a usté una exclamación de estilo masculino que se me acuerda ahora como la respuesta más breve y apropiada a la segunda pregunta, dados todos estos antecedentes.

¿Si se debe enseñar o no el cristianismo a los argentinos pichones, usté me pregunta?

¡Descreo en Buda, en Mahoma y en la pata de Martín Lutero! ¡*Y qué otra cosa quieren enseñar, entonces!* Disculpe la *alusión*, reciba la expresión de mi estima y mande a un fiel servidor y amigo.

Hijos del mismo padre

Pío XII ha sido saludado por todos los pueblos como el Papa de la Paz. El santo cardenal que acaba de recibir sobre sus hombros el peso inmenso de la dirección de la Iglesia mira desde su trono un mundo envuelto en "guerras y rumores de guerra" que clama hacia él una palabra angustiada: "Queremos la paz."

La gran familia humana está reñida: no se llevan bien los hermanos. No hay peor guerra que la guerra entre hermanos. Es evidente que cuando dos hermanos se amenazan o se golpean, es que el padre está ausente. El mundo moderno no tiene padre. La Reforma Protestante, al romper con la Iglesia Visible, rechazó violentamente el Padre Terrestre. El Mundo Liberal que nació de ella consumó la separación con el Padre Celestial. Y, sin embargo, quería conseguir y conservar por sus propios medios la hermandad definitiva y laica entre todos los hombres, a la cual llamó *Fraternidad;* quiso instaurar el amor entre estos huraños hijos de tantas madres, independientemente del Padre Celestial y con prescindencia del Padre Nuestro. La Guerra Mundial anunció a los hombres con fragor de trueno el derrumbe de la Fraternidad Laica y Masónica; esa guerra de 1914, que no pertenece al pasado, puesto que se cierne sobre nosotros de nuevo conminando a los pueblos una segunda parte empeorada y aumentada, si se niegan otra vez a asentar el juicio... Es decir, a ponerse de rodillas y a mirar al cielo.

Vivimos en días en que las peores catástrofes son posibles. Dios puede salvarnos. Pero Dios no querrá salvarnos, si los hombres, los pueblos y los jefes no comienzan por ver que sólo Dios puede salvarnos. *Si Dios no edifica la casa, es inútil que se afanen los albañiles. Si Dios no guarda la ciudad, los guardianes se desojan en vano.*

A los hombres sin Dios, que antes del 14 barbotaban ensordecedores su gran borrachera de palabras en la euforia del dogma del Progreso Indefinido

y la Religión de la Humanidad, se les han acabado las palabras, la euforia y hasta las esperanzas. Son justamente los que se ríen de nuestros santos dogmas, los que han pasado bruscamente del seudodogma del Paraíso Terrestre al seudodogma del Fin del Mundo. El viejo novelista inglés Wells acaba de publicar su libro definitivo, *El Destino del Homo Sapiens*, en el cual abomina de la humanidad actual y desespera de su porvenir; lo cual no quita que enseguida, novelista hasta la muerte, proponga el siguiente remedio: que todos los sabios del mundo se alejen del mundo, se reúnan en Nueva York y funden una especie de Super-Universidad ... con él a la cabeza, por supuesto; la cual se dedique ***a reeducar a todos los hombres, para darles conciencia de que son ciudadanos del mundo;*** son palabras textuales.

Esta clase de chiquilines son los que quieren hacerse maestros del mundo, los que recusan como supersticiosa *y mítica* la dulce, secular y eterna tradición de unidad de la Santa Madre Iglesia Católica. ¡Cuán proféticamente los retrató el primer Papa en su *Epístola Segunda*, con estas terribles palabras, que deben cubrir las mías:

Así como hubo seudoprofetas,
así hay ahora maestros mendaces,
que introducen sectas de perdición,
renegando del Dios que los redimió
y atrayéndose una rápida ruina [...]
Éstas son fuentes sin agua
y nubes llevadas en torbellino,
reservadas a la noche tenebrosa.
Profiriendo la petulancia del orgullo,
precipitan en los deseos brutos de la carne
a los que van cediendo poco a poco
por el contacto y trato con el error;
y les prometen la libertad, oh irrisión,
siendo ellos esclavos del vicio;
pues de aquel de quien fue vencido,
de aquel todo hombre es esclavo [52].

52 II Petr. II, 1, 17-19.

¿Fin del Mundo, oh soñadores asustados? Sí, fin del mundo que soñaron los ideólogos de 1789, fin del siglo que comenzó con la toma de la Bastilla. Fin de una época, evidentemente, pero no fin del Universo, que ha tenido ya muchas épocas; sino al revés, el principio de un Mundo, o si queréis, el descubrimiento del Mundo. El Mundo Universo ha tomado conciencia de su intersolidaridad; y una gigantesca readaptación, más vasta que la que siguió a la descubierta de América, sopla su urgente clamor de aviso sobre las naciones. Las gigantescas convulsiones de nuestra época, comenzando por la Revolución Francesa y acabando por la Revolución Rusa –las cuales no olvidarán a la Argentina, dadlo por seguro–, no son convulsiones de agonía, sino convulsiones de alumbramiento. Es claro que algo muere también, pues que todo nacer de algo lleva implicado el morir de algo. Pero nosotros no somos de lo que muere.

¿Qué nace en el dolor actual y cómo? Pregunta tremenda. No la puedo abordar con el aparato de la ciencia psicológica o histórica; hay que recurrir por la índole de este escrito a los modos sintéticos de la poesía o la oratoria.

¿Qué ves delante de ti, lector amigo, en esta joven Argentina, que refleja mal que bien todo el mundo moderno?

Primero: un estado de desequilibrio y desasosiego evidentes, traducido en problemas vastísimos de todo orden: problema social, problema religioso, problema judío, problema agrario, problema político; estado que puede expresarse con la imagen de Bergson: "El mundo actual parece un cuerpo al que, engrandecido de golpe, le quedase chica el alma."

Segundo: tres corrientes poderosas en lucha para imponer sus soluciones (Comunismo, Liberalismo, Fascismo), fuerzas políticas en apariencia, ideológicas en el fondo. Cada una de ellas envuelve un Ideal y una concepción total de la vida.

Tercero: más adentro, hay una profunda aspiración que es común a las tres corrientes y a mí y a ti y a todos nosotros, lector amigo: una aspiración a un mundo mejor, aspiración eterna en la Humanidad, pero puesta ahora en llaga viva a flor de carne; necesidad de entenderse de nuevo entre ellos los humanos; esperanza inmensa, vaga, latente, difusa, que el sabio etnólogo Pierre Teilhard de Chardin caracteriza con estas tres notas: "universalismo, porvenirismo, personalismo". Afirma con gran copia de argumentos, en *Etudes*, N° 18, año 1937, que si no podemos saber desde ya cuál será el mundo de mañana, y cómo será la *Nueva Cristiandad* de que habló Maritain,

sabemos en cambio ciertamente que ella no será aceptable al corazón de la Humanidad actual, a menos de ser:

1. Capaz de contener en sí a todos los hombres sin excepción, por encima de todos los clanes, hordas, tribus y naciones.

2. Capaz de asimilar todas las conquistas modernas, materiales y culturales, más el inmenso porvenir abierto de golpe al mundo unificado.

3. Capaz de respetar y exaltar la persona humana: nada de paraísos terrestres marca *hormiguero* o *cárcel modelo* [53].

Sí. Todo aparece hoy como si Dios preparara en sus crisoles una nueva respuesta más vasta a ese eterno grito o gemido del hombre hacia la unidad de la especie. La hermandad divina de todos los humanos: es el más viejo sueño de la humanidad y a la vez la postulación sorda de la materia común de que ella fue hecha. Por arriba y por debajo, por la materia y por la forma, por su raíz de tierra y su flor de pensamiento, el hombre necesita de los otros hombres para muchas cosas, siendo, como dijo el Filósofo, animal gregario por naturaleza; y necesita hoy de todos los hombres del mundo para poder decir de una vez todos juntos al Ser Supremo una palabra de océano que la Humanidad está tartamudeando desde que nació: *Padre nuestro*. Para llegar a este momento, todos los santos, todos los sabios, todos los héroes, todos los mártires del mundo se han deshecho en la empresa de decir a Dios: *Padre mío*.

He aquí el hecho capital de nuestros tiempos. Los hombres acaban de establecer contacto de codos. Ya no hay más desiertos, ni montañas, ni mares, ni abismos. El sueño de Ulises, el sueño de Ícaro, el sueño de Prometeo, son realidades cotidianas. ¿El *Mare Ignotum*? No existe. ¿La Gran Muralla? Ha caído. Los hombres balbucean un oscuro esperanto. La tierra ha atado sus tientos, como un trenzador paciente; ha juntado sus cinco puntas, como

53 Cito actualmente a Teilhard de Chardin con todas las reservas. Este ensayo, escrito en 1944, ignoraba la evolución posterior del pensamiento del naturalista francés, la cual ha sido pésima, a nuestro parecer. Ha caído en la peor de las herejías, el modernismo; y, según creemos, es un heresiarca virtual. Éste no es aún, en este año 1951, el dictamen de la Iglesia, sino el de un doctor privado, Doctor en Teología.

una mujer hilandera que fija el *paspartú* de su bordado. Y lo que fueron las *Cinco Partes del Mundo*, son en el siglo del automóvil y el aeroplano un Todo Compacto, accesible, finito y vecinal.

Pero entretanto las almas de los hombres se rechazan con ira.

Un turista alemán protestante me decía una vez en Roma: "Me gusta esta ciudad. No parece moderna. Es una ciudad alegre y sosegada. Parece una ciudad que tiene padre."

Cuento esto para que a causa de mi tono un poco oratorio y de la proclama de internacionalismo que acabo de hacer, nadie vaya a pensar que vengo de Ginebra. Ginebra hoy día no se parece para nada a Roma; se parece más bien a Alejandría. Roma es una ciudad ardiente y vivaz asentada sobre siete capas de ruinas. Ginebra es una ciudad mortecina y triste, en medio de un vistoso paisaje de oleografía. Roma es una ciudad recorrida de caravanas de gente moderna que habla todas las lenguas hacia un gran templo donde las bendicen en latín. Ginebra es una ciudad poblada de diplomáticos que se reúnen en un hotel donde tratan de engañarse en francés. Yo estuve en Ginebra y conozco su fatal secreto: Ginebra no tiene padre. Su padre putativo sería aquel apóstata demente, impotente y utopista que, si tuvo muchos hijos, como él cuenta –y algunos biógrafos, con Lemaitre, no lo creen–; si es que tuvo cinco hijos ilegítimos, los mandó a todos a la Inclusa. Allí se levanta, en la plaza principal, su estatua de paranoico, ante la cual un viajero compuso el siguiente epigrama:

Delante de la estatua de Rousseau

–Se equivocó... ¡pero fue un hombre grande!
–¿En qué fue grande, *prego*, *chicherón*?
–*Monsiñore*, fue grande y extragrande
¡en todo lo que no se equivocó!
–¡Oh, *chicherón*, dime una cosa! –Mande.
–¿En lo qué fue que no se equivocó?
–¡Oh, *monsiñor*, eso lo ignoro yo!

Hay dos internacionalismos hoy, frente a frente: el de Rousseau y el de San Agustín, el de la *Ciudad de Dios* y el de la *Ciudad del Hombre*. No porque haya sido escamoteado por el espíritu anticristiano para hacerlo una

bandera, hemos de renegar los cristianos del ideal de la unión entre todos los hombres. Un amigo mío, docto en ciencia política, me decía hace poco, a propósito del Rotary Club:

–Todo lo que es internacional, hay que desconfiar; porque todo lo que hoy día es internacional, es francmasón.

Yo respondía:

–No. La fórmula es estrecha. Hay que ampliarla así: *hoy día, todo lo que es internacional, si no es católico, es judío, incluso la francmasonería.* La primera cosa efectivamente internacional que existió en el mundo fue la Iglesia Católica ("Id, enseñad a todas las gentes... Se hará un solo redil con un pastor solo"). Y las únicas cosas entrañablemente internacionales que se puedan ver hoy, son católicas, como un congreso eucarístico, una orden religiosa y la Sede Apostólica del obispo de Roma. Lo que hay es que, así como el diablo es el monito de Dios, así el espíritu anticristiano, personificado por usted en la masonería, cuando quiere pontificar, se ve obligado a emplear casullas y ornamentos sustraídos a la Iglesia. *Porque ha de saber usted que este asunto de reunir entre sí a todos los humanos es un asunto estrictamente religioso; y* ésta es la clave del problema. El hombre no es instintivamente cosmopolita: instintivamente, el hombre se enjambra en hordas, en clases, en razas. Eso es lo que hay de verdad en la teoría sociológica de Durkheim, cuando afirma que lo religioso es el cimiento de lo social, y que el hombre no es instintivamente social sino porque es primero instintivamente religioso. Esa tesis exagerada precisa un correctivo, que ya le han dado el filósofo Bergson y entre nosotros el profesor José María Rosa. Pero es verdad que los hombres solamente podrán reconocerse como hermanos cuando se reconozcan como hijos de un mismo Padre que está en los cielos.

Mi amigo sonrió y dijo:

–¿No basta reconocerse como hijos de un mismo padre que está encima de un árbol?

–¿Usted se refiere al antropopiteco de Darwin? No. Ni tampoco de una misma madre que está en la estratosfera, como la "Diosa Humanidad" de Augusto Comte, ni de una abuela que está en el limbo, como la "Idea Pura" de Hegel. El convulso mundo contemporáneo lo prueba suficientemente.

–¿Por qué se refirió usted al judaísmo como raíz de los ideales internacionalistas no cristianos?

–Fíjese. Si admitimos que la pacificación de la Humanidad en una gran familia es un asunto específicamente religioso, no quedan para realizarlo sino dos religiones que son de veras internacionales: la Iglesia Católica y la Anti-Iglesia, o sea la Sinagoga. La Iglesia es internacional por divina vocación. La Sinagoga es internacional por divina maldición. La Iglesia y la Sinagoga representan las dos concreciones más fuertes y focales del sentimiento religioso que existen en el mundo. El pueblo cristiano y el pueblo judío representan por expresa declaración de Dios los dos pueblos *sacerdotales* que existen en la tierra: son el fermento de todo el resto, la sal de la tierra; la sal que ha perdido su salazón y no puede ya por nadie ser salada, y la otra sal que debe salarlo todo. Todas las demás religiones jerárquicas existentes son herejías de estas dos: el Mahometismo es una herejía judaica, el Protestantismo es una herejía cristiana. Las religiones panteístas del Oriente son formas del paganismo, constituyen el sentimiento religioso informe que no ha llegado a realizarse en sociedad religiosa.

–¿Y el bolchevismo acaso no es internacional sin ser religioso?

–El bolchevismo tiene raíz judaica, es mesiánico, anticristiano y profetal, y por tanto está en el plano religioso. El ateísmo ruso está informado de un oscuro soplo religioso. Es una forma provisional, representa una etapa, la etapa de la lucha contra las religiones trascendentes. El mismo es una religión inmanente, la religión del hombre divinizado, el reverso del misterio de la Encarnación, el *Misterio de Iniquidad* de que habló San Pablo...

Mi amigo no ama la teología, de modo que cambió la conversación de golpe.

–¿Qué opina usted de la Super-Europa, la Unión de las Iglesias Cristianas y la Conversión en masa del pueblo de Israel?

Yo a mi vez no amo las especulaciones sobre cosas que me exceden; y así contesté sobriamente:

–Opino que ninguno de los dos las veremos; aunque son hechos que están en el horizonte.

–¿Y qué conclusión sacamos de todo esto?

–¡Orar! ¡Decir con toda el alma el padrenuestro! ¡Decirlo y entenderlo y hacerlo y devorarlo! Orar no es solamente mover los labios, sino ir a Dios con el cuerpo y con el espíritu. Ir con alas de águila adonde está el cuerpo y el alma de Cristo. Permítame usted que acabe con una palabra eucarística.

Los cristianos tenemos nuestra Mesa y sabemos que sólo comunicando en torno de ella volverán los pueblos del mundo a sentirse hermanos; y ninguna paz durable será concertada en la *Mesa Redonda* de Londres o en la *Mesa Directiva* de Ginebra sin la impulsión y el visto bueno de esta humilde *Mesa matinal* de los cristianos, que fue instituida expresamente para que "sean todos unos entre sí, oh Padre mío, como yo y tú somos Uno".

Al cual sea gloria y loor, en la luz del Espíritu Santo, por todos los días que quedan por venir. Amén.

Sermón del polvo

"Memento, homo, quia pulvis es et in pulverem reverteris" [54].

El polvo quita la vista y el polvo devuelve la vista. En las comarcas de Tierra Santa, la tierra salitrosa y arenosa levanta un polvo finísimo y blanco, que por una parte reflejando vivamente la luz ardiente del sol oriental y por otra parte alzándose con el viento en nubes enceguecedoras, produce numerosas oftalmías y en muchísimos casos la ceguera. Cuando leéis los Evangelios, reparáis cuántas veces se nombra en ellos esta temible desgracia; cuántos ciegos no curó el Señor; la señal que dio a San Juan Bautista para indicarle que el Mesías llegó: "Los ciegos ven"; la comparación que usó en la parábola: "Si un ciego guía a otro ciego, los dos se van al hoyo."

A uno de estos pobres desdichados curó el Señor en las puertas del Templo, según nos cuenta San Juan en el capítulo IX, poniéndole en los ojos un poco de barro; escupió en el polvo, hizo un poco de lodo, se lo echó en los ojos y le dijo: "Anda a lavarte en la piscina de Siloé."

Señor, ¿qué hacéis? ¿Polvo para curar a un ciego? ¿Saliva para curar la ceguera? La saliva que es cáustica y el polvo que es fricante, más bien volverán ciego a uno que ve, Señor, que no volverán los ojos a uno que no ve.

Dejadme hacer, dejad hacer al que es la *Luz del mundo*. "Y fue, y se lavó y vio" –dice San Juan–; "volvió viendo, volvió sanado".

Polvo tenemos en los ojos, polvo de la tierra nos tiene ciegos. Polvo son las riquezas, polvo son los honores, polvo son los placeres; polvo enceguecedor que nos impide ver. Mas la Iglesia, Madre nuestra ansiosa de sanarnos, Esposa de Cristo poderosa para sanarnos, nos echa este día un puñado de polvo a la cara, y a imitación de su Divino Maestro dice a los pobres ciegos: "Con lo mismo que te enfermó, yo te sano. Pero no con lo mismo: porque

54 "Recuerda, hombre, que eres polvo y que tornarás al polvo."

el polvo solo, el polvo de la tierra, no sirve para sanar, sino para enfermar más, si no se le mezcla la saliva de un Dios, es decir, la palabra de Dios. Y la Iglesia mezcla a este polvo de la tierra una palabra de Dios, una palabra tomada del Libro del Génesis, una palabra sencilla, verdadera y cáustica. «¡Hombre, acuérdate que polvo eres y que al polvo volverás» [55]".

Si nos pusiese solamente ceniza en la frente pare recordarnos la muerte que ha de reducirnos a polvo, no curaría la Iglesia nuestras llagas, sino más bien aumentaría nuestra tristeza; y la tristeza no es el remedio de nuestros males. ¡Bastante tristeza nos da este siglo inquieto! A este asilo de paz, a este puerto de oración en medio del estrépito de la calle abierto, venimos precisamente algunas veces huyendo de la tristeza del mundo. Y bien, señores; no temáis, porque el polvo que allá fuera enferma, aquí dentro sana; el polvo que la Iglesia nos pone en los ojos nos devuelve la vista, aunque sea cáustico en el momento de la operación; y el que ve, señores, no está triste: porque el que ve, sabe adónde va; porque el que ve, camina seguro; el que ve, no tropieza en la piedra ni cae en el hoyo.

Y por eso, Nuestro Señor Jesucristo en el evangelio de este día nos manda el ayuno, pero nos prohíbe la tristeza. "Cuando ayunáis –dice– no os paréis tristes como los hipócritas." Y ¿cómo haremos para no estar tristes, teniendo que sufrir el cuerpo? No poniendo nuestro tesoro en el cuerpo, que es polvo, ni en las cosas de la tierra, que son polvo, sino más arriba. "Y vuestro Padre que está en los cielos os lo pagará allá arriba. No atesoréis tesoros en la tierra –dice–, donde la polilla y el gorgojo los deshacen y el ladrón rompe y los roba. Amontonad tesoros en el cielo, donde ni polilla ni gusano deshacen, ni el ladrón rompe y roba." La polilla y el gorgojo son las miserias de esta vida; el ladrón es la muerte, y el tesoro es lo que buscamos y deseamos, nuestro ideal y nuestro último fin.

Señores, el mundo moderno ha exaltado demasiado al hombre y lo ha deprimido demasiado; lo ha adulado y lo ha calumniado, y alternativamente –contra la Iglesia, que le dice: "Tú eres polvo"–, le dice: "Tú eres un semidiós", y después le dice: "Tú eres una podredumbre." El mundo miente, señores, y es condición de mentirosos tener que corregir una mentira con otra mentira más grande. El siglo de la filosofía del super-hombre es el siglo de la filosofía del pesimismo; el siglo del confort y de los placeres es el si-

55 Libro del Génesis III, 19.

glo del bolchevismo y del pauperismo; y el siglo de los grandes hallazgos científicos, el siglo de las grandes miserias morales; el siglo pacifista es el siglo de la Gran Guerra; el siglo de las luces es el siglo de la ignorancia religiosa.

Yo hojeo nuestras revistas, nuestros periódicos, oigo vuestros doctores y vuestras universidades... ¿Y qué veo?

"Hombre –exclama el mundo– tú eres libre; no te sujetes. Tú eres rey; no obedezcas. Tú eres hermoso; goza; todo es tuyo. Pueblo soberano, tú no debes ser gobernado por nadie, sino gobernarte a ti mismo. Rey de la creación, la ciencia y el progreso ponen en tus manos la tierra toda. Animal erguido y blanco, tu cuerpo es hermoso, no lo ocultes. Tu cuerpo es la fuente y el vaso de un mundo de placeres: bébelos. El dinero es la llave de este mundo: procúratelo. Los honores, las dignidades, el mando son un manjar de dioses; la fama es el ideal de las almas grandes; la ciencia es la aristocracia del alma. ¡A luchar! ¡A arrebatar tu parte! ¡A triunfar! ¡A echar fuera a los otros! ¡Si eres pobre: asalta a los ricos! ¡Si eres rico: exprime a la plebe!"

Señores, ¿y el gusano y la polilla? El semidiós, el superhombre se encuentra con el gusano y la polilla. Enfermedades del cuerpo, tiranía del pecado y del instinto, hastío de los placeres, temores en la riqueza, pequeñez del entendimiento, disgustos en el poder, miserias de la conciencia, limitación del alma; contrastes familiares, fracasos sociales, grandes desastres nacionales, polillas del polvo humano, ¡cuántas hay! y ¡cómo las llevamos todos escondidas y cómo han aumentado desde que la fe ha disminuido y el pecado crecido! Y entonces, señores, cuando comienza a deshacerse el ídolo de polvo en el que se había puesto el tesoro y el corazón, cuando la dura realidad tarde o temprano disipa los castillos basados sobre la mentira, ¡ah! entonces, señores, los maestros de la mentira os cantarán otra canción muy diversa, os consolarán con la canción del odio, el desencanto y la desesperación.

Hombre: eres un absurdo, un enigma, una miseria. Tu nacimiento es sucio; tu vida, ridícula; tu fin es desconocido. Engañado por los fantasmas de las cosas hermosas que te prometen la felicidad, corres sin saber adónde, dando tumbos por la vida, hasta dar el gran salto del que nadie vuelve, a la noche de lo desconocido. Tu hermano, a tu lado, es un lobo para ti; tu superior, arriba, es un tirano; el apóstol que te predica, te engaña y te explota. No sabes nada de nada; no puedes nada contra tu destino. Tus ideales más grandes, tus ensueños más hermosos: el amor, la religión, el arte, la santidad...

¿quieres saber lo que son en el fondo? Son solamente sublimaciones del instinto del sexo que llevas en la subconciencia. La vida no vale la pena de ser vivida.

He aquí las dos grandes mentiras del mundo. Pero no hay ninguna mentira que no tenga algo de verdad –una mentira pura no se podría sostener–. El mundo predica del hombre dos verdades: la grandeza de su alma y la miseria de su cuerpo. Pero ignora del hombre dos verdades: la miseria de su alma, que es el pecado original, y la grandeza de su cuerpo, que es la resurrección final. "Dios modeló al hombre del limo de la tierra y le sopló en la cara un aliento de vida", dice el Libro del Génesis. Por lo tanto, señores, el hombre está hecho de dos cosas: de cuerpo y de alma; está hecho de un poco de barro y de un soplo de Dios: una cosa inferior tomada de la tierra y una superior bajada del cielo. Que lo superior domine lo inferior, que el alma mande y el cuerpo obedezca: aquí tenéis el orden, la armonía, la felicidad; aquí tenéis el primer plan divino, el estado de inocencia original de Adán y Eva, el primer retrato de semidioses que nos hace el mundo. Pero la fe nos enseña y el mundo ignora que el hombre por el pecado subvirtió este orden, deshizo esta armonía, perdió esta felicidad, y entonces el cuerpo se sublevó contra la inteligencia, la carne se zafó de las manos del espíritu, la materia oprimió al alma. "Y conocieron que estaban desnudos; se avergonzaron, temieron la voz de Dios y se escondieron entre las hojas." Es decir: el hombre sintió el castigo de su desobediencia, en la desobediencia de los miembros de su cuerpo y de las facultades de su alma, en el terrible desorden, guerra, tristeza que no tenían remedio, señores, sino en la misericordia de Dios, porque el hombre culpable, herido en lo natural y despojado de lo gratuito, no podía redimirse a sí mismo.

Éste se llama el estado de la caída, el segundo estado que el mundo nos describe, cuando le pedimos un segundo retrato del hombre. El primer retrato es un semidiós, el segundo retrato es un gusano. Y mirad, señores, cómo miente el ciego guía de ciegos. Estos dos estados, estado de semidiós y estado de gusano, estado de justicia original y estado de caída, son dos estados históricos del hombre; porque, efectivamente, hubo un momento en que el primer hombre fue inocente y un momento en que fue irreparablemente culpable; pero dos momentos que no existen más ni volverán a existir, dos estados pasados, ya que el actual estado del hombre implica la caída y la redención, es el estado del hombre *lapsus-reparatus*, caído y redimido, caído en Adán y redimido por Jesucristo Hijo de Dios y Señor nuestro.

Para librarnos de los engaños del mundo, de la seducción, la fascinación, la atracción del polvo de la vida, la Iglesia nos echa a la cara el polvo de la muerte. ¿Cómo haré, dice la Iglesia, para que el hombre no se aprecie demasiado y no se desprecie demasiado, para que no se ensoberbezca y no se desaliente? ¿Cómo haré para que en este tiempo de Cuaresma se abaje y se levante: abaje el cuerpo por el ayuno, levante el alma con la oración; para que desprecie los tesoros de la tierra y ponga su tesoro en el cielo? ¡Es tan irresistible la seducción de lo que se ve, de lo que se toca, de lo que se siente! Pues bien; lo haré ver, tocar, sentir qué cosa es lo qué él desordenadamente ama. Llamaré en mi auxilio a la muerte. "*Memento, homo, quia pulvis es et in pulverem reverteris.*" ¡He aquí lo que os impide amar a Dios, he aquí lo que pone en peligro vuestra eterna felicidad! ¡Polvo!

En un antiguo auto sacramental del teatro español, aparece la Muerte armada de espada y daga para hacer un sermón a los hombres. ¡Qué gran predicador la Muerte, qué sermón, señores! Entra la Hermosura, una gran dama vestida, adornada, engalanada; todo es seda y oro, todo jazmines y rosas; todo es gracia y gentileza; los hombres están locos por ella y ella está loca de sí misma. La Muerte la toca con su espada, y se convierte en un cadáver hinchado y repugnante. No era necesario el ladrón, bastaba la polilla; no era necesaria la muerte, bastaba el tiempo, el tiempo tranquilo e implacable marchitador de todas las flores, el tiempo con su calva, sus arrugas, su joroba, sus achaques. Pero como hoy han inventado ciertas pinturas y ciertos postizos para matar la polilla y hacer la guerra al Tiempo, vamos al ladrón, a la Muerte. Levantad la losa y mirad la hermosura tocada por la muerte: es un montón de podredumbre, una *cosa que no tiene nombre en ninguna lengua*. En esto ha parado todo: era, pues, una cosa caduca, pasajera, accidental. Pasó y se llevó mis tesoros, dirá el libertino; la felicidad de mi alma en la otra vida, la paz de mi alma en esta vida, la salud de mi cuerpo, la firmeza de mi carácter. ¡Oh, muerte, cuán amarga es tu lección para el que pone su fin en los placeres!

Entran las Riquezas, señores, pisando fuerte, mirando alto, vistiendo elegantemente, con gran cortejo de criados, de amigos y de parásitos. La Muerte lo toca, y el Rico se convierte en un esqueleto. Huyen los amigos, desaparecen los aduladores; y los parientes, con un ojo llorando y con el otro repicando, se apresuran a esconder bajo tierra al que se fue tan oportunamente. Se fue solo, con las injusticias que cometió para ganarlas, con las iniquidades que hizo para conservarlas y con los pecados que perpetró para gozarlas.

En verdad os digo que los ricos difícilmente se salvan. ¡Oh, muerte, cuán amargo es tu recuerdo para el que pone su fin en las riquezas!

Entra el Poder, señores; entra un Rey con su corte, soldados, sabios, políticos, lanzas, clarines, cien pendones al viento. La Muerte lo toca, y todo se convierte en polvo: el polvo que fue Menfis, el polvo que fue Nínive, el polvo que fue Cartago, el polvo que fue Roma. La Muerte, señores, manda más que los reyes y es más duradera que las naciones. Pero la gloria –me decís– la gloria queda. Sí, señores, la gloria eterna con que Dios glorificará a los pobres y humildes de corazón, la gloria eterna queda. No –me decís–; la gloria terrena, también la gloria terrena queda. ¡Ah, señores! ¿Qué es la gloria terrena?... Un día visitaba el sepulcro de los Escipiones, en Roma. Es un montón de ladrillos medio sepultado en un campo al lado de una calle polvorosa y solitaria. Un guardia lo acompaña al visitante por unos sótanos oscuros y húmedos y le explica que en la Edad Media los campesinos llevaron los mármoles para hacer casas y en la Edad Moderna unos bodegueros hicieron una bodega para guardar el vino, donde reposaban el poeta Ennio, Escipión Emiliano, el primer Africano y Escipión el Asiático. Este pedazo de hueso, este pedazo de húmero, es probablemente del primer Africano. Ésta es la gloria de la tierra, señores. Un nombre en la historia: un pedazo de hueso que se muestra a los turistas.

Contra el Gran Ladrón nocturno ninguno puede. A todos espera, a todos alcanza, a todos vence. Ha vencido la Hermosura, el Poder, las Riquezas, las Naciones y la Fama: vamos a juntar a todo el mundo contra él, a ver si lo vence. Mueren los individuos, pero queda la especie; mueren los hombres, pero permanece el género humano; mueren las naciones, pero queda el Mundo. El Mundo contra la Muerte.

Señores, mirad qué es el Mundo. Nosotros somos hormigas al lado de todo el mundo, de los mares, de las montañas y de las estrellas. Los millones y millones de hombres con sus riquezas y sus posesiones, sus inventos; las maravillas del arte, de las letras, de la ciencia; los monumentos, las vías de comunicación, las máquinas; las grandes organizaciones y las grandes edificaciones eternas; el trabajo de siglos acumulado pacientemente para hacer una torre que llega hasta el cielo. El Mundo Universo contra la Muerte. La Muerte lo toca, ¿y qué sucede? Sabemos lo que sucederá hasta en sus menores detalles. El sol se oscurece, la luna se pone de color de sangre, las estrellas caen del cielo como higos maduros, el mar se pone a dar bramidos, los hombres todos reunidos para hacer la guerra a Dios y su Cristo huyen despavori-

dos, y en medio de la tribulación más grande que ha habido desde el principio de los siglos y después de una tremenda aunque breve agonía, este mundo pasó y toda su gloria se convirtió en nada.

Señores, es menester decirlo en el siglo del progreso indefinido, de la evolución creadora, en que muchos hombres, cansados de esperar la Segunda Venida del Cristo, dijeron: "No viene más", y dormitaron y durmieron. Lo que la razón sospecha, la fe nos lo asegura: este Mundo, que tuvo principio, tendrá también fin. No sabemos el día ni la hora, pero sabemos que tenemos que vivir vigilantes. No sabemos si falta mucho todavía, pero sabemos que vendrá el Gran Ladrón cuando menos lo esperan.

Os he hecho un gran espectáculo de desolación y de ruinas; he tomado la Muerte y he reducido a polvo la carne del hombre, las obras del hombre y el mundo todo del hombre. Sobre este montón de ruinas, ¿qué queda, sino la tristeza y la desesperación? Así es, señores, si fuésemos filósofos pesimistas; pero somos hijos de la Iglesia; no somos cultores de la muerte, sino hijos de la Vida. El autor del Libro del Eclesiastés, inspirado por el Espíritu Santo, después de haber mostrado amargamente la vanidad de las cosas terrenas, no concluye, señores, la desesperación, sino *que concluye la moderación*. Después de haber recorrido la vanidad de los placeres que dan hastío, la vanidad de la ciencia que aumenta el sufrimiento, la vanidad de las riquezas, del poder, del nombre, de la fama, de la hermosura, el autor sacro irrumpe en conclusiones de sentido común, de moderación y de templanza: "Hay que despreciar todo lo caduco, hay que usar moderadamente de la vida, hay que usar también templadamente de los placeres y alivios que la hacen serena y llevadera, y sobre todo hay que temer a Dios, cumplir sus mandamientos y recordar su juicio." "Teme a Dios –dice en la conclusión– y observa sus mandamientos, porque esto es todo el hombre."

Es curioso que no dice: "Cumple los mandamientos de Dios, porque eso es el alma del hombre. El cuerpo es polvo; cumple los mandamientos para salvar tu alma." No, señores: "Cumple los mandamientos, porque eso es todo el hombre, cuerpo y alma." Señores, el que se salva, salva su cuerpo y su alma: envía su alma al cielo y envía el montón de polvo de su cuerpo a la tierra, como semilla de resurrección.

Hombre verdaderamente sabio, prudente y juicioso, señores, el que se salva. No nos está prohibido desear riquezas, sino desear riquezas mentirosas. ¿Cómo se pueden asegurar las riquezas contra un ladrón? Mandándolas

a la caja de seguridad. Ése es el consejo de Cristo: por medio de la limosna, enviad vuestras riquezas donde no hay ladrones, para que allá os esperen. ¿Cómo se puede asegurar el grano de trigo contra el gorgojo? Hay que sembrarlo. Es el consejo de Cristo: "Si el grano se hunde en la tierra y muere, después brota y hace grande fruto." Así nuestros cuerpos, hundidos por la humillación, deshechos por la mortificación, pulverizados por la muerte, brotarán un día con nueva vida y florecerán como rosas bajo el sol de la Inmortalidad.

Cristo Rey

Ergo Rex ex Tu? –Tu dixisti... Sed
Regnum meum non est de hoc mundo.

Joan. XVIII, 33-36

El año 1925, accediendo a una solicitud firmada por más de ochocientos obispos, el Papa Pío XI instituyó para toda la Iglesia la festividad de Cristo Rey, fijada en el último domingo del mes de octubre. Esta nueva invocación de Cristo, nueva y sin embargo tan antigua como la Iglesia, tuvo muy pronto sus mártires, en la persecución que la masonería y el judaísmo desataron en Méjico, con la ayuda de un imperialismo extranjero: sacerdotes, soldados, jóvenes de Acción Católica y aun mujeres que murieron al grito de "¡Viva Cristo Rey!".

Esta proclamación del poder de Cristo sobre las naciones se hacía contra el llamado liberalismo. El liberalismo es una peligrosa herejía moderna que proclama la libertad y toma su nombre de ella. La libertad es un gran bien que, como todos los grandes bienes, sólo Dios puede dar; y el liberalismo lo busca fuera de Dios; y de ese modo sólo llega a falsificaciones de la libertad. Liberales fueron los que en el pasado siglo rompieron con la Iglesia, maltrataron al Papa y quisieron edificar naciones sin contar con Cristo. Son hombres que desconocen la perversidad profunda del corazón humano, la necesidad de una redención, y en el fondo, el dominio universal de Dios sobre todas las cosas, como Principio y como Fin de todas ellas, incluso las sociedades humanas. Ellos son los que dicen: "Hay que dejar libres a todos", sin ver que el que deja libre a un malhechor es cómplice del malhechor. "Hay que respetar todas las opiniones", sin ver que el que respeta las opiniones falsas es un falsario. "La religión es un asunto privado", sin ver que, siendo el hombre naturalmente social, si la religión no tiene nada que ver con lo social, entonces no sirve para nada, ni siquiera para lo privado.

Contra este pernicioso error, la Iglesia arbola hoy la siguiente verdad de fe: *Cristo es Rey*, por tres títulos, cada uno de ellos de sobra suficiente para conferirle un verdadero poder sobre los hombres. Es Rey por título de nacimiento, por ser el Hijo Verdadero de Dios Omnipotente, Creador de todas las cosas; es Rey por título de mérito, por ser el Hombre más excelente que ha existido ni existirá, y es Rey por título de conquista, por haber salvado con su doctrina y su sangre a la Humanidad de la esclavitud del pecado y del infierno.

Me diréis vosotros: eso está muy bien, pero es un ideal y no una realidad. Eso será en la otra vida o en un tiempo muy remoto de los nuestros; pero hoy día... Los que mandan hoy día no son los mansos, como Cristo, sino los violentos; no son los pobres, sino los que tienen plata; no son los católicos, sino los masones. Nadie hace caso al Papa, ese anciano vestido de blanco que no hace más que mandarse proclamas llenas de sabiduría, pero que nadie obedece. Y el mar de sangre en que se está revolviendo Europa, ¿concuerda acaso con ningún reinado de Cristo?

La respuesta a esta duda está en la respuesta de Cristo a Pilatos, cuando le preguntó dos veces si realmente se tenía por Rey. "Mi Reino no procede de este mundo." No es como los reinos temporales, que se ganan y sustentan con la mentira y la violencia; y en todo caso, aun cuando sean legítimos y rectos, tienen fines temporales y están mechados y limitados por la inevitable imperfección humana. Rey de verdad, de paz y de amor, su Reino procedente de la Gracia reina invisiblemente en los corazones, y eso tiene más duración que los imperios. Su Reino no surge de aquí abajo, sino que baja de allí arriba; pero eso no quiere decir que sea una mera alegoría, o un reino invisible de espíritus. Dice que *no es de aquí,* pero no dice que *no está aquí.* Dice que no es carnal, pero no dice que no es real. Dice que es reino de almas, pero no quiere decir reino de fantasmas, sino reino de hombres. No es indiferente aceptarlo o no, y es supremamente peligroso rebelarse contra él. Porque Europa se rebeló contra él en estos últimos tiempos, Europa y con ella el mundo todo se halla hoy día en un desorden que parece no tener compostura, y que sin Él no tiene compostura...

Mis hermanos: porque Europa rechazó la reyecía de Jesucristo, actualmente no puede parar en ella ni Rey ni Roque. Cuando Napoleón I, que fue uno de los varones –y el más grande de todos– que quisieron arreglar a Europa sin contar con Jesucristo, se ciñó en Milán la corona de hierro de Carlomagno, cuentan que dijo estas palabras: "Dios me la dio, nadie me la

quitará." Palabras que a nadie se aplican más que a Cristo. La corona de Cristo es más fuerte, es una corona de espinas. La púrpura real de Cristo no se destiñe, está bañada en sangre viva. Y la caña que le pusieron por burla en las manos, se convierte de tiempo en tiempo, cuando el mundo cree que puede volver a burlarse de Cristo, en un barrote de hierro. "*Et reges eos in virga férrea*" [56].

Veamos la demostración de esta verdad de fe, que la Santa Madre Iglesia nos propone a creer y venerar en la fiesta del último domingo del mes de la primavera, llamando en nuestro auxilio a la Sagrada Escritura, a la Teología y a la Filosofía, y ante todo a la Santísima Virgen Nuestra Señora con un avemaría.

Los cuatro Evangelistas ponen la pregunta de Pilatos y la respuesta afirmativa de Cristo:

–¿Tú eres el Rey de los Judíos?

–Yo lo soy.

¿Qué clase de rey será éste, sin ejércitos, sin palacios, atadas las manos, impotente y humillado?, debe de haber pensado Pilatos.

San Juan, en su capítulo XVIII, pone el diálogo completo con Pilatos, que responde a esta pregunta:

Entró en el Pretorio, llamó a Jesús y le dijo: "¿Tú eres el Rey de los Judíos?"

Respondió Jesús: "¿Eso lo preguntas de por ti mismo, o te lo dijeron otros?"

Respondió Pilatos: "¿Acaso yo soy judío? Tu gente y los pontífices te han entregado. ¿Qué has hecho?"

Respondió Jesús, ya satisfecho acerca del sentido de la pregunta del gobernador romano, al cual maliciosamente los judíos le habían hecho temer que Jesús era uno de tantos intrigantes, ambiciosos de poder político: "Mi reino no es de este mundo. Si de este mundo fuera mi reino, Yo tendría ejércitos, mi gente lucharía por Mí para que no cayera en manos de mis enemi-

56 "Los regirás con vara de hierro."

gos. Pero es que mi Reino no es de aquí." Es decir, su Reino tiene su principio en el cielo, es un Reino espiritual que no viene a derrocar al César, como Pilatos teme, ni a pelear por fuerza de armas contra los reinos vecinos, cómo desean los judíos. Él no dice que este Reino suyo, que han predicho los profetas, no esté en este mundo; no dice que sea un puro reino invisible de espíritus, es un reino de hombres; Él dice que no proviene de este mundo, que su principio y su fin están más arriba y más abajo de las cosas inventadas por el hombre. El profeta Daniel, resumiendo los dichos de toda una serie de profetas, dijo que después de los cuatro grandes reinos que aparecerían en el Mediterráneo, el reino de la Leona, del Oso, del Leopardo y de la Bestia Poderosa, aparecería el Reino de los Santos, que duraría para siempre. Ése es su Reino...

Esa clase de reinos espirituales no los entendía Pilatos, ni le daban cuidado. Sin embargo, preguntó de nuevo, quizá irónicamente: "–Entonces, ¿te afirmas en que eres Rey?"

Respondió Jesús tranquilamente: "–Sí, lo soy –y añadió después mirándolo cara a cara–: yo para eso nací y para eso vine al mundo, para dar testimonio de la Verdad. Todo el que es de la Verdad oye mi voz."

Dijo Pilatos: "–¿Qué es la Verdad?"

Y sin esperar respuesta, salió a los judíos y les dijo: "–Yo no le veo culpa."

Pero ellos gritaron: "–Todo el que se hace Rey, es enemigo del César. Si lo sueltas a éste, vas en contra del César."

He aquí solemnemente afirmada por Cristo su reyecía, al fin de su carrera, delante de un tribunal, a riesgo y costa de su vida; y a esto le llama Él dar testimonio de la Verdad, y afirma que su Vida no tiene otro objeto que éste. Y le costó la vida, salieron con la suya los que dijeron: "No queremos a éste por Rey, no tenemos más Rey que el César"; pero en lo alto de la Cruz donde murió este Rey rechazado, había un letrero en tres lenguas, hebrea, griega y latina, que decía: "Jesús Nazareno Rey de los Judíos"; y hoy día, en todas las iglesias del mundo y en todas las lenguas conocidas, a 2.000 años de distancia de aquella afirmación formidable: "Yo soy Rey", miles y miles de seres humanos proclaman junto con nosotros su fe en el Reino de Cristo y la obediencia de sus corazones a su Corazón Divino.

Por encima del clamor de la batalla en que se destrozan los humanos, en medio de la confusión y de las nubes de mentiras y engaños en que vivimos,

oprimidos los corazones por las tribulaciones del mundo y las tribulaciones propias, la Iglesia Católica, imperecedero Reino de Cristo, está de pie para dar como su Divino Maestro testimonio de Verdad y para defender esa Verdad por encima de todo. Por encima del tumulto y de la polvareda, con los ojos fijos en la Cruz, firme en su experiencia de veinte siglos, segura de su porvenir profetizado, lista para soportar la prueba y la lucha en la esperanza cierta del triunfo, la Iglesia, con su sola presencia y con su silencio mismo, está diciendo a todos los Caifás, Herodes y Pilatos del mundo que aquella palabra de su divino Fundador no ha sido vana.

En el primer libro de las Visiones de Daniel, cuenta el profeta que vio cuatro Bestias disformes y misteriosas que, saliendo del mar, se sucedían y destruían una a la otra; y después de eso vio a manera de un *Hijo del Hombre* que viniendo de sobre las nubes del cielo se llegaba al trono de Dios; y le presentaron a Dios, y Dios le dio el Poderío, el Honor y el Reinado, y todos los pueblos, tribus y lenguas le servirán, y su poder será poder eterno que no se quitará, y su reino no se acabará.

Entonces me llegué lleno de espanto –dice Daniel– a uno de los presentes, y le pregunté la verdad de todo eso. Y me dijo la interpretación de la figura: "Estas cuatro bestias magnas son cuatro Grandes Imperios que se levantarán en la tierra [a saber, Babilonia, Persia, Grecia y Roma, según estiman los intérpretes], y después recibirán el Reino los santos del Dios altísimo y obtendrán el reino por siglos y por siglos de siglos."

Esta palabra misteriosa, pronunciada 500 años antes de Cristo, no fue olvidada por los judíos. Cuando Juan Bautista empieza a predicar en las riberas del Jordán: "Haced penitencia, que está cerca el Reino de Dios", todo ese pequeño pueblo comprendido entre el Mediterráneo, el Líbano, el Tiberíades y el Sinaí resonaba con las palabras de *Gran Rey, Hijo de David, Reino de Dios.* Las setenta semanas de años que Daniel había predicho entre el cautiverio de Babilonia y la llegada del Salvador del Mundo, se estaban acabando; y los profetas habían precisado de antemano, en una serie de recitados enigmáticos, una gran cantidad de rasgos de su vida y su persona, desde su nacimiento en Belén hasta su ignominiosa muerte en Jerusalén. Entonces aparece en medio de ellos ese joven doctor impetuoso, que cura enfermos y resucita muertos, a quien el Bautista reconoce y los fariseos desconocen, el cual se pone a explicar metódicamente en qué consiste el Reino de Dios, a desengañar ilusos, a reprender poderosos, a juntar discípulos, a instituir entre ellos una autoridad, a formar una pequeña e insignifi-

cante sociedad, más pequeña que un grano de mostaza, y a prometer a esa Sociedad, por medio de hermosísimas parábolas y de profecías deslumbradoras, los más inesperados privilegios: *durará por todos los siglos - se difundirá por todas las naciones - abarcará todas las razas - el que entre en ella, estará salvado - el que la rechace, estará perdido - el que la combata, se estrellará contra ella - lo que ella ate en la tierra: será atado en el cielo, y lo que ella desate en la tierra. será desatado en el cielo.* Y un día, en las puertas de Cafarnaúm, aquel Varón extraordinario, el más modesto y el más pretencioso de cuantos han vivido en este mundo, después de obtener de sus rudos discípulos el reconocimiento de que él era el "Ungido", el "Rey", y más aún, el mismo "Hijo Verdadero de Dios vivo", se dirigió al discípulo que había hablado en nombre de todos y solemnemente le dijo: "Y Yo a ti te digo que tú eres Kefá, que significa piedra, y sobre esta piedra Yo levantaré mi Iglesia, y los poderes infernales no prevalecerán contra ella, y te daré las llaves del Reino de los Cielos. Y Yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos."

Y desde entonces, viose algo único en el mundo: esa pequeña Sociedad fue creciendo y durando, y nada ha podido vencerla, nada ha podido hundirla, nadie ha podido matarla. Mataron a su Fundador, mataron a todos sus primeros jefes, mataron a miles de sus miembros durante las diez grandes persecuciones que la esperaban al salir mismo de su cuna; y muchísimas veces dijeron que la habían matado a ella, cantaron victoria sus enemigos, las fuerzas del mal, las Puertas del Infierno, la debilidad, la pasión, la malicia humana, los poderes tiránicos, las plebes idiotizadas y tumultuantes, los entendimientos corrompidos, todo lo que en el mundo tira hacia abajo, se arrastra y se revuelca (la corrupción de la carne y la soberbia del espíritu aguijoneados por los invisibles espíritus de las tinieblas); todo ese peso de la mortalidad y la corrupción humana que obedece al Ángel Caído, cantó victoria muchas veces y dijo: "Se acabó la Iglesia." El siglo pasado, no más, los hombres de Europa más brillantes, cuyos nombres andaban en boca de todos, decían: "Se acabó la iglesia, murió el Catolicismo." ¿Dónde están ellos ahora? Y la Iglesia, durante veinte siglos, con grandes altibajos y sacudones, por cierto, como la barquilla del Pescador Pedro, pero infalible irrefragablemente, ha ido creciendo en número y extendiéndose en el mundo; y todo cuanto hay de hermoso y de grande en el mundo actual se le debe a ella; y todas las personas más decentes, útiles y preclaras que ha conocido la tierra han sido sus hijos; y cuando perdía un pueblo, conquistaba una Nación; y cuando perdía una Nación, Dios le daba un Imperio; y cuando se desgajaba de ella

media Europa, Dios descubría para ella un'Mundo Nuevo; y cuando sus hijos ingratos, creyéndose ricos y seguros, la repudiaban y abandonaban y la hacían llorar en su soledad y clamar inútilmente en su paciencia...; cuando decían: "Ya somos ricos y poderosos y sanos y fuertes y adultos, y no necesitamos nodriza", entonces se oía en los aires la voz de una trompeta, y tres jinetes siniestros se abatían sobre la tierra: uno en un caballo rojo, cuyo nombre es La Guerra; otro en un caballo negro, cuyo nombre es El Hambre; otro en un caballo bayo, cuyo nombre es La Persecución Final; y los tres no pueden ser vencidos sino por Aquel que va sobre el caballo blanco, al cual le ha sido dada la espada para que venza, y que tiene escrito en el pecho y en la orla de su vestido: "Rey de Reyes y Señor de Dominantes."

El Mundo Moderno, que renegó la reyecía de su Rey Eterno y Señor Universal, como consecuencia directa y demostrable de ello se ve ahora empantanado en un atolladero y castigado por los tres primeros caballos del Apokalypsis; y entonces le echa la culpa a Cristo. Acabo de oír por Radio Excelsior una poesía de un tal Alejandro Flores, aunque mediocre, bastante vistosa, llamada *Oración de este Siglo a Cristo,* en que expresa justamente esto: se queja de la guerra, se espanta de la crisis (racionamiento de nafta), dice que Cristo es impotente, que su "sueño de paz y de amor" ha fracasado, y le pide que vuelva de nuevo al mundo, pero no a ser crucificado.

El pobre miope no ve que Cristo está volviendo en estos momentos al mundo, pero está volviendo como Rey –¿o qué se ha pensado él que es un Rey?–; está volviendo de Ezrah, donde pisó el lagar Él solo con los vestidos salpicados de rojo, como lo pintaron los profetas, y tiene en la mano el bieldo y la segur para limpiar su heredad y para podar su viña. ¿O se ha pensado él que Jesucristo es una reina de juegos florales?

Y ésta es la respuesta a los que hoy día se escandalizan de la impotencia del Cristianismo y de la gran desolación espiritual y material que reina en la tierra. Creen que la guerra actual es una gran desobediencia a Cristo, y en consecuencia dudan de que Cristo sea realmente Rey, como dudó Pilatos, viéndole atado e impotente. Pero la guerra actual no es una gran desobediencia a Cristo: es la *consecuencia de una gran desobediencia,* es el castigo de una gran desobediencia y –consolémonos– es la *preparación de una gran obediencia* y de una gran restauración del Reino de Cristo. "Porque se me subleven una parte de mis súbditos, Yo no dejo de ser Rey mientras conserve el poder de castigarlos", dice Cristo. En la última parábola que San Lucas cuenta, antes de la Pasión, está prenunciado eso: "Semejante es el Reino de

los cielos a un Rey que fue a hacerse cargo de un Reino que le tocaba por herencia. Y algunos de sus vasallos le mandaron embajada, diciendo: No queremos que éste reine sobre nosotros. Y cuando se hizo cargo del Reino, mandó que le trajeran aquellos sublevados y les dieran muerte en su presencia." Eso contó Nuestro Señor Jesucristo hablando de sí mismo; y cuando lo contó, no se parecía mucho a esos cristos melosos, de melena rubia, de sonrisita triste y de ojos acaramelados que algunos pintan. Es un Rey de paz, es un Rey de amor, de verdad, de mansedumbre, de dulzura para los que le quieren; pero es Rey verdadero para todos, aunque no le quieran, ¡y tanto peor para el que no le quiera! Los hombres y los pueblos podrán rechazar la llamada amorosa del Corazón de Cristo y escupir contra el cielo; pero no pueden cambiar la naturaleza de las cosas. El hombre es un ser dependiente, y si no depende de quien debe, dependerá de quien no debe; si no quiere por dueño a Cristo, tendrá el demonio por dueño. "No podéis servir a Dios y a las riquezas", dijo Cristo, y el mundo moderno es el ejemplo lamentable: no quiso reconocer a Dios como dueño, y cayó bajó el dominio de Plutón, el demonio de las riquezas.

En su encíclica *Quadragesimo Anno*, el Papa Pío XI describe de este modo la condición del mundo de hoy, desde que el Protestantismo y el Liberalismo lo alejaron del regazo materno de la Iglesia, y decidme vosotros si el retrato es exagerado: "La libre concurrencia se destruyó a sí misma; al libre cambio ha sucedido una dictadura económica. El hambre y sed de lucro ha suscitado una desenfrenada ambición de dominar. Toda la vida económica se ha vuelto horriblemente dura, implacable, cruel. Injusticia y miseria. De una parte, una inmensa cantidad de proletarios; de otra, un pequeño número de ricos provistos de inmensos recursos, lo cual prueba con evidencia que las riquezas creadas en tanta copia por el industrialismo moderno no se hallan bien repartidas."

El mismo Carlos Marx, patriarca del socialismo moderno, pone el principio del moderno capitalismo en el Renacimiento, es decir, cuando comienza el gran movimiento de desobediencia a la Iglesia; y añora el judío ateo los tiempos de la Edad Media, en que el artesano era dueño de sus medios de producción, en que los gremios amparaban al obrero, en que el comercio tenía por objeto el cambio y la distribución de los productos y no el lucro y el dividendo, y en que no estaba aún esclavizado al dinero para darle una fecundidad monstruosa. Añora aquel tiempo, que si no fue un Paraíso Terrenal, por lo menos no fue una Babel como ahora, porque los hombres no habían recusado la Reyecía de Jesucristo.

Los males que hoy sufrimos, tienen, pues, raíz vieja; pero consolémonos, porque ya está cerca el jardinero con el hacha. Estamos al fin de un proceso morboso que ha durado cuatro siglos. Vosotros sabéis que en el llamado Renacimiento había un veneno de paganismo, sensualismo y descreimiento que se desparramó por toda Europa, próspera entonces y cargada de bienestar como un cuerpo pletórico. Ese veneno fue el fermento del Protestantismo; "rebelión de los ricos contra los pobres", como lo llamó Belloc, que rompió la unidad de la Iglesia, negó el Reino Visible de Cristo, dijo que Cristo fue un predicador y un moralista, y no un Rey; sometió la religión a los poderes civiles y arrebató a la obediencia del Sumo Pontífice casi la mitad de Europa. Las naciones católicas se replegaron sobre sí mismas en el movimiento que se llamó Contrarreforma, y se ocuparon en evangelizar el Nuevo Mundo, mientras los poderes protestantes inventaban el Puritanismo, el Capitalismo y el Imperialismo. Entonces empezó a invadir las naciones católicas una a modo de niebla ponzoñosa proveniente de los protestantes, que al fin cuajó en lo que llamamos Liberalismo, el cual a su vez engendró por un lado el Modernismo y por otro el Comunismo. Entonces fue cuando sonó en el cielo la trompeta de la cólera divina, que nadie dejó de oír; y el Hombre Moderno, que había caído en cinco idolatrías y cinco desobediencias, está siendo probado y purificado ahora por cinco castigos y cinco penitencias:

Idolatría de la Ciencia, con la cual quiso hacer otra torre de Babel que llegase hasta el cielo; y la ciencia está en estos momentos toda ocupada en construir aviones, bombas y cañones para voltear casas y ciudades y fábricas.

Idolatría de la Libertad, con la cual quiso hacer de cada hombre un pequeño y caprichoso caudillejo; y éste es el momento en que el mundo está lleno de despotismo y los pueblos mismos piden puños fuertes para salir de la confusión que creó esa libertad demente.

Idolatría del Progreso, con el cual creyeron que harían en poco tiempo otro Paraíso Terrenal; y he aquí que el Progreso es el Becerro de Oro que sume a los hombres en la miseria, en la esclavitud, en el odio, en la mentira, en la muerte.

Idolatría de la Carne, a la cual se le pidió el cielo y las delicias del Edén; y la carne del hombre desvestida, exhibida, mimada y adorada, está siendo destrozada, desgarrada y amontonada como estiércol en los campos de batalla.

Idolatría del Placer, con el cual se quiere hacer del mundo un perpetuo Carnaval y convertir a los hombres en chiquilines agitados e irresponsables; y el placer ha creado un mundo de enfermedades, dolencias, y torturas que hacen desesperar a todas las facultades de medicina.

Esto decía no hace mucho tiempo un gran obispo de Italia, el arzobispo de Cremona, a sus fieles. ¿Y nuestro país? ¿Está libre de contagio? ¿Está puro de mancha? ¿Está limpio de pecado? Hay muchos que parecen creerlo así, y viven de una manera enteramente inconsciente, pagana, incristiana, multiplicando los errores, los escándalos, las iniquidades, las injusticias. Es un país tan ancho, tan rico, tan generoso, que aquí no puede pasar nada; queremos estar en paz con todos, vender nuestras cosechas y ganar plata; tenemos gobernantes tan sabios, tan rectos y tan responsables; somos tan democráticos, subimos al gobierno solamente a aquel que lo merece; tenemos escuelas tan lindas; tenemos leyes tan liberales; hay libertad para todo; no hay pena de muerte; si un hombre agarra una criaturita en la calle, la viola, la mata y después la quema, ¡qué se va a hacer, paciencia!; tenemos la prensa más grande del mundo: por diez centavos nos dan doce sábanas de papel llenas de informaciones y de noticias; tenemos la educación artística del pueblo hecha por medio del cine y de la radiotelefonía; ¡qué pueblo más bien educado va a ir saliendo, un pueblo artístico! ¡Qué país, mi amigo, qué país más macanudo! –¿Y reina Cristo en este país? –¿Y cómo no va a reinar? Somos buenos todos. Y si no reina, ¿qué quiere que le hagamos?

Tengo miedo de los grandes castigos colectivos que amenazan nuestros crímenes colectivos. Este país está dormido, y no veo quién lo despierte. Este país está engañado, y no veo quién lo desengañe. Este país está postrado, y no se ve quién va a levantarlo.

Pero este país todavía no ha renegado de Cristo; y sabemos por tanto que hay alguien capaz de levantarlo. Preparémonos a su Venida y apresuremos su Venida. Podemos ser soldados de un gran Rey; nuestras pobres efímeras vidas pueden unirse a algo grande, algo triunfal, algo absoluto. Arranquemos de ellas el egoísmo, la molicie, la mezquindad de nuestros pequeños caprichos, ambiciones y fines particulares. El que pueda hacer caridad, que se sacrifique por su prójimo, o solo, o en su parroquia, o en las Sociedades Vicentinas... El que pueda hacer apostolado, que ayude a Nuestro Cristo Rey en la Acción Católica o en las Congregaciones. El que pueda enseñar, que enseñe, y el que pueda quebrantar la iniquidad, que la golpee y que la

persiga, aunque sea con riesgo de la vida. Y para eso, purifiquemos cada uno de faltas y de errores nuestra vida. Acudamos a la Inmaculada Madre de Dios, Reina de los ángeles y de los hombres, para que se digne elegirnos para militar con Cristo, no solamente ofreciendo todas nuestras personas al trabajo, como decía el capitán Ignacio de Loyola, sino también para distinguirnos y señalarnos en esa misma campaña del Reino de Dios contra las fuerzas del Mal, campaña que es el eje de la historia del mundo, sabiendo que nuestro Rey es invencible, qué su Reino no tendrá fin, que su triunfo y Venida no está lejos y que su recompensa supera todas las vanidades de este mundo, y más todavía, todo cuanto el ojo vio, el oído oyó y la mente humana pudo soñar de hermoso y de glorioso.

Los que injurian a Dios

Los que injurian a Dios con sus acciones son los pecadores. Todo pecado es una injuria a Dios, en la terminología legalista de la teología latina. Pero no es la intención de esta *Intención* hacer rogar este mes por los pecadores: por ellos debemos rogar todos los días cuando tocan las campanadas de *las ánimas,* a eso de las nueve o diez de la noche, o a las once, si el Gobierno adelantó la hora; si es que se conserva todavía en este país aquella vieja cristiana costumbre de los pueblos españoles e italianos, de doblar a muerto de noche para mandar a la gente a rezar y a acostarse. Creo que eso en Buenos Aires ha sido ya archivado en el *Reglamento de Ruidos Inútiles y Molestos* y ha sido sustituido por el gracioso y nasal "buenas noches" que nos da a las once el judío de Radio Belgrano. Ese judío sí que se podía decir que injuria a Dios de palabra y de acción, tan feo como habla el castellano el pobre: es un verdadero pecado.

Los argentinos en su gran mayoría no injurian a Dios de palabra o por escrito, en el sentido de la *Intención,* la cual se refiere evidentemente a los escritos, gestos o dichos impíos, blasfemos y sacrílegos, o sea los actos que directamente envuelven contumelia contra la Divinidad o las cosas a ella relacionadas. Un tiempo hubo la costumbre en Buenos Aires de gritar frases injuriosas a los sacerdotes, hoy bastante remitida, y en muchos barrios enteramente desaparecida. Es cierto que persiste, sin embargo, aunque en forma vergonzante e invisible, una superstición con respecto al sacerdote que manda, so pena de una desgracia innombrable, hacer un gesto bastante obsceno al toparse; superstición procedente del Sur de Italia, que es tan maligna e ingeniosa, que parece haber sido discurrida por Asmodeo en persona. Es una combinación de pecado contra el primero, el cuarto y el sexto mandamientos. Si no la conocen, es mejor; no soy yo quien se la va a enseñar. Si la conocen, ustedes me entienden.

Los argentinos en general creen que hay Dios y no se meten mucho con Él. Hay pocos argentinos que crean que Dios no existe, que el alma muere con el cuerpo y que Jesucristo fue solamente un hombre muy bien inspirado, gran poeta, que murió allá en los tiempos de los caldeos, como pasa con la mayoría del pueblo en los países protestantes. Hay menos argentinos todavía que se pongan a escribir estas cosas o a predicarlas apasionadamente; y todavía menos, los que las salpimienten con blasfemias o irreverencias. Don Lisandro de la Torre salió al fin de su náufraga vida con una cantidad de vociferios contra Dios y contra monseñor Franceschi, que tuvieron un momento al país suspenso como en un partido de fútbol; pero ése ya ha muerto. El único que conozco hoy día que se las da de Voltaire, y se relame haciendo ironías a la Anatole France –pero en el fondo es un pobre hombre–, es el director de la revista *Atlántida*; pero ése no es argentino tampoco. *La Vanguardia* y *Crítica* hacen eso, porque es su negocio: los pobres que allí *trabajan*, son esclavos; y aunque no podemos negar que son argentinos, no son tan argentinos; y los que lo son, no lo parecen.

Pero hay, sin embargo, tanto en la Argentina como afuera, gente que diabólicamente injuria a Dios, maldice a Dios, insulta o ensucia a Dios, y lo que es peor todavía, lucha contra la fe y el amor de Dios, milita, trabaja, suda, escribe, habla en contra de la gloria y del renombre de Dios: querría tapar con su harnero ese Nombre Omnipresente que cantan las estrellas del cielo. A éstos el pueblo argentino los bautiza vagamente con el nombre de *masones*, variándolo a veces con los sinónimos de *herejes, judiazos o protestantes; y* confiando en que la Constitución Nacional manda que el Presidente sea católico, se duerme tan quieto pensando que esos hombres tienen poder solamente en las *Uropas*. En lo cual hace mal y se equivoca bastante. Esos *enemigos personales* de Dios mandan mucho hoy día y en todas partes; muchos de ellos tienen mucha plata; y cuando uno de ellos tiene poder sobre sus semejantes, es más peligroso que la tuberculosis, la sífilis, la lepra y los otros morbos a los cuales tenemos tanto miedo en Buenos Aires; no sin razón, por cierto.

Dicen los teólogos que el "odio formal a Dios" es el pecado más grande que puede hacer un hombre, pecado que deshace directamente la relación esencial de Creador y Criatura, anula el Último Fin y vulnera la virtud de la Caridad, que es la mayor y la más primera. Es el pecado del demonio y será el pecado del Anticristo. Pero lo mismo que lo muy santo, lo muy perverso no se encuentra en este mundo en mayoría; y por eso creemos que este pecado es raro, aunque siempre ha existido, si hemos de creer a San

Pablo, que dice: "Y desde ahora ya trabaja el Misterio de Iniquidad." Porque realmente el odio formal a Dios es un misterio de perversión, no es algo humano y se pierde en lo oscuro de la supernaturalidad del alma. Y ha tocado a nuestros tiempos ver este fenómeno histórico enteramente inédito, el odio a Dios aflorando en manifestaciones sociológicas y hasta políticas, el pecado de Satán aclimatado en la tierra como en un invernáculo maldito. Nunca hasta hoy en el mundo había existido una *nación atea,* una nación oficial y constitucionalmente anti-tea, como la Rusia de los Soviets. Nunca en el mundo se habían hecho campañas contra Dios, museos contra Dios, escuelas, universidades, bellas artes, literatura y ciencia especializada en destruir a Dios. ¿No será que están ya cerca los últimos tiempos, los tiempos de la plena manifestación del *Misterio de Iniquidad?* Sea lo que fuere, es cierto que este pecado clama al cielo; y la sangre que en este momento riega la tierra le hace contrapeso horroroso. El primero que derramó sangre fraterna fue Caín, el cual empezó por disgustar a Dios en el *sacrificio,* es decir, en el acto latréutico, que es el acto propio de la virtud de Religión. No dice la Biblia por qué Caín ofendía a Dios en su sacrificio, pero expresa claramente qué Dios no le aceptaba sus actos religiosos. De ahí vino en Caín la envidia y más tarde el homicidio. Así pasa también en la historia profana; cuando los pueblos eliminan en su alma a Dios Padre, comienzan a odiarse de muerte entre sí los hermanos.

Es, pues, cierto que hay hoy día un número creciente de hombres decididos a enseñar a sus hermanos que *no hay Dios,* que *no hay otra vida,* y que lo único por lo que se debe bregar es para conseguir una sociedad próspera y feliz en este mundo. "El cielo se lo dejamos a los ángeles y a los gorriones", blasfemaba Heine. Todo lo que impida fabricar un edén en la tierra y un rascacielos que efectivamente llegue hasta el cielo debe ser combatido con la máxima fuerza y por todos los medios –según estos hombres. Los que de cualquier modo atajen o estorben la creación de esa Sociedad Terrena Perfecta y Feliz deben ser eliminados a cualquier costo. Todas las inmensas fuerzas del Dinero, la Política y la Técnica Moderna deben ser puestas al servicio de esta gran empresa de la Humanidad, que un gran político francés, Viviani, definió con el tropo bien apropiado de "apagar las estrellas". Esos hombres no son solamente los masones, ni solamente los judíos, ni solamente los herejes; ni tampoco son dellos todos los judíos y todos los herejes; aunque es cierto que a esa trenza de tres se pueden reducir como a su origen todos los que hoy día están ocupados –¡y con qué febril eficiencia, a veces!– en ese trabajito de pura cepa demoníaca.

¿Cómo pueden prédicas de tal sulfuroso aroma obtener audiencia? Muy fácilmente. Primero, porque debido al género de educación que recibe la mayoría de la gente de este santo país, las nuevas generaciones crecen en una increíble ignorancia y más todavía en una terrible confusión religiosa, que les convierte a Dios y a su Hijo Divino en unas cosas más bien lejanas y extranjeras, a las cuales ciertamente no hay por qué irritar, por las dudas –no sea el diablo que de veras sean así como los curas dicen–, pero que en definitiva no sabemos, y si las supiéramos, no te sacan de ningún apuro. Por otro lado, las cosas de esta vida apuran; y el mundo aparece bien real, bien existente, y bien sólido y magnífico para el que tiene plata; y el que no la tiene, se muere de hambre como dos y dos son cuatro, como he visto días pasados en el cine. Y la prueba es que los frailes mismos –que son los que dicen que se puede vivir sin plata– tienen unos conventos regios, como he visto también en el cine. Esto no todos lo dicen así, pero está implicado en esta común conducta de carrera furiosa a la plata de que todo el ambiente nuestro nos brinda tantos ejemplos, ¡y qué altos ejemplos de tanto en tanto! Esta conducta general y por lo mismo contagiosa, a menos de no estar contrarrestada por los más sólidos principios, implica con respecto al prójimo el siguiente apotegma: "Cada cual mire por sigo, y al más débil, contra un poste." Y como los débiles son los más en la humanidad, he aquí que una minoría más astuta, activa y enérgica, usando tal filosofía, llega a apoderarse de los medios de producción y los resortes del poder de una manera enorme, y llega a tener en sus manos, como ha dicho el Papa Pío XI, junto con enormes caudales, un poder ingente de explotación de las masas humanas; poder tanto más terrible, cuanto más incontrolado, oculto, invisible; un poder tentacular invisible, que de hecho es mayor a veces –dice el Papa– que el poder político de los gobernantes visibles; poder con el que pueden, por ejemplo, enviar a una nación medio a ciegas a una guerra. Esa minoría no puede desear la gloria del nombre de Dios; Dios es la única arma que tiene contra ella el inmenso ejército del Desheredado. Esa minoría no puede ser muy amiga de Dios; y de hecho, en forma más o menos explícita y formal, es enemiga de Dios.

No es extraño que al otro extremo de este fenómeno del dominio del demonio Pluto en el mundo moderno, exista otra pequeña banda de hombres muy listos, cabezas claras, violentos, entusiastas, luchadores, enérgicos, que tienen como ideal supremo y fortísimo, que vibra en ellos con una vibración casi religiosa, la destrucción de tan horrible estado de cosas, la liberación de las masas humanas de esta fuerza inhumana e implacable que es

la Moneda, la destrucción. del actual orden social, que les aparece como algo infernal, odioso, insoportable. Estos hombres saben lo que es el Odio y saben de su embriagadora sed de destruir. Quieren hacer una Nueva Sociedad, un Nuevo Mundo, un Nuevo Hombre, y para eso, destruir hasta las raíces del actual, que les parece –en una especie de visión maniquea– radicalmente inficionado por las esencias del Mal, infinitamente odiable. Y entre esas raíces y esos sostenes del orden actual topan la Religión, la Iglesia, el Cristianismo, Jesús de Nazaret, que dijo que Él era Dios... El paso es perfectamente lógico. "La Religión es el Opio del Pueblo", dice Marx. "Dios es la Humanidad hacia una Super-Humanidad", dice Bernard Shaw. "Dios ha muerto", dice Nietzsche. "¡Muera Dios!", dice Lenín.

Más hondo que estas dos bandas de capitalistas y comunistas, existe una más horrible y secreta; pero ésa yo ya no la conozco, por suerte. Ha hablado de ella misteriosamente monseñor D'Herbigny en un trabajo filosófico sobre *La persecución a la Iglesia en el mundo moderno.* En un informe presentado al Vaticano sobre la persecución religiosa de los Sin Dios en Rusia y Méjico, este ilustre prelado y sabio francés decía: "Imaginemos un hombre de empresa y de presa, como ese Mr. Heythorp, tan maravillosamente pintado por Galsworthy en su novela *A Stoic*, dotado de las viejas cualidades de audacia, decisión, tenacidad y brío del pirata anglosajón trasladadas al mundo de las finanzas, con la aventurería del explorador aliada a la precisión del matemático, como hay tantos en el mundo moderno; imaginemos a uno o muchos de estos hombres, fríos y poderosos, posesionados por una violenta pasión contra el catolicismo, por una razón o por otra, o por haber sido educados así, o por haber topado contra la Religión en algunas de sus magnas empresas de lucro y logrería. Hombres así, aislados o unidos, dentro de la Masonería o fuera de ella, constituyen un poder persecutivo tanto más temible, cuanto menos visible, y explican muchos fenómenos sociológicos contemporáneos, porque se convierten como en el alma y en los jefes de los movimientos anticristianos más o menos informes o instintivos. Un hombre así fue el barón de Rothschild, el que pagó la *Vida de Jesús* del apóstata Renán. Otro fue Calman-Levy, el que financió toda la obra venenosa de Anatole France. Otros fueron los banqueros Morgan, que suministraron a Lenín los fondos necesarios para la Revolución de Octubre." Hasta aquí monseñor D'Herbigny.

Contra estas demoníacas fuerzas ocultas, la Iglesia tiene primero de todo dos armas, que son los brazos levantados al cielo de la oración, y los brazos

en cruz de los mártires, los brazos del Padre Pro que cae acribillado de balas con la sonrisa en los labios; y, después, todo el arsenal de las virtudes cristianas, de la palabra de Dios, que es espada bífida, y también de la inteligencia y el pensamiento, sobre todo en los que gobiernan; porque Cristo Nuestro Señor nos ha mandado ser simples, pero nos ha prohibido ser sonsos, al menos los que gobiernan. Y en su vida nos dejó grande e inestimable ejemplo, que no debe ser suprimido del Evangelio, del uso que se ha de hacer de la ira y la indignación –que son pasiones humanas ciertamente refrenables, pero no suprimibles–, cuando se levantó como un león y como un nuevo Moisés contra los que deshonraban e injuriaban directamente a Dios con sus palabras y acciones, haciendo una demostración violenta contra ellos que le puso en peligro, y más tarde de hecho le costó la vida. Porque "a Dios rogando y con el mazo dando" es también un refrán cristiano.

Nuestra Intención dice: "Rogar por la conversión de los que injurian a Dios", y reflexionando sobre ella, hemos llegado a un punto que parece más cerca de la inquisición que de la conversión. No es así, sin embargo. Es que los que han llegado a cierta clase de pecado no se convierten con cualquier clase de sermones, ni siquiera con cualquier clase de oraciones. Por eso arriba hemos nombrado el martirio. No obra en ellos el sermón de palabra, sino solamente el sermón de obra. Cristo sabía perfectamente, cuando arrojó a los mercaderes del templo, que con un látigo Él no iba a derrotar a los soldados de Caifás ni a la legión de Pilatos; pero sabía también que era parte de su misión hacer aquel gesto de indignación en defensa de la honra de su Padre y después sostener con su vida la autoridad de aquel gesto. Y eso es lo que hacían los mártires cuando volteaban un ídolo y después se dejaban atar para las fieras. No hay Cruzada verdadera sin la opción del Martirio; y éste es un pensamiento absolutamente necesario para hoy, en que varios movimientos de espada se adjudican el nombre de Cruzada. San Pedro tenía espada y le cortó la oreja a Malco; pero después fue y negó a Cristo, a pesar de sus buenas intenciones, solamente porque teniendo, en efecto, alma de Cruzado, no había en su alma preparación de mártir. Se había dormido durante la Oración.

Roguemos, pues, porque Dios vuelva a unir en un haz esas dos grandes creaciones de la Iglesia, hoy desunidas por el Liberalismo: el espíritu de Caballería y el espíritu de Apostolado. Los católicos liberales dicen: "Transijan, transijan, transijan; al fin y al cabo, estos masones que gobiernan nos dejan predicar, y eso es lo principal, porque predicando nosotros se conver-

tirán todos, incluso esos mismos masones"... Creen que es posible el Apostolado sin la Caballería, que es como decir la Gracia sin la Natura. En cambio, el católico integrista cree todo lo contrario: "Usted dice que no hay Dios y yo digo que hay Dios. ¿Cómo lo pruebo? Lo pruebo estando dispuesto a morir por esta creencia. Pero le prevengo que si usted, confiado en eso, viene a matarme, yo le voy a pegar un tiro primero, porque una cosa es ser santo y otra cosa es ser sonso, y morir por morir, es mejor vivir."

Cada uno tiene una parte de la verdad cristiana. Roguemos porque se encuentren esas dos hermanas, y veremos entonces maravillas en la tierra.

El desquite de la mujer

Para el Congreso Mariano de 1946

La mujer se levantó sin ruido y se inclinó sobre el nidal de sus hijos, de donde había surgido un gemido. Los cuatro dormían sobre montón de grama y en medio de animales. La mujer se arrodilló al lado y apoyó sobre una roca su cabeza. No podía dormir.

En el borde superior de la caverna, se veía una estrella extraordinariamente grande. Los pinos de los farallones susurraban suavemente, como el ruido de un río lejano. La noche era templada y clara. La mujer comenzó a llorar hilo a hilo sin ningún sollozo, por nada, por un no sé qué, por la general inquietud y angustia indeterminada que sienten las mujeres acerca de sus hijos y forma parte del instinto materno.

Allí estaba el mayor, llamado *Posei-un-hombre-por-Dios*: encogido, los puños cerrados, la cabeza replegada sobre el pecho, ensortijado y moreno, su inquietante tesoro.

El segundo, llamado *Esto-es-mi-nuevo-paraíso*, estirado, rígido en su posición habitual, la boca levemente abierta, cara al techo; los brazos derechos y envarados, inmóvil. La madre, que ya sabía lo que era la muerte, se sobrecogió al verlo y lo tocó levemente: el niño se movió y gimió. Las dos mellizas dormían al lado, descuajaringadas en posiciones inverosímiles, los graciosos y rechonchos miembros como desparramados, las cabecitas amorosas juntas, a la vez iguales y diferentes. La mujer sintió invadirla de nuevo la tierna y absoluta maravilla ante esa cosa nueva y milagrosa, el niño. *Tú-también-serás-madre* y *Mujer-y-hermana* dormían profundamente al lado de los varones. Miró más allá y vio a su hombre, *Tierra-Roja*, medio envuelto en el pedazo de piel fulva manchada de sangre, tal como había llegado rendido por la caza; y por primera vez en su vida le pareció ver una especie de bestia, un animal de presa; sofocó inmediatamente un primer moto levísimo de repugnancia. Recordó el golpe con que el padre al llegar había arrojado por tierra

al caprichoso hijo mayor, el golpe que a ella le pareció tremendo. El golpe fue moderado y merecido, porque le estaba pegando al otro; pero ella lo recibió en pleno corazón, y allí no fue moderado. Sin dejar de llorar pronunció de nuevo sus nombres, las palabras inventadas por ella, los cuatro disílabos extraños que en el primer idioma tienen preñez y fuerza de frase: *Kain'm, Abbeil, Ajdah, Leizrba.*

Eso que estaba allí amontonado era lo único absolutamente que le quedaba en el mundo; esos cuatro seres vivos que rompiéndola por el centro le habían enseñado el Miedo y el Dolor, la cara interior de la Muerte. De golpe la primera mujer fue visitada por la majestad de la tristeza, una tristeza más inmensa que el día de la condena, una tristeza de sudar sangre, mezcla de todas las pasiones: una cólera sorda contra Dios, que iba a hacer sufrir y morir a sus hijitos por una culpa de ella; una angustiosa ansiedad de todo lo que irían a pasar en esta vida; un horror en la médula de los huesos, como un cuchillo en un nervio, de que ellos podían también pecar y perderse. Eva sintió que su corazón desfallecía. Conoció que su deseo rencoroso de vengarse de Dios, de que Él también sufriera y muriera, que fuera un niño impotente sujeto a una mujer, era culpable. Invocó a Dios contra su corazón malvado, contra esas impulsiones malas que nacían ahora en él y eran en su cabeza como una corona de espinas.

Se sintió pesada, fatigadísima sobre la tierra, impotente a todo. Miró a sus hijos, y miró a los hijos de sus hijos, y más allá a innumerables hijos nacideros de los hijos de sus hijos; y de todos se sintió ser la madre. Sintió el dolor de todas las madres: que toda mujer que había de concebir y dar a luz era ella misma, que por eso se llamaba ahora Euah, sucio Manantial-Viviente, la primera y la última de todas las madres. Y de su inmenso arrepentimiento nació un amor colosal hacia todos sus hijos, una especie de viento arrollador y solemne que iba a buscarlos hasta el fin de los siglos y trataba desesperadamente de acariciarlos, de cubrirlos y de protegerlos. Pero sintió que no podía nada; y el viento arrollador la empujó hacia atrás, la arrojó sin que ella pudiera impedirlo a los días pasados, a los tiempos sin horas de la amistad con Dios, al Paraíso.

Por primera vez después de siglos, pensó en el Paraíso. Nunca pensaba en el Paraíso, cuya imagen indeleble había de emponzoñar de nostalgia eternamente la sangre de sus hijos: el recuerdo de su pérdida le producía náuseas de muerte. Pero ahora se vio de golpe sobre el césped blando, debajo de los terebintos, a la orilla de los ríos grandes como el mar, gozando del dominio

danzante de su cuerpo intacto, libando la miel primera de todas las cosas, tomando posesión deslumbrada de la natura nueva y sumisa, los pies desnudos sobre el terrible terciopelo dorado de los enormes felinos dominados por la luz de los ojos del ser inteligente; sentada como en un trono sobre las rodillas de su hombre. Recordó sus largos coloquios con Adán inocente, sus juegos de doncella arisca, de hermanita salvaje, el diálogo primigenio y eterno en el cual se inventaron todas las lenguas, a partir de los primeros gestos totales, cuando comprendieron el valor inteligente de los sonidos y empezaron a jugar con ellos como dos niños gozosos.

Pero su recuerdo más lancinante era el de sus coloquios con Dios: el éxtasis del atardecer, la oceánica invasión del dueño invisible, la pérdida del yo y la fusión perfecta con la causa infinita de todo, esa pasividad vibrante surcada como relámpagos de deliciosas palabras en silencio, que venía cuando quería y se iba cuando quería, como la brisa de la tarde, dejándola después por un rato con la sensación de que nada existía y que la creación era una sombra vana.

Justamente por allí empezó la tentación, por querer tener la disposición del éxtasis, "seréis como dioses". Eva se estremeció de horror y desdicha. Había codiciado lo que es estrictamente divino, quiso ser dueña del embeleso total, tenerlo cuando quisiera y sobre todo darlo, sí, ser capaz de comunicar cuando quisiera el éxtasis boca a boca a otra criatura que por lo tanto tuviera que adorarla; como la adorara allí mismo embriagadoramente aquella nueva criatura fulgurante que ostentaba vagamente las vivísimas formas del ofidio.

Eva se postró en el suelo, en un total reconocimiento de su error, en una conciencia traspasadora de su infatuación y su ignorancia. Ya era tarde. Pero ella sabía que la justa e irrevocable sentencia estaba unida a una misteriosa misericordia, cuyo signo eran esos mismos hijos que diéransele en lugar del Paraíso, uno de los cuales aplastaría un día a la poderosísima serpiente. Miró de nuevo su doloroso paraíso. De la boca de Abel surgió de nuevo el gemido, sordo, articulado en las sílabas *mama*, el fonema misterioso que la penetraba, la palabra que ella nunca había dicho a nadie. Un inmenso anhelo de decirlo a alguien surgió de su soledad infinita. Sintió el deseo absurdo de decírselo al Dios lejano y perdido, pero decírselo en medio del éxtasis antiguo en que su boca lo tocaba; decirlo y que él lo tragara; el deseo de ser hija chiquita de alguien, de esconder como Abel en un regazo su pequeñez y su desolación infinita, de resignar por un momento la carga insoportable de ser madre de todos los vivientes, responsable única de toda la vida. Todos

aquellos que habían de ser sus hijos, serían hijos bastardos de Dios al mismo tiempo, hijos de mala madre, inficionados de más en más por la tara de su cuerpo maculado. Tuvo un deseo inmenso de ser madre otra vez, pero madre de un ser absolutamente puro, más intacto que ella en su perdida virginidad paradisíaca; el deseo disparatado de ser madre de Dios mismo, o por obra de Dios. Y sintió con horror que ese deseo imposible y casi sacrílego era más fuerte que ella, y que la arrastraba vertiginosamente hacia la pasividad de otrora, hacia el estado antiguo, en que se bañaba, en el seno de la Deidad, como en un mar aniquilante de delicias. Sintió que su cuerpo se levantaba en el aire; o por mejor decir, no sintió más su cuerpo, como si estuviese por encima del mundo entero y al lado de aquella solitaria estrella, el lucero de la tarde, Venus. Tembló.

Entonces en su exceso quiso temblando decir a Dios las dos sílabas *mama*. Gimió su alma, mareada como quien se siente trastabillar en un abismo. Pero, en vez de decirle a Dios las no acostumbradas sílabas, con un gran temblor de su cuerpo y sin saber lo que decía, lo llamó Hijo.

La muerte de Adán

Cuando murió el más antiguo de los hombres, conoció que Dios había condonado su culpa; y también que en cierto modo esa culpa era irreparable; de lo cual sacó la forzosa y oscura consecuencia, la cual estaba allí delante de él como un muro de sombra.

Sus ojos se llenaron de lágrimas, que rompieron a correr horas y horas hilo a hilo. Sobre su rimero de pieles bravas, frente a su última tarde que caía inmensa y clara, en medio de sus hijos de todas edades venidos de todas partes, el que había puesto sus nombres a todas las cosas, callaba. En una tremenda locución sin palabras, el Hombre Caído pedía a Dios la re-creación del Hombre. Todas las cosas se le hacían lejanas, y sentía a Dios como algo más resistente y duro que todas las cosas.

Eva inclinada reclinó su cabeza sobre sus rodillas y dijo: "Adam". Y él la sintió extraña y lejana; sus hijos le eran ya extraños y lejanos. Calladamente lo miraban todos los hirsutos patriarcas: Set, el segundo Abel y su hijo Enós, los que inventaron el culto externo; Mahalahil, el que inventó el carro con ruedas; Jared, el constructor de chozas; el segundo Enoc, el que caminó con Dios, y su hijo el dócil Matusalén, hombre parecido a un niño; Kainán, Lamec y Noé. Algunos hijos de Caín habíanse allegado, recelosos: Jahel, padre de los que viven en tiendas, y Túbal, el inventor del arpa y del cuerno, con Naamah, hermana de Túbal-caín. Faltaba Caín, el vagabundo y negro patriarca, padre de los que no tienen tierra. Toda carne corrompía su camino.

Novecientas treinta veces habían pasado sobre su cabeza cana las cuatro estaciones; había visto nacer al hijo del duodécimo hijo de su segundo hijo segundo, el Primer Muerto, desde que el Señor lo había vestido de pieles y él había caído en las convulsiones terríficas de la enfermedad que no lo abandonó nunca.

Adán repasaba con inmenso dolor en su cabeza la bajada vertiginosa de la humanidad, de esos enjambres humanos que pululaban ya por todas partes

hasta perdérsele de vista; y sus pensamientos en turbión lo torturaban a semejanza de los espasmos insoportables de su vieja enfermedad.

Vio a sus pies muerto a su hijo segundo, y conoció el abominable pecado de Lamec. Contempló las extrañas vías de los hijos de Caín y sus precipitadas invenciones; ellos habían comenzado a matar ovejas y comer sus carnes, en vez de solamente tundir la lana y ofrecerlas en sacrificio humeante al Creador; obteniendo con ello una vida más breve, agresiva y tumultuosa; sabía que un grupo de ellos se mantenía del caer en gavilla sobre los bienes de sus hermanos, pillando y matando con afilados bastones de bronce. Una maldición nueva había surgido en la tierra espinosa, que estaba sin embargo contenida en la maldición de la mujer: "Multiplicaré tus preñeces", y en la suya propia: "La tierra te dará abrojos"; un horrible fratricidio colectivo que él había nombrado "guerra". Vio a los hombres locos a causa de ella, descuidando el conocimiento de Dios, aguzar sus intelectos para crear instrumentos de dominio. Sintió su corazón desfallecer de angustia, porque él, su misión divina desviada, era la causa de todo. El Hombre quería de todos modos ser señor del universo. Sus hijos pretendían sin Dios reconquistar el Paraíso. La negra tierra, joven ardiente, cedía con una sonrisa ambigua a sus esfuerzos como una amada fecunda y traidora.

Hablaban ya de hacer una torre que llegase al cielo, incitados por Lamec, el constructor de muros de piedra, hijo de Jabal, que lo fue de Zillah, que lo fue de Methusael, que lo fue de Mehujalhá, que lo fue de Irad, que lo fue del primer Enoc, que lo fue de Caín en el país de Enoc, al este del Edén. Hablaban ya de hacer una sola inmensa ciudad con puertas de bronce que reuniera de grado o por fuerza a todos los hombres. Tenían muchas mujeres y luchaban hasta la muerte por ellas. Construían en ritmos torpes imitaciones de la Ley. Era imposible ya parar todo eso, las consecuencias de un solo pecado, los desarrollos infalibles de su soberbia infinita de querer ser como Dios sin Dios.

Sabía también cómo se sostenía milagrosamente la Ley; sabía que en docenas de vivaques se repetía cada noche a la luz de la hoguera patriarcal la ceremonia que él había inaugurado la noche de la muerte de Abel: la repetición ritual y fiel hecha por el Padre y musitada por los oyentes del Relato del Origen, las Genealogías, los Cuatro Grandes Mandatos, las Cuatro Grandes Verdades y las Siete Cosas que odiaba el Señor. Pero esa larga melopea sacra, conservada tal como un río en su cauce pétreo, dentro de las cadenetas danzarinas de las estrofas del estilo oral, ¡cuán dormidos corazones encon-

traba en muchos! Y ya aparecían las torpes imitaciones o temerarias innovaciones que llamaban las Pequeñas Leyes.

Sólo él podía inventar libremente en los graciosos collares del lenguaje sacro; pero ya lo repetían mal, suprimían perícopas, y después lo comentaban libremente en interpretaciones opuestas. El sabía empero que allí se contenía al animal modo humano la palabra del Señor.

Quiso ver a Dios. Su dolor llegó a lo sumo. Era la noche, la verdadera noche, la noche sin sueño y sin despertar, desde la cual había de poner la planta temerosa en un umbral ignoto, igual que se paró en el umbral solemne del Paraíso, el día que surgió de un salto de la tierra. Recordó su primera exclamación: "¡Yo soy!"; su segunda exclamación: "¿De dónde?"; su tercera inmensa exclamación, que lo envolvió como un ala de fuego: "¡Oh Creador!", después de la cual oyó a Dios y recibió las Tres Preseas. ¿Cuál sería, dentro de un momento, la Nueva Revelación?

Las Tres Preseas estaban perdidas para siempre, la inmortalidad, la santidad esencial, la integridad regia. Eran como tres joyas gratuitas de una corona, como tres capas de barniz celeste, como una triple trasparente túnica de luz supraterrena; pero cuando se le arrancaron, sintió que se llevaban con ellas la piel misma, quedó más que desnudo, descorticado. Desde entonces espió con avidez la aparición de su primer hijo, concebido en el tumulto, en el frenesí y en la ira. Quería ver si Dios creaba un nuevo Adán, si renovaba su extraña apuesta. Sabía que no podía ser. No lo fue, en efecto.

Cuando recibió de rodillas al lado de la hembra gimiente aquel gusano informe, ensangrentado, todavía no separado de ella; cuando contempló el lamentable boceto del animal más desvalido, más impotente que un topo enfermo, apenas más que una planta, conoció que las Tres Preseas divinas eran un don único y caprichoso, no hecho a él mismo, sino a la especie en él; y que no se repetirían nunca, porque todo lo Sumo es siempre Uno. Delante de aquella miniatura ridícula de la humanidad, torpemente móvil, sintió la punzada de la pérdida irreparable y desafió a Dios que hiciera un nuevo Adán, mayor que él mismo, no por él, sino porque la serpiente inmunda no prevaleciera; mientras la mujer vuelta a la vida recogía con celo y amparaba en su seno al engendro.

Adán repitió ahora su desafío vuelto ruego. Sentía que Dios no lo rechazaba, reconocía las señas augustas de la Adoración. Habiendo sido la obra perfecta y lujosa de las manos de Dios ahora rota, sabía que no se podía ha-

cer nada igual, y no sabía cómo era posible hacer algo mejor; pero sabía también que la Sierpe debía ser vencida. Recogió todos los dolores que había sufrido y los que había visto sufrir; y con un inmenso esfuerzo los puso sobre su cabeza y se ofreció con ellos a Dios. Extendió a lo largo sobre la tierra los dos brazos en gesto de ruego, juntó los pies, gimió. Recorriendo todo el tiempo futuro, se ofreció al Omnipotente con todas las penas de la humanidad, varón de dolores, sabedor de lo que es enfermedad. Como la noche inmensa llena de estrellas, como la calma augusta y amarga del mar, como una montaña humeante inmóvil en su ancho solio, el Primer Hombre hablaba con Dios; y sus hijos oían solamente sus sollozos en lo oscuro. De repente los sollozos se torcieron en un único estertor. Y se hizo un gran silencio.

Recogieron los restos del que nunca había nacido, sino simplemente sido, y los soterraron profundamente en la tierra su madre, conforme a su voluntad, en el lugar por él designado; en el lugar que algún día otro Ser que siempre había sido, dos veces nacido, debía derramar toda su sangre por todos los nacidos.

El racismo

> Hay muchas formas de racismo [...] En los tiempos de fray Bartolomé de las Casas, ciertos teólogos españoles afirmaron que los nativos de América no eran seres humanos, porque no pertenecían a la raza de Sem, ni a la de Cam, ni a la de Jafet, las tres razas mencionadas en la Biblia. Eran, por lo tanto, meros animales, de cuyo oro y bienes el hombre –el español cristiano– tenía el derecho de adueñarse, como tiene el derecho de tomar las plumas del pavón, la miel de las abejas y la lana de las ovejas [57].
>
> Jacques Maritain

Tres novicios que iban al noviciado de Córdoba, dos argentinos y un peruano, se encontraron en el tren con un judío alemán, un ingeniero de una gran fábrica, que no me es lícito nombrar; el cual los invitó, les pagó el almuerzo –créase o no– y los hizo hablar en grande. Al fin del almuerzo les dijo a dos:

–Usté saldrá del noviciado y usté también.

Al tercero le dijo:

–Usté permanecerá–. El judío no sabía que el verbo propio es *perseverará*.

Los novicios lo tomaron a broma. Pero dos años más tarde, uno de ellos, el peruano, se acordó de la predicción, que se había verificado a la letra, y me lo contó.

Me dio curiosidad y fui a ver al judío, no creyendo en tanta coincidencia. Me invitó a comer también. Yo le dije:

–Mire que escribo en un diario que pasa por antisemita.

57 En *Por qué no somos racistas ni antisemitas*. Hemos corregido un poco la sintaxis del texto citado.

–Mejor –me dijo el ingeniero.

Al fin de la comida –durante la cual dejé siempre que comiese primero de cada fuente... por cortesía–, le pregunté cómo había adivinado el futuro de los novicios.

–Oh, no es difícil –me dijo–; por sus ideas; por sus maneras de ver las cosas; yo conozco muchos eclesiásticos; es una curiosidad en mí; leo obras de teología de todas las religiones; soy un poco psicólogo...

–Todo eso no basta –le dije yo.

Pensó un rato, y al fin me dijo la siguiente notable sentencia:

–Un cura, si es verdadero cura, desde el momento que comienza a pensar en ser cura... ya es cura.

Yo me levanté de la mesa, y apuntándole el índice, le dije:

–¡Usté se convertirá al catolicismo!

–*Absit!* –me dijo el alemán.

–Usté se convertirá al catolicismo; acuérdese lo que le digo.

–¿Cómo lo sabe?

–Porque un judío, si comienza a obrar como si no fuera judío, si es verdadero judío, ya no es judío.

Este diálogo, si ustedes lo entienden, contiene la verdadera solución de la cuestión judía.

En efecto, la cuestión judía existe; y no tiene más que una solución: o que el judío se convierta al cristianismo, o que se porte como verdadero judío.

Portarse como verdadero judío es cumplir la ley de Moisés, la cual les manda a ellos desde hace siglos que se separen de los cristianos, que se distingan de ellos incluso con un vestido diferente y que no tengan esclavos cristianos. Es decir, en tiempo de Moisés no había cristianos, pero había *gohims*, que ahora somos nosotros.

Ahora bien; la Iglesia Católica no manda acerca de los judíos nada más que eso. Pero lo manda perentoria y machaconamente; y hoy día nadie la obedece en esto –ni en casi nada. Vean la preciosa compilación de documentos solemnes del magisterio eclesiástico de Lo Grasso S. J., titulada *Ecclesia*

et Status, sobre todo los edictos de Constantino (315), Constancio y Juliano (357), Teodosio (393), Honorio (423), la tercera *Novella* de Valentmiano (438) y la preciosa carta a los Hebreos de Terracina, de San Gregorio el Magno, papa y periodista (590-604), que al mismo tiempo que les permite edificar una sinagoga –pero no cerca de la iglesia– y los recomienda a los obispos Bacanda, Agnel y Pedro, concluye terminantemente:

> *Praedictos vero Hebreos gravari vel affligi contra rationis ordinem prohibemus. Sed sicut Romanis vivere legibus permittuntur, annuente iustitia, actusque suos ut norunt nullo impediente disponant. Eis tamen Christiana mancipia habere non licet* [58].

Este precepto: "No les es lícito tener esclavos cristianos", es el que más se viola en nuestros días, sobre todo en la Argentina, en que todos somos más o menos esclavos de los judíos, a causa del imperio fantástico que tiene el oro internacional sobre nosotros y sobre todo por causa de la mentalidad de ganar dinero a toda costa y furia –incluso vendiendo la patria– que va cundiendo en nuestro pueblo con el ejemplo impune y descarado de los de arriba. Eso también es hacerse esclavo, en cierto modo, de los judíos.

Un amigo me manda continuamente al diario recortes furiosamente *rubrados* del *Mundo Israelita* y de otro diario en idisch –cuyo título traducido debe de ser más o menos: *Cheman Raijman Schildlovich Jacarandina*–, con unas cartas que echan venablos contra lo que allí escriben ellos y él subraya. Pero lo que ellos escriben allí, a mí más bien me gusta: hay un editorial en el *Mundo Israelita* del 9 de febrero de 1946, que es más cristiano que muchísimos editoriales de *La Prensa*. Los judíos dicen allí que ellos son judíos; recomiendan a los israelitas argentinos el no meterse tanto en política argentina que descuiden la política sionista; reconocen que la mayoría de los hebreos propenden de suyo al comunismo y que esa herejía cristiana –como tantísimas otras– es de inspiración del judaísmo, aunque del judaísmo corrompido... "Jabotinski decía que un hombre no puede tener dos ideales. El caso de los comunistas judíos lo corrobora. Su ideal es el comunismo y le dan prioridad sobre todo lo demás [...] incluso sobre Eretz Israel"..., cuan-

58 "Prohibimos netamente gravar o afligir a los susodichos hebreos contra el orden de la razón; mas ya que se les permite convivir en las Leyes Romanas, como dicta la justicia, dispongan su conducta según su entender, sin que nadie los estorbe. Pero no les es lícito tener esclavos cristianos."

to más sobre la postiza patria argentina. Por último, piden limosna para Eretz Israel, o sea el Hogar Judío resucitado en tierra palestina. Todo eso no nos enfurece ni disgusta; al contrario.

El que nos disgusta bastante es el judío puesto al servicio de la *propaganda*, aunque sea cristiano y filósofo. La Información Católica Internacional anda repartiendo un folleto de Jacques Maritain, titulado *Por qué no somos Racistas ni Antisemitas*. Es cosa de ponerse a llorar cuando uno lo lee. Por suerte, le desconfío que lo lean muchos. El filósofo francés ha dejado a un lado el filósofo y queda solamente el francés; y ni siquiera eso. El resultado no es para felicitarlo. Consideren un momento el texto que puse arriba. ¡Qué desastre!

Ese texto pretende que "ciertos teólogos españoles" enseñaron la doctrina de que los indios eran animales y no hombres. Es para quedarse patitieso de la información que tiene ese filósofo. Si ésa es la *información católica internacional*, preferimos carecer de ella y ser católicos nacionales, o mejor, católicos simplemente. Si los católicos internacionales tienen tan buena información, ¡que nombren a esos teólogos españoles! Y hasta que no los nombren, declaramos, a fuer de teólogos hispanos, que eso es un hediondo embuste. Ningún doctor español en teología, ningún licenciado en teología, ningún maestro en teología, ningún bachiller, ningún alumno aplazado en teología, ningún noble español, ningún artesano español, ningún truhán español, ninguna ramera española, ningún judío español pudo haber dicho jamás lo que atribuye a "ciertos teólogos españoles" el descarado seudoteólogo francés, ¡en el tiempo de Melchor Cano y de Arias Montano, en los tiempos del teatro de Lope y los Autos Sacramentales! Ni siquiera hoy en día, ni Cristiano García, ni la sirvienta asturiana de la Madre María, es capaz de decir eso ni en sueños.

¡Oh maestro Jacques!... Si no respetáis a España, por lo menos respetad la Teología. Y no seáis tan racista judío y tan racista francés, al venir a predicarnos que no seamos racistas hispanos. O todos los racismos son malos... o ninguno.

No hay derecho.

La bomba atómica

> Considerad una cosa, señores. En el mundo antiguo la tiranía fue feroz y asoladora, y sin embargo esa tiranía estaba limitada físicamente, porque los Estados eran pequeños y las relaciones internacionales impasibles de todo punto [...] Pero ahora, señores, ¡cuán mudadas están las cosas! Señores: las vías están preparadas para un tirano gigantesco, colosal, universal, inmenso [...] Ya no hay resistencias físicas ni morales, porque con los buques y las vías férreas no hay fronteras, con el telégrafo no hay distancias. Y no hay resistencias morales, porque todos los ánimos están divididos y todos los patriotismos están muertos [59].
>
> Donoso Cortés

Ortiz Echagüe no cree ni en Dios, ni en el diablo. Enrique Larreta cree en Dios, pero no en el diablo. Nosotros creemos solamente en el diablo. Son tres religiones falsas.

Ortiz Echagüe y Enrique Larreta han hablado a la vez hace algunos días de la bomba atómica. Bien podemos hablar también nosotros.

Los dos han hablado con elegancia. El primero se lo propone formalmente, diciendo que no quiere incurrir en la vulgaridad de los que hablan de "era atómica" y de "invento monstruoso". El segundo, sin proponérselo, habla siempre con elegancia; y da gracias a Dios Creador Omnipotente que el invento del volcán volante –o "la espada del Arcángel", como él dice– haya tocado en suerte a "un pueblo joven e idealista", que tuvo bastantes dólares para contratar sabios de pueblos viejos y materialistas que le labraran el portentoso artefacto. Que si lo llega a obtener un pueblo viejo, sin idealismo y sin dólares, ¡pobres de nosotros!

Por el gran diario en que escriben ambos elegantes escritores sabemos con claridad la historia de la Gran Guerra, que nos ha legado este nuevo producto de la civilización moderna, destinado sin duda a trasformar el mun-

59 En *Discurso sobre los Sucesos de Roma*, 14 de enero de 1849.

do: "¡Que fuese tan luego un instrumento de exterminio el que viniera a traer la paz eterna a los hombres!"; exclama místicamente el padre de Don Ramiro. A los habitantes de Nagasaki ya les ha traído, en efecto, la paz eterna.

La historia de marras la sabemos. Dice *La Nación* que un país asiático militarista, imperialista, capitalista y agresor, ansioso de hacerse de colonias en un continente que no era el suyo, amenazaba los tranquilos territorios yanquis de Tejas, California, Nuevo Méjico Arizona, Filipinas y otros. Y con ellos, al mundo entero.

Mejor dicho, no amenazaba, antes agredía traidoramente por medio de aviadores suicidas, que es una cosa ilícita, contraria al derecho internacional y a la idea cristiana. En consecuencia, Estados Unidos muy a su pesar le declaró la guerra, y en consecuencia, poco a poco y a medida que sus libres albedríos se iban despertando, todos los cachorros de león del continente declararon también muy a su pesar la guerra. El Japón fue vencido.

Un día de este año de gracia y de justicia los habitantes de la ciudad de Nagasaki, soldados y civiles, vieron en el cielo un siniestro relámpago plateado, ampliándose en una inmensa nube de fuego que descendía sobre ellos con fragor. Y después no vieron más, porque fueron achicharrados como chinches, quemados vivos con gran parte de su mísera ciudad, el mismo día justamente en que tres siglos ha el cruel Taikosama quemó vivos en esa misma ciudad a los mártires cristianos discípulos de Francisco Javier, para que se vea como Dios mismo está de parte de esa nación joven convertida en el brazo infalible de su justicia, con sede a la vez en el cielo en Washington y en Nüremberg.

"*We thank God that the atomic bomb has come to U.S.A.*", son las palabras de Enrique Larreta. Enseguida recomienda que no se la dejen ni oler a Rusia, y que se renueve rápido en el mundo "la elevación moral y la cristiana inspiración", es decir, la gloria de Don Ramiro. Yo también doy gracias a Dios a mi manera, poco elegante, a la verdad, de que venga lo que había de venir y esté próximo El Que Tiene Que Volver.

Larreta, en efecto, dice más verdad de la que él mismo sabe, cuando habla de "la espada del Arcángel" y "el secreto de la Divinidad": hay dos arcángeles. Se equivoca solamente en creer que esa espada y ese secreto están delegados en Truman. No lo crean. La Divinidad y el Arcángel siguen manteniéndolos firmemente en sus manos. Son indelegables. El único delegado de Dios en este mundo –que así lo llama San Pablo– es Jesucristo Nuestro Señor. Es el que da la *paz eterna;* pero no la da como la da el mundo.

"Se diría que el hombre acaba de sorprender el gran secreto de la Divinidad", opina Larreta. Si él opina, podemos opinar nosotros. No el secreto de la Divinidad, sino el secreto de la contradivinidad. La actividad que han hallado es lo contrario de la actividad creadora. Podrá hacer marchar aviones a 1.200 kilómetros por hora, pero no podrá aumentar al hombre un jeme la estatura. Porque dice la Escritura, y dice bien:

El espíritu que ama los lugares vacantes
y los sitios inmundos llena con su aire acerbo;
las testas de los hombres parleros y parlantes,
que son profanadores del sagrario del Verbo.

Los hombres de hoy se han internado en región vedada. El bombardeo del átomo significa poner a un cuerpo en trance de cambio de especie, o sea –tratándose de un simple– en trance de aniquilación, si no me engaño. El uranio sale de apuros convirtiéndose en un isótopo y devolviendo con violencia la enorme energía que han estado inyectando a su *forma* contra su *materia*. La ciencia moderna es más destructífera que vivificante.

Dice René Guénon que la ciencia moderna es diabólica. En su esencia no puede ser diabólica, sería error de maniqueísmo; pero puede serlo en su orientación. La ciencia es hija de la razón, que es un alto don de Dios. Pero el hombre puede abusar de sus dones, y más terriblemente de los más altos. A ese conocer tecnológico llamado hoy día *ciencia, empirismo* y *matematismo sin sabiduría,* no le interesa ya conocer a Dios y al alma, sino conocer la materia, para dominarla y exprimirla. En el epitafio de Franklin escribió el blasfemo Diderot: "Arrebató su rayo a Dios y su cetro a los tiranos." El rayo arrebatado a Dios se convirtió en manos del hombre en el peor de los tiranos. Su cetro es un vergajo de hierro.

Se está produciendo visiblemente en el mundo lo que se podría llamar la herramienta del Anticristo. El Apokalypsis se está volviendo posible, que no hace un siglo le parecía a Renán "un libro delirante", donde se habla de ejércitos de doscientos millones, de urbes enteras que se derrumban, de la destrucción de un tercio del género humano... La ciencia, orientada sacrílegamente hacia el desconocimiento de Dios y la deificación monstruosa del hombre, está madurando a convertirse en la *Segunda Bestia*, "que pone todo su poder en mano de la Bestia Prima". La desviada Ciencia Moderna, que

nos da "prodigios y portentos mendaces" por los milagros que le pedimos, es uno de los elementos de esa Nueva Religión que vemos formándose frente nuestro, que tiene aspecto exterior como el cordero y en su boca palabras de blasfemia [60].

Ésta es la religión que a insabiendas inspira a Larreta, su *inspiración cristiana.* Ésta es la *moral cristiana* en la que confía Ortiz Echagüe. Ésta es la *idea cristiana* que invoca Mr. Truman para quedarse con su bombita. No se trata del viejo catolicismo romano, el cual –según Larreta– manifiestamente ha fracasado. Se trata de un cristianismo nuevo, *made in USA*, que puede combinarse perfectamente en una persona con el Protestantismo y la Masonería. Se trata de algo *coronado de laurel,* muchísimo más elegante, flexible y fácil que la fe en el Coronado de Espinas y la esperanza en su Retorno. Se trata de una Religión Moderna, cuyo acto de fe y esperanza hace Don Ramiro con las siguientes palabras: "Honor, libertad y democracia. La gloria crea en pueblos y hombres una nueva conciencia. El laurel embellece la frente y el alma. Es como el lirismo de la luz en las torres. No se concibe a un gobernante americano manchando esa gloria con una acción despreciable [etcétera, etcétera, etcétera...] mientras consiguen comunicar al problema la elevación moral y la cristiana inspiración que es urgente infundirle"...

¿Por qué no lo hacen a éste también Interventor del Consejo Nacional de Educación? "!Amor o muerte!", exclama luego el nuevo profeta, con un título tomado a Luis del Val. *¡Fraternidad o exterminio!* Nos recuerda bastante aquellos versos que dicen:

El hombre al hombre en este siglo ingrato
dice: Seamos hermanos... o te mato.

Amor y muerte. Antes que venga el paraíso de idealismo, honor y libertad que el pobre –*d'après* Renán— sueña, muchos cristianos de Cristo tendrán que hacer el neto de amor de aceptar la muerte; y otros cristianos no de Cristo, el horrendo acto de entregarlos a la muerte "creyendo con eso hacer obsequio a Dios". Porque entonces entregará el padre al hijo y el hermano al hermano, y habrá tribulación grande como nunca, como no la ha habido

60 Personalmente, creemos que este desorden monstruoso de la *Ciencia* –o mejor dicho, Técnica– moderna, está predicta en el Apokalypsis con el nombre de *Cuarta Fiala de la Ira de Dios.* Confrontar supra, p.58.

desde el Diluvio acá, tan pérfida y dura; que si no fueran acortados aquellos días, ninguno se salvaría, ni siquiera los elegidos.

Pero se acortarán aquellos días por amor a los elegidos, entre los cuales, si yo me hallo, quisiera que se hallara también Larreta, aunque sea a costa de mi muerte.

Y si no lo quieren creer, lean el evangelio de este domingo pasado.

El comunismo

Y el Sexto Ángel vació su fiala sobre el gran río Éufrates; y sus aguas fueron secadas para preparar vado a los reyes del Este.

Y yo vi tres espíritus inmundos a modo de ranas salir de la boca del Dragón y de la Boca de la Bestia y de la boca del Pseudo Profeta.

Son espíritus del diablo, obradores de prodigios, que van a los reyes de la tierra y del mundo entero para rejuntarlas a la batalla del día de Dios Altísimo.

Apokalypsis XVI, 12-14

El comunismo no es un partido; el comunismo es una herejía. Es una de las tres *Ranas* expelidas por la boca del diablo en los últimos tiempos –que no son otros que los nuestros.

Las otras dos *Ranas* –herejías palabreras que repiten siempre la misma canturria y se han convertido en guías de los reyes, es decir, en poderes políticos– son el catolicismo liberal y el modernismo.

Estas tres herejías se van a unir por las colas –cosa admirable, dado que las ranas no tienen cola– contra lo que va quedando de la Iglesia de Cristo, un día que quizá no está lejano. Ellas "prepararán el camino a los reyes del Este": a la última de las grandes invasiones asiáticas sobre el Occidente. Ellas congregarán a los reyes para la gran "guerra de los continentes", que está profetizada en la Sexta Tuba, en la cual van a pelear doscientos millones de hombres de todo el mundo y caerán una tercera parte de ellos. La barrera acuosa que separaba el mundo oriental cismático del Occidente está seca, y los *Reyes del Este* –reyezuelos, poco importa se llamen URSS– han hecho su aparición triunfal en el escenario político del mundo.

Todo esto a condición de que Dios no quiera darse el gusto monárquico de encadenarlas, cosa que puede hacer si quiere, con cualquier instrumento que Él quiera, incluso con la *Nueva España* –como llaman en Uruguay a la Argentina–, incluso con los *Estados Pontificios de la Masonería* –como llama-

mos nosotros al Uruguay–, incluso sin ningún instrumento, como encadenó al albigenismo por medio del hidalgüelo de Montfort.

La ingenuidad liberal cree que inmuniza al comunismo con el sencillo expediente de reconocerlo como partido. "Reconociendo al comunismo como partido, lo sometemos a control y le impedimos que obre ilegalmente", dijo ahora un año el entonces candidato Dutra. *Candidato* viene del latín *candidus*. Reconociendo al comunismo como partido no se le cambia su natura: se le proporciona un nuevo instrumento de acción.

La natura del comunismo es religiosa y no solamente política. Es una herejía cristiano-judaica. Del cristianismo descompuesto en protestantismo tomó Marx la idea obsesiva de *justicia social*, que no es sino la Primera Bienaventuranza vuelta loca, vaciada de su contenido sobrenatural: *los pobres deben reinar aquí*, reinar políticamente por el mero hecho de ser pobres, como los *santos* de Oliver Cromwell. Pero el elemento formal de la herejía es judaico: es el mesianismo exasperado y temporal que constituye el fondo amargo de la inmensa alma del Israel Deicida a través de los siglos: *Construiremos con la fuerza, con la astucia y con la religiosidad unidas un Reino Temporal del Proletariado, que será el Paraíso en la Tierra. Para eso destruiremos primero todo el orden existente, incurablemente inficionado par el Mal.*

Esta tierra conquistaremos,
esta tierra y todos sus dones;
el cielo se lo dejaremos
a los ángeles y los gorriones

dice el poema del hebreo Heine, adoptado como himno por los comunistas alemanes en 1918.

La herejía comunista tiene singular parecido con la albigense, que nacida en el corazón de Europa (sur de Francia, norte de España e Italia, Suiza, Flandes y Bohemia), la amenazó en el siglo XII con destruirla, atacando las coyunturas mismas de la Cristiandad. Fue sojuzgada con inmensos esfuerzos y sangrientas batallas; su cuerpo, pero no su semilla.

Igual que el comunismo, era una herejía maniquea, encarnada en una revolución social y una descompaginación política. Atacaba la familia, la propiedad privada, la jerarquía eclesiástica y el contenido sobrenatural del cristianismo. Apelaba a todos los medios, el asesinato, el pillaje, la subversión

demagógica y el llamado a reyes extranjeros. Se apoyaron en la miseria e ignorancia del pueblo bajo, en los celos de los barones del Sur de Francia ante el creciente prestigio de la Isla de Francia, núcleo de la monarquía francesa; y en la ambición territorial del rey Pedro II de Aragón. Sus jefes hacían gala de austeridad y desinterés y se autodenominaban *perfectos o puros;* los otros, los *creyentes*, hacían vida desordenada, la fornicación y el adulterio les eran permitidos, desechaban los sacramentos, difamaban el matrimonio, condenaban el derecho de propiedad y se salvaban por la imposición de manos de los *perfectos*.

El antiguo error oriental de que hay dos dioses, uno del Bien y otro del mal, había encontrado una de sus reencarnaciones en un medio semicristiano afectado por el resentimiento social, levantando llamaradas inmensas de fanatismo, fomentando atentados, desórdenes y tropelías. San Bernardo intentó curarlo en 1147, en el Languedoc, sin más armas que la palabra de Dios y sus virtudes; pero el antiguo error religioso progresaba día a día a revolución espartaquista. También fracasó la palabra de Domingo de Guzmán, impotente frente a la soberbia del conde de Tolosa. Treinta años más tarde, el Concilio de Letrán ordenó en su canon 27: "En cuanto a los albigenses, o brabanzones, o aragoneses, o navarros, o vascos, o cotarelos o triaverdinos, que no respetan las iglesias ni los monasterios y no perdonan a los huérfanos ni a ninguna edad ni sexo, sino que todo lo saquean y devastan como paganos [...] ordenamos a todos los fieles para la remisión de sus pecados que resistan valerosamente a tales estragos y defiendan a los cristianos contra aquellos desdichados."

San Luis rey de Francia dominó por la fuerza en Taillebourg a su rebelde vasallo el Tolosano; y fue menester después una verdadera guerra civil como la de Franco, que terminó con la sangrienta y milagrosa batalla de Muret, para poder poner orden en aquella región convulsionada a fondo por una idea teológica que se vuelve subversión social y luego pura y simple delincuencia.

Las pequeñas industrias

Me llegan numerosas preguntas acerca de temas *no religiosos.* Aunque, hablando en plata, ¿qué tema hay que de algún modo no lo sea para un hombre como mi tío, que sostiene que la religión no es una industria, ni una especialidad, sino una *vida?* La vida penetra por todo, pues es lo mejor y lo único que posee el hombre.

Me presenté a mi tío con las preguntas, y he aquí lo que contesta el viejo:

PREGUNTA. *¿El plan quinquenal arreglará la Universidad?*

RESPUESTA. ¡La Virgen Santísima y Nuestro Señor lo quieran! Yo no lo sé. Lo que yo sé es que hay profesores –por ejemplo, de filosofía– a quienes pueden aumentar el sueldo a *dos mil quinientos* pesos y también a 25.000 pesos mensuales, y *no van a enseñar filosofía.* Así como conozco profesores de teología que "por todo lo criado y aunque la vida les quitasen" –como decía Ignacio de Loyola– no van a enseñar teología. Nadie da lo que no tiene.

PREGUNTA. *¿En qué consiste y para qué sirve la asignatura que inventaron en el Instituto de Humanidades de La Plata, titulada: Metodología de la Práctica de la Enseñanza de las Ciencias Auxiliares de la Educación?*

RESPUESTA. Con esa ciencia y diez centavos, usted puede ir en subterráneo desde Federico Lacroze a Leandro N. Alem.

PREGUNTA. *¿Qué me dice de la huelga de los taxis? ¿No debe ceder de una vez el Municipio?*

RESPUESTA. De ninguna manera. Aunque no tuviera razón. Sería una caída funesta de la autoridad social. "Acertar siempre y sin falla / debe el noble y principal; / pero si la acierta mal, / sostenella y no emendalla." Sobre todo cuando, en este caso, parece que tiene razón el Municipio, aunque confieso

que no he estudiado este asunto. Pero es falso lo que usted alega que "Perón se propone una estatización del negocio taximétrico, parecida a la mil veces maldita Corporación de Trasportes".

PREGUNTA. *¿Es verdad que Jesús de Nazaret fue espiritista?*

RESPUESTA. NO.

PREGUNTA. *¿Es verdad que Jesús dijo: No hay que imponer por fuerza las creencias, por lo cual Yo soy contrario a la enseñanza religiosa en las escuelas?*

RESPUESTA. Sí, es verdad que Jesús dijo eso en una mesa de tres patas, donde fue evocado por Fernando Saccone, presidente, y don Inocencio Merlo, vicepresidente de la Asociación Escuela Científica Basilio, Culto Espiritista, Rawson 53, Buenos Aires, con filiales en Quirno Costa, Vidal, Salta 222, Canals (Córdoba), Venado Tuerto, Fraile Muerto y Montevideo. No miento.

PREGUNTA. *¿Qué opina usted de la destrucción de las pequeñas industrias?*

RESPUESTA. Opino que algunas dellas merecen ser destruidas: la Universidad del Litoral, los *troperos* de taxis y el espiritismo, por ejemplo, son pequeñas industrias.

Fuera bromas, la destrucción de las verdaderas *pequeñas industrias* es un signo ominoso de antipatria, porque tiende a convertirnos en un pueblo de asalariados y en un Estado Servil. Y esto sí que es un tema religioso: porque si la economía y las finanzas (el capitalismo) aconsejan las grandes industrias, la caridad y el amor patrio defienden las pequeñas. Y la Caridad, en un país cristiano, no debe ser atropellada por la Economía. Las dos deben vivir.

Copio de la carta de una sobrina:

> Tomé el tren para Tucumán y bajé en Monteros. Cuatro viejas rezaban y tejían maravillosas randas. En la estación siguiente, un mocetón moreno hacía primores en talabartería fina. En una casa cercana, un viejo trenzaba tientos y producía riendas, maneas y cabestros.
>
> Estuve en Salta y en Jujuy: todo un pequeño diseminado pueblo de orfebres reproducía con simple perfección la antigua platería de Salamanca y Toledo. En las afueras de Humahuaca y Tilcara y La Quiaca se tejían barrecajas. Los coyas fabricaban instrumentos musicales y sus mujeres teñían mantas y ponchos regios. Y entonces me pregunté:

–¿Qué son éstos? ¿Qué hacen? ¿Qué les sucederá?

Éstos son hombres libres, por lo menos cuanto es posible en este mundo. Se han individualizado y personificado. Son todos piadosos, verdaderа y profundamente religiosos. He visto en Villagón una Semana Santa que no olvidaré mientras viva. Como corolario, son artistas, artesanos con inteligencia (que eso es un artista) orfebres, tejedores, talabarteros, ebanistas maravillosos. Ningún hombre comprende nada, si no es capaz de hacer algo.

Componen música, una música de cuya rebajada estilización viven muchos artistas de las ciudades. Componen y repiten villancicos, glosas, coplas, romances y acertijos. ¿Qué les sucederá? Lo mismo que a los progresistas pueblos ricos del litoral, feos y tristes como el demonio; la gran industria organizada les romperá el alma y el estetismo del asfalto los atontará. Y cuando se agremien y se vuelvan servilmente poderosos para integrarse en el Estado, como quería Hegel, adiós música y romances, adiós montería y filigrana de plata, y con ellos, adiós verdadero espíritu popular y tradición cultural y verdadera vida humana. Y entonces, adiós orden romano, civilización grecolatina y espíritu cristiano...

Hasta aquí mi sobrina.

Yo puedo añadir, como testimonio fiel, que cuando visité a Catamarca hace años y tuve ocasión de venerar las reliquias de Esquiú ("el gran fraile de la Patria"; como lo mencioné entonces), revisar su biblioteca y conocer su casta, me encontré allá con el conflicto del *aguardiente.* Impuestos Internos con sus inspectores –dependientes de Ramón S. Castillo, catamarqueño!– estaban destruyendo multitud de pequeñas destilerías caseras –a beneficio de las grandes destilerías con capital extranjero– que eran el pan de numerosas familias criollas; con el pretexto de que *usaban caños antihigiénicos*, como si el primer *caño* que existió en el mundo, como lo dice su nombre, no hubiese sido una *caña.* En vez de enseñar a la pobre gente a perfeccionar sus alambiques, la Capital Federal –que para eso somos federales– simplemente les destruía el trabajo familiar. Los franciscanos, con ese instinto que heredaron del Pobre de Asís, se habían puesto de parte de los pobres, y hasta les ayudaban a vender aguardiente casero –con ese *bouquet* que no tiene el aguardiente de fábrica– de contrabando. Presencié una anécdota graciosa, que contaré algún día, de cómo un párroco y dos indios salvaron con picardía criolla a una familia de las iras fiscales de un inspector demasiado celoso; ¡pobre gente!

Yo mismo me compré dos damajuanas franciscanas de aguardiente: una me la hice traer a Buenos Aires con dos maestras católicas de Nuestra Señora del Valle, que la hicieron pasar en la estación por *agua medicinal vegetal*, lo cual no era mentira... Y la otra me la tomé con mis amigos de Catamarca.

¿Qué tenemos que hacer?

Hay mucha gente desanimada por la política. Andan preguntando: "¿Qué tenemos que hacer?". Algunos ni siquiera preguntan, sino que resueltamente dicen: "No hay nada que hacer."

Para un cristiano, la respuesta es muy sencilla: hay que salvar el alma.

–¿Y la Patria?

–Salvar la Patria también, de ese modo.

–Primero salvar el alma, y ¿después?...

–No. Las dos cosas juntas. A la vez. Pero la segunda condicionada a la primera. Al mismo tiempo y una en ancas.

–No entiendo –dice el argentino, que le gusta más que el alma la política.

–Es muy sencillo. Ustedes, que se llaman nacionalistas...

–¡Alto!

–Perdón; ustedes, los nacionalistas –algunos, digo, no todos–, más bien muchos, exceptuando lo presente...

–Ahorre salvedades...

–Muchas veces quieren poner orden afuera, sin tener primero orden adentro. Mucho hablar de disciplina... para los demás. Mucho clamar por la *jerarquía y* algunos en la práctica no practican ni respetan ninguna jerarquía. ¡Dios, Patria y Hogar!... Algunos con el hogar andan cimarrones, y a Dios no lo conocerían si lo encuentran en la calle. ¿Qué van a hacer por la Patria? Nadie da lo que no tiene.

–Vos querés que primero seamos santos y después hagamos política.

–Ningún santo ha hecho política. Santos a estas horas deberían ya serlo, empezando por mí. No. No hay primero ni segundo en este asunto: las dos cosas son la *mesma* cosa. Para algunos, por vocación de Dios, salvar el alma es lo mismo que salvar la Patria. Cuanto a mí, por vocación también, yo tengo que empezar por el otro lado; pero en finiquito, es lo mismo.

–¿Y nosotros?

–Ustedes dicen que lo que viene sucediendo es un desastre nacional. Los desastres sirven para purificar. Purificarse. Todo desastre es una prueba. Dejarse probar y salir probado. Examen de conciencia: poco echar la culpa al prójimo y mucho mirar por las culpas propias. ¿Negarán ustedes, *los que se llaman nacionalistas...*

–¡Un momento, cura!

–Perdón, ¿negarán ustedes, los nacionalistas, que tienen culpas tremebundas?

–Las reconocemos ante Dios; pero no admitimos discusión.

–No deseo discutirlas.

–En concreto, ¿qué hay que hacer?

–En concreto, hacer todo el bien que uno pueda alrededor suyo, a corta distancia, lo que está a mano, sin embarazarse de grandes planes, de grandes empresas, de grandes proyectos, de grandes *revoluciones*. Lo que dice la fábula de *el ladrón*. ¡Miren qué mal les fue...!

–Miren qué mal *nos* fue...

–Perdón. Miren qué mal nos fue con el famoso "castigar a los culpables y recobrar los bienes mal habidos". Nos castigaron a nosotros; y si nos descuidamos, nos van a quitar hasta los bienes bien habidos.

–¿Y adónde deja usted el martirio?

–El martirio lo dejo para mí. Eso no es para ustedes. Ustedes son los que se las dan de políticos...

-¡Basta, cura!

-Perdón; ustedes son políticos. Cuando un político va al martirio, fracasó. El político tiene la obligación de triunfar. Sólo el cura tiene la obligación de fracasar... porque el cura, cuando fracasa bien, triunfa a su manera. "*Mihi vivere Christus est et mori lucrum.*"

–¿Y cómo es esa acción que usted denomina *a corta distancia?*

–Les voy a poner primero un ejemplo y después la teoría. Hace poco se constituyó una S. R. L. de ganaderos, unos diez hermanos, primos, hijos y nietos, y labraron un contrato al uso antiguo, de esos en que al principio se nombraba a Dios; y no a cualquier Dios, sino a la Santísima Trinidad y hasta al mismo Jesucristo, si a mano viene. Aquí tienen el *preámbulo* de contrato. Esto llamo yo acción nacionalista a corta distancia, acción de raíz y no de hojas. Léanlo.

N. N. HERMANOS, S.R.L.

Preámbulo

Dios puso alma en el hombre, para que ésta lo guiara hacia su fin verdadero.

Encabezamos los estatutos de nuestra asociación de trabajo con este preámbulo, que contiene los principios cristianos fundamentales que inspiran nuestra acción, para que nos marque el rumbo permanente a seguir.

Por varias generaciones los N. N. han vivido unidos al campo argentino; de la "buena tierra" que trabajaron y trabajan según las leyes de Dios y las costumbres dé los hombres, les ha venido todo lo que tienen.

Hoy, cuando el mundo está revuelto, cuando parece que se ha perdido el rumbo y cuesta encontrar la huella, descendientes de Manuel N. N., en lo más profundo de su sentimiento, han concebido la idea de unirse más todavía, sumando a su misma sangre, a su idéntico concepto cristiano respecto a la existencia humana, a su coincidencia en la apreciación de la vida, iguales intereses en el trabajo.

Padres, hijos y nietos, todos educados en la misma escuela, han aprendido a admirar las mismas virtudes, a cultivar las mismas cualidades; y, por sobre todas las cosas, a querer entrañablemente a la tierra y a su trabajador.

Al morir, el abuelo Manuel dio a sus hijos los consejos del labrador a los suyos.

Ese mandato más que nada es lo que procurarán cumplir; y su fin verdadero, el único, absolutamente el único, es vivir en la tierra como Dios manda y como Cristo enseñó.

Por eso, y como gratitud con el campo, esta reunión de varones de una misma sangre prometen conservar las puras tradiciones de la familia.

Bajo el Signo de la Cruz, símbolo de Quien está por encima de todo, guiará sus afanes la pasión de ser justos, en el más grande sentido de la palabra.

Recíproca comprensión, bondad ilimitada, confianza, fe y caridad, deberán tener sus actos todos. Resumiendo: Unidos trabajarán la tierra, que regarán con sudor; y el fruto que les dé emplearán sólo para subsistir y mejorar conforme a las leyes de Dios.

Provincia de Buenos Aires, enero 17 de 1946

¿Lo han leído? ¿Qué les parece?

–Estupendo escrito. ¿Quién lo hizo?

–Un joven capitán del Ejército [61], que es al mismo tiempo hacendado, y quiere salvar su alma al mismo tiempo que –si es posible– la Patria. No antes ni después. Al mismo tiempo. ¿Quieren ahora la teoría?

–¡No! Déjenos primero meditar esto.

–Meditar para imitar, imitar para mejorar. Hasta pronto.

61 Capitán Güiraldes (a) el *Tacho*; capitán, en 1945.

El doctor Piscolabis

> En Roma se cree que una alta cultura en el clero es la primera condición para la conservación de la fe en el pueblo y que todo debe ser subordinado a esa cultura superior. Un relajamiento de la moral y la decadencia de las naciones ha sido siempre precedida de una caída en los estudios teológicos y una mecanización del orden sacerdotal [62].
>
> Monseñor Baudrillart

Aunque ya se ha cerrado el concurso instituido por *Velero* acerca del origen de las dos palabras latinas *busilis y piscolabis,* vamos a enviarle la verdadera solución, que se les ocultó a los otros. Y de paso, la solución de otra cosa más importante.

Esas dos palabras vienen, créase o no, de un seminarista de Villa Devoto, que era más asno de lo corriente y permitido, y acerca del cual existía en las altas esferas cierta voluntad informulada pero eficaz que fuese ordenado no más, "*contrariis non obstantibus quibuscumque*". Este seminarista se llamaba –ya murió– Pistolari, de donde por corrupción se derivó *piscolabis.* El día de su último examen, los míseros profesores tuvieron que interrumpir dos veces la tarea para comer algo, por lo cual esos *lunches* se llaman desde entonces *piscolabis.* Un día en la clase de Ínfima le dieron a traducir este tema: "Tú pescarás en río revuelto", y el pichón de filólogo tradujo: "*Tu in fulmine rivolto piscolabis*", de donde vino el nombre.

El día del último examen, el profesor le puso en las manos a San Mateo y le dijo que tradujese lo siguiente: "*In diebus illis dixit Jesus discipulis suis*"... El sobrino del obispo juntó las dos sílabas primeras *Indie y* tradujo: "¡La India!", y después juntó las otras tres y formó *busillis.* El profesor le hacía gestos con la boca para indicarle la equivocación, y el discípulo va y le dice muy campante:

62 *Vida de Monseñor D' Hulst*, I, París, año 1932, segunda edición, pág. 316.

–Sí. ¡Ya puede chiflar! ¡No manyo niente! Todito lo demá lo sé, meno ese maldito *busilis*.

Se cuenta también de él que en el examen de Dogmática le preguntaron el Bautismo en esta forma:

> –*Domine Pistolari, quid dixit Lutherus de Baptismo?*
> –*Quomodo dicis?*
> –*Quid dixit Lutherus de Baptismo!*
> –*Ego nescio.*
> –*Quid dixit Calvinus de Baptismo?*
> –*Non vidi.*
> –*Quid dixit Ecolampadius de Baptismo?*
> – *Non paravi.*

Sudoroso el profesor le habló en castellano.

> –¿No sabe nada acerca del bautismo?

Y el futuro levita respondió con voz cavernosa:

> –Se cobra tres pesos...

Éstas son bromas, naturalmente. ¡Que no nos provoque *Velero* a hacer bromas! Pero éstas son bromas *católicas*, es decir, bromas con veras, no como las bromas pueriles de *Rico Tipo* y *Don Fulgencio*, revistas humorísticas de país colonial. En todo país donde corren una cantidad de chistes terribles contra el clero, es buena señal de que es un país sinceramente católico. Esto se confirma con la opinión de un filósofo argentino, amigo nuestro, que sostiene en serio que "un *minimum* de anticlericalismo es necesario para la salvación", opinión que fue confirmada solemnemente desde el estrado de un teatro por un prelado argentino que dijo que él era anticlerical. Por lo menos, así lo hemos leído en *La Capital* de Rosario. Pero que el hacer chistes contra los frailes que no cumplen sea cosa lícita y aun loable es asunto confirmado por el mismo Papa, si es auténtico el *Breve* del papa Clemente VI, acerca del poeta Chaucer. Habrían denunciado a este poeta que se burlaba desaforadamente de los frailes malos, no menos que de los malos poetas, y el Papa respondió que si se burlaba de los religiosos que eran de veras *homines religiosi*, era reo de cuasi sacrilegio y debería ser amonestado; pero si reía de los clérigos que no cumplen sus votos, y eso en versos

inteligentes y *muy melodiosos*, casi merecía una condecoración. "*Quodsi de aliis clericis et monachis ioculatur qui spretis regulationibus profane ambulant, de iis etiam NOS joculamur.*" Clemente VI era un noble francés, y se dice que el *Breve* lo escribió el Petrarca; aunque ciertamente éste no nos parece el estilo latino del Petrarca.

Pero ¿para qué ejemplos lejanos? ¿Creen ustedes que era católica España en tiempo de Alfonso X? En el *Libro de los Gatos*, que es una colección de *enxiemplos* del mismo tiempo de Chaucer, se narra en el *enxiemplo* XLVI que Satanás envió una carta al arzobispo de Toledo, diciéndole: "Satanás, Príncipe de los Infiernos, a Dalmacio, Príncipe de la Iglesia de Toledo, salud. Todos cuantos clérigos idiotas y sin letras vos tenéis, tantos yo vos di." Añade devotamente el *enxiemplo* que el diablo entregó esta carta a un caballero de su devoción, dándole un bofetón a manera de firma, que le dejó grabados en el rostro los cinco dedos con sus uñas en trazos de carbón indeleble, los cuales se borraron cuando el hidalgo entregó la carta.

Fuera bromas, nuestro país sufre una crisis que hace obligatorio al patriota el hablar a calzón quitado, si su ministerio es hablar. (Nietzsche dijo: "Golpear una puerta con una piedra no es pecado cuando está rota la campanilla." Y el mismo Cristo mandó: "Si no te escuchan en privado, dilo a toda la Iglesia".) Nuestro país sufre una crisis que no es económica solamente, sino prevalentemente espiritual. Esa crisis no ha perdonado, ni es posible perdone, a la Iglesia. En un país católico, la Iglesia es como el sistema nervioso; y debemos seguir manteniendo que éste es un país católico, cosa que se puede probar hasta un cierto punto. El sistema nervioso basta que ande un poco flojo en un organismo, y es cosa de maravillar los trastornos terribles y las enfermedades sutiles y atroces que ocasiona. No es necesario que esté podrido –en cuyo caso el tipo *suena*–; basta que esté un poquito flojo. La Iglesia se afloja cuando falla en ella la contemplación. La Iglesia ha sido hecha para enseñar, para lo cual primero hay que saber. Cuando fallan el vidente, el definidor, el contemplativo, el profeta, la Iglesia se convierte en una especie de sociedad anónima frigorífica para la conservación del cristianismo en latas.

La beneficencia no es el fin principal, es un subproducto del apostolado católico; ni siquiera la misma administración de los sacramentos es el fin principal, a no ser que sea al mismo tiempo una enseñanza; y no una mera venta de ceremonias mágicas.

San Pedro en persona instituyó el orden del diaconado, para que, repartiendo ellos las limosnas y administrando el bautismo, dejasen al sacerdote libre el cultivo de la doctrina: *"Non misit nos Dominus baptizare sed evangelizare"*, dijo audazmente el Príncipe de los Apóstoles, aunque parece que lo dijo en griego, a juzgar como no lo entienden algunos apóstoles de hoy.

Escribimos como para una nación adulta. El Sumo Pontífice reinante ha honrado a la República Argentina instituyendo una Facultad de Teología en su Arquidiócesis. Es menester responder a esta confianza instituyendo una verdadera Facultad, con estudios realmente universitarios, y no un Colegio Secundario de Catecismo. Lo contrario sería una indignidad, aprovecharse de la lejanía y la generosidad del Papa para simplemente *meterle la mula;* lo cual podrá ser lícito en los comicios, pero no es lícito en la Iglesia, porque la Iglesia tiene un juez que no es la Suprema Corte. Y ya se ha dado mal el primer paso, ¡y qué paso!

Al construir dos seminarios chatos y juntos en el estrecho solar de Villa Devoto se ha arruinado definitivamente la posibilidad de hacer un buen seminario a la europea, porque se ha ahogado el espacio vital necesario para centenares de jóvenes *que estudien.* Ahora, si no estudian, sobra lugar, por supuesto. Dos seminarios mal hechos no son más que uno bien hecho: son *menos;* y pueden ser hasta una calamidad, una hipoteca para la salud y el éxito vocacional de miles de candidatos al sacerdocio.

Una buena Facultad de Teología, con estudios realmente universitarios, no la pueden hacer aquí ni los jesuitas solos, ni los salesianos solos, ni los dominicos solos, ni los presbíteros solos, ni nadie solo. Es una cosa eximia y difícil, que requeriría una conjunción de fuerzas y no la extrema dispersión actual.

El cardenal Wiseman, para levantar los estudios de su seminario de Scott, no vaciló en nombrar profesor de teología a un laico casado, William War. Se levantó una tormenta entre los católicos vigilianos y oyuelescos, que se lo querían comer vivo al santo prelado, llamándolo *Unwiseman;* la cual aplacó Pío IX con una sonrisa: "No creo –dijo– que el haber recibido un sacramento sea impedimento insoluble para enseñar acerca de los otros sacramentos." Y nombró doctor en teología a War, que era un verdadero sabio.

Convénzanse que una facultad se hace con sabios, no con ladrillos, ni con decretos, ni siquiera con encíclicas, cuando éstas quedan tranquilamente incumplidas; y convénzanse que los sabios son raros, en todos los sentidos

de esta palabra. En la Argentina, para contarlos sobran dedos de la mano. Uno de nuestros males sociales, como se sabe, es la multiplicación de los profesionales en serie –maestros incluso– por nuestras Universidades en serie.

En vez de multiplicar los sabios, como aconsejaba Bernardo Houssay en *La Nación*, en el año 1934, aquí se han multiplicado las Facultades, lo mismo de estudios civiles que de los otros. No hay orden religiosa que no quiera tener su *colegio máximo* aparte, lo cual será muy cómodo –sobre todo para rebajar y adulterar las altísimas disciplinas que son la filosofía y la teología–, pero es nefasto. Colegio Máximo de ésos hemos conocido que tenía ocho o nueve alumnos, con *un profesor* que enseñaba *todo*; desde Escritura Sacra hasta Cánones, y desde latín hasta gimnasia; o mejor dicho, enseñaba principalmente su falta de conciencia. Por supuesto que con este sistema pulularán los *doctores Pistolari*.

Sobre esto escribió Jaime Balmes, justo hace hoy un siglo, un artículo más seriote, pero no más serio.

Lo que tenía que suceder

El país argentino –o por lo menos esta confusa Capital, que por desgracia políticamente es casi todo el país– se ha enterado ya de la noticia que se le ha propinado tan repentinamente, del acontecimiento que a través del mayor secreto viene a partir en dos la historia argentina y a determinar de una manera férrea las líneas de nuestro futuro: las llamadas Actas de Chapultepec han sido aprobadas por el Senado sin reservas, sin discusión, por unanimidad virtual.

El pueblo argentino no sabe a punto fijo lo que son las Actas de Chapultepec, complicado instrumento jurídico que el periodismo que tenemos ha mantenido reservado en lugar oscuro, mientras batía el aturdiente parche en torno de noticias y nociones inútiles, de aquí y del resto del mundo. Las famosas Actas son la Constitución del Nuevo Superestado Continental que Estados Unidos tiene vehemente interés en conseguir; construcción comparable al *Commonwealth* o Imperio Británico, pero muy adelantado en el camino del imperialismo y con marca de fábrica yanqui, como está explicado claramente en nuestra sección *Desde la Tribuna.*

La Argentina entra, pues, hoy en una situación enteramente nueva en la historia del mundo. Su soberanía como nación independiente queda empeñada, si no en su totalidad –como sería el caso de una factoría o colonia, el Congo belga o Argelia–, por lo menos en todo lo necesario para que sea manejada desde afuera. En las líneas generales de todo lo que constituye la vida de una nación como tal, a saber, en su economía, en su política, en sus relaciones internacionales, en la dirección de su instrucción pública, en la suprema decisión de la guerra, que es el acto absolutamente privativo y definitorio del país soberano, así como la pena de muerte es la función por excelencia privativa del monarca, en la antigua concepción romana de la política. No se tocarán quizá los instrumentos y mecanismos por los cuales estas realidades políticas se concretan; pero la última llave de todo ese complicado mecanismo llamado el Estado no estará más en manos propias.

Las consecuencias de esta unión política con Estados Unidos –que no vacilo en llamar *yanquización*, dado que lo político es lo formal en una nación, de lo cual todo depende– trascenderán la esfera política y moldearán lo cultural, lo social y lo religioso. Ya somos medio yanquis en las costumbres y medio protestantes en la religión –hablo de esta confusa Capital–, aunque no lo digan, ni quizá lo sepan, los que hacen cháchras devotas y provocan conmociones artificiales sin contenido ni objetivos claros.

Lo que yo veo –y que Dios me mate si miento–, y es lo que quisiera decir cumpliendo mi humilde deber de periodista, que no es otro que el de predicar la verdad con rotativa y tinta grasa, que puede ser un púlpito como otro cualquiera; lo que me parece ver en este momento grave del país, es que estamos abocados, o bien a una guerra religiosa, o bien a una apostasía progresiva y definitiva de esta nación bautizada. Si no interviene la Providencia de Dios y el patriotismo argentino con los medios más enérgicos, nuestros hijos serán católicos liberales y nuestros nietos serán protestantes, pese a la *enseñanza religiosa* en las escuelas. El extranjero herético no se llevará de momento nuestras reses ni nuestros capitales; se llevará nuestra alma.

Actualmente, nuestra prensa, nuestra radio, nuestras revistas y nuestro cine son prácticamente protestantes, cuando no son bazofia intelectual deletérea que va a alimentar el clima y la mentalidad comunista. La Iglesia Católica carece hoy de todo control o acción eficaz sobre esos medios poderosísimos de información y moldeamiento del pueblo, que alimentan día a día la mentalidad popular y cumplen en forma gruesa y arrollante el antiguo mandato: "Enseñad a todas las gentes." Quien enseña a todas las gentes de nuestro país hoy día no es la Iglesia, sino la Anti-Iglesia. El voto senatorio de hoy confirma ese estado de cosas y lo corrobora y fortifica *in aeternum*. Ese estado de cosas tendrá que dar algún día sus frutos naturales. Si para muchos de nosotros ese voto senatorio era lo *que tenía que suceder*, con mucha más certeza todavía la descastación total del país –consecuencia matemática– tendrá que suceder también, a menos que Dios quiera darnos prodigiosas fuerzas para pararlo. Argentinos, se acabaron las vagancias pastoriles. No podemos sustraernos a la inmensa batalla del mundo actual. Nosotros sabemos hoy que Dios no nos pide menos que la vida. ¡Que Él sea loado, de Quien toda virtud desciende, nosotros sentimos que no podemos negársela!

Veni, Domine Jesu!

Agosto 20 de 1946

La ficha escolar

El argentino tiene la tentación de pedir de todo la solución al Gobierno; y el deseo de su corazón no le será defraudado, porque el Gobierno a su vez tiene la tentación de meterse en todo: de manera que se juntaron el hambre y las ganas de comer. Yo mismo tengo la tentación cada día de pedir la intervención del Consejo Nacional de Higiene en mi cuarto y sus alrededores; pero la venzo con la gracia de Dios, y agarrando la escoba me pongo a barrer, con lo cual no puedo escribir; y eso sale ganando el país. Porque si, barriendo y todo, he hecho tantos libros y enojado a tanta gente, ¿qué sería si el Estado me barriera el cuarto? ¿Antes de que la Iglesia me barra el comedero?

Dicen los publicistas que el Estado moderno tiene un prurito enorme de meterse en todo, y principalmente en lo que no le corresponde, quizá como consuelo de lo poco que le medra aquello que le corresponde. A esto le han llamado con un nombre útil a la propaganda: *totalitarismo*, y lo han atribuido a dos o tres naciones criminales y abominables; pero en realidad el fenómeno es general, con diferentes nombres o sin nombres. Hay en el mundo moderno una copiosa producción de tiranía, porque también hay de ella copiosa demanda. ¿Acaso los que entre nosotros más chillan contra la *tiranía militar* no son los que anhelan mesiánicamente la *tiranía del proletariado*? ¡Oh, la gran libertad de cambiar de amo! La educación laica, gratuita y obligatoria ha producido masas homogéneas, maleables y serviles. Cuando yo pienso en esa expresión *educación obligatoria*, se me ponen los pelos de punta: nadie puede educar a la fuerza. En cuanto a *educación gratuita*, solamente la madre y el santo educan gratuitamente. Todos los demás cobran y no educan. Cuando mucho, instruyen. Déjense de macanear. Aprendan de una vez que el hombre que no se esclaviza a Dios, se esclaviza necesariamente a otra cosa, porque ésa es su naturaleza, sierva por tantos respectos, y ésa es la justicia de las cosas, la justicia inmanente.

Ahí tienen, por ejemplo, el *Argentina Libre*, semanario antinazi de los jueves: son esclavos de Plutón, el capital, lo cual es peor que ser esclavos de Perón. El día de mañana, si ganaran las elecciones, serían esclavos de Júpiter, el Estado, lo cual es peor que ser esclavo de una mujer. Vale mucho más, si uno no puede ser directamente esclavo de Cristo, ser esclavo del Cardenal, que es un excelente amo: me mantiene gratis y me deja hacer lo que quiero; siempre que no sea pecado [63]. Pero siempre es mejor ser esclavo de Cristo, es decir, santo. Pero esclavo de alguien hay que ser.

Esclavo soy; pero cuyo
eso no lo diré yo,
pues cuyo soy me mandó
no dijese que era suyo.

Los de *Argentina Libre* tienen mentalidad de siervos, porque son mentirosos y hacen batuque de vicio, como es propio del plebeyo. Ahora (8 de noviembre de 1946) andan haciendo un ruido fenomenal con el episodio de las *fichas*, que ellos apellidan *pornografía escandalosa*, lo cual puede parecer extraño en gente partidaria del amor libre y el contracepcionismo, lectores avezados de la científica *sexología* que publica la Editorial Claridad. Se han convertido de golpe a la castidad, en cuanto han visto que ella puede ser arma contra Perón, Mordeglia y la Iglesia Católica. Castidad de pico, por supuesto.

¡Hipócritas!

A Perón se lo podrá criticar, pero no de ese modo.

Las *fichas*, aunque fueran un error, no son ciertamente eso que ellos dicen, y en lo que seguramente son versados.

El presbítero Di Pasquo, ahora obispo, no tiene absolutamente nada que ver en el asunto. Yo me lo veo en su soledad de San Luis exclamando: "*Io, in questo affare, per Cristo, che c'entro io?*".

Mucho menos tiene que ver el *Congreso Interamericano de Educación*, el cual no pudo haber hecho pornografía escandalosa, por la sencillísima

63 Se cansó Su Eminencia, por desgracia... Ahora –año 1951– soy esclavo de Cristo, *captivus Christi*.

razón de que no hizo nada. Ha pasado una cosa graciosa: la gente simple ha asociado, en su mente, los dos episodios contemporáneos: el batuque de las fichas y la figuronería del Congreso; y ayudada por *Argentina Libre* y *La Vanguardia*, ha hecho al vacuo congreso autor del desaguisado. Ayer oía hablar a dos viejas en el tranvía, y una de ellas decía.

–¿Viste cómo se están avivando los curas? Han hecho un congreso y han decidido que se les deben enseñar a los chicos en la escuela todas las cosas que no deben saber.

–Y que ellos ya saben –dijo la otra.

–¡Dónde vamos a parar! ¡Si serán sonsos los curas de meterse en eso, que pertenece a la familia!

He aquí la versión popular del asunto. Yo no me alegré de ella, pero adoré la mano de Dios. ¡Cómo me voy a alegrar de la bestialización progresiva de la gente que está llevando a cabo nuestra maravillosa *prensa libre*, defendida por Norteamérica y reconocida por el Gobierno en un comunicado!... Lo que tenemos aquí no es prensa libre, sino prensa mentirosa, extranjerizante y logrera, que es todo lo contrario. Estoy enteramente cierto que mientras tengamos la prensa que tenemos, este país no es gobernable.

–Pero adoré la mano de Dios y lo que llaman los ingleses *poetic justice*; lo cual no significa *justicia poética*, sino algo como lo que el español llama *ley del rebote*. Métanse a hacer congresos vacuos y figurones, miren lo que han sacado. No quiere Dios que, en estos momentos serios del mundo, su Iglesia se ocupe de pavadas. Ni siquiera que las permita en sus ministros; con excepción de mí, que tengo Bula del Papa para macanear un poco; siempre que no sea pecado ni cosa que se le parezca [64]. Como cualquier otro periodista que merezca ese nombre. En cuanto a las *fichas*, mañana o pasado les voy a decir en serio lo que hay. En resumen, hay esto: primero, una improvisación de este un poco improvisador gobierno de *políticos realistas;* segundo, un *batuque inútil y puritano movido por la politiquería;* tercero, una *necesidad real de hacer algo por la biología del argentino,* que se viene

64 *Licentia ubique docendi, como* doctor en Teología por la Gregoriana de Roma, firmada en nombre del Papa por el entonces *Rector Magnificus*, Wladimiro Ledochowski, S. J., General de los Jesuitas.

abajo, principalmente a causa de sus vicios, y también de la miseria; pero que hay que hacerlo bien, de acuerdo con la ley natural, con la sensatez y con la prudencia. Cosas enteramente fuera del alcance de los socialistas, aunque sean *socialistas católicos*.

Noviembre 18 de 1946

Educación católica

Hay varios que nos están pinchando para que escribamos acerca del Congreso Interamericano de Educación Católica. Nosotros no queremos hablar de él, porque si hablamos mal, careceremos de originalidad, y a lo mejor son capaces de creer que es resentimiento, porque no nos han invitado; y si hablamos bien, corremos peligro de pecar contra el octavo, el noveno, o el que sea de los mandamientos que prohíbe la mentira.

Hablemos mejor de la educación católica en sí misma. La educación católica no existe. Sabíamos que no existía en las escuelas del Estado, pobres escuelitas mías donde el Estado no hace más que oprimir y estorbar a niños y a maestros. Ahora, gracias al Congreso Interamericano de Educación Católica, sabemos que tampoco existe en las escuelas religiosas. En efecto, hemos visto moverse allí –yo no, porque no estuve, sino mi tío, que estuvo– cada pedagogo, paidólogo y didascálico, que no nos atreveríamos a confiarles, no digo el menor hijo, pero ni aun el más insignificante sobrino. No nos referimos al aspecto moral, por supuesto.

Es posible, sin embargo, que la Iglesia Argentina cuente todavía con uno que otro maestro real, que mientras los otros hablaban, disertaban y mandaban, estaba educando, pero sin decir nada a nadie, y aun sin saberlo él, probablemente; como el que hizo la ley de la enseñanza del catecismo [65], o el que perdió rectorado y cátedras por ser honesto *sin tacto* [66]. Estos maestros, si es que existen, leerán con toda atención y sumisión las *conclusiones* de los otros, y aun el discurso del doctor Bramuglia; y después de hacer un esfuerzo considerable por ponerlas en práctica, concluirán en la evidencia de que sus fuerzas no dan para tanto, y dándose golpes de pecho delante de la

65 Doctor Gustavo Martínez Zuviría.
66 Profesor Jordán B. Genta.

misericordia divina, se humillarán diciendo: "No llaméis a nadie maestro; porque uno sólo es vuestro Maestro, el Cristo."

Para que existiera una educación católica, tendría que existir primero una buena educación, o por lo menos una educación decente. Eso no existe en la Argentina, que tiene una escuela primaria pedante, un bachillerato absurdo y una Universidad que no marcha, y que en algunos de sus rincones oscuros es un verdadero corruptorio intelectual. Uno de los principales obstáculos para que la Escuela Argentina sea buena, consiste en ese absurdo y testarudo monopolio de la enseñanza por parte del Estado, muchas veces denunciado y deplorado por los Papas y por los Santos. Este abuso no tiene remedio, por ahora.

Este abuso no tiene remedio por ahora, porque sólo caben remedios políticos y apokalypticos, y esos remedios no se atisban por ningún lado en este pobre mundo que se vuelve de más en más carnero y mercenario, carente de Buen Pastor. De aquí se sigue que un verdadero congreso católico, no católico-político, sino católico-evangélico, primeramente debía haberse desentendido cortésmente del Obstáculo; después debería haber orado a Dios en ceniza y cilicio contra el Obstáculo, y después debería haberlo denunciado con la fuerza de la Palabra Divina. Cuando uno tiene una montaña encima –lo sabemos por experiencia–, se pone a rogar a Dios que le dé una fe como un granito de mostaza, para decirle a la montaña: "¡Quítate de aquí y échate en el mar!..."; a nadie se le ocurre ponerse a rezarle a la montaña. Está bien; pero en ese caso, ¿qué sería de las *efectividades conducentes*, que están en poder de la montaña?

Mi tío estaba escuchando un discurso acerca de "las causas materiales y formales de la educación en su aspecto estático y subjetivo" –que, si no nos engañamos, significa eso mismo que el gran don Hipólito expresó en dos palabras–, cuando hete aquí que cayó en una especie de trance o sueño místico –aunque yo malicio que fue simplemente sueño–, y se pone a componer un poema en prosa, como le ocurre siempre que se duerme. He aquí el poema, tal como me lo dictó ayer el condenado viejo:

–Jesucristo Nuestro Señor, ¿está?

–¿De parte de quién?

–De parte del cura loco.

–Jesucristo no está; pero están todos los santos más reconocidos y queridos de los obispos y de los jesuitas.

–Yo tengo que hablar con Jesucristo mismo.

–¿Se piensa usté que Él no tiene nada que hacer?

–Es urgente.

–Acá arriba no hay nada urgente.

–Él dijo: Llamad y se os abrirá.

–Pero no prometió venir a abrir Él mismo.

–Dígale que soy un pobre que no puede más.

–¿Usté pidió hora o no?

–Dígale que esperaré el tiempo que sea.

–Tiene usté sucios los vestidos, y aun las manos, y quién sabe la cabeza...

–Dígale, por favor, que he encontrado la corona de espinas que se le ha perdido.

–¿Cómo dice?

–La corona de espinas que se le ha perdido. ¡La encontré!

–¡ENTRE!

Hasta aquí el poema de mi tío, si es que sea poema. Mi tío asegura que cuando despertó, o sea en el momento de entrar, todos los demás del auditorio estaban haciendo poemas místicos. Y al llegar aquí, empezó el viejo a echarse maldiciones, como es su mala costumbre, y a vociferar:

–Maldita sea la hora que elegí este perverso oficio de decir la verdad sin necesidad ni cálculo. Quisiera que Dios me diese capacidad para decir lo que a la gente le gusta que le digan. Maldita sea la hora que comprometí a casarme con la Reina que no existe, o por lo menos no está en este mundo, porque Dios le dio dos alas como de águila para volarse al desierto. Yo sé que hago mal en maldecir, y que es falta de paciencia; pero ¡qué diablos!, a veces no puedo más, o no puedo menos; y yo no estoy hecho solamente de cera, incienso y agua bendita...

Después añadió:

–La Iglesia tuvo que haber sido fundada realmente por Jesucristo, porque de otra manera, tal como la dejamos a veces los hombres, tendría que haber *sonado* hace mucho tiempo...

Así le dijo a Napoleón el cardenal Consalvi.

Generosidad

Antiguamente, cuando los argentinos estudiaban el catecismo de Astete –que es el que nosotros sabemos de memoria–, sabían que una cosa es ser santo y otra cosa es ser tonto; y esperamos que los argentinos de hoy continuarán sabiéndolo.

Se puede ser tonto queriendo ser santo, cuando uno, por exagerar una virtud, la convierte en vicio.

En efecto, el Astete explica que la virtud es un hábito moral conforme a la razón y situado en un medio racional; que cada virtud camina entre medio de dos *refaladeros* que son dos vicios, uno por exceso y otro por defecto, como, por ejemplo, la generosidad es un medio entre la prodigalidad y la tacañería; y por último, que todo acto virtuoso puede trocarse en vicioso, si falta la debida prudencia o si en él se rompe "el debido orden de la caridad".

Nosotros los argentinos somos generosos; y podemos llevar ahora nuestra generosidad a una "cúspide sublime" de santidad heroica, dice Mr. Fiorello La Guardia. Es la pura verdad. No vamos a ser nosotros, los de *Tribuna*, los que desaconsejemos a los argentinos la generosidad, la beneficencia y la limosna, máxime siendo nosotros mismos pobres y generosos: que es una combinación química de las más bravas que existen.

Aconsejamos a nuestros lectores que den de comer al hambriento y den de beber al sediento, sobre todo si es argentino, pero sin excluir a los que no lo sean. Los exhortamos a que envíen a Europa trigo gratis y bastimentos, guardando, empero, en esos envíos, las circunstancias del orden de la caridad, el cual nos obliga más hacia los que son más *prójimos*, es decir, más próximos a nosotros. Y no tenemos inconveniente, al contrario, en que para eso nos pongamos de acuerdo con la caridad parlera y un poco bulliciosa de don Fiorello, el director de la caridad de ambas Américas. "El trigo no

es instrumento de acción política", ha dicho don Fiorello. "El caucho tampoco debería ser instrumento de acción política; y mucho menos el agarrar a toda una nación por las solapas", le decimos nosotros. A lo cual él también confiesa cortésmente que tenemos razón. Muy bien. *Tutti contenti.*

Pero la virtud de la generosidad no consiste solamente en dar trigo, sino principalmente en la benevolencia interior del corazón, como, por ejemplo, perdonar las injurias y ser magnánimos con los vencidos. Con un intervalo de pocos días, Su Santidad el Papa Pío XII ha hecho dos alocuciones sobre la situación europea, su propia situación: una, recomendando a los vencedores la misericordia para con los vencidos; otra, pidiendo a los pueblos opulentos de la tierra limosna de alimento para los empobrecidos. Esas dos alocuciones deberían ser tomadas por los cristianos, y por los judíos también, *per modum unius,* como diría don Vicente F. López. Ustedes quieren que demos de comer a los hambrientos de Italia y de Alemania. Y díganme, ¿por qué no les sacan un poco el pie de encima? Se come muy incómodamente con un pie de hierro encima.

Lo peor es que si el pie se demora diez años, como prometía un telegrama de Londres días pasados –"diez años de ocupación son necesarios para poder reeducar el pueblo alemán"–, los argentinos vamos a tener la bonita pensión de alimentar a los nazis –a los cuales nosotros no los hemos maltratado ni bombardeado– durante ¡sabe Dios cuánto tiempo!, si queremos llegar a la cúspide sublime de la generosidad. En cuanto a Italia, cuatro cláusulas del armisticio ni siquiera se han podido publicar todavía, de miedo a desesperar al pueblo italiano: ¡cómo serán! El campesino, el artesano, el industrial italiano, si es que trabaja, no sabe para quién trabaja; y no sabiendo un hombre para quién trabaja, necesariamente trabaja poco. En cuanto a los famosos y morosos juicios de Nüremberg, opinamos modestamente, sin querer meternos en cosa de ajena incumbencia, que habría allí un magnífico campo para que ejercitasen la generosidad otras naciones al lado de la nuestra. ¡Que abrevien eso, por Cristo!

En suma, que trabajaríamos más contentos al lado de la UNRRA, si nos dejasen ver un poco más la HONRA. La honra de un vencedor consiste en no ensañarse con el vencido; sobre todo, si ese vencedor pretende ser el defensor de la civilización cristiana: eso ha dicho días pasados el Papa mismo. Así entendían la honra militar nuestros antepasados los españoles, de uno de los cuales es el conocido apotegma:

Dadme la vida, señor,
pese a que os haya ofendido,
y será en vuestro loor;
pues mientras vive el vencido,
venciendo está el vencedor.

San Ignacio, Pío Baroja y Hitler

Je veux parler d'abord de l'état actuel du Protestantisme, qui, de toutes parts, se déclare socinien: c'est ce qu'on pourrait appeler son "ultimatum", tant prédit à leurs pères.

C'est le mahométisme européen, inévitable conséquence de la Réforme.

Ce mot de "mahométisme" pourra sans doute vous surpendre au premier aspect; cependant rien n'est plus simple.

Abbadie, l'un des premiers docteurs de l'Eglise protestante, a consacré un volume entier de son admirable ouvrage Sur la Vérité de la Religion Chétienne *à la preuve de la divinité du Sauveur. Or, dans ce volume, il avance avec grande connaissance de cause, que si Jésus-Christ n'est pas Dieu, Mahomet doit être incontestablement considéré comme l'apôtre et le bienfaiteur du genre humain, puisqu'il l'aurait arraché à la plus coupable idolatrie.*

Le chevalier Jones (Works, *tom. V, pg. 588) a remarqué que le mahométisme est une secte chrétienne, ce qui est incontestable et pas assez connu. La même idée avait été saisie par Leibnitz et par le ministre Jurieu...*

L'Islamisme, admettant l'unité de Dieu et la mission divine de Jésus-Christ, dans lequel cependant il ne voit que'une excellente créature, pourquoi, n'appartiendrait-il pas au Christianisme autant que l'Arrianisme, qui professe la méme doctrine?...

Le Protestantisme, ayant donc, partout, oú il regnait, établi généralement le socianisme, il est censé avoir anéanti le Catholicisme dans la méme proportion.

Vous semble-t-il qu'un tel état de choses puisse durer, et que cette vaste apostasie ne soit pas à la fois la cause et le présage d'un memorable jugement?... [67].

Joseph de Maistre

De buena gana nos callaríamos frente a la guerra europea, en acto de religioso sobrecogimiento, como delante de un volcán o un terremoto, pues hay que hacer silencio cuando Dios pasa. Pero resulta que los argentinos hablan demasiado de la guerra, y no todos hablan bien, pues algunos invaden

67 *Soirées de Saint-Petersbourg*, XI entretien, ad medium, pág. 190, édition 1845, Bruxelles. Escrito alrededor de 1820.

la jurisdicción de la Providencia, como Fernando Ortiz Echagüe, que cuando se declaró la guerra se sentó nada menos que en el trono de Dios, juzgó y condenó a Germania y excomulgó a Hitler [68]. Se ponen a considerar a las naciones de Europa como si fuesen individuos litigantes y ellos mismos jueces preconizados: juzgan, condenan, resuelven, predicen, excomulgan, dando feo espectáculo. Nuestra indisciplinada prensa tiene la culpa. Pecado de antropomorfismo y simplismo. *Esta guerra es una con la de 1914, que se llamó Guerra Mundial o Gran Guerra. Es una guerra esencialmente entre dos naciones protestantes. En el fondo representa el derrumbe de la civilización instaurada bajo el signo protestante. De modo que es, por encima de una guerra "política", una guerra "religiosa", aunque no sea lícito llamarla por ningún modo "guerra santa": es una catástrofe y no una cruzada.*

En 1922, Leopoldo Lugones tuvo una polémica o choque con un sacerdote argentino por haber estampado en *La Nación* que la religión era la causa de todas las guerras. Todo ferrado de historia, el sacerdote defendía que la religión *no* fue la causa de todas las guerras, alegando la guerra de Troya, que fue por una mujer; la guerra del Peloponeso, que fue por una hegemonía; la conquista de las Galias, que fue por un capricho de Julio César, y muchísimas guerras medievales de dinastía, rapiña, puntillo de honor o quizá simple humor de descargar mandobles en aquellos recios caballeros sobrenutridos de torneos, teología y carne de búfalo. Todo lo que decía el clérigo era verdad; pero su punto de vista no era el de Lugones. Lugones sacudió a su contrincante como un toro que tiene prendido de la oreja un doguito de esos que muerden y no sueltan. El enfoque de Lugones era más alto... así como sus razones –y sobre todo sus conclusiones– eran más torpes.

Lugones decía: "Todas las guerras son religiosas; por tanto, la religión es una cosa mala." Se puede negar la *mayor*; pero es mucho mejor distinguir la *menor*. Se puede responder útilmente: "En efecto, todas las guerras son en cierto modo guerras religiosas; por tanto, la religión en la humanidad es una cosa *importante*, y algunas religiones, en efecto, son malas; principalmente las idolátricas, que cuando el que idolatra ignora que está idolatrando son supremamente malas."

La guerra es un fenómeno enorme, agarra a los hombres en masa y les hace ofrendar su vida. Psicológicamente, la ofrenda de la vida es un fenómeno estrictamente religioso, *latréutico*. La hostia hoy día significa un disco

68 Ver *La Nación*, Buenos Aires, 6 de octubre de 1939.

de pan fabricado por las monjas vecinas, el cual consagro y adoro; pero originalmente *hostia* viene de *hostes*. Fíjense también en otro ejemplo: la actitud orante de la misa latina, las dos manos levantadas, es la misma actitud del guerrero que se rinde, manos arriba. Las guerras grandes, las guerras mundiales, las guerras que lanzan uno contra otro dos pueblos, y no dos mesnadas de mercenarios, esas guerras se hacen siempre por la Divinidad que esos pueblos adoran, y por una concepción de cómo debe ser la vida y la conducta del hombre que de esa adoración deriva. Con esto no se niega la causalidad material del otro factor, el económico, causa material, *tota sed non totaliter*, de todas las grandes guerras, como puso en evidencia Carlos Marx y ya lo había advertido Aristóteles.

La guerra moderna, con los horrores y entrañables sacrificios que comporta y la participación en ella en cierto modo de toda la masa civil, es un fenómeno tan profundo, que no puede provenir sino de las regiones más altas y totales del psiquismo humano, donde la religión asienta. La revista *Sur* recientemente declaró, por decirlo así, la guerra a Alemania, porque, según dijeron textualmente: "Alemania tiene un sistema político que pretende convertirse en religión." Es la verdad pura. Pero no es Alemania sola, eso es lo triste. En el fondo del llamado liberalismo, tomado en su sentido filosófico y teológico, existe también, aunque más disimulada, una idolatría. ¿Qué me importa que el Ídolo a quien se sacrifica se llame Raza o se llame Progreso Indefinido?

La vivencia religiosa consiste esencialmente en la respuesta vital al Todo, o sea, en la reacción total, suma y permanente que el ser humano observa respecto al Conjunto del Universo, cuando todo lo que no es él se hace una persona para dialogar con él; y cuando él dialoga desde la raíz misma de su espíritu [69]. "La Religiosidad es la vivencia de lo Universal" [70], y en ese sentido psicológico es algo natural inextirpable en el hombre, tanto, que Von Monakow y Mourgue han podido establecer aun desde su punto de vista enteramente biológico un *instinto religioso*, culminación y prolongación simbiótica de los instintos fundamentales: formativo, conservativo, procreativo [71].

69 "[...] y alzada un palmo
de las losas del suelo su cabeza infinita,
dialogaba con Dios del fondo de su cuita".

España, por Horacio Caillet-Bois, *Estudios*, año 1921.

70 Otto, *Das Heilige*, Barth, Leipzig, 3ª edición, año 1934.

71 Mourgue-Von Monakow, *Introduction Psico-Biologique a la Neurologie Pathologique*, Alcan, París, año 1931, cap. I, págs.17-36.

Los pueblos que no tienen religiones formadas, tienen religiones informes. Los que no tienen religiones informes, tienen religiones difusas, llenas de monstruosidades; y su estado social es correspondientemente rudimentario y atroz. Lo que dice el pueblo sencillo acerca desta guerra, es verdad literal y profunda: "Después de tanta civilización, la gente ha vuelto al salvajismo; ¡parece mentira, comadre!" En efecto. Lo característico del estado social salvaje es justamente la contaminación de lo social y político por lo religioso en estado informe de *mito.* La cultura, por el contrario, consiste esencialmente en la discriminación reflexiva de los órdenes que naturalmente son inseparables (forman una totalidad); en aquel "distinguir sin separar para unir", que es el acto más fino del razonar humano, como dice Maritain.

Un distinguido profesor argentino, José María Rosa, intentó demostrar en un libro apreciable [72] que la *sociedad* como fenómeno sociológico es genéticamente *religión*: tesis de Durkheim no aceptable en su rigidez, como fue mostrado por Imbelloni [73], pero que responde a un núcleo evidente de verdad, que es éste: la religiosidad es elemento constitutivo esencial de la sociabilidad –no hay sociedad adulta y equilibrada, y sobre todo sociedad potente, sin una cimentación religiosa–. Esta verdad filosófica intentamos ilustrarla en forma vulgar recientemente, al explicar a un gobernante cómo "es forzoso actualmente a los argentinos ponerse de acuerdo acerca de la religión", tanto o más que acerca de todo lo otro; porque sin ese acuerdo, faltará un eje del equilibrio político y la nación caminará necesariamente a una crisis [74]. En lenguaje diplomático, ese acuerdo tiene el nombre de *concordato.*

¿Por qué?

Porque quien no adore el Dios vivo, siendo el hombre animal adorante, adorará necesariamente dioses muertos, animados falsamente por la proyección en mitos de su alma profunda y eterna. Adorará a Mammón, a Plutón, a Venus, a Marte, al Buey Apis, a la Libertad, a Buda, la Democracia, la Belleza, la Ciencia, el Arte, Moloch, la diosa Kali, las Gracias, las Furias... con esos nombres o cualesquiera otros, o sin nombres, da lo mismo; y en nuestros días adorará sobre todo al monstruoso ídolo hegeliano llamado Estado –Júpiter Tonante redivivo–, en conjunción con el otro ídolo bien material y tangible, el Dinero, Plutón su hermano. Toda idolatría en su esencia teológica

72 *Interpretación Religiosa de la Historia*, El Ateneo, Buenos Aires, año 1936.
73 *Revista Geográfica Americana*, nº 38, año 1936.
74 Confrontar *supra*, pág.127.

consiste en la adoración del hombre en vez de Dios –de lo que hay divino en el hombre separado de mi fuente y proyectado en imágenes míticas–, lo cual es también teológicamente la definición del pecado mortal: "*recessio a Deo reversio ad creaturam*" [75].

A su vez, el moderno error religioso llamado *laicismo* en su grado teológico consiste en la sustitución de la Iglesia por el Estado, al cual se trasfieren los atributos divinos de aquélla, como docencia, infalibilidad, poder absoluto sobre el alma humana y la persona humana, incorrupción, etcétera. Vease, pues, aquí claramente lo que no puedo explanar largo; a saber, cómo esta guerra entre dos imperios protestantes, informados ahora por dos filosofías políticas laicas (liberalismo, racismo), se conecta directamente con el hecho histórico-cultural de la Reforma. ¿Qué fue la Reforma, sino una sublevación contra la Iglesia Visible, rebeldía victoriosa en parte con auxilio del Estado? ¿Qué es la seudo Libertad del liberalismo, palabra por la cual se define esta herejía, sino la proyección del *libre examen* protestante, esencia de la Reforma, en los países cristianos descristianados?

Esta demostración dialéctica que indico ha sido hecha ya sobradamente por Belloc, y por eso no insistiremos en ella [76].

He aquí, pues, que los argentinos estamos capacitados para juzgar desta guerra mejor que Maritain mismo con todo su talento [77], porque estamos fuera della, nacimos juntos con la Reforma y somos hijos directos de la Contrarreforma, el último hijo de la avejentada Cristiandad Medieval, sistema cultural político-religioso que se distingue *inadaequate* del cristianismo considerado precisivamente.

En la inspiración espiritual de la Conquista, en la cual España hizo tan grande y turbio esfuerzo, retiñe persistentemente la nota y el tema de *ir*

75 "*Naturale homini est quod alicui Superiori subdatur, propter deficientias quas in ipso sentit, in quibus indiget ab aliquo adjuvari et roborari. Et hoc Aliquid, quidquid illud sit, hoc est quod apud omnes vocatur Deus*" ("Es instintivo en el hombre someterse a algo Superior, por las limitaciones que en sí mismo experimenta, en las cuales tiene indigencia de ser ayudado y asegurado. Y este Algo, sea ello lo que quiera, es lo que en todas las gentes lleva el nombre de Dios"), en la *Suma Teológica*, XII, CXIX, 3. Definición psicológica de la religiosidad por Santo Tomás de Aquino, en la cual el gran teólogo previene en varios siglos el moderno problema clásico de *El origen del sentimiento religioso* –confrontar Ricci, Cl., *El Origen de la Religión*, Trabajos de Seminario, Publicación de la Facultad de Filosofía, año 1931–, dando al mismo tiempo la clave de su solución más plausible.

76 *Europe and the Faith*, *Crise of the Civilization*, *Richelieu* y otros libros.

77 En *La Nación*, Buenos Aires, 14 de agosto de 1940, un artículo lamentablemente apasionado en lo concreto, aunque con atisbos magistrales, como siempre, en lo abstracto.

contra la Reforma, de desagraviar al Cristo visible que es la Iglesia, de extender en luengas tierras el Reino de Dios, escandalosamente mutilado en Europa. Desde Cristóbal Colón *(Christum ferens)* hasta Carlos III, contra el Protestantismo se hizo Hispanoamérica, aunque Colón lo precediera cronológicamente: contra la fe libre sometida a una nacionalidad se hacía, bajo el signo de Santa Isabel la Católica y aúna con la oración deslumbrada de Teresa de Cepeda y la comandancia delicada y fuerte de Ignacio de Loyola, la compleción del Universo de Dios para material del Reino de Dios, la sujeción del pagano a un orden político "para poder predicar la fe". Fue la última Cruzada, toda inmunda de sangre y rapiña, pero Cruzada.

Nuestra vocación nacional es la de aquel conquistador de Caillet-Bois que marcha...

con esta ley concreta y esta invariable norma
de colgar hugonotes e ir contra la Reforma

Joseph de Maistre está lleno de disparates juntos con intuiciones profundísimas, como es propio de un *vidente.* Véase la paradojal y justísima asimilación del protestantismo liberal con el Islamismo que hemos copiado arriba en *exergo*, y la profecía de un monumental trastorno en la Europa apóstata, cuya verificación nos ha tocado ver a nosotros en estas dos guerras (1914 y 1940), que no son más que una. De Maistre vislumbró váticamente que, habiendo el Protestantismo garreado en el dogma de la divinidad de Cristo (socinianismo), quedaba teológicamente en la posición del Korán. Lo que no previó De Maistre –y es admirable confirmación de su tesis– es que después de la Dogmática iba a seguir la Moral protestante su marcha dialéctica hacia el mahometismo, como es forzoso: *toda moral depende de una dogmática.* Véase dónde está hoy la moral protestante: el Divorcio –tolerado hoy día por la misma *High Church* anglicana– representa exactamente la poligamia muslímica; el *birth control,* que profana el sacramento del matrimonio, puede compararse al concubinato legal... La esclavitud, punto esencial del Islam, tiene su correspondiente en la explotación del obrero, extendido en el mundo europeo por la obra de la civilización puritana... ¿Qué falta del sistema moral korámico? La Guerra Santa con los infieles. Ahí está el racismo, con su teoría de la raza privilegiada, que debe hacer valer sus derechos aun por las armas, si es preciso; la teoría de von Bernardi, que rodea a la gue-

rra –que para la Iglesia es un castigo de Dios– de una aureola divina; y la práctica de Hitler, que la hace con los mismos éxitos fulminantes que tuvieron otrora las grandes atropelladas otomanas. El "memorable trastorno" (*memorable jugément*), efecto de la vasta apostasía de Europa que columbró a un siglo de distancia este arriscado teólogo desde San Petersburgo, lo tenemos delante de los ojos.

Ésta es una guerra *protestante*, en donde las naciones católicas acolitan, pues ellas tampoco están libres del contagio. El Catolicismo (Italia, España, Portugal, y ahora también Francia) está corriendo una carrera con el Ateísmo (Rusia), a ver quién puede imponer su propio orden en la próxima liquidación de la hegemonía protestante en Europa, o por lo menos del *Weltanschauung* protestántico de la vida.

El nacional-socialismo alemán, en lo que tiene de pagano y anticatólico, no es más que la última corrupción del fermento luterano. Es ateísmo en el fondo. Pero Alemania no se identifica con el nazismo enteramente, porque una nación no es un sistema de ideas, y el sistema nazi puede haber sido para Alemania, acosada, maltratada y dolida por el tratado de Versalles, una simple emergencia, como estima Gonzague de Reynold. Ni a su vez los sistemas políticos nuevos llamados totalitarios se identifican tampoco con el nazismo. Nacidos de una reacción antiliberal, fueron informados de diversos espíritus, según su cuna: y el fascismo portugués o español son católicos, por ejemplo, sin dejar de ser tan totalitarios como el alemán.

No porque la mecánica política de todos estos Estados antiliberales –incluso el comunismo– sea parecida o idéntica, los sistemas en sí serán iguales. Ni iguales, ni diferentes. Son *análogos*, como dicen los tomistas. Esto es lo que no puede entender el vulgo. Un sistema político, según la filosofía, es lícito siempre que no toque los dos extremos de la *tiranía* (exceso de estatismo) o la *anarquía* (defecto de gobierno); pero todo sistema político lícito está informado además por una teología, la cual puede ser buena o mala y comunicar ende su cualidad moral al sistema en sí políticamente lícito, que se vuelve entonces malo *per accidens*, es decir, teológicamente herético. Puede haber repúblicas católicas y repúblicas anticatólicas. Puede haber monarquías heréticas y monarquías cristianas. Lo que no puede haber en ninguna parte es *Estados prescindentes de la religión* (utopía del liberalismo), y allí donde el Evangelio ha llegado, no puede haber tampoco Estados prescindentes del Cristo. Como Él mismo lo dijo: "Contra Mí está quien por Mí no está." Por eso le podemos llamar Cristo Rey; y así le llamamos; aunque de

hecho actualmente una gran parte del mundo civil no reconozca directamente su soberanía, ¡pobre Rey nuestro!; porque al no reconocerla, la combaten, y por lo mismo negativamente la reconocen; porque son rebeldes que le hacen guerra, y se la hacen a pura pérdida, en los cuales su obsesión prueba Su vigencia. Desde que Él se presenta, el mortal delante de Él se ve forzado a declararse o sublevado o súbdito, porque Él es aquel "*Signum divisionis, ut manifestentur ex multis cordibus cogitationes*" [78].

¿Qué tenemos que hacer, entonces, en esta guerra nosotros? Tenemos que *optar bien;* es decir, tenemos que *ser nosotros* de acuerdo con la norma pindárica: "Llega a ser lo que eres." La gente que se embandera en uno de los bandos se pone en un estado de sumisión y no de libre opción, no se atreve a ser persona, no se siente ser adulto. Espera soluciones hechas del que gane, las cuales serán un desastre o una hecatombe si gana el *contrario,* el malvado, el perverso, la Quinta Columna; pero no se les ocurre arrojar su propia libre personalidad –que no tienen– para adaptar y analogar el gran impulso general que vendrá de Europa en soluciones argentinas. Y nosotros debemos ayudar a la Nación a hacer un gran *acto libre*, en el sentido bergsoniano; a proyectar y traducir en actitudes y vigencias su interno ser total y vivo, frente a la inmensa presión y solicitación de las ciegas fuerzas cósmicas o extrañas. Y para un acto libre de ésos se necesita el dominio de las pasiones y los automatismos.

Nuestra misión histórica es salvar la civilidad cristiana en sus raíces, y no *en sus frutos sin las raíces*, como pretenden absurdamente los liberales y pretende inocentemente el vulgo, porque a nadie naturalmente disgusta la comodidad y libertad que el Cristianismo trajo, de añadidura, al mundo. Ahora, si salvamos las raíces, es mucho. Los liberales quieren salvar la ropa, aunque sea ahogándose. Después vendrán otra vez los frutos. Esta guerra dejará cosas duras, feas, amargas como las semillas, que nosotros hemos de saber distinguir y cuidar; va a destruir una cantidad de cosas lindas, follaje estéril, flores mustias, troncos por dentro carcomidos... "*Oh les Voix, mourez donc, mourantes que vous êtes!...*"

Todo esto lo pensé de un golpe, cuando vino días pasados un amigo blandiendo un diario atrasado con un artículo sobre *San Ignacio de Loyola y los comedores de caracoles,* del caduco novelista español Pío Baroja, con el cual entablamos el diálogo siguiente:

78 Confrontar *supra*, pág.150.

–¿Ha visto lo que hace su *amiga La Nación*? –me dijo mi amigo con retintín y sorna.

–¿Qué hace?

–Hace tres meses publicó un artículo de Anzoátegui sobre San Ignacio, que era todo un ditirambo; ahora publica *esto* sobre *nuestro Padre* que es un vilipendio...

–¿Y qué hay con eso?

–Hay que si lo que dice Anzoátegui es verdad, lo que dice Baroja es falso. O bien, si lo que dice Baroja está bien, lo que dice Anzoátegui es una ignominia. Y *La Nación* no puede creer las dos cosas juntas... a la vez no puede afirmarlas.

–¿Por qué no?

–Porque sería una verdadera chanchada.

–Quizá. Pero el nombre propio que tiene no es ése. Se llama *liberalismo*. Antiguamente se llamó *libre examen*. Para acabar con eso nacieron San Ignacio de Loyola y... Hitler.

Al oír esta palabra, mi amigo saltó en la silla, se le agrandaron los ojos, y toda su indignación contra *La Nación* se disipó por ensalmo, para dar lugar a otra más grande; supuesto que mi amigo es aliadófilo y democrático –dos palabras que ya dicen lo contrario de lo que suenan, como aquellos "leales" de la guerra española–, y todas las mañanas ingenuamente reza por la muerte de Hitler.

–¿De modo que usté pone juntos esos dos nombres? –me dijo, subrayando mucho.

–La Historia los pone juntos... en los dos extremos de un ciclo histórico.

–¿Entonces para usté Hitler sería un santo?

–Lo contrario.

–¿Un malvado?

–Un malvado no es lo contrario: es lo *contradictorio* de un santo. Lo contrario de un santo es un bandolero. Un bandolero, mientras es bandolero, no es santo; pero puede volverse santo en el momento que quiera, lo que

no pasa ni con el malvado, ni con el virtuoso mediocre. Hitler, lo mismo que su predecesor Napoleón, es un gran Bandolero de coronas, un *outlaw* que se ha puesto fuera de la ley, lo cual no quiere decir necesariamente que esté fuera de la justicia, por lo menos de la inescrutable y tremenda Justicia Divina.

–¡Usté es de la Quinta Columna! –dijo mi amigo, tomando su bonete en una resolución rápida–. Es lo único que me faltaba por oír, que Hitler está cerca de Dios... más cerca de Dios que un virtuoso... que un virtuoso ¿cómo dijo?... mediocre...

–¿Y por qué no? ¿No es el azote de Dios? ¿Y el azote no está cerca de la mano?

Mi amigo dejó de nuevo el bonete, oyéndome dar al Führer el título de Atila, con implicación de *salvaje y huno* –que son los calificativos que él mismo le adjudica cada día–, y nos consideró largamente, con los ojitos bailándole en la cara obesa.

–Si es poesía, puede pasar –dijo al fin, despechado.

–No es poesía, es teología. ¿No ha visto usté lo que hace un padre con su hijo? Agarra un palo, le pega una paliza, y después tira el palo al fuego y al hijo lo abraza y lo nombra su heredero. Lo mismo hace Dios con las naciones, y con esos grandes conductores, que son seres en quienes descansó su vista, según opina Manzoni. ¿No ha leído *Cinque Maggio*?... Ahora que Dios se diferencia del papá en esto: que hasta de un palo es capaz de hacer un hijo de Abraham.

–Si a eso le llama usté teología... –empezó mi amigo, con despecho.

–Está en San Agustín, en *La Ciudad de Dios*... si uno la sabe leer...

–¡Yo la he leído!

–Por eso digo.

Mi amigo se levantó, se fue... y se olvidó el bonete en mi despacho.

Día de San Ignacio, 1944

La guerra

¡Qué guerra más absurda! ¿Quién la comprenderá?

Alemania invade a Polonia para proteger a los germanos que viven en su orla.

Inglaterra ataca a Alemania para defender a Polonia: para proteger a los pueblos débiles.

Francia ataca a Alemania, porque es aliada de Inglaterra: para proteger el orden europeo.

Italia ataca a Francia e Inglaterra, porque le atajan sus buques en Gibraltar y porque necesita espacio vital.

Italia invade a Grecia, porque Grecia está con Inglaterra.

Estados Unidos comienza la guerra al Eje para defender la democracia, porque está encargado de defender la libertad del mundo.

¡Qué guerra incomprensible, a estar a lo que dicen! Y eso es lo que dicen solemnemente las respectivas declaraciones de guerra.

Pero ¡qué guerra más clara, si se mira, no ya lo que dice el mundo actual, sino lo que piensa!

> Dado el hombre con su razón, su corazón, su compasión, no hay manera de explicar la guerra humanamente. Hay en el hombre, a pesar de su inmensa degradación, un elemento de amor que lo lleva a sus semejantes. ¿Por qué embrujo inconcebible está presto siempre, entonces, a la primera clarinada, a despojarse de su condición humana, para marchar sin resistencia, muchas veces con una alegría que tiene también un carácter propio, a hacer pedazos en un campo de batalla a su hermano que no le ha hecho daño, y que se viene por su parte a hacer lo mismo con él, si puede? Yo concebiría una guerra

> nacional, pero ¿cuántas guerras nacionales hay? Una por mil años, quizá. Las demás, las guerras que estallan entre naciones civilizadas que razonan y teorizan, yo no comprendo nada de ellas.

Así habla el sentido común por boca del *Senador* en el famoso libro del Conde de Maistre.

Sólo la teología puede responderle, y así lo hace por boca del Conde, con osadía tajante, agresiva:

> La guerra es divina, porque es una ley del mundo. El ángel exterminador gira como el sol en torno deste desdichado globo, y no deja respirar a una nación sino para herir a otra. Cuando los crímenes, sobre todo cierta clase de crímenes, se han acumulado hasta un punto calculado, el ángel bate desmesuradamente su vuelo infatigable. Puede herir en un mismo instante todos los pueblos de la tierra; otras veces, ministro de una venganza precisa e infalible, se encarniza con algunas naciones y las baña en sangre. No esperéis que ellas hagan ningún esfuerzo para escapar a su sentencia o abreviarla. Parecería que esos grandes culpables, esclarecidos por su conciencia, corren al paso de su castigo y lo buscan para purificarse. Mientras les queda sangre, la ofrecen; y muy pronto una raleada juventud se hará contar esas guerras desoladoras producidas por los crímenes de sus padres...

La guerra es divina en sí misma, es divina por sus consecuencias, es divina en la gloria misteriosa que la rodea, en el extraño poder y protección acordados a los grandes *duses* [79], por la manera irreprimible con que estallan y, en fin, por sus resultados, que escapan absolutamente a las especulaciones de la razón humana. La guerra es de Dios, en fin, por la imprevisible fuerza que gobierna sus éxitos. "Dios está siempre con los batallones grandes"; ¡qué imbecilidad digna del que la dijo! "Que Dios protege a los malos / cuando son más que los buenos"; qué desmentido más descarado a la misma historia de Gustavo Adolfo que Voltaire tenía entre manos cuando profirió su blasfema necedad!

La guerra es de Dios sólo, el cual es el Señor de los Ejércitos; si puede ser evitada, solamente por la oración podrá evitarse.

79 La palabra *dus*, para significar un gran capitán o caudillo, es castellana y está en Berceo y el Arcipreste de Hita.

¿Qué pensaba el mundo moderno, al mismo tiempo que su boca sembraba las palabras de "fraternidad", "libertad", "igualdad", "democracia", "progreso", "justicia social", "civilización", "humanitarismo", todo ello conseguido sin necesidad de Dios, por las solas fuerzas de la Razón Liberada, Liberal, Libertina?

Pensaba así: "Hay que asegurar a todos los hombres la libertad de enriquecerse. Todo nacido tiene el derecho de poder ser rico, y todos deben gozar de la igualdad respecto al dinero. «Siempre habrá pobres entre nosotros» es una palabra anticuada; nosotros la aboliremos con el tiempo. Libertad de comercio, libertad de producción, libertad de lucro... La lucha traerá la competencia; la competencia, el progreso; el progreso, el bienestar general y el orden. Éste es el fin del Estado y del Gobierno temporal. La virtud es asunto privado; públicamente lo que se necesita es la respetabilidad. Si hay otra vida, tanto mejor, o peor, poco importa por el momento: hay mucho que hacer en este mundo todavía, después veremos. Que todos tengan su *chance* de hacerse ricos, y el que no la aproveche, su culpa; y quien la aproveche, la bendición sobre él, porque es un benefactor de la humanidad, es un elegido, y con él está la Providencia. La religión misma predica la resignación: que ella nos sirva, pues, para mantener a los inútiles y a los infelices en su puesto; que si es duro provisoriamente, en lo futuro llegará a ser también holgado: multiplicaremos los hospitales y las *workhouses*; y por de pronto es inevitable. Hay gente inferior por naturaleza, que debe ocuparse en los oficios inferiores, y también naciones lo mismo, naciones infelices, naciones por naturaleza destinadas al vasallaje."

Por otra parte se pensaba: "Queremos nuestra parte en el festín universal, del cual hemos sido excluidos injustamente. Tenemos méritos para ello. El orden actual, el llamado orden, es una monstruosidad y un despotismo. Es una canalización del oro del mundo hacia una o dos naciones hegemónicas, hipócritamente liberales; el oro con el cual se consiguen todas las cosas, y bajo cuyo cúmulo pretenden aplastarnos y esclavizarnos eternamente. Pero nosotros tenemos el hierro. Opondremos a la falsa legalidad, la sana violencia, el huracán de la violencia que barre de los lugares cerrados el aire corrompido. Está lleno el ambiente de mentiras asfixiantes; sólo el fuego puede limpiar los horizontes. Rompemos el yugo y nos hacemos nuestra ley; y el que quiera sujetarnos de nuevo, que lo pruebe."

Los bienes espirituales, cuanto más se comunican, más crecen; los materiales disminuyen, y no hay para todos. El mundo moderno anda frenético por los bienes materiales, abandonando el regulador de la fe cristiana, y ha perdido el gusto y hasta el sentido de los bienes y deberes espirituales. Europa apostató de su misión histórica, y por eso su casa se cuartea. Una larga historia de claudicaciones, que empieza por las claudicaciones espirituales de la fe y la inteligencia, ha preparado el gigantesco incendio. Pero de ese incendio, lo que haya todavía de oro puro saldrá incólume y acendrado.

De nuestra época dice el Apokalypsis:

> Conozco tu obra: que no eres ni frío, ni cálido; ojalá fueses frío o bien cálido. Pero porque eres tibio, y no eres frío ni cálido, empezaré a vomitarte de mi boca. Porque tú dices: qué rico soy y qué acaudalado y de nadie necesito; y no sabes que eres mísero, miserable, pobre, ciego y desnudo. Te aconsejo que te me compres oro encendido acendrado, para que te revistas, y no aparezca tu vergüenza desnuda; y con colirio tus ojos ungidos, se abran y veas. Yo a los que amo, arguyo y castigo. Levántate y haz penitencia.

"El Evangelio ha fracasado en Europa. Comienza la nueva evangelización del mundo." Esta atrevida proposición del filósofo cristiano Berdiaeff es verdadera referida a las realizaciones temporales de la doctrina evangélica, la cual en sí misma es infracasable. Es verdad en el mismo sentido en que le fuera aplicada a Jesucristo el Viernes Santo. Si a la hora de nona del Viernes Santo en la Jerusalén deicida alguien hubiese dicho: "Este hombre crucificado no es un fracaso", con toda razón se podría haberle respondido: "No hablas según la razón, estás al margen de la razón, no eres razonable en lo que dices. Evidentemente, este hombre ha fracasado, humanamente hablando."

La realización cristiana que en mil años de creación estupenda formó la Europa, está puesta en cruz en estos tiempos. El Sumo Pontífice no es sumo, la Cristiandad no es cristiandad, las naciones católicas no son católicas, los cristianos no son cristianos sino en recuerdo, en deseo y en esperanza, y también en devenir, en potencia activa. El cuerpo de la Iglesia se deshace, para que pueda surgir como una llama irresistible el alma, el alma divinizada capaz de resurrecciones. Los Papas han condenado el liberalismo, el laicismo, el capitalismo y el neopaganismo en encíclicas que han quedado inobedecidas de hecho; en vastos y enérgicos llamados programáticos, que el mundo ha alabado vagamente con palabras distraídas. "*Estote factores verbi et non*

auditores tantum." Y entonces surgen grandes caudillos, aureolados de una atracción magnética, cuchillos de Dios, que genialmente trasponen la cuestión social al plano internacional, y entonces estalla esta guerra misteriosamente religiosa, en que medio mundo arbola la bandera de la *civilización cristiana*, que significa las conquistas materiales y culturales que son del Reino de Dios la añadidura; y el otro mundo arbola la bandera de la Justicia Eterna, que significa el primordial, humano y escondido equilibrio que es del Reino de Dios el basamento, hoy subterráneamente corroído.

"¿Y qué dejará esta guerra? Nada, como nada dejó la otra del 14, anoser destrucciones y males." Así hablan los pusilánimes o descreídos.

Esta guerra y la otra del 14 son una sola. Y las dos dejarán destrucciones de cosas que deben morir, y dejarán otras cosas duras, ásperas, fuertes como raíces, invisibles como semillas, potentes a vivir; dejarán al descubierto las raíces y las razones de ser de la vida, sofocadas hoy bajo insoportable ramazón de cosas muertas.

> Mira que Yo estoy a la puerta y llamo: quien mi voz oyere y me abriere, entraré a él y cenaré con él, y él conmigo.

De exégesis

A monseñor doctor Octavio Derisi,
en su consagración episcopal

El cardenal Newman ha dicho que el Evangelio debe ser interpretado cada época de nuevo. Esto he comprobado.

Ningún Santo Padre, ningún escritor medieval, ningún exegeta del Renacimiento le resuelven a uno las dificultades que surgen de la meditación del Evangelio hoy día –no digamos las que han levantado los impíos.

Yo soy exegeta *amateur,* aunque la haya estudiado últimamente unos 10 años; porque lo he hecho sin maestro y sin una biblioteca adecuada. El año 1956 el director y dueño de un diario sanjuanino me invitó a comentar semanalmente los evangelios de las dominicas; los cuales ahora ha cambiado la Nueva Liturgia repartiendo perícopas de los cuatro Evangelios en tres años (ciclo A, B y C), sobre las que debo hacer homilías. Eso me obligó a estudiar de nuevo y a adquirir los exegetas capitales, unos seis o siete volúmenes en varias lenguas.

Uno de los principales es Santo Tomás en su *Catena Aurea*, que comentó todos los Evangelios poniendo textos de los Santos Padres Antiguos en torno de cada perícopa. Son de 6 a 10 trocitos de patrística referentes a los 12 a 14 números en que divide el santo cada perícopa (o sea, episodio evangélico separable y con sentido completo). Además tuve unas "lecturas" propias *"super Mattheum"* muy sinópticas y muy secas. Los dos libros son muy poco útiles al exegeta actual.

Se puede decir osadamente que la exégesis antigua no te resolverá ninguna dificultad; y la moderna, muy pocas.Tienes que arreglarte por ti mismo: meditación, psicología, sentido común y lengua griega: oración si a mano viene.

Tomemos por ejemplo la "cuadragésima" de Cristo en el desierto: están los que acerca de ella disparatan, y los que la saltan elegantemente. Ni uno

solo sabe lo que dice el curandero ruso Suvórin en su libro *El Ayuno Terapéutico*.

De los que disparatan el más insigne es Alfonso de Salmerón, que en su *Commentarium in Mattheum* dice que Cristo pudo aguantar 40 días sin comer porque era Dios; pues un puro hombre sin comer se muere a los seis u ocho días, después de haber sufrido tormentos comparables a los del infierno. De dónde sacó eso, no lo sé; se lo debe haber dicho algún lego enfermero de un colegio jesuita.

El otro también insigne es Giuseppe Ricciotti, el cual dice literalmente este grueso error: "*E'evidente che il fatto è presentato como assolutamente soprannaturale...*", cuando ni fue sobrenatural ni menos es así presentado por el Evangelista. Recalca después el error diciendo que ése es un lugar "*arduíssimo a spiegarsi*" y que permanecerá "*un libro chiuso*" por todos los siglos.

Santo Tomás trae sobre este lugar comentarios del Crisóstomo, Gregorio Magno, Agustino, Jerónimo, la Glossa e Hilario; el Crisóstomo seis veces. Todos saltan bonitamente la dificultad y San Gregorio y San Agustín se ponen a hacer cábalas sobre el número 40; cábalas ridículas que Santo Tomás resume en su propio comentario. Para mejor Hilario y Crisóstomo resbalan al error Salmerón-Ricciotti, diciendo que a los 40 días hambreó porque soltó a su natura humana ("*sed naturae suae hominem dereliquit*", Hilario) y no tener hambre por 40 días no era cosa de hombre ("*per quadraginta dies non esurire non erat hominis...*", Crisóstomo).

El resto de los exegetas menores se hacen los locos (Maldonado, Jones, Durand), es decir, saltan el asunto; y eso mismo hacen todas las "Vidas de Cristo" que tenemos o hemos hojeado: el gran Grandmaison, el gran Papini, el gran Mauriac, Vilariño, Bover, Daniel-Rops; no digamos nada de las "vidas" noveladas, como Renán, Scholem-Asch, Fulton, Oursler...

El que tenía obligación estricta de no hacer el elegante saltito era A. Jones, colaborador de la enorme enciclopedia escriturística inglesa *A Catholic Commentary of the Holy Scripture*, de más de 1.300 apretadas páginas que hicieron durante 9 años de trabajo ¡43 profesores! Jones, profesor de Escritura y Hebreo, fue el encargado de San Mateo. Lo mismo que Sutcliffe S. J. (Génesis) y Martindale S. J. (Apokalypsis), Butter O. S. B. (*The Synoptic Problem*). Jones es muy chambón y opaco como un ladrillo.

El repetido error –los exegetas suelen copiarse unos a otros– es éste: *un ayuno de 40 días es naturalmente imposible.* Es perfectamente posible y era y es conocido en Oriente como práctica religiosa y terapéutica. No todos pueden hacerlo, pera yo conozco personalmente en la Argentina 5 personas que lo han hecho. Más explicaciones, en nuestro libro *El Evangelio de Jesucristo*, capítulo Domingo primero de Cuaresma (I).

Muchas otras dificultades y errores como este ejemplo, en que uno tiene que arreglarse solo, podríamos traer. Algunas se resuelven con el simple conocimiento de la lengua griega y el recurso a los textos originales –porque en la *Vulgata* hay bastantes inexactitudes o ambigüedades– no digamos nada en esa traducción castellana que un anónimo ha hecho della; para leer al pueblo argentino en las misas. Pondremos tres ejemplos:

1. El oscuro y aparentemente descoyuntado: "Y cuando Él venga argüirá al mundo de pecado, de justicia y de juicio: de pecado porque no creyeron en mí; de justicia, porque voy al Padre y ya no me veréis; de juicio, porque el Príncipe deste mundo ya ha sido juzgado", ¿qué diablos quiere decir esto?

Viendo el texto griego se percata uno que Cristo usa meramente la figura de dicción llamada *hendíadis*, que rompe una misma frase en dos o tres segmentos para explicitarla más; como el socorrido "*Poculo bibemus et auro*" de Virgilio.

2. En la última –o penúltima– aparición de Cristo resurrecto hay una traducción defectuosa de la Vulgata que ha dado origen a chistosos malentendidos: en Cap. XXI, vers. 7, San Jerónimo, que se ve no sabía nadar a pesar de ser dálmata, dice allí muy suelto que "Pedro... se puso la túnica, pues estaba desnudo, y se echó a nadar." No se puede nadar con una túnica. Muchísimos traductores castellanos –y de todas las lenguas– han traducido literalmente el disparate, aunque no Lutero ni el P. Ronald Knox. Ninguno tan chistoso como un Nuevo Testamento que apareció entre nosotros titulado *El Libro de la Nueva Alianza*, responsables de la traducción –dice– Levoratti, Perdía, y Trusso –aunque intervinieron en ella como 10 personas más–, la cual dice muy fresca: "Pedro... se vistió –porque estaba desnudo– y se tiró al agua", para suicidarse evidentemente. Simón Pedro, y los judíos en general, eran bastante decentes para no andar pescando desnudos.

El texto griego dice que Pedro estaba en zaragüelles *o shorts* (vestimenta de trabajo) y los ciñó fuertemente con el cinto para que el agua no se los

quitara; "*diezó-osato*", super indumento; "*guimnós*", medio vestido, el vestido de los gimnastas, o sea, calzoncillos. También *guimnós* significa *desnudo*, pero no sólo eso.

3. Otro malentendido ininteligible es lo que Cristo dijo a la Magdalena al aparecérsele: "No me toques; porque todavía no he subido al Padre..." ¿Y de ahí? El famoso "*Noli me tangere*" se ha vuelto proverbio; y Salmerón comenta piadosamente que Cristo ni resucitado quiso que una mujer lo tocara; la cual ya lo había tocado dos veces; "sí, pero no a solas", dice el pudibundo exegeta.

Lo que le dijo Cristo es: "Cesa ya de abrazarme los pies; total no es la última vez que me verás." *Aptou* es imperativo aoristo voz media del verbo *áptomai*, tener. Ese tiempo –que no existe en latín ni en español– -significa continuación de la acción del verbo, de modo que "*mé aptou*" significa literalmente "no me tengas más, cesa de agarrarme" [80].

Ahora, las dificultades que no vienen de mala traducción son muchas, y no puedo detenerme en ellas: como el milagro de los dos ciegos de Jericó, la exclamación absurda –según Maldonado– de San Pedro en la Primera Pesca Milagrosa, la conducta del Leproso en la curación de los Diez, la única Magdalena, o las tres Magdalenas, ¿o las cinco?, las dos Multipanificaciones ¿o la única?, las dos Parábolas del Convite ¿o una sola?, la Transfiguración en el monte Tabor ¿o en el Hermón?, la hora de la Crucificación ¿a las 12 o a las 15?, los Reyes Magos ¿tres, cinco o doce?, los 153 pescados de la Segunda Pesca ¿por qué los hizo contar?, y así otras.

Algunas las solventó San Agustín mal que bien en *De Consensu Evangeliorum*. Otras las *conjeturé yo* mismo, no encontrando ayuda. Los que mediten el Evangelio toparán sin duda con otras. De hecho, yo podría enumerar 4 ó 5 más.

No son dificultades que afecten al dogma ni a la fe; pero perturban al fiel y dan pie al impío; como al pagano Celso en el siglo II.

80 La gran Biblia de Scofield yerra en la traducción porque no hace más que copiar, en su edición hispánica, la muy pobre de Cipriano de Valera, como casi todas las Biblias protestantes; pero acierta –al tercer amago– la nota del doctor Scofield.

Las tres Marías Magdalenas son una sola

Se me ocurre hablar sobre *Una Controversia Evangélica*, ensayo aparecido el domingo 14 de julio con la firma de Vicente Ostuni. Versa sobre el problema de Santa María Magdalena. El autor analiza lo que hay en los cuatro Evangelios, que conoce bien y trata con respeto, así como a los expositores. Para "simplificar el problema", toma como presupuesto que la Magdalena fueron tres mujeres, y después de tres columnas de análisis, concluye que realmente fueron tres mujeres. Es la hipótesis más fácil y también la más socorrida. Pero es falsa. *La Magdalena fue una sola mujer.*

Cinco veces se ocupa el Evangelio de una mujer que aparece teniendo un trato estrecho con Jesús el Maestro, de donde algún exegeta facilón –creo que San Leoncio– -defendió que fueron cinco mujeres. No hay que multiplicar las cosas sin necesidad, decían los antiguos; axioma de que abusó Occam. "*Non sunt multiplicanda entia sine necessitate.*" La cuestión no se puede resolver con argumento escriturístico; solamente con un argumento psicológico. Helo aquí: los gestos desta mujer recordada cinco veces son siempre iguales a sí mismos. Los gestos identifican a una persona mucho más que las palabras, e incluso mucho más que un retrato.

El gesto típico desta *personaja* es arrojarse a los pies de Cristo –"devota de los pies de Jesús", dice San Agustín–, de lo cual hay cinco versiones; o si se quiere *seis*, si se cuenta estar dicha persona a los pies de Cristo durante la agonía de la Cruz, y después del descendimiento, como la pintó el Tiziano y otros.

El otro gesto permanente de la María multiplicada por cinco es la expresión de un amor intenso, humildísimo y discreto al *Rabboni* (Maestro mío), al cual Nuestro Señor responde con condescendencia, aceptación y defensa: la defiende de inmediato ante el fariseo Simón, ante su hermana Marta y ante Judas. Y en la segunda unción de los pies le responde con una promesa

espléndida; eso será conocido por todo el mundo y por todos los tiempos. Así fue. Así ES. Por eso estamos escribiendo.

La cúspide de esta relación santa fue la primera aparición de Cristo Resurrecto –excepto la de a su Santísima Madre, por supuesto–. La narración de San Juan es muy hermosa, y el Evangelista la pormenoriza; leámosla de nuevo: María de Magdala, que vino a la cabeza de las santas mujeres, quedó vagando como aturdida por el jardín, y le dijo al seudojardinero: "Si tú lo has sacado, dámelo que yo le llevaré." (De "la osada Magdalena", habla Santa Teresa.) "¡María!" le dice el otro, y ella reconociéndolo grita: "*Rabboni*", voz de amor y de respeto; y se arroja a sus pies. "*No me toques...*", dicen nuestras Biblias y la gran mayoría de los exegetas, incluso los que saben griego, como Maldonado o Grandmaison. "No me toques" ("*noli me tangere*"), que se ha vuelto ya un proverbio. Pero "no me toques porque aún no he subido al Padre" no tiene sentido, es un dislate; no dijo eso Jesús. Lo que dijo, en arameo o en griego, fue: "Cesa ya de abrazar mis pies, porque no habiendo subido aún al Padre, hay tiempo."

Parece mentira no hayan caído aún en la cuenta ni siquiera el docto Bover-Cantera. La lengua griega tiene, además de las voces activa y pasiva, una voz "media", que indica continuación de la acción del verbo; y así el verbo *lyo*, el primero que nos enseñan, en su voz media *lyomai*, significa *seguir desatando;* y *fileoo, filó*, amar, *continuar amando*. Y aquí tenemos el imperativo aoristo medio de *aptomai, tenere*. Traduce mi diccionario: *no quieras tenerme más*. Y la frase de Cristo deja de ser un dislate.

(Un dislate parecido hay en el cap. XX, 7, de San Juan, sobre la *desnudez* de San Pedro. Dislates que se deshacen con un pequeño conocimiento de la lengua en que se escribieron los cuatro Evangelios; lo que no impedirá que los sabios sigan repitiéndolos: porque los sabios no son curiosos.)

María de Magdala alternaba ya con los Apóstoles, sus dos hermanos, las Santas Mujeres y la Madre del Señor: Cristo la había no sólo perdonado sino honorado y rehabilitado. No fue una prostituta vulgar, pues entonces los siervos de Simón fariseo no la hubiesen dejado entrar en el salón del banquete. La tradición dice que la casaron muy jovencita con un escriba, y no aguantándolo huyó y se amancebó públicamente con un centurión romano. Cristo arrojó de ella siete demonios, según San Lucas: es decir, los siete pecados capitales.

Según nosotros, es la adúltera a quien Cristo salvó la vida a la vera del templo; la que ungió los pies del Señor en lo de Simón Fariseo sin decir una palabra y anegada en llanto; y de la cual Cristo dijo: "Le fueron perdonados muchos pecados porque amó mucho", aunque lo dijo invirtiendo la frase; la que acompañó al Señor con las otras mujeres de Acción Católica, sirviéndolo en los menesteres mujeriles; la que, sentada a sus pies, escuchaba sus revelaciones en Betania; la que consiguió del Taumaturgo la resurrección de su hermano, y lo hizo llorar; la que lo ungió por segunda vez donde Simón el Leproso, con un perfume que costaba lo que el sueldo de un obrero durante un año; la que estuvo junto a la Madre de Dios durante la agonía; y la que lo vio resucitado "la primera" –se entiende después de la Madre–. La que la tradición nos retrata, eremita entregada a rigurosa penitencia, en Lyon de Francia, al lado de su hermano Lázaro obispo y Marta Ecónoma.

Ostuni trae como argumento el que estaba en Betania, y así no puede ser la que acompañaba al Señor por Galilea, sin reparar que estaba en Betania seis días antes de la Pasión, cuando ya habían acabado sus vagabundias. Volvió a su antigua casa, la de Lázaro y Marta.

Así, pues, mi conjetura –o nuestra conjetura, pues no la he inventado yo– vale lo menos tanto como la del apreciable Ostuni: Santa María Magdalena, la ex pecadora penitente, venerada hoy por todo el mundo –y sobre todo en la familia Castellani, por Magdalena Diana–, no son cinco ni tres ni dos mujeres, sino una y la misma.

Mayoría (diario), nº 18, Suplemento Literario
Buenos Aires, 28 de julio de 1974

Las paparruchas de la parapsicología

Me consultan ahora que soy viejo mortecino, y no me consultaban cuando era joven y estudiaba. Me consultaron acerca de la parapsicología dos señoras de alto cuño y dos varones de menor cuantía. Yo voy a ir a ver primero a Mao Tsé-tung que al jesuita González Quevedo, que ni sube ni baja ni está quedo; pero ellos lo han visto y además me trajeron una *interviú* de 4 páginas de una revista que la Gente conoce; una de esas notabilísimas revistas que sólo se dan en la Argentina, hechas con un poco de novedad, un poco de banalidad y un poco de necedad, más una pizquita de pornografía –que pésele lo que le *pésele* al general Embrioni, crece en vez de disminuir–. Ella envió a su mejor "interviudor", que vino con todo lo que a mí me basta para mi informe informal.

El resumen brutal del informe es que la parapsicología sería una nueva ciencia inventada por el diablo para hacer ver que él no existe; pues se sabe que la mayor diablura del diablo es hacer creer que él no existe, como dijo el poeta Charles Baudelaire, y muchos siglos antes que él, San Juan Damasceno, el último de los Santos Padres.

Ahora, que el mismo jesuita González Quevedo sea un endemoniado, tiene muchos bemoles, y aquí no tratamos deso: él enseña que los endemoniados no existen.

De esto se sigue que los exorcismos son cosas de la Edad Media, como dicen los radicales cuando habla Ottalagano; que allí en el siglo XIII se equivocaron la Iglesia y Santo Tomás de Aquino. Y eso no sería nada, pues también se equivocó una buena parte de los Evangelios; los cuales la nueva ciencia parapsicológica borra, marra y trusa. Estamos en los tiempos modernos, y no es extraño que surjan almácigos de nuevas ciencias.

Esta ciencia consiste en ponerles nombres científicos, tomados del griego, a una cantidad de fenómenos conocidos desde antes de Jesucristo y atribui-

dos a los espíritus malos o buenos, aunque a estos últimos raramente; así, la telepatía es atribuida al Ángel Guardián por los teólogos atrasados, y el alzarse sobre las losas del suelo y quedar suspendidos por los elementos (lo cual llaman *levitación*), se ha visto en algunos santos, como cantó un poeta argentino:

> *Y alzado un palmo,*
> *de las losas del suelo, su cabeza infinita*
> *dialogaba con Dios, del fondo de su cuita.*

Sólo que –dice González Quevedo S. J.– él es capaz de hacerlo también. Pero hasta ahora nadie lo ha visto. ¿O sí? Hay una foto de eso, que me dicen que es un truco.

Así, pues, los exorcismos que trae el *Rituale Romanun*, redactado o promulgado por el Concilio de Trento, son la mula de las mulas, o sea, el embeleco. Se prueba poniéndole nombres griegos a las señas de posesión diabólica que trae dicho Concilio, o sea *Xenoglosia*, al hablar lenguas extranjeras; *Kaliptonosis*, al saber cosas ocultas; *Sansonismo*, al tener la fuerza de 4 personas, etcétera. A propósito, teniendo yo 11 años, vi a una mujer que tenía esos tres apelativos y era consultada, cuando caía en trance, por toda la vecindad cuando perdía cosas. Eso pasaba en la aldea chaqueña de Las Toscas. Yo pasaba un año de vacaciones por orden médica, y en cuanto llegué dijo ella con una voz española clarísima –siendo así que era siciliana y recién venida, y sin saber criollo–: "¿Éstos son los hijos del finado Castellani?". Y después pasó a adivinar otras cosas. Las dos voces españolísimas que salían de ella eran de dos viajantes españoles que se habían colado en su cuerpo para hacer su purgatorio; y declaraban no saldrían de allí a no ser por conjuros del propio arzobispo. El cura quiso echarle los "esos mismos" –como decían los colonos–, y las dos voces comenzaron a gritar los pecados ocultos del párroco, el cual salió corriendo; o sea, *apokagnosis*, *demografía*, *osmogénesis*, tres jayanes juntos podían hacerla entrar en la Iglesia. Los otros fenómenos científicos, *termogénesis*, *tiptología*, *precognición*, *hierognosis*, *demografía*, *osmogénesis*, etcétera, yo no los vi pero me los contaron. Me olvidaba decir que vi la "ventriloquía parapsicológica" al mismo llegar yo con la familia Daggaro, pues entonces estaba en trance. Todo esto me quedó tan grabado, que no lo olvidé; y podría jurarlo. Y por las dudas, lo juro.

Todo esto, me dijo cuatro años después el P. Parola S. J., era posesión diabólica clarísima. Pero González Quevedo S. J. dice hoy día son cosas naturales, producidas por una fuerza tremenda llamada *Subconsciente;* o más exacto, *Inconsciente.* Esta fuerza la descubrió no hace un siglo Segismundo Freud, que en alemán significa *alegre.* Esta fuerza puede mucho más que la *Consciente,* siendo ella lo Inconsciente y estando oculta debajo. Puede tanto como el diablo, pero no es el diablo ni por sueños. El diablo, si existe, no lo podemos conocer: no se hace ver. El "padre" Quevedo es un mozón robusto y sonriente que reside en el Brasil, donde tiene una Universidad de Parapsicología, con una sucursal en Chicago y otra que está en ciernes en Buenos Aires. Ha venido 8 veces a Buenos Aires para eso; porque aquí ha encontrado quizás más sonso... netes que en Río de Janeiro; o bien porque los jesuitas de acá, con quienes mora, no le hacen caras feas, como los de Sao Paulo. El caso es que el hombre es toda una "sensación" para las revistas de que hablé arriba.

No sería mala idea inducir a Jesucristo, si retorna a este mundo, como algunos esperan, siga un curso de parapsicología en alguna de las tres sucursales, para evitar que haga el papelón anticientífico de andar hablando del diablo, y echando diablos, y enseñando a echarlos. Hay que ser modernos como el Padre Oscar González Quevedo S. J., porque ya se ha acabado la Edad Media; a no ser para los diputados radicales.

Mayoría (diario), nº 40, Suplemento Literario
Buenos Aires, 29 de diciembre de 1974

Sobre la predestinación divina [81]

He sido consultado acerca de un pasaje del P. Raúl Sánchez Abelenda en el Estudio Preliminar del libro del P. Julio Meinvielle publicado por Ediciones Dictio en la reedición de tres trabajos del susodicho teólogo. Es el pasaje 3.4, pág. 203, que versa sobre la "predestinación divina" y la Historia.

El texto de S. A., naturalmente, no tiene ningún error si es bien examinado y entendido; pero una pequeña explicación no le vendría mal. La *predestinación* es una palabra peligrosa y su doctrina es muy difícil.

En las primeras líneas del párrafo 3.4 se lee: "la conducción especial que tiene Dios para con aquellos hombres que infaliblemente se han de salvar". Esto parece recuerda la proposición 30 del jansenista Pascasio Quesnel, condenada como "mal sonante" por el Papa Clemente XI en la célebre bula *Unigenitus* del año 1713, proposición que dice: "Todos los que Dios quiere salvar por Cristo se salvan infaliblemente."

Lo que aquí puede malentenderse es el adverbio "infaliblemente", que parece indicar la famosa "predestinación" de Calvino, que suprime el libre albedrío. Esa palabra se repite muy repicada más abajo: "Es una verdad de fe que Dios elige gratuitamente y desde la eternidad a los que quiere salvar y ordena de modo eficaz las cosas de la Historia en favor de los predestinados para que obtengan este fin infaliblemente."

81 Este artículo fue publicado por el diario *Mayoría*, de Buenos Aires, en su Suplemento Literario nº 33, del 24 de noviembre de 1974, con estas palabras de introducción: "A raíz del comentario de nuestro colaborador J. C. B. [Bruno Jacovella] acerca de las obras del P. Julio Meinvielle que reeditó la Biblioteca del Pensamiento Nacionalista Argentino, varios lectores se interesaron por los alcances de la predestinación divina a que se refiere el P. Raúl Sánchez Abelenda en el prólogo a una de aquéllas. La Dirección del Suplemento pidió un dictamen al más conspicuo y decidor de los teólogos del hemisferio sur, y el P. Leonardo Castellani –quién más podía ser– nos respondió como sigue: [...]".

Es claro que Dios predestina al cielo a los salvados *"post preavisa merita"* –como dicen los teólogos–, o sea, sabiendo por su omnisciencia que esos salvados harán libremente las obras buenas necesarias a su salvación; así como sabe ya desde toda la eternidad quiénes son los que se han de condenar *libremente* por sus obras malas.

Lo contrario sería la condenada y tremendamente impía "predestinación" de Calvino, el cual herejote sostuvo simplemente que Dios crea a algunos hombres para que se salven y crea otros míseros para que se condenen; ambos, *infaliblemente.*

Cuando me enseñaron, yo no creía que Calvino ni nadie hubiese *enseñado* tal cruda impiedad; pero tuve que clavar el pico cuando encontré los textos del heresiarca en sus *Instituciones Cristianas*; y lejos de ser el único, tuvo muchos predecesores. Contra todos ellos, la Iglesia ha sostenido siempre que "Dios quiere que todos se salven"; y como dice enérgicamente el Concilio de Trento, "no abandona a nadie que primero no lo haya abandonado a Él".

Es increíble la cantidad de veces que la Iglesia ha condenado a los que dicen: "los condenados se condenan porque Dios quiere que se condenen", desde el Concilio Arausicano, del siglo VI. Los que se salvan sí se salvan porque Dios quiere que se salven, además de ellos mismos. *Ellos con Dios* quieren la salvación; y así la obtienen libremente; y respecto de la omnisciencia divina, *infaliblemente.*

Aquí hay una tremenda objeción que oculta un misterio: el misterio de la eternidad. Si Dios desde la eternidad ha visto que yo me voy a condenar... ¿puedo yo dejar de condenarme? No puedo. Pero Dios habría visto que yo me condenaría *libremente.*

Este misterio es tan bravo, que doblegó al gran Cicerón, el cual para salvar la libertad humana, negó la omnisciencia divina. No, dijo el gran orador, Dios no conoce *todas* las cosas futuras.

Para Dios no hay cosas *futuras.* El ve todo lo que *se ha de hacer,* como si ya estuviera hecho. Dios ve todo lo que ha sido, es y será como reflejado en el espejo de su eternidad, y así como un espejo no pone nada en la figura reflejada, mas la refleja tal como es, así Dios no pone nada en las acciones humanas que El *ve* que *serán.*

Si alguien no lo entiende, no se aflija: no podemos entender la eternidad, porque no tenemos idea de ella, idea directa. Sobrepasa nuestro intelecto,

como el ser de Dios sobrepasa en infinito al nuestro. Aunque estamos destinados a tener de ella una idea directa... si queremos.

Repetiré que la página de Sánchez Abelenda, leída entera, es enteramente ortodoxa.

Televisión católica

"A la zaga de Yanquelevitch, los jesuitas han descubierto la televisión... ¿Qué opinan ustedes de ese suceso?"... (R. J. V.)

Habría que preguntárselo a San Ignacio de Loyola; a mí nadie me ha hecho juez de ellos, ni Consejero Regio. Mas si quieren la opinión de un quídam, lo primero que a uno ocurre es que, quien ha gastado toda su juventud y algo más en el estudio de las ciencias sacras, está en desventaja respecto a la Técnica con respecto a cualquier seglar. La Teología y el Derecho Canónico no habilitan a comprender los tubos de Crookes o las lámparas de Burmann; más bien al contrario.

Mas los jesuitas quieren modernizarse, y aun –dirán los maliciosos– ponerse a la moda. Bien. ¿Es éste un buen camino para modernizarse?

En el siglo XVIII los jesuitas franceses tenían un matemático tan grande como Pascal, el P. Lallouère; pero no tenían un escritor como Pascal. Lástima grande. Nadie supo hacer una refutación maestra, ni siquiera elegante, de las *Cartas Provinciales*. Dejando aparte la discusión de si esta obra ha sido una "calumnia sublime", como dijo Voltaire, o bien un "genial intento de frenar un abuso eclesiástico grave", como opinó Faguet, una cosa es cierta: fueron para los jesuitas un golpe atroz. Me atrevo a decir que si ese libro no existiera, los jesuitas no hubiesen podido ser expulsados de Francia, y más tarde suprimidos. (Y también que no se hubiesen purgado al momento del peligro del "laxismo".)

Sin embargo, en aquel tiempo y país tenían –como si dijéramos– la televisión, y algo más que la televisión. Les faltaban teólogos, filósofos y buenos escritores. Tenían buenos profesores, "apologistas" baratos, y escritores "piadosos" de mal gusto, en profusión; junto con el favor de la Corte y parte de la Nobleza; y un poder político enorme.

Pero –dicen– ¿de qué sirve un gran teólogo si los instrumentos de difusión –de enseñanza, en el fondo– están en manos heréticas?

Eso está bien; pero no prueba que ambas cosas hayan de estar en las mismas manos. En la *distribución del trabajo* propia de la civilización, y en la natural limitación del hombre, eso es imposible. Y si para tener televisión los jesuitas han de pagar el precio de matar a los doctores sacros que tienen o pueden tener... mal negocio. Van a tener *cómo* decir cosas, pero no van a tener *qué* decir. Se van a quedar quizás con la *tele*, y van a perder la *visión*.

Una orden religiosa se debe modernizar... Bien. Asentemos esta paradoja: para modernizarse una orden religiosa, debe ir para atrás; es decir, debe remontarse a sus fuentes, a sus primeros tiempos, a su Fundador; y buscar allí cuál fue la *misión* que le dio nacimiento, y cuáles los *medios* de ella; en vista de reformar los medios que fueren anacrónicos, y aferrarse y penetrarse más de la esencia de su tarea propia. Salirse de su lugar e invadir campo ajeno, siempre será un desorden.

Ese desorden (la gente fuera de su lugar) causa desastres en la Argentina, pueblo audaz e improvisador. Que un instituto universitario, por ejemplo, sea dirigido por uno que no es universitario sino primario –por buen hombre que él sea, que no lo será del todo por cierto– aunque se palie con el nombre de *jerarquía*, es una falta de jerarquía; más aún, de honradez. Y lo curioso es que si un gobierno –por honradez o no– les da un sosegate, ponen el grito de "persecución religiosa" en el cielo. Como si la religión se hubiese inventado para eso.

Dejemos otros abusos más graves, que son secretos.

Así que ¡ojo con la "televisión católica"! Antes de fundarla, piensen en el fracaso. Y en todo lo que es "católico", el fracaso más peligroso es caer en la falta de honradez y de verdad. Están hartos los hombres religiosos de este país de fracasos materiales (la Gran Colecta, que se renueva periódicamente, ahora a favor de Hungría, por ejemplo) y sobre todo de los otros fracasos, que son muchísimo más graves; y algunos, abominables.

Dinámica Social, nº 76
Buenos Aires, febrero de 1957

Política y religión

"El hombre religioso no se inmiscuye en asuntos temporales"... Este efato de San Pablo se ha vuelto de contenciosa actualidad.

Hay una confusión sobre esto hoy día en nuestro país, a la cual hay que resistir; y no puede uno andar por ahí arreglando las cabezas una a una, en el supuesto caso de que ellas deseen arreglárselas; porque de hecho ellas –muchas de ellas– no lo desean. Esta confusión versa sobre el dominio político y el religioso; no se ven claras sus diferencias, porque no se ve tampoco su unión; es decir, la intersección, coyuntura o lugar de junción –la "glándula pineal"– ha desaparecido.

Esta confusión no es nueva; personalmente nosotros la conocemos desde los 13 años. El liberalismo demagógico o "democratismo" la creó. La creó aquí, queremos decir; porque en rigor fue el protestantismo quien la causó, pero el dogma liberal la hizo vigente.

Los pueblos medievales, en medio de su atraso, estaban en posesión pacífica y explícita de una delicada síntesis o nexo que no poseen más los pueblos modernos; y que en el fondo no era otra cosa que el dogma filosófico del hilemorfismo aristotélico; materia y forma, cuerpo y alma, sociedad y Estado, política y religión; y todo lo demás. "Causalidad recíproca" llama a esto la filosofía.

La Reforma rompió esa síntesis. Basta leer la carta de Lutero *Von Weltiger Obrigkeit*, año 1523, para verlo. Lutero era *nominalista* en filosofía y simplón de conceptos; y jamás comprendió eso de la materia y la forma; y así dio un tajo brutal entre religión y política, en la teoría al menos. Mas Calvino, viendo que ese tajo era brutal, hizo lo contrario y las mezcló.

La confusión criolla es fácil de percibir: basta oír una discusión en un tren, escuchar un discurso político o leer un diario democrático. Todos lo

son ya, gracias a Dios... y al árbol, como dijo el vasco. En realidad, todos somos demócratas en este país, incluso los nazis, porque como dijo el poeta: "Y somos demócratas; ¿quién *si es*, no es demócrata?" Y cristianos. Todos somos cristianos, porque hemos aceptado el bautismo a los tres meses de edad. Pues como íbamos diciendo, poner ejemplos aquí es fácil.

La gente embarulla lo político con lo religioso y viceversa, en un interminable galimatías, donde pierden su exactitud y hasta su sentido los términos. Hay demócratas cristianos que sinceramente se tienen por "heraldos del cristianismo": lo acabo de oír a uno; pero heraldos del cristianismo son solamente los Apóstoles, los Mártires, los Doctores –que hoy día son casi mártires– los Confesores y las Vírgenes; el demócrata cristiano, aunque se ponga más cruces, escapularios y medallas que un general brasilero, no es más que un político. Y en nuestro país, ni eso.

Fulano Mengánez, demócrata cristiano, heraldo del cristianismo ¿confesor, virgen o mártir?

A la otra mano, hay ateos que adhieren a una ideología política mala o buena ***absolutizándola;*** es decir, convirtiéndola de hecho en una religión. La categoría *religioso* no depende del contenido que se afirma sino más bien de la manera de afirmarlo. Uno puede incluso amar a una mujer de un modo tal que su acto sea una religión –mala– haciéndola de hecho un idolillo. Cualquier afirmación absoluta es de hecho religiosa; y por tanto, cuando su contenido fuere relativo, idolátrica.

Los antiguos griegos, sin ir más lejos, como dice el chico aquel que ganó el premio de Mitología, al principio adoraban con el nombre de Júpiter, Marte, Venus... a las grandes fuerzas naturales como manifestaciones de un Dios absoluto, escondido e inaccesible. Pero cuando comenzaron a creer que Venus no era una metáfora, mas realmente una mujer hermosa, inmortal y enteramente implacable...

C'est Venus toute entière à sa proie attachée...,

entonces comenzamos a andar mal.

Hay quienes se creen católicos y cristianos y adhieren a la Iglesia *como si fuera un partido político;* ésos no adhieren realmente a la Iglesia. Y puede haber un hinduista como Gandhi que, adorando a Brahma, Shiva y Vishnú, haya hecho realmente –pero eso, yo no lo sé– obsequio al Dios vivo y verdadero. No lo sé, y lo dudo mucho; pero no lo excluyo.

A propósito de Gandhi –ese chinito politicón y feo que quieren darnos como Maestro, y aun como Salvador de la Argentina la *Sur* y la *Kraft*– recuerdo una frase suya justa que viene a pelo: "El que diga que la religión no tiene nada que ver con la política, ese tal no tiene idea de lo que es la religión." En efecto, o la religión es *nada*, o bien tiene que ver con *todas* las actividades humanas; y muy en especial con la que le está inmediatamente debajo, que es la Moral; de la cual es una *parte* la política. La religión es una actividad mental cuyo objeto es la vida misma del hombre, su rectificación esencial y su destinación final; díganme si puede haber alguna actividad del hombre que escape del todo a ese objeto, incluso el trabajar, comer, beber y divertirse; cuanto menos el ordenar el Estado y bregar por el bien común, objeto de la Política.

Aquí les doy netamente la tesis en estilo escolástico; pueden prescindir de todas las disgresiones, chistes y fiorituras. La religión ha de haberse con la política, y con las demás realidades humanas, como la forma con la materia, a la cual ella *informa* sin destruirla, sin pelear, y sobre todo, sin confundirse con ella; de manera que hacen *uno* sin dejar estrictamente de ser *dos*. Pues bien, los liberales destruyen esa verdad necesaria en doble dirección: confunden la religión con la política –de donde la Religión Liberal o el "Dogma Socialista", como nomenclaturó Echeverría– y, a otra mano, las desapartan violentamente; e inventan el efato, parodiado del paulino: "Los curas no deben meterse en política." ¿Cómo dice? Según. Si la política está amasando "cosas temporales", como dice San Pablo, los curas no deben meterse, si son buenos curas; mas si la política toca cosas *no temporales* (como la enseñanza religiosa o el divorcio) entonces deben meterse. Y siempre se han metido, gracias a Dios.

Los que no deberían meterse nunca en política son los socialistas. Esos son teólogos de vocación, no hombres de gobierno.

Ese efato liberal ni siquiera lo toma en boca hoy día un cristiano inteligente, porque es ambiguo; con el de San Pablo, que es preciso, le basta. Todos los efatos liberales que inventaron nuestros buenos abuelos –¡mi abuelo paterno fue soldado de Garibaldi!– hoy día repetirlos es de un atraso y de una falta de gusto fenomenal; ni los comunistas lo hacen, por simple dignidad intelectual y buen gusto; digo, los comunistas más o menos mediocremente inteligentes.

La religión no tiene nada que ver con la política

La religión es asunto privado

Yo soy católico, pero no soy clerical

Yo creo en Dios, pero no les creo a los curas

La religión verdadera no es otra cosa que la moral

En las otras religiones la gente es mejor que los católicos

Yo conozco masones que son verdaderos santos

Yo soy católico porque mis padres lo fueron, pero me gustaría haber nacido budista

¿Y qué impide que uno sea cristiano y budista, como Amado Nervo?

La Iglesia no debe meterse en la cuestión social

o al revés:

La Iglesia debe resolver la cuestión social

y finalmente:

Todas las religiones son buenas

que equivale a su contraria:

Todas las religiones son malas

y en definitiva conduce a

La religión es el opio del pueblo

Algunas religiones, sí; todas, no.

Todos estos efatos son ambivalentes: y contienen herejías latentes: algunos basta traducirlos en términos teológicos para que aparezca una antañona herejía, condenada y refutada diez veces y tan vetusta como los calzoncillos con puntillas. Todos son invención liberal, y son la característica misma de esa singular herejía, cuya esencia fue cubrir con vaga fraseología cristiana

un oculto pensamiento teológico radicalmente anticristiano: a saber, la negación del Pecado Original, y luego del Pecado simplemente, en consecuencia.

Esa falsa teología oculta engendró una teoría política radicalmente errónea; la cual ha sido refutada ya no sólo por los más excelsos publicistas del mundo entero, sino –lo que es más– por los hechos. Es una verdadera maldición para la Argentina que aquí tenga todavía secuaces –eso no sería nada–, los cuales tienen en sus manos todo el aparato de difusión, propaganda y enseñanza, lo cual es grave. La consecuencia lejana, pero absolutamente directa de esa "maldición", es la explotación del país por el extranjero, y de la clase humilde por el extranjerizante. Julio Irazusta se queja de esa secular "explotación"; y hace bien. Pero ¿cuál es su raíz, su *condición de posibilidad*? ¿Cuál es?

Así pues, la destrucción de la síntesis cuerpo-alma proviene de Lutero y Calvino; y su mezcolanza de los liberales. Baste notar brevemente aquí, para terminar, que Lutero descoyuntó los dos componentes y salió enseñando que el hombre religioso debe ocuparse de su salvación y nada más, dejando a los gobiernos en paz; que los Gobiernos son *el Mundo*, que Jesucristo condenó; y por ende, siempre habrá gobiernos malos –todos, en principio– a los cuales el varón religioso deberá soportar en silencio, como soporta el calor, el frío, el mal tiempo... y las huelgas. Mas Calvino, cabeza francesa, vio que eso no podía sostenerse, y profesó lo contrario; es decir, que deben gobernar *los Santos* –como él en Ginebra por ejemplo–, que el Reino de Dios debe realizarse ya desde este mundo, que la doctrina de Cristo debe volverse una política, y que en eso justamente se conoce a los buenos, a los que se han de salvar, a los *predestinados*: en que Dios les da la riqueza y el poder en este mundo, por el hecho de ser *Santos*. Ver acerca de todo esto Christopher Dawson, *The Time of the Nations* y *Religion and Culture*.

Una ilustración curiosa de esta verdad que someramente enuncio es el caso Unamuno: el cual fue primero calvinista de hecho, y después luterano de hecho: en política, no en teología. *Unamuno es un místico extraviado en la política*: he aquí la clave de su pensamiento. Primero concibió la ambición de dirigir la política española –puesto que era el más inteligente de todos los inteligentuales españoles– para encaminarla hacia el Cristianismo; puesto que era un gran cristiano; lo cual es indudable. Y en consecuencia se *metió* en política; candidato, anduvo diciendo discursos –porque el intelectual puro cree que la política se hace con discursos– hasta que vino un político verdadero, aunque bárbaro, Primo de Rivera; y en cuanto Unamuno comenzó a

estorbar, le dio un golpecito seco que al intelectual lo dejó pulverizado, porque el intelectual puro es demasiado sensible. Ante su fracaso de "dirigir la política española hacia el cristianismo", Unamuno se resintió y se fue bruscamente a la antítesis, al otro extremo: de calvinista se volvió luterano –en política– y empezó a proclamar ruidosamente que la religión no tiene nada que ver con la política –¿por qué te metiste, entonces?– que el cristianismo no versa más que sobre la salvación del alma –¿por qué desafiar entonces a los militares?– y que el remedio de España no estaba en la Política sino en la Mística... Excelente: hazte pues ermitaño, y no leas más periódicos.

De hecho, el bueno de don Miguel se hizo ermitaño –o lo hicieron a la fuerza– se aquietó y murió en paz, y gracia de Dios. Esto resulta claramente de la lectura de los *Ensayos*, 2 tomos, Aguilar, Madrid, período calvinista, y después *La Agonía del Cristianismo*, período luterano.

De modo que, repitiendo, el varón religioso no se compromete en asuntos temporales. ¿Se mete en política? Si la política aborda cosas no-temporales, se mete: como San Inocencio Primero, San Juan de Capistrán, Santa Catalina de Siena, San Ignacio, el cardenal Cisneros, monseñor Seipel, monseñor Mindzenthy, monseñor Di Pascuo... Mas si la política maneja sólo cosas temporales, no se mete; a no ser la híbrida especie de los "curas politiqueros", como monseñor... ¡perdón!...

Como cualquiera de los cuatro "santos" politiqueros que tenemos en el país: Da Tutti, Ben Noti, Purtroppo, Sfidoío.

Dinámica Social, nº 75
Buenos Aires, enero de 1957

Una religión y una moral de repuesto

Le hemos rendido el debido culto, en la medida en que no podemos sustraernos, so pena de multa.

El democratismo liberal, en el cual somos nacidos, uno puede considerarlo como una herejía, pero también por suerte como un carnaval o payasada: con eso uno se libra de llorar demasiado, aunque tampoco lo es lícito reír mucho. Ahora está entre nosotros en su desarrollo último –en su *desarroi*, como dicen los franceses– y una especie de gozo maligno es la tentación del pensador, que ve cumplirse todas sus predicciones, y desenvolverse por orden casi automático todos los preanuncios de los profetas y sabios antiguos que –empezando por Aristóteles– lo vieron venir y lo miraron acabar... como está acabando entre nosotros.

De suyo debería morir, si la humanidad debe seguir viviendo; pero no se excluye la posibilidad de que siga existiendo y aun se refuerce nefastamente, si es que la humanidad debiera morir pronto, conforme al dogma cristiano. Mas eso no será sino respaldado por una religión, sacado a luz el fermento religioso que encierra en sí, y que lo hace estrictamente una herejía cristiana: la última herejía quizás, preñada del Anticristo.

Es para llorar el espectáculo que presenta el país, mirado espiritualmente. El liberalismo ha suministrado a la pobre gente –no a toda, sino a la que no ama bastante la verdad– una religión y una moral de repuesto, sustitutivas de las verdaderas; un simulacro vano de las cosas, envuelto a veces en palabras sacras.

¡Qué es ver a tanto pobre diablo haciendo de un partido un Absoluto y poniendo su salvación en un nombre que no es el de Cristo –aun cuando a veces el nombre de Cristo está allí también, de adorno o de señuelo–! Se pagan de palabras vacías, vomitan fórmulas bombásticas, se enardecen por ideales utópicos, arreglan la nación o el mundo con cuatro arbitrios pueriles,

engullen como dogmas o como hechos las mentiras de los diarios; y discuten, pelean, se denigran o se aborrecen de balde, por cosas más vanas que el humo... Una vida artificial, discorde con la realidad, les devora la vida.

Claro que en los truchimanes que arman todo el tinglado –y viven de eso– el caso no es tan simple: ellos saben que detrás de su "fe democrática" y su "moral cívica" se esconde –para ellos solos– el poder y el dinero; sobre todo el dinero. ¡Oh el dinero, el gran ideal nacional de los argentinos! "Hacer" mucho dinero rápidamente y por cualquier medio es la Manzana de la Vida: la Serpiente no necesita aquí gastarse mucho. Pero por lo mismo donde pecan, por ahí perecen. De mentiroso a ladrón no hay más que un paso; y de eso a todos los otros vicios, e incluso crímenes, medio paso. Pueblo de mentirosos y ladrones, bonita ejecutoria vamos a ganar en el mundo si seguimos por estos caminos. "Criadores de vacas y cazadores de pesos", ya nos llamó Unamuno.

Dios los ha entregado al torbellino de sus vanas cogitaciones "porque no amaron la caridad de la verdad" –dice San Pablo–. La verdad aquí es una mercadería despreciada; tanto que ni gratis la quieren y aun pagan para que los engañen. El mismo día dieron en Buenos Aires sendas conferencias un estudioso argentino que es un verdadero doctor sacro, ducho en la ciencia de la salvación y que habla "como los propios ángeles", o poco menos, y Lanza del Vasto. El argentino que tiene realmente algo que decir a su gente –y para eso ha sido mandado aquí por Dios– tuvo doce oyentes; el diletante extranjero tuvo una muchedumbre, que acudió solícita, propio como los monos cuando les agitan delante un trapo con colorinches. Desdichado el pueblo que no reconoce a sus maestros; y más desdichado el que mata a sus profetas. Pero los maestros y los profetas son ahora los politiqueros; a uno de ellos le oí decir que su partido iba a suprimir la bomba atómica.

¿Por qué el hecho de ser argentino no está por encima del hecho de ser radical, socialista o nacionalista? –se pregunta mucha gente–. ¿Por qué hemos de matarnos entre nosotros, abriendo con eso las despensas o las alcobas a "los de afuera"?

Paradojalmente, la categoría *Patria* está hoy día tan baja, porque comenzó por estar demasiado alta. En el siglo XVI, Erasmo de Rotterdam escribía: "¿Por qué el hecho de ser cristiano no está por arriben del ser francés o español?"... Si se pone a la "Patria" en lugar de Dios, nada impide que se ponga luego un "partido" en lugar de la patria. ¡Un partido! Una cosa partitiva,

parcialmente, una "parte"; y ni siquiera una parte de la patria, como sería una provincia, sino una parte de esa mafia que corre detrás de... lo que dijimos arriba. De eso hacen un Absoluto, a lo cual ayuda la decadencia de la religiosidad. El hombre que no adora a Dios adora por fuerza otra cosa, dijo Tomás de Aquino; y en primer lugar al Estado, que es la obra más grande de las manos del hombre; pero... "no adorarás la obra de tus manos". A nosotros nos han hecho adorar a San Martín, y ahora quieren hacernos adorar la Bandera y el Himno; que es como si la Iglesia hiciese adorar la pila del agua bendita. Pero el pueblo argentino, *personalista*, prefiere adorar a Zabaleja Pérez... o al Otro: al "General".

Hace poco oí a un politiquero, al cual encontré en un velorio:

–¿No le da vergüenza a usted haber votado por el doctor Cisera, porque le curó gratis a su hijo? Eso es vender la conciencia, faltar a la lealtad partidaria...

El politiquero desea que le guarden "lealtad", a él, incluso por encima de los propios hijos: del carnaval electoral y todos sus desdichados adminículos quiere hacer un Absoluto. Ése es su negocio. Pero a mí me es más simpático el *personalista* que vota por una persona que conoce y aprecia, que no el *impersonalista* que vota por una "plataforma". ¡Santas y divinas plataformas! ¡Cómo las amo! Yo mismo he compuesto dos o tres que no dejan de ser bonitas, miradas de perfil.

Y es que en el fondo existe detrás de la mafia de marras una cosa más grave, que no existió en la antigüedad; y es esa herejía que mencionamos. ¡Qué diferente es la "democracia" de Aristóteles de la "democracia" de estas tierras! Las "ideologías" han ingresado a las facciones políticas –que teóricamente deberían tratar de los medios y no de los fines– dividiendo a los hombres en lo profundo, dando un cariz religioso a la "contienda cívica" e incubando verdaderas guerras civiles latentes –y no latentes– en todas las naciones; que tienen el implacable rigor de las guerras religiosas. Un comunista argentino tiene por enemigo a un argentino nacionalista y por hermano a un comunista chino o ruso. Ése es el hecho obvio, que espantaría a Erasmo. La categoría *Patria* ha caído, la otra categoría desplazada en el Renacimiento ha vuelto clandestinamente; y se lucha ende por una concepción total de la vida humana –o sea por una idea religiosa– y no por el medio más conveniente de explotar el petróleo, ni siquiera por una "constitución nuevecita", juguete caro que pueden permitirse los argentinos, pueblo rico. ¡Bendita y

costosa Constitución nueva, que nos va a salir muy cara; porque el que no adore a ese papel, será "traidor a la patria"!

Durante la Revolución Francesa los franceses se dieron 13 constituciones nuevas en 80 años, a cual más perfecta y democrática. Napoleón I se hizo nombrar Cónsul Vitalicio y después Sultán Hereditario, sin cambiar la Constitución que encontró, que empezaba así: "La Francia es una República una e indivisible..."

No es extraño que el clero aquí se haya conmovido. Una parte del clero "hace política"; medio al rumbo sin directivas claras, y tememos mucho que –perdón por el atrevimiento– sin tino y sin inteligencia. De sobra ve que lo que se juega es demasiado grande; pero dudamos de que esté jugando bien, al hacer política electoralista y no percibir la gran política, que es la suya. ¿Cuál política? Pues la política de la Verdad. Un cura electoralero me inspira más repulsión que un cura concubinario; será que yo no sirvo para esto. Y todavía, si Dios no nos detiene, el clero argentino va a ayudar al tercer triunfo del liberalismo y la masonería en la Argentina –después del cual no se sabe lo que viene– me dijo Dom Pío Ducadelia Obispo de Reconquista. Eso sí, lo hará "sin querer"; lo cual será su disculpa, pero no su salvación. El que busca palos, casi siempre los encuentra, dice el mismo Dom Pío.

No hay que engañarse: en el mundo actual no hay más que dos partidos. El uno, que se puede llamar la Revolución, tiende con fuerza gigantesca a la destrucción de todo el orden antiguo y heredado, para alzar sobre sus ruinas un nuevo mundo paradisíaco y una torre que llegue al cielo; y por cierto que no carece para esa construcción futura de fórmulas, arbitrios y esquemas mágicos; tiene todos los planos, que son de lo más delicioso del mundo. El otro, que se puede llamar la Tradición, tendido a seguir el consejo del Apokalypsis: "conserva todas las casas que has recibido, aunque sean cosas humanas y perecederas".

Si no fuera pecado alegrarse del mal ajeno –y más del mal de la Patria, que es mal de todos– una risa inextinguible como la de los dioses agitaría a todo hombre cuerdo ante el espectáculo del carnaval político con sus disfraces, oropeles, patrañas y gritos destemplados: en lo que ha ido a parar la famosa "democracia", que como *elissir d'amore*, panacea de todos los males y "religión del porvenir" nos vendieron el siglo pasado, puesto que los argentinos estamos patinando todavía en el siglo de Fernando VII con música de Donizetti. Había un error religioso, una herejía, en el fondo de ese sistema

halagüeño, el cual en seguida denunciaron los pensadores; error que lógicamente se ha desarrollado en diversas absurdidades e inmoralidades; para ver lo cual ya no es necesario ser gran pensador. Y hay gente que se ha vuelto pensadora por fuerza... en las cárceles de la Libertad.

Por suerte el pueblo argentino no es todavía insensible a las payasadas. Pero como esta payasada es trágica, o dramática por lo menos, no nos es lícito hacer jarana con ella.

Dinámica Social, n° 85-86
Buenos Aires, noviembre-diciembre de 1957

Visión religiosa de la crisis actual

Hay que trabajar como si el mundo hubiera de durar siempre; pero hay que saber que el mundo no va a durar siempre.

Esta actitud aparentemente contradictoria o imposible ha sido siempre la consigna de los espíritus religiosos en todas las grandes crisis de la historia, desde la Epístola a los de Tesalónica de San Pablo hasta la actitud práctica de los creyentes actuales, un Belloc, por ejemplo.

Los dos términos parecen inconciliables; y lo serían si no fuera por el misterioso catalítico que es la fe. Mas, el valor pragmático de la actitud apokalyptica puede apreciarse aun fuera de la fe, por un positivista de talento, por ejemplo.

Por eso no hemos vacilado en publicar, y eso con no pocos esfuerzos y riesgos, en medio de la incertidumbre y el dolor de esta hora, un ensayo sobre el Apokalypsis que la superficialidad de alguno calificará, sin duda, de "pesimista".

Es pesimismo constructivo.

San Pablo fue un hombre a la vez alucinado y práctico; como todos los místicos. Predicó tan fuerte en Tesalónica acerca del Misterio de Iniquidad, ya en vigencia entonces –que él veía por transparencia en aquel enorme Imperio persecutorio y tiránico–, describiéndolo con tan inminentes rasgos, que los tesalonicenses decidieron no trabajar más, dado que el Fin del Mundo se venía encima. Entonces el impetuoso Tarcense les escribe de nuevo corrigiéndolos: el Fin del Mundo vendrá, según lo atestado por Cristo, pero la hora y el día exacto no lo sabemos; no puede ser ahora de inmediato, pues vemos que todavía se yergue *El-Que-Ataja*, el *Katejón*, y, en consecuencia, trabajen todos, y el que no trabaja, que no coma.

Esta misma actitud práctica fue la de San Vicente Ferrer, la de Pedro Oliva, la de todos los profetas; como buenos médicos, huelen la muerte, pero siguen medicando.

Morituri te salutant.

Es la actitud paradojal de la fe. La fe asegura al cristiano que este *aión*, este ciclo de la Creación tiene su fin; que el fin será precedido por una tremenda agonía y seguido de una espléndida reconstrucción; o, en palabras religiosas, que "Cristo vuelve un día a poner a sus enemigos de escabel de sus pies y a tomar posesión efectiva del Reino de los Cielos trasladado a la tierra..." Así lo dice el Texto, yo no soy solo responsable de esta enormidad.

Esta final *agonía* –en el sentido etimológico de *lucha suprema*– pertenece al acervo dogmático o mitológico de todas las religiones formadas; y en la cristiana está prenunciado y descrito –en Daniel Profeta, en el Sermón Esjatológico de Cristo y en el libro final de la Biblia, la *Revelación* o Apokalypsis– con los colores más vigorosos y los rasgos más fuertes que jamás lograra la facultad del verbo humano.

Por una paradoja de psicología profunda esta literatura pesimista ha sostenido el optimismo constructivo del Cristianismo.

En las épocas en que la Iglesia ha vivido en el temblor y en la predicación osada de la "inminente Parusía" es cuando ha construido ingentes catedrales y acabado empresas desesperantes; en los tiempos de San Pablo, de San Agustín, de Gregorio el Magno, de Hildebrando, de Joaquín da Fiore, de Odón de Cluny, de Vicente Ferrer. Se puede decir que la espera del Fin del Mundo, que una arbitraria leyenda circunscribe al Año Mil, ha estado presente casi sin interrupción en la conciencia cristiana de todo el Medio Evo; y el Medio Evo construyó esta civilización occidental, que todos dicen que hoy periclita y que los masones defienden.

Esta imagen aceptada de las catástrofes apokalypticas sirvió a los pueblos fieles para superar las catástrofes actuales; lo cual es, en el fondo, lógico; o por mejor decir, psicológico. Un clavo saca a otro clavo. Es la misma acción "*cathártrea* de la tragedia", que nos enseñó Aristóteles.

Cuando las inmensas vicisitudes del drama de la Historia, que están por encima del hombre y su mezquino racionalismo, llegan a un punto que excede a su poder de medicación y aun a su poder de comprensión –como es el caso en nuestros días– sólo el creyente posee el talismán de ponerse tranquilo para seguir trabajando, que no es otro que el que expresó el poeta:

Sólo el que ya nada espera será un terrible optimista
y aquel que lo ha dado todo no teme a ningún ladrón.

Cuando parece que los cimientos del mundo ceden y se descompagina totalmente la estructura íntegra –como pasó, por ejemplo, en el siglo XIV– entonces el sabio lee el Apokalypsis y dice: "Todo esto está previsto y mucho más. ¡Atentos! Pero después de esto viene la victoria definitiva. El mundo debe morir. Aunque de muchas enfermedades ha curado ya, una enfermedad será la última. Mas, el alma del mundo, como la del hombre, no es una cosa mortal."

Esta publicación nuestra no es una revista de teología sino de ciencia y filosofía social; sin embargo, no está fuera de ella –al contrario– la consideración de la visión religiosa de la crisis actual, que es uno de los motores más poderosos (el primer motor) incluso del movimiento político y económico. Si el hombre no tiene una idea de *adónde va*, no se mueve; o si se sigue moviendo, llega un momento en que su *motus* deja de ser humano y se vuelve una convulsión.

Perdido en las masas occidentales en gran parte el fermento de la verdad cristiana, y, peor aún, falsificado en parte y convertido en *fermentum pharijeorum*, el pensamiento moderno y el hombre de hoy han disociado e invertido los dos términos de la consigna cristiana; y dos posiciones heterodoxas y entre sí opuestas, una eufórica y otra agorera, dominan hoy vastamente el aire del tiempo:

1. Sabemos que el mundo no puede acabar.
2. Todo es inútil, no se puede hacer absolutamente nada.

Estas dos posiciones puede encontrarlas el lector en su vecindad y aun en su familia, y quizá incluso en sí mismo, alternándose en moto pendular en las horas agitadas o foscas. Ejemplificarlas en la actual literatura social o filosófica es fácil.

El ocaso de Occidente ha dado tema y título a un gran libro de filosofía y profecía, de la escuela de Vico: Spengler documentó con erudición portentosa el estado de ánimo *tesalonicense*: nuestra civilización ha llegado al fin de su ciclo, al agotamiento senil y al cáncer, contra el cual no hay nada. La misma posición mantienen filósofos tan talentosos como René Guénon,

II

Luis Klages, Benedetto Croce y otros menores. Describen con colores sombríos la crisis de Occidente, lo desahucian fríos e implacables, y señalan la caquexia total de las fuerzas conservativas y vitales, incluso de las fuerzas religiosas. El melancólico final de *Las Dos Fuentes de la Religión y la Moral*, del gran Bergson..., es un papel de médico que se equivoca y extiende el certificado de defunción en vez de la receta que intentaba.

La otra posición, de euforia desatinada y pueril, es más frecuente, como que es más cobarde: es el espejismo del Progreso Indefinido del siglo pasado, prolongado y ampliado, desmesuradamente, hoy día en un Toynbee, un Wells, un Bernard Shaw... El mundo ha vivido ya centenas de millones de años y por lo tanto seguirá viviendo centenares de centurias de siglos. Ninguno de los dos términos se puede saber; pero ellos lo afirman con fuerza de dogma. Por tanto, todo esto que nos pasa, no puede ser más que una gripe, que necesariamente sanará y eso para dejar al organismo más sano, robusto y maravilloso que antes, en los esplendores edénicos de la "era atómica". "Éstos no son dolores de agonía sino de parto", dicen. El Superhombre está al nacer, junto con la Superfederación de las naciones del orbe en una sola, y la palingenesia total del Universo visible, por obra de la Ciencia Moderna. Esta idea, o imagen o mito está en el ambiente, y tropieza uno con ella en todas partes; implícita o explícita, aplicada o pura, en forma de argumento o de espectáculo, con las variaciones más sublimes o más idiotas, la gran Esperanza del Mundo Moderno trasparece hasta en las revistas de Vigil y las historietas yanquis en que los niños argentinos aprenden... ¡religión!, quizá más que en los manuales salesianos de las escuelas. Efectivamente, esta imagen de la *unidad*, es decir, de la UN y de la UNESCO, tiene ya vigencia religiosa,

Tiene ya incluso su gran teorizante religioso, su teólogo o profeta: el P. Teilhard de Chardin, reputado hombre de ciencia parisino, de las Academias de Ciencia de París y Londres, colaborador de *Etudes* y *Revue des Questions Scientifiques*: un gran nombre y una gran pluma, indudablemente.

En una veintena de opúsculos, sin *imprimatur* eclesiástico, ni de su orden, mimeografiados algunos en China o Japón, que corren mucho por Francia, España, Italia, y no son desconocidos en nuestro país, el antropólogo descubridor del *Homo pekinensis* diseña una teología nueva, brillante y seductora, que bien se puede denominar un *neo-catolicismo*... ¿Neocatolicismo? Sí, señor: neocatolicismo antropolátrico.

No es de esta revista su estudio, ni podríamos exponerlo bien en reducido espacio.

Baste decir que partiendo de la Evolución Creadora, de Bergson, dando como probado y cierto el evolucionismo darwinista y moviéndose en la esfera del pensamiento teológico llamado *modernista* (naturalización total de lo divino, error de Baius) construye una vasta e inflamada dogmática nueva bajo la cáscara de los dogmas antiguos, con una elocuencia y un patetismo de profeta, como si realmente estuviera poseído del "Espíritu de la Tierra" –como él dice– que por otro nombre fue llamado el *Eros Cosmogónico y* también ¿por qué no el *Príncipe de Este Mundo?*

El punto focal de su especulación no es otro que esa *unificación triunfal* del Universo, a la cual corren, según él, las naciones infaliblemente bajo la atracción formidable de un "Cristo Universal" que absorbe hacia sí al Universo inmanentemente, ya que está encarnado en él desde su creación y es su propio *élan* vital; del cual "Cristo Universal" el *cristo* histórico llamado Jesús de Nazareth ha sido un avatar, una manifestación, una fugaz epifanía visible. Qué forma concreta tomará ese "Cristo Universal" o Alma del Mundo, que está sumergido en la creación y constituye su vida, no nos lo dice el hierofante, pero de lo que está seguro es de la gran fusión de los pueblos en uno y del advenimiento natural de la Restauración Ecuménica. El entusiasmo, el patetismo y el ímpetu religioso con que el alma de Teilhard de Chardin anima esta síntesis esencial de todas las heterodoxias modernas, y aun antiguas, es cosa notabilísima. Enferma leerlo; pero ilustra muchísimo; a un teólogo, por lo menos.

Todo lo que es internacional es de esencia religiosa. Por instinto el hombre odia o teme al extranjero y su razón no supera los límites de su "idioma" (de su clan, tribu, nación o raza) sino bajo la presión del sentimiento religioso: tesis que Bergson dejó establecida con toda precisión en *Les Deux Sources*.

Decir esto es decir que todo lo que hoy día es internacional, o es católico o es judaico. Son las dos únicas religiones universales. La masonería es una invención judaica, el islamismo es una herejía judaica.

La unión de las naciones en grandes grupos, primero, y, después, en un solo Imperio mundial, sueño potente y gran movimiento del mundo de hoy, no puede hacerse, por ende, sino por Cristo o contra Cristo. Lo que sólo puede hacer Dios –y que hará al final, según creemos, conforme está prometido– el mundo moderno febrilmente intenta construirlo sin Dios; aposta-

tando de Cristo, abominando del antiguo boceto de unidad que se llamó la Cristiandad y oprimiendo férreamente incluso la naturaleza humana, con la supresión pretendida de la familia y de las patrias.

Mas, nosotros defenderemos hasta el final esos parcelamientos naturales de la humanidad, esos núcleos primigenios; con la consigna no de vencer sino de no ser vencidos.

Es decir, sabiendo que si somos vencidos en esta lucha, ése es el mayor triunfo; porque si el mundo se acaba, entonces Cristo dijo verdad. Y entonces el acabamiento es prenda de resurrección.

Se necesita ser iluso
Para correr esta liebre...

Si uno se fija bien, el galgo corre menos que la liebre; y si los galgos actuales alcanzan a las liebres, ello se debe a un Galgo Iluso, que allá en la prehistoria *siguió corriendo a pesar de ver que perdía terreno*. Los otros galgos desistieron y dijeron "!Valiente iluso!"; y se llevaron la sorpresa de sus vidas cuando vieron que el otro volvía con la Orejuda en la boca, habiendo descubierto para su raza que la liebre es más rápida, pero menos resistente.

El diablo es rápido. Pero, nosotros, los ilusos, los que tenemos miedo al Diablo, al Anticristo y a la Ramera Escarlata, somos los que hemos de salvar al mundo, si este mundo de Dios merece ser salvado.

Dinámica Social, nº 13-14
Buenos Aires, septiembre-octubre de 1951

Un pasito adelante

El católico que se hace protestante da un paso atrás, no da un paso adelante.

Hay gente entre nosotros que cree lo contrario; entre ellos algunos politicones amigos míos. Creen que con el divorcio, la separación de la Iglesia y el Estado, el matrimonio de los clérigos, el auge de la Masonería, el Ku-Klux-Klan, el *Prohibition Act*, el reparto de Biblias y el acogotamiento de los negros, la Argentina se pondría a la cabeza de la civilización, como los Estados Unidos. Son locos.

–Los Estados Unidos ¿no tienen libertad de enseñanza?

–Sí.

–Entonces el protestantismo es la verdadera religión moderna, porque fomenta más en las naciones la simple honradez humana. Tanto "santidad, santidad", tanta Santa Madre Iglesia... y los países católicos están atrasados en todo, incluso en la simple honradez humana... ¿Cómo puede dar eso la religión verdadera? Por sus frutos la conoceréis...

Otro día trataremos el problema del atraso de los países católicos, en el cual han metido la pluma y la nariz Balmes, Donoso Cortés, Ramón y Cajal, el Conde de Maistre, monseñor Bougaud, Belloc Hilario y otros; y que todavía no está claro. Hoy nos contentamos con esta sencilla proposición: *el protestantismo es un paso atrás*... El protestantismo quiso volver atrás hacia la primitiva Iglesia; y se pasó y fue a dar en paganismo; en este "neo-paganismo" del que habló San Pío X.

Usaré la doctrina de un protestante, el filósofo danés Soren Kirkegor, del cual han dicho entre nosotros que "es luterano": el profesor Aranguren en la *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, el doctor Sciacca y el P.

Jolivet en sendas conferencias públicas; y el P Quiles en alguno de sus opúsculos... Me parece que ya con eso...

Yo no sé si fue luterano. Yo sé que nació luterano, que fue destetado con las obras de Lutero y de Hegel, que quiso ser *Pfarrer* luterano y no lo dejaron... eso sí. Que nunca se redujo –imposible para él– a la Santa Iglesia Romana, la cual recomenzó en Danesia con la Constitución de 1849, poco antes de su muerte. Pero sé seguro que se redujo a Dios con un gran estallido de luz, que se vio un poco –bastante– también en la tierra. Y se sigue viendo y se seguirá viendo... No por todos, desde luego.

Dejando sus palabras y su estilo denso y complicado –inimitable– voy a exponer brevemente sus pensares, valiéndome de los libros de sus tres últimos años, el *Tage-buecher*, *Einuebung in Christentum* y *Der Augenblick*. Catolicismo y Protestantismo se suponen hoy día uno al otro: son como una pared terremotada, y los puntales que la sostienen; tales que ninguno –hoy día– puede tenerse en pie solo.

Del Protestantismo eso es manifiesto, puesto que todo él está montado sobre una *protesta* contra Algo –que realmente estaba mal en aquel tiempo–; pero algo que se ha incorporado a la Reforma en carácter de presupuesto y punto de referencia: como *Forma subordinada.* Retirando el cristianismo medieval del *Weltanschauung* del protestantismo, se produciría una cosa como un paisaje sin perspectiva o un mundo de dos dimensiones.

Aquello contra lo cual insurgió Lutero era vicioso; el mensaje de Lutero, la "interioridad", era verdad. La Iglesia Medieval había incurrido en una tirantez insoportable: lo exterior, lo formal y lo violento amenazaban transformar la vida religiosa de Europa en algo muy diferente del espíritu de Cristo: recordemos las ejecuciones de Juana de Arco, de Juan Huss, de Wiccleff, de Savonarola...

La religión se transformaba en una política y se confundía con un imperialismo; los medios de que se prevalía eran de más en más duros; sus prácticas de más en más complicadas y externas; su espíritu de más en más infraternal; su vida de más en más automática. En suma, había una crisis de lo interior –de la *fe*– y una hipertrofia de lo humano –de las *obras*– que había destruido el equilibrio de esos dos elementos necesarios, creando una especie de nuevo fariseísmo. La sangre de San Genaro –como si dijéramos– y la sangre de Savonarola, amenazaban recubrir la sangre de Cristo.

De esa arcilla empapada y apretada, saltó afuera el hombre Lutero, afuera del claustro; un hombre que había sido claustral –"frailuno", dice él– como ningún otro; que había cumplido como nadie las cargadas "reglas" de las órdenes envejecidas; que no se había perdonado ayunos, cilicios, vigilias, indulgencias, novenas y devociones –todo, menos la oración interior– sin lograr "salvarse"; sin haber alcanzado en su interior la paz. Lutero salió de ese ambiente con un grito que era en sí mismo verdadero: "No somos salvos por las obras de la Ley sino por la gracia de Jesucristo" y se puso a polemizar contra "las obras" –como si dijéramos, contra su *pasado*–; y el ardor de la polémica, y sus pasiones irascibles lo fueron llevando insensiblemente adonde no pensó, y torciendo su mensaje alemán a lo que en el principio no fue. Si tomamos ahora del luteranismo los *resultados*, con sorpresa hallamos cosas diametralmente opuestas a la prédica inicial de Lutero; por ejemplo, la Mundanidad relajada y complaciente en lugar del *Temor y Temblor* del reformador sajón; o un nuevo paganismo en lugar del cristianismo primitivo [82].

"Sería interesante aprenderse de memoria un sermón de Lutero y echarlo desde el púlpito de Copenhague... –dice Kirkegor–. La gritería que se armaría contra el predicador entre los Párrocos, Clérigos y Consejeros de Estado, sería cosa de ver; y entonces revelarles que es un sermón de Lutero. Claro que habría que hacer constar primero ante notario lo que se iba a hacer; porque de no, me acusarían de haber querido hacer un plagio; y al ser descubierto el plagio, de haberlo querido pasar como una broma." [83]

El primer grito de Lutero: "¡al interior del alma!", hubiese sido respondido por pocos, si no se hubiese acompañado a otro mucho más popular: "¡Oh tú, Papa de Roma, asnillo, mujer vieja, payaso, ya verás quién es el Doctor Martín!"; al cual una gran muchedumbre de descontentos –algunos con razón– respondió de inmediato: "¡Hurra!"; y entre todos estos heterogéneos paulatinamente –aunque no insensiblemente– fueron cayendo en otro grito aún más popular: "¡Vino, mujeres y canto!", al cual una innumerable masa respondió: "*¡Hurra, hurra, hurra, Herr Doktor Deutsche Martin Luther!*"

La rebelión de Lutero surgió para liberar de una tirantez; y puestas sobre esa tirantez, las palabras de Lutero son liberadoras; pero suprimida la tirantez, son pura cháchara y su teología se disuelve en la contradicción y la in-

82 Confrontar *Luthers Reformatorisch Schriften*, Deutsche Bibliotek, Berlín, año 1913.
83 *Diario*, año 1849.

coherencia: la presuposición faltando, la proposición pierde su sentido, como una respuesta a una pregunta ya inexistente.

Generación tras generación, Europa había sido educada en el *Memento Mori*, en el recuerdo de la Muerte, del Juicio, del Infierno; había sido cargada de prácticas, de obligaciones y de *shiboletes* devotos; había sido aterrorizada con las hogueras de los herejes y las guerras religiosas y estaba acostumbrada a ver lo religioso en gestos y en exterioridades ya estereotipadas y vueltas rutinas y fetichismos; como por ejemplo, el "consejo" de celibato eclesiástico vuelto de más en más un "precepto", y por cierto, muy mal guardado; la compra del perdón de los pecados por medio de las "indulgencias"; el poder y la actividad política, el poder y la actividad económica del alto clero sustituyendo a la contemplación y la predicación de la Verdad...

Este terreno pedía un reformador, un hombre que llamase la religión a lo interior; pero un reformador es un hombre que impone cargas y no que las arroja; que aprieta y no que afloja; que ata por todas partes nuevos lazos y lazos rotos y no que los relaja; para lo cual tiene que ser en alguna forma un mártir. Cosa que por desgracia estuvo lejos de ser Lutero. Lejos de volverse mártir, se volvió *popular*... Yo soy un escritor religioso; si fuese popular, no sería un escritor religioso.

Por desgracia, la actitud polémica también influyó malamente en el Catolicismo, a pesar de que allí no fue tan exclusiva: hay que ver por ejemplo las pavadas exegéticas en que incurre el gran exegeta Maldonado por su manía de polemizar con los calvinistas. Una gran parte del Catolicismo moderno –sobre todo en España y aledaños– se ha edificado sobre el Concilio de Trento más que sobre el Evangelio; es decir, se ha configurado *en contra* del Protestantismo; lo cual comporta una especie de imitación subconsciente. No se mueve libremente el que esgrime contra otro: depende del otro en sus movimientos [84].

84 "[...] *Es ist durchgebrochen, was schon längst vorbereitet war: der entschiedene Frontwechsel von der gegenreformatorischen, ja bisherscholastichen und bisher-abendländischen zu einer neuversuchten grundchristichen Haltung.* Man macht Ernst damit, das der Hauptgegner schon lange nicht mehr der Protestant, ein Mitchrist, sondern der Anticrist, der Atheist, der Nihilist ist." M. Schmaus dice lo mismo o más que yo, con licencia eclesiástica: ver *"Aus der Theologie der Zeit." - Auftrage der Theologische* Fakultät München (Regensburg 1948), pág. 70 ss. Véase si acaso también Viktor Schurr, *Wie Heute Predigen?* (Swabensverlag, Stuttgart, 1949).

El Protestantismo se llevó cautivas una cantidad de nociones –o digamos más bien de *esencias*– cristianas, que el Catolicismo necesitaba y que el Catolicismo abandonó y aun combatió, viéndolas convertidas en "herejía": como por ejemplo, la lectura y el estudio de la Biblia, tan intensos en los Santos Padres, sustituidos por la lectura de obras de autores devotos de más en más chabacanas y deleznables; y otra lista de cosas excelentes, que por haber vivido en países protestantes, podría yo hacer fácilmente...

La Contrarreforma quiso reforzar el celibato eclesiástico –el cual tengo por loable y santo– por medio del rigor, convirtiéndolo en una especie de *absoluto;* de manera que por eso un hombre es sacerdote, por no estar casado, y basta; es decir, eso es un *carisma*, que incluso dispensa a veces de la obligación de trabajar; y que tiene *por sí solo* un poder santificador y perfeccionador de la natura humana: lo cual es un error en teología. La Contrarreforma exteriorizó más la fe, convirtiendo en objeto preponderante de ella a la Santísima Virgen –mi Madre y Señora– e incluso al Papa –al cual acato y obedezco– convertido en más *infalible* de lo que en realidad él mismo pretende; disolviendo la fe pura de un Dios transcendente en devociones exteriores o "mandatos de hombres".

La Contrarreforma exaltó la virtud militar de la "obediencia", y ella considerada más en su cómodo automatismo que en su espíritu, hasta volverla una especie de *virtud teologal*, que puede sustituir incluso a la conciencia personal. La Contrarreforma defendió y propagó la noción suareciana de "la acción primero que la contemplación", que es una plaga en la Iglesia hoy día, y ha traído el triunfo del mediocre agitado sobre el sabio débil; e incluso la persecución del sabio. Finalmente, la Contrarreforma aumentó el sacramentalismo y disminuyó la predicación; rebajó la contemplación y la caridad en apologética y beneficencia –las cuales no son malas, pero no son sumas–; alejó más y más a los fieles del Poder eclesiástico –lo que llaman "La Jerarquía"– haciendo de la Iglesia la sociedad más totalitaria que existe; y se entregó desaforadamente a la "propaganda".

Y así otras cosas. Todo con poco resultado religioso, por cierto. Esto es la faz negativa de la Contrarreforma; no quiero negar aquí su inmensa faz positiva; que otros ya ponderan bastante.

Sin embargo, hay una diferencia neta entre el Catolicismo, suponiendo que se tuerza, y el Protestantismo, suponiendo que también se tuerza; hay, por decirlo así, como un refinamiento de perdición en la Reforma; y ese re-

finamiento viene de que la Reforma presupone el Catolicismo, y el Catolicismo no presupone nada. El Protestantismo es algo que nació como *correctivo* –lo cual supone la *cosa-a-corregir*– *y* se volvió normativo; por lo cual no corrigió nada. La reforma se quiso volver norma; y la Norma sólo brota de la Forma.

Tomemos un ejemplo sencillo, que quizá no es imaginario. Supongamos dentro del Catolicismo un prelado adicto del todo a la mundanidad, no hasta el punto de tropezar con los Tribunales o ser castigado por la naturaleza o la opinión pública –que eso no sería ser muy mucho sino muy poco mundano, porque lo archimundano es ser mundano con prudencia, y saber gozar con prudencia, y gozar incluso de su prudencia; como lo hicieron los más perfectos entre los epicúreos y entre los cardenales del Renacimiento.

Este prelado que saca de su posición religiosa con exquisito cálculo todo lo agradable que ella puede rendir, será fácilmente juzgado y rechazado por el católico sincero como deficiente. ¿Por qué? Porque el católico dispone de la Otra Figura, de la figura patética del hombre que vive en Pobreza y Humillación; aunque sea por un casual exagerado o fanático. Aunque sea en forma oscurantista, rutinaria o relajada, el católico tiene en sus órdenes religiosas, o fuera de ellas, el reflejo del Cristo Doloroso –en el adicto a los ayunos, cilicios, disciplinas, soledad, reglas, vigilias, penitencias–, y a ese modelo puede referir la Figura del Obispo Mundano para juzgarla.

Tú, Martín el Tullido, no eres un buen prelado
Florece en aleluyas tu labio angelisado
Mas tú, Martín Tullido, no eres un buen prelado...
Dineros que te dieron por socorrer los muertos
Van en aceros finos para tus hombres de armas
Pláñense los hidalgos que les hicistes tuertos
Y hasta la Villa asomas el haz de tus bisarmas...
Vendiste a sarracenos un burgo bien guarnido
Por un asnillo onusto de dagas y caireles
Envió un legado el Papa ¡qué mal que fue acogido!
De entrada lo volteaste con tus cinco lebreles... [85]

85 Enrique Banchs.

Supongamos ahora una comarca protestante donde no exista el Catolicismo. De ordinario hoy coexisten ambos en un mismo paralelo, y hay entre ellos una especie de ósmosis, por la cual se toman y se prestan cosas. Pero supongamos una comarca donde solamente estén vigentes como religión los *resultados* de Lutero; es decir, la crítica sin la presuposición; donde, por lo tanto, todo lo que sea penitencia, mortificación exterior, *askesis*, no solamente no es predicado, sino que es predicado como ridículo, demente y enfermizo; como lo más bajo, lo más imperfecto e infecto que se encuentra en el género humano...

En esta comarca protestante al 100 por 100 hay un obispo que es mellizo 100 por 100 del otro notomiado. Pues bien, este obispo no será allí tenido por mundano, sino por perfecto y pío. ¡Su mundanidad será juzgada cristiandad! Es una gran diferencia.

El pueblo lo verá formar parte del Consejo Real, frecuentar el gran mundo, rezumar boato y elegancia en morada, vestidos y carrozas, publicar libros ineptos en ediciones de lujo, lisonjear en cada sermón al monarca, predicar de modo a no displacer a nadie, participar de todas las ceremonias oficiales, andar a la caza de honores, ser muy hábil en procurarse dinerillos y edificar iglesias, buscar un matrimonio ventajoso para su hija mayor y preparar a su yerno la sucesión en la Sede Arzobispal; y el pueblo protestante *tendrá todo eso por cristianismo:* cosa que en un país católico no puede pasar –aunque pasa un poco, por excepción, en la Argentina, que es cristiana, pero mistonga.

¿Fue el Arzobispo Mynster un Testigo de la Verdad? Con este opúsculo de 36 páginas acabó su vida Kirkegor; literalmente hablando, porque su publicación le costó la vida. No, el arzobispo Mynster no fue un testigo de la Verdad; como intentó proclamarlo en su oración fúnebre su yerno el obispo Martensen, porque "testigo de la Verdad" significa *Mártir o Apóstol; y* ésas son palabras sagradas que no hay que manosear. Kirkegor escribió su opúsculo, lo dejó sobre la mesa, meditó y oró durante ocho meses; y lo publicó: se le vino encima todo Copenhague, el cielo y la tierra y los infiernos. No dio un paso atrás, dio 10 pasos adelante: los 10 números del *Augenblick.* Crepó.

Ciertamente fue más testigo de la Verdad el Jorobadillo del Tívoli que el Solemne Prelado del Kaiserhof; pero el pueblo de Copenhague creía lo contrario. Exactamente como había teorizado de antemano él: el pueblo protestante ha perdido el olfato de lo santo y lo mundanal.

Lutero proclamó el principio espiritual más alto: la interioridad pura. Esto es tan peligroso que puede conducir a lo más bajo (porque lo más alto y lo más bajo se parecen en los reinos del espíritu) a la adulteración del cristianismo y un estado de mistificación en que la disipación de los sentidos sea festejada como culto de Dios. Así puede el Protestantismo llegar a festejar la Mundanidad como... Piedad. Esto no le puede pasar al Catolicismo.

¿Y por qué no le puede pasar al Catolicismo? Porque el Catolicismo tiene como presupuesto lo común, la naturaleza bruta, la realidad precristiana: presupone que todos los hombres somos unos cachafaces. ¿Y por qué *le puede* pasar al Protestantismo? Porque el protestante tiene un presupuesto especial, no común; presupone un hombre todo conciencia (el hombre que la Iglesia había formado en Europa) un hombre en que vive la Inquietud Religiosa, el Temor y el Temblor, la Metánoia; y de esos hombres hay actualmente en cada generación poquísimos.

En resumen, lo luterano fue un correctivo; pero un correctivo que se vuelve totalidad y norma, es *eo ipso* en la segunda generación (cuando aquello adonde él iba ya no está allí) un desvío. Y con cada generación que se adelanta, se desvía más; hasta que al fin resulta que aquel correctivo, vuelto autónomo, produce justamente lo contrario de su primer designio. Se toma salicilato contra el reuma; pero si ya no hay reuma y sigues con el salicilato, te bandeas el estómago, querido.

Y éste es el caso aquí. El Correctivo luterano a la exterioridad medieval trajo, cuando ya autónomo pretendía ser *todo* el Cristianismo, la más refinada guisa de Mundanidad y Paganismo; es decir, una mayor "exterioridad..."

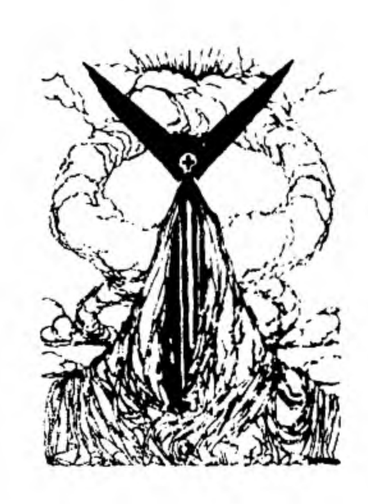
Más o menos esto dice el testamento religioso de Soren Kirkegor, el hombre más religioso del siglo XIX: el cual murió espiritualmente católico; más aún, a nosotros nos parece una especie de santo informe y tanteante, a quien Dios probó como a ninguno sobre la tierra: una especie de águila ciega.

¿Ciega? Miento. De ningún modo. Eso sería calumniarlo. Digamos entonces, un águila con un ala rota. Y un hombre *todo roto*: enclavaron sus manos y sus pies y contaron sus huesos.

Dinámica Social, nº 56, Año V
Buenos Aires, abril de 1955

III

LAS PROFECÍAS ACTUALES



Prólogo

De un tiempo a esta parte la Virgen se aparece. Siempre lo hizo. Pero sus apariciones recientes revisten características muy especiales. Nos deja mensajes, pide la conversión de los hombres, recomienda oración y penitencia, el rezo del Rosario, la devoción a su Corazón Inmaculado y al Santísimo Sacramento, da avisos a los sacerdotes, anuncia castigos cada vez más rigurosos, algunos de los cuales ya se han cumplido, confirma sus revelaciones con milagros, para que no se dude de ellas.

Tiempos muy extraordinarios debemos estar viviendo para que todo esto ocurra. Puede que sean las últimas. Así lo dejan entrever algunas declaraciones que testigos fidedignos atribuyen a las videntes de Garabandal. San Luis María Grignion de Montfort afirma que "por María comenzó la salvación del mundo y por María se debe consumar", y que como Ella "es el camino por donde Jesucristo ha venido a nosotros la primera vez, lo será también cuando venga la segunda, aunque de diferente manera".

Sabemos que vendrá la Parusía. "Mas en orden al día y a la hora nadie lo sabe, ni aun los ángeles del cielo, sino sólo el Padre" (Mat. XXIV, 36). No obstante, las profecías bíblicas nos dan ciertas señales para que no nos tome desprevenidos. "Reparad en la higuera y las demás árboles. Cuando ya empiezan a producir el fruto, conocéis que está cerca el verano." (Luc. XXI, 29-30). Y los frutos parecen estar madurando. El Evangelio ha sido predicado en todo el mundo. El Estado judío se ha reconstruido. Los anuncios apocalípticos han dejado de parecer inverosímiles. La Apostasía en estado latente. El Anticristo puede surgir en cualquier momento, si es que ya no existe como cuerpo, a la espera de una cabeza que establezca su reinado. "Hay derecho a pensar que una tal perversión de los espíritus sea el principio de los males anunciados para el fin de los tiempos y que verdaderamente el hijo de perdición, IIª a los Tesalonicenses, haya hecho ya su aparición entre

nosotros" (Pío X). "El tiempo está ya maduro para una intervención sobrenatural de Dios" (Pío XI).

Naturalmente el mundo –y los católicos que le son adictos– no ven estas señales. "Porque así como en los días anteriores al diluvio proseguían los hombres comiendo y bebiendo, casándose y casando a sus hijos, hasta el día mismo de la entrada de Noé en el arca, y no se dieron cuenta hasta que vino el diluvio y los arrebató a todos; así sucederá en la venida del Hijo del Hombre" (Mat. XXIV, 38-39). "Cuando estarán hablando de paz y seguridad, entonces les sobrecogerá de repente la ruina" (I Tesal. V, 3).

Pero los católicos, a quienes San Pablo enseñó a no despreciar las profecías, no tenemos excusa para desentendernos de estos problemas. "Mas vosotros, hermanos, no vivís en tinieblas, para que os sorprenda como ladrón aquel día, puesto que todos vosotros sois hijos de la luz e hijos del día; no lo somos de la noche ni de las tinieblas" (I Tesal. IV, 4-5).

Sobre todo esto, que puede ser tremendamente actual –aunque no tenga actualidad periodística– nos ilustra Leonardo Castellani en estas páginas, con su amena profundidad y su pública y notoria versación en el tema.

Alberto Ezcurra Medrano

Me han pedido diserte sobre las actuales profecías y apariciones de que tanto se habla y que son en realidad tan interesantes como fenómeno religioso. No haré yo mismo profecías, ni diré probablemente muchas cosas que ustedes no sepan. Hablaré primero de las cuatro apariciones mayores y más actuales, La Saletta, Lourdes, Fátima y Garabandal –dejando por amor de la brevedad las "precursoras" de París (Catalina Labouré) Potmaín, Banneux, Siracusa...–, acabando con algunas observaciones sobre el Apokalypsis, la profecía canónica por excelencia.

Notemos previamente que toda profecía privada es "dialéctica", está regida por dos avisos de San Pablo contrapuestos:

1°) "*Profetias noliti spernere*" (No despreciéis las profecías).

2°) "*Probate omnem spiritum*" (Probad todo espíritu a ver si es el espíritu de Dios).

Al primer aviso pertenece el que muchas profecías privadas han influido en la marcha del mundo o la Iglesia. Así, por ejemplo, la institución de la fiesta y devoción mundial al Sagrado Corazón de Jesús.

También hay reyes de los tiempos de la cristiandad, de los grandes tiempos católicos, que han hecho caso de avisos de profetas o profetisas y han impreso un rumbo diferente a su gobierno. De manera que han influido las profecías privadas en el mundo; y para eso las manda Dios. San Pablo dice que en la Iglesia existirá siempre el espíritu de profecía.

Al segundo aviso pertenece la existencia de muchas profecías cuestionables e, incluso, falsas y apócrifas. Entre ellas considero las profecías de la Gran Pirámide, la profecía de Malaquías y varios de los llamados sueños de Don Bosco; a mí me parecen cuestionables (no digo que sean falsas), no

me convencen por una razón o por otra. Si quieren les daré brevemente la razón. Las profecías de la Gran Pirámide me parece que son tan descomunales que serían una revelación de Dios a los Egipcios, mucho mayor y más exacta que la que hizo a los Hebreos, lo cual no puede ser. A los idólatras, fetichistas, politeístas Egipcios, Dios les habría hecho una revelación mucho mayor que la que hizo a los Hebreos.

La profecía de Malaquías tiene grandes señales de haber sido falsificada en el siglo XVI, fraguada por un motivo de política eclesiástica.

Los sueños de Don Bosco, que andan por ahí, muchos no se han cumplido, de manera que no eran profecías verdaderas –si es que son auténticos.

Las reglas generales que atañen a las profecías privadas son:

1°) *Toda profecía privada que contradiga a las profecías canónicas, es falsa*. Por ejemplo, en el obispado de San Juan se publicó, hace unos dos o tres años, una hojita con una cantidad de profecías amenazantes y aun escalofriantes para dentro de poco, algunas de las cuales estaban en disconformidad con lo que dice el Apokalypsis. De manera que no puede ser.

2°) *Hay muchas que no se han verificado*. Por ejemplo, la profecía de La Saletta. Melania dijo –o le hicieron decir– que París sería destruido y no fue destruido.

3°) *Muchas que se contradicen entre sí*. Por ejemplo, el Gran Rey que junto con el Gran Papa –hace muchísimo tiempo los vienen prediciendo, desde el siglo XVIII más o menos, con ese nombre– el Gran Rey y el Gran Papa que van a venir a dar un triunfo estupendo a la Iglesia. Resulta que los profetas franceses dicen que será francés. Incluso dicen el nombre. Los videntes alemanes, dicen que será alemán. Y los españoles dicen que será español. De manera que se contradicen entre sí.

Hay una profecía del Gran Rey que evidentemente es un apócrifo, hecho en adulación de Fernando el Católico, que no fue muy católico que digamos.

Hay también otra profecía de San Alonso Rodríguez, jesuita, que dice que un gran rey de España va a convertir a todos los mahometanos y que se va a convertir en la cabeza del mundo.

4°) *Si se hallan en el profeta o en sus visiones algo chocante, inmoral o antidogmático, hay que dejarlo sin más.* Por ejemplo, La Cueva de Roma. Estando yo en Roma -la 2ª vez que estuve, es decir, en el año 47– en una cueva, en las afueras de Roma, empezaron a decir que había apariciones de la Virgen a un obrero ferroviario, y empezaron a concurrir ahí las gentes, a poner velas, a llevar enfermos; se empezó a hablar de curaciones, y que sé yo. Después se descubrió que esa cueva había sido morada de prostitutas y que el vidente éste era un borrachín, y todas las curaciones eran falsas. Es decir, eran curaciones de histéricos que habían gritado: ¡me he curado, me he curado! y, después, en su casa, estaban tan enfermos como antes.

5°) En *una profecía verdadera, puede haber partes falsas que provienen de la mente o imaginación del profeta y no de la visión que tuvo.* Esto es muy importante. Lo pone San Ignacio en los ejercicios espirituales. Dice que hay que distinguir entre lo que el profeta ha recibido pasivamente de la inspiración de Dios y lo que después él, "estando en caliente" por la visión divina –dice San Ignacio– añade, queriendo o sin querer, a eso que le ha sido comunicado. Esta "elaboración" del comunicado divino puede ser hecha también por otros –por los amanuenses.

Y finalmente, muchos más errores pueden inducirse en la aplicación de las profecías al tiempo presente; por ejemplo, el profesor Mirakles, Sergio María Mirakles –que escribió un libro en el año 1940, llamado *La época actual vista por los videntes*, quiso él por su cuenta hacer una profecía basada en todas esas 40 profecías que juntó. Tomo esta frase: "París será destruido y Marsella engullida por el mar", del mencionado libro de Mirakles. Sin embargo, no se halla en otras versiones del "Secreto de Melania." No podemos autenticar con seguridad a una entre otras versiones.

Y se equivocó rotundamente. No salió nada de lo que adelantó. Verdad es que él previene se trata de una "conjetura probable".

O también de la elaboración de los dichos del vidente. Por ejemplo, Catalina Emmerich, esa vidente alemana del siglo XVIII que tenía visiones acerca de la vida de Cristo y de la Virgen que han publicado acá, en 4 grandes tomos, los padres del Verbo Divino. Son muy lindas, muy poéticas. Hermosas son, pero cómo no van a serlo si un gran poeta alemán, Clemente Brentano, se fue a verla y se sentó al lado de su cama de tullida durante cinco años y

empezó a tomar por escrito todo lo que ella contaba; y, después, cuando ella murió, publicó todas esas revelaciones de la Catalina Emmerich redactadas por él. De manera que no sabemos, a punto fijo, qué es exactamente lo que ella vio o Dios le comunicó, y lo que elaboró Clemente Brentano. Por supuesto no habrá falsificado nada, pero lo ha adornado y ornamentado y ha elaborado románticamente (porque era un poeta romántico), esas cosas que oyó reveladas a Catalina Emmerich.

A causa del consejo de San Pablo, la Iglesia tiene la más exquisita cautela acerca de las visiones. Y nunca –que yo sepa– ha aprobado oficialmente ninguna, sino es indirectamente, canonizando al profeta como santo, sin inmiscuirse en sus profecías. Así tenemos las revelaciones de Santa Ildegardis, Santa Brígida, Santa Gertrudis, la Venerable Catalina Emmerich y la reciente difunta Teresa Newman, que han producido edificación o devoción en el pueblo cristiano, sin que la Iglesia se pronunciase nunca, directamente, acerca de ellas. Aquí se colocan, también, Lourdes y Fátima.

Veamos, pues, ahora las apariciones reales o presuntas de la Santísima Virgen en nuestros tiempos, a saber: La Saletta, Lourdes, Fátima y Garabandal. Son parecidas entre sí, con alguna nota especial en cada una.

La Saletta

La Saletta: aparición de la Virgen en 1846 a dos pastorcitos de poca edad, 15 y 11 años; Melania y Maximino, en una áspera y desolada montaña de los Alpes franceses. Produjo una conmoción inmensa en Francia. Y la gran mayoría del clero francés se puso en contra, probablemente porque denunciaba crudamente la corrupción, el fariseísmo o mundanismo de los sacerdotes. Esta reprensión al clero se publicó empeorada, según parece. León Bloy se constituyó en defensor impetuoso de la pastora. Hizo dos peregrinaciones a La Saletta a los 34 y a los 67 años y escribió sobre ella dos libros, *La que llora* y *El simbolismo de la aparición*, este último publicado póstumo y con muchos errores. Bloy aceptó de planta todo lo que Melania dijo –o le atribuyeron– y no se metió con el problema teológico de cómo la Virgen Santísima –que actualmente está en el cielo, en la visión beatífica– puede decir con verdad ahora que sufre y que llora; ahora, no en tiempo de su vida mortal, porque dijo "hace un tiempo que estoy llorando por vosotros".

El secreto de Melania, hecho público 10 años después de la aparición, contiene profecías que no sucedieron, claramente al menos; y la descripción de una serie de castigos y catástrofes, algunas extravagantes, que no se han cumplido, "pero que se habrán de cumplir" dice el profesor Mirakles. Pero han pasado más de 100 años ya y no se han cumplido. Por ejemplo: París será destruido y Marsella tragada por el mar. (Tomo esta frase: "París será destruido y Marsella engullida por el mar", del mencionado libro de Mirakles. Sin embargo, no se halla en otras versiones del "Secreto de Melania". No podemos autenticar con seguridad a una entre otras versiones.) Por lo demás, la destrucción de París, "tal que se podrá arar encima", como dijo el Pbro. Souffraud (1775-1828) y otros, fue prometida por una cantidad de monjitas videntes del siglo XIX y XVIII; y por Don Bosco (?).

No se verificó en ninguna de las dos Grandes Guerras. La escapatoria es decir que era una profecía condicional y que París y toda Francia hicieron penitencia y plegaria, librándose así de la amenaza conminatoria, como Nínive en tiempo de Jonás. Es pobre evasiva pues, de ese modo, se podrían justificar todas las profecías incumplidas, aún las más extravagantes. Se puede siempre decir que eran condicionales y, por ende, las profecías privadas perderían todo su valor. Algunas son condicionadas explícitamente, entonces sí, no hay duda; como las de Garabandal.

Los dichos de Melania Calvet que, cuando tuvo la aparición no sabía leer ni escribir, ni hablar francés (hablaba dialecto), no pueden ser autenticados críticamente. El secreto publicado 10 años después, fue remodelado por los que lo oyeron de sus labios. Las narraciones de la aparición, que ella y Maximino contaron (siempre concordes), lo mismo: fueron escritas por otros. No sabía escribir; y una larga autobiografía de su infancia, que dictó a los 67 años por orden de su confesor, está mechada de cosas inverosímiles y aún extravagantes. La memoria de una anciana de 67 años transfigura los recuerdos de infancia –los recuerdos de los tres o cuatro años–, por donde ella empieza su autobiografía. Y en ese tiempo ya había leído una cantidad de libros de místicos, cuya terminología, y quizás, cuya reminiscencia, usa.

En suma, no nos han llegado textos fidedignos; pero León Bloy los traga enteros.

Estando yo en Roma, en 1931, un benedictino alemán publicó un artículo deshaciendo La Saletta con, principalmente, el argumento de que Melania fue una monja vulgar y silvestre, de mal carácter, y no una santa; y Maximino, adulto, se volvió un borrachín. No prueba nada. La primera imputación es

calumniosa, pues Melania murió en olor de santidad. Y las dos cosas son vanas, pues nadie ha dicho nunca que un profeta tiene que estar confirmado en gracia. Al contrario, ha habido profetas pecadores, como por ejemplo, el profeta Balaam, el que tuvo una burra que hablaba –patrona de las poetisas argentinas–. No digo todas, *ma buona parte*.

Hoy día La Saletta como santuario ha caído, Lourdes lo ha tapado. Hay allí un grupo de sacerdotes llamados Los Capellanes de La Saletta y van algunas peregrinaciones de devoción sin que se produzcan curaciones prodigiosas. Así lo encontró León Bloy en 1879 y se irritó sobremanera, lo cual no le costaba mucho.

León Bloy fue un buen cristiano y un gran escritor. Eso no se puede discutir. Todo lo demás es discutible en él, incluso este juicio mío que escribí, hace muchos años, al leer el excelente libro de St. Fumet, *La mission de León Bloy*: "Fue, a mi ver, un místico frustrado, toda la vida en la noche oscura del sentido, con una evidente neurastenia de Beard (una neurastenia contenida) lo cual no significa nada, si «la enfermedad es el estado normal del cristiano», como decía, Pascal. Decir que es un semi-santo medio demente es erróneo, por demasiado simplista. Es más complicado que eso. Mas decir que fue un santo por un lado y un demente por el otro, es peor todavía. Pero decir con Raymond Barbeau que fue un «profeta luciferino» (título de un libro de este escritor francés), que fue un perverso, un apóstata y un demoníaco, eso es puro disparate. «Abominable, y sacrílego, fondalmente demoníaco, es el profeta de Lucifer», escribe Barbeau. Y es él, más bien, quien parece demoníaco."

Hasta La Saletta llega el libro del profesor Mirakles, después viene Lourdes.

Lourdes

Lourdes es bastante conocido. En 1858, en el curso de 4 meses, la Virgen se apareció 18 veces a una campesina de 14 años, Santa Bernardeta Soubirous. Le dio un mensaje con el correspondiente secreto y la consabida reprensión a os sacerdotes, surgió una fuente y empezaron a producirse prodigiosas curaciones. Todo como en La Saletta; sólo que estas curaciones alcanzaron un auge, en número y en magnitud, como no hay otro caso en la historia

de la Iglesia. Y otra característica: fueron controladas medicalmente con gran rigor.

La primera curación fue de un niño de 18 meses, paralítico y a punto de morir, tanto que le habían preparado la mortaja; al cual, su madre lo sumergió en la piscina fría por 15 minutos, en presencia de su médico, el doctor Dozous, un clérigo, y algunos pocos curiosos. Al volver a su casa el chico engarabitado y cianótico, el padre dijo: "¿Estás contenta ahora? Lo has acabado de matar." El médico le había dado 12 horas de vida. Por la noche se sanó enteramente. A la mañana trepó la cama y fue a buscar a su madre a la cocina. Louis Justino Boujous, el niño curado, a los 67 años fue uno de los testigos de la canonización de Bernardeta en Roma, en 1933.

Las turbas empezaron a concurrir a la gruta. El alcalde encarceló a la niña, amenazó a sus padres y confiscó la gruta, cercándola. El clero se mostraba reservado y aún hostil. Un chusco puso en el alambrado de la gruta un gran letrero que decía: "Orden oficial: Prohibido a Dios hacer milagros en este sitio" (*"Ordre officiels: défense a Dieu de faire mirarles dans ce lieu."*)

Poco tiempo después Napoleón III mandó abrir la gruta. La muchedumbre, las peregrinaciones, las inspecciones médicas, el culto, las curaciones, la curiosidad del mundo, las repulsas de los incrédulos, todo fue creciendo hasta nuestros días. Se instaló el "Bureau", oficina de contralor medical, que examina los casos de curación con un rigor que roza lo excesivo. En estos 100 años ha certificado solamente 151 curaciones como superiores a las fuerzas naturales, entre muchos millares de casos. Una sociedad de cinco mil médicos de 30 naciones, llamada AMIL (Asociation Medical Investigation Lourdes) se constituyó para ayudar al "Bureau" con dinero y asistencia intelectual. El intrincado contralor de los casos de Lourdes está hecho por médicos y pagado por médicos.

Libros sobre Lourdes hay millares; mencionaré tres de los que tengo y conozco: *The Miracle of Lourdes*, de Mss. Ruth Cranston; *Lourdes*, novela de Emilio Zola; y *El viaje a Lourdes*, de Alexis Carrell.

El libro de Miss. Cranston es tenido por el mejor libro que existe sobre Lourdes. Es una señora norteamericana protestante, hija de un pastor misionero en China, avezada al periodismo, que estuvo un año entero en Lourdes haciendo las más prolijas investigaciones y comprobaciones y las escribió después con mucha habilidad y gracia; y con un entusiasmo patente aunque contenido. El libro realmente abruma al lector con la catarata de hechos,

datos, pruebas y documentos que le echa encima. Responde a todas las objeciones, e ironiza y humoriza un poco con las pavadas que se han proferido sobre Lourdes. Ella misma vio y comprobó una de las curas mayores, la de Fernando Legrand. Como consecuencia de la amputación de una pierna, a Fernando Legrand se le produjo una parálisis que partiendo de las piernas inmovilizó al fin al cuerpo todo. ¿Cuál es la prognosis? Caso muy serio. ¿Es incurable? Incurable. ¿Cuál es el pronóstico? Continuo desarrollo de la parálisis y muerte, dijo el doctor Decrette, director de peregrinación de Evreux, donde viajó este enfermo. En Lourdes fue examinado y este diagnóstico confirmado. Se curó repentinamente, después de un baño en la piscina. El doctor Decrette, cuando vio la pierna curada, se echó a llorar. Veinte años después la curación total se mantenía. La autora describe su entrevista con él: "Puedo correr como una liebre, pata de palo y todo", le dijo él. Ella suministra todos los datos y documentos.

Emilio Zola escribió contra Lourdes un librote ignominioso. Ni como novela vale. Es aburrido. Hay que tomar el coraje a dos manos, sudar ácido nítrico y fumar innumerables pipas, para poder tragar esas 600 páginas de letra chica. Lo único que sabe Zola es describir; y una novela no se puede hacer con puras descripciones, como una comida no puede hacerse con puras salsas. Pero lo infame del libro es que Zola falsificó tres curaciones.

Contó en su novela (que él, antes de viajar a Lourdes, había prometido sería "de la más absoluta objetividad científica") que la enfermedad había retornado apenas los tres miraculados abandonaron Lourdes. Era falso. María Lemarchand, con la cual él viajó y cuya curación presenció, fue sanada repentinamente de una tuberculosis y un lupus que le había devorado la cara, el cual lupus describe Zola con brutalidad. La describió largamente, con el nombre de Elisa Rouquet, en forma inconfundible, e incluso poniendo la fecha. Como algunos jóvenes católicos quisieron desafiarlo a duelo por haber difamado a la Virgen –gesto típicamente francés– Zola se asustó y ofreció considerables sumas a los tres curados por él reenfermados en falso, para que desaparecieran de París, donde la gente iba a verlos para cerciorarse de la verdad.

El doctor Boissarie, director del Bureau Medical, le escribió reprochándole su falsía y él le respondió: "Yo soy novelista y mis personajes me pertenecen." Yo vi en el Museo de Lourdes una fotografía de María Lemarchand, 30 años después de curada, perfectamente sana y con el rostro casi juvenil, sin ninguna cicatriz, junto a su marido y seis hijos.

El libro de Alexis Carrel es conocido. Está traducido al español. El gran biólogo se convirtió en Lourdes. "Yo era agnóstico y escéptico y aun diletante en el fondo", nos dice él en ese libro. Pudo estudiar con todo rigor la curación de María Bailly (que él en su libro llama María Ferrán), acaecida en el primer baño. "Peritonitis tuberculosa en último grado, morirá pronto", habían diagnosticado. "Al verla curada creí que me volvía loco", escribe Alexis Carrel.

El mensaje de Bernardeta es el mismo de todas: oraciones y penitencias, un gran castigo, y los sacerdotes que se portan mal.

Cuando estuve en Lourdes tuve la impresión –la cual puede ser errónea incluso porque estuve solamente tres días– de que el santuario decaía. Muy pocas curaciones, ninguna de esas grandes de otros tiempos. Los peregrinos habían bajado de dos millones al año, a sesenta mil. Un enemigo de Dios invadía y dominaba casi toda la ciudad: el comercio de baratijas devotas, un gran hotel yanqui de lujo, logrería y mundanidad, demasiada "propaganda" y espectáculo.

Los santuarios milagrosos decaen y desaparecen; ejemplo conspicuo, Santiago de Compostela. Hay todavía mucha devoción allí, sobre todo de los gallegos; pero ya no hay curas milagrosas. En la Edad Media concurrían allí masas de peregrinos enfermos de toda Europa; por lo cual, aún ahora la Vía Láctea es llamada el camino de Santiago.

En esta misma región pirenaica de Francia, donde está Lourdes, han existido en el curso de la historia, no menos de nueve santuarios milagrosos. En último lugar, Garaison, que comenzó en 1500 y acabó en 1890, después de haber sido saqueado y profanado por los jacobinos y la iglesia transformada en una fábrica de pólvora.

¿Por qué decaen los santuarios famosos? No lo sé. Acerca del de Garaison escribe un cronista: "El dinero fomentó la codicia y aguijó la desvergüenza de las costumbres; y la Virgen se retiró" (En Huysmanns, *Les foules de Lourdes*).

Fátima

Fátima es aún más conocida que Lourdes.

La devoción mundial al Corazón de María se ha difundido por todo el mundo. Una imagen ha sido llevada en misión por las principales ciudades de EE. UU., de Europa, y muchas de Asia y África, y el rezo del santo Rosario ha aumentado.

Esta aparición se efectuaba el 13 de cada mes, menos en agosto en que los tres niños videntes –Jacinta, Francisco y Lucía– estaban encarcelados; y tuvo lugar, en vez, el 19.

Tiene dos características: 1°, la profecía de la Gran Guerra segunda, que se cumplió. Y la profecía de la conversión de Rusia, que es condicionada, a nuestro parecer. Dos veces dice la vidente: "Si el mundo reza, si el mundo hace penitencia y se consagra todo el mundo al Corazón de María, etc..." Está condicionada.

El milagro de la sexta aparición –13 de octubre de 1917– anunciado de antemano, desde la tercera aparición, o sea en julio, que vieron setenta mil personas en cinco km. a la redonda, fue un signo en el cielo; que Jesucristo se negó a hacer cuando los fariseos lo pedían. Pero aquí era necesario si había de verlo una inmensa muchedumbre. El sol pareció un disco opaco de plata, giró sobre sí mismo rápidamente, tres veces consecutivas, esparciendo en derredor suyo rayos o aureolas de muchos colores y se acercó a la tierra en forma temeraria. Es decir, vieron eso, por supuesto; el sol se quedó en su lugar.

El secreto de Fátima constaba de tres cosas de las que Lucía reveló dos en 1922, a saber: primero, una aparición pavorosa del infierno y el anuncio de la segunda Gran Guerra "durante el próximo pontificado" –dijo la niña– lo cual se cumplió –anuncio hecho diez años antes de la guerra–. La señal de que este castigo de Dios ya venía, es decir la Gran Guerra Segunda, iba a ser una luz extraordinaria en el cielo. Y en efecto, el 25 de enero de 1938, un año y pico antes de la Gran Guerra, apareció de las 21 a las 23 hs. de la noche, una especie de aureola boreal extraordinaria que fue vista en toda Europa occidental.

La tercera parte del secreto, Lucía lo envió al Papa y su texto no es conocido. Se dice que el Papa envió secretamente una parte de él, hace un tiempo ya, a Kennedy, Kruscheff y Macmillán; y que ello ocasionó el Pacto de Res-

tricción Nuclear –que no se cumplió–. Un diario yanqui publicó lo que dijo era esta comunicación y otros diarios la copiaron. A mí me llegó de un diario universitario de México, *Brecha*. La he tenido y leído, pero no la recuerdo más. Sé que eran amenazas de la destrucción del mundo entero, lo cual sería una predicción de la Parusía, o, al menos, de la Guerra de los continentes.

Garabandal

Actualmente han llegado a la Argentina [*] y están siendo difundidas las noticias de las visiones de Garabandal, pequeña aldea del norte de España, provincia de Santander. Desde hace ya cinco años, cuatro niñitas que tienen ahora 16 y 17 años, anuncian que tienen comunicaciones de María Santísima mediante una especie de éxtasis o arrobamiento –que sí es visible, la Virgen no es visible– muy sorprendente por cierto, prodigioso en realidad, dicen los médicos. Se han producido portentos en Garabandal, curaciones y conversiones; y el "milagro de la forma", en que una hostia apareció sobre la lengua de Concepción, la mayor, que había anunciado ella misma ese milagro 15 días antes, diciendo el día y la hora. El cual milagro fue visto por muchos testigos, y fotografiado.

El mensaje es parecido a los anteriores; penitencias y oraciones, visitas al Santísimo, los malos sacerdotes que arrastran a la perdición a muchos, después viene un gran castigo. Hay en él, empero, una cosa singular y muy notable. La mayor de las niñas anunció de parte de la Virgen un gran milagro, que confirmaría esas visiones. Sería conocido en todo el mundo y visto por el Papa y sería el último aviso de Dios. La vidente anunciaría ese milagro con ocho días de anticipación y dijo que acontecería pronto. Por lo tanto, no hay más que esperar. Es la prueba de fuego de esas visiones. El mensaje, y en general todo lo que dicen las pequeñas, es bueno y santo. A mí me dio devoción leer el libro del aragonés Sánchez-Ventura y Pascual sobre Garabandal, y decidí aumentar mis misas y mis rosarios, en lo posible. (*Estigmatizados y Apariciones*, 2ª edición, Zaragoza, con aprobación eclesiástica. Hay un libro anterior del mismo autor, *Las apariciones no son un mito*, Zaragoza 1964, dedicado todo a Garabandal).

Téngase en cuenta que este trabajo fue publicado en 1966 [N. del e.].

Pero la jerarquía eclesiástica española, con pocas excepciones, se muestra muy severa y aún adversa a estas apariciones; lo cual, por lo demás, ha sido común a todas las otras.

Resumen

Se hecho un resumen de las últimas profecías privadas, de las más importantes. Una religiosa franciscana residente en Washington, Madre Superiora María Teresa Ponce Zepeda, me escribió poco ha una larga carta en que manifiesta su despego y poca devoción a todas estas profecías, y a la de Garabandal especialmente, por dos razones. Una que se asemejan todas y parecen calcos unas de otras. Segunda, que ninguna menciona para nada la Parusía, el Retorno de Cristo, objeto principal de la facultad profética.

Las dos cosas son verdaderas, pero se puede responder a esos dos reparos.

Echando una mirada a todas las profecías privadas que se refieren a la época actual, muchas de las cuales recoge el profesor Sergio María Mirakles en su libro de 1940, *La época actual vista por los videntes*, se ven dos corrientes diferentes, digamos de izquierda y de derecha. El doctor López Ibor, eminente sicólogo y escritor español, dijo hace poco en una entrevista del diario *Madrid*: "Yo no empleo nunca la palabra derecha o izquierda en un sentido político, para mí son una actitud ante la historia y una realidad biológica. La izquierda es optimista, sitúa el paraíso al final de la historia; está por lo tanto llena de proyectos y esperanzas; para la derecha, el paraíso está al comienzo de los tiempos, y por eso es pesimista y desconfía de los caminos de nuestra época." Efectivamente, una línea de profecías optimistas predicen un gran triunfo y prosperidad de la Iglesia: que el mundo tendrá un solo pastor y será un Papa Angélico, apoyado por un Gran Rey –estos dos títulos vienen de un franciscano del siglo XI, el nombre se me escapa ahora, lo puse en uno de mis libros; y estaría en un libro llamado *Adversus Judeos* (Contra los Judíos)– según Cornelio Alápide. Después esos nombres han sido retomados por innúmeros videntes y visionarios. Por ejemplo, el venerable Clemente Holzhauser, autor de un comentario del Apokalypsis muy enredado y aun disparatado por momentos (si es que tenemos el texto exacto). También está en esta línea el profesor Mirakles que, en su libro, escrito durante la Segunda Gran Guerra, recoge unas cuarenta profecías de este tipo

y las teje o trenza entre ellas para profetizar él mismo lo que sucederá después del conflicto. Pone una ringle de 21 sucesos, desde la Gran Guerra del 14, terminados por la aparición del Papa y del Rey extraordinarios; los cuales le fallaron al profesor lamentablemente y no tuvieron a bien presentarse.

Algunas de estas profecías parecen sueños infantiles; y otras, simplemente delirios. Todas ellas predicen algunas guerras y calamidades, antes de la llegada de los dos Salvadores; y una especie de reino milenario, antes del Anticristo. Muchas de estas profecías son de franceses legitimistas. En Francia he leído como 100. Pronostican la restauración de la monarquía de Francia, e incluso dan el nombre del Gran Rey, Enrique V; que es el nombre del actual conde de París, pretendiente a la corona de Francia. O sea, el nombre que tomaría si reconquistase el trono.

No es nada temerario pensar que muchas de ellas han sido fraguadas por legitimistas o monárquicos franceses o soñadas por monjas francesas histéricas o inocentes.

Hay un sueño de Don Bosco, del 5 de enero de 1870, que él se apresuró a comunicar al Papa Pío Nono, el cual sueño falló redondamente, tanto en los desastres como en las grandezas que predice. La destrucción completa de París y Roma por un lado, el Gran Rey y el Papa Angélico por otro. "Soñaste Don Bosco, esto no te lo mostró Dios"; escribió alguien en el libro de Mirakles que poseo.

Los de la derecha a su vez predicen males recrudecidos, hasta llegar el Anticristo, y el retorno de Cristo. Hasta ahora éstos van llevando la razón, por lo menos en lo que atañe al tiempo actual.

A esas predicciones pertenecen las cuatro apariciones de la Virgen que hemos reseñado, las cuales hablan simplemente de castigos y ellos más rigurosos cada vez –porque han predicho dos guerras y ahora predicen un castigo mayor. Conchita de Garabandal ha hablado incluso de "los últimos tiempos" más de una vez. Parece más conforme con la profecía por excelencia que tenemos, o sea, el Apokalypsis.

Alguien me hizo notar que en *Los papeles de Benjamín Benavides* yo había optado por esta segunda línea pesimista... No yo, propiamente, sino un personaje novelesco que, por situación y carácter, no podía tener la opinión optimista ni las dos a la vez. Pero en mi comentario del Apokalypsis dejé abierta la posibilidad de que la primera sea también posible, es decir,

que suceda antes de la Parusía un período breve, una o dos generaciones, de prosperidad temporal de la Iglesia, que podía estar marcada en la profecía de San Juan, en el Apokalypsis, en dos lugares paralelos: la Signación de los Elegidos y el Silencio de Media Hora.

En el primero se dice que los cuatro ángeles desde los cuatro puntos cardinales de la tierra detienen a los vientos, que no soplen sobre la tierra, sobre el mar y sobre las selvas, hasta que acaben de ser sellados los 144 mil elegidos de los últimos tiempos; es decir, que cesan por completo las tempestades del mundo: se puede entender así perfectamente.

Y el segundo lugar, que sigue de inmediato, al romperse el séptimo sello, que es el final, se hace "un silencio en el cielo, como por media hora", dice el profeta, que puede significar lo mismo –pues un silencio es un lapso entre dos ruidos, es la interrupción de un ruido continuo– una interrupción de 30 o 60 años, vaya a saber, "como media hora" dice el profeta; después de lo cual sigue la sexta tuba y la guerra de los continentes; y después viene el alarido del ángel, que tiene en la mano un librito abierto, que es el Apokalypsis develado, según se puede entender también plausiblemente.

Pueden elegir ustedes una de las dos, o bien las dos, si quieren apostar a fija. Las alternativas son el reino feliz de los mil años, o antes o después de la Venida del Anticristo. Pues todos estos partidarios del Gran Monarca y del Gran Papa Angélico, en realidad lo que piensan es una especie de mil años de prosperidad (mil años significa una cifra indeterminada), antes del Anticristo. Otros piensan que esos "mil años" van a venir por obra de la Segunda Venida de Cristo en el mundo, después del Anticristo.

El Apokalypsis

El *Apokalypsis* es el tenor o módulo de todas las profecías privadas; si ellas no lo confirman deben por lo menos no contradecirlo. De las profecías canónicas es la principal, si se exceptúa quizás la del mismo Cristo, en el capítulo XXIV de San Mateo. Todas las profecías canónicas, Nuevo y Viejo Testamento, tienen por objeto principal la Parusía o sea la Segunda Venida de "nuestro Rey Cristo", como dice Rubén Darío; el cual escribió una oda a esa Segunda Venida, poniendo en verso el "Ven Señor Jesús" que cierra el Apokalypsis:

Oh, Señor Jesucristo, ¿por qué tardas, qué esperas,
para tender tu mano de luz sobre las fieras
y hacer brillar al sol las divinas banderas?

[...]

Ven, Señor, a vengar la gloria de Ti mismo.
Ven con temblor de estrellas y horror de cataclismo.
Ven a traer amor y paz sobre el abismo.

No es extraño que todos los pensadores católicos de todos los tiempos se hayan ocupado de la Parusía, también los de nuestro tiempo. Me atrevo a decir que todos los pensadores religiosos del último siglo han escrito sobre el retorno de Cristo, y la mayor parte de ellos han sentido el estremecimiento de su proximidad; estremecimiento de esperanza más que de temor. "*De profundis clamavi ad te, domine.*" La razón de este estremecimiento es que los signos se cumplen, parecerían estar cumpliéndose, por ejemplo:

1°) Los judíos, pueblo asocial (como lo creían) dispersados por todo el mundo, han constituido un Estado Nacional, que si no incluye a todos los judíos, es ya un núcleo fijo; y el profeta Daniel, al fin de la profecía de las siete semanas, dice que Jerusalén será devastada por un príncipe y un ejército extranjero (como de hecho lo fue) y la devastación durará hasta que el mismo devastador sea devastado; es decir, los romanos que devastaron Jerusalén tienen que caer en decadencia al final, y, ser devastados a su vez.

Hoy día se tergiversa esta profecía y el mismo Nácar Colunga, traductor de la Biblia, dice que no se refiere a la muerte de Cristo y destrucción de Jerusalén sino a la muerte del sacerdote Onías. El texto dice que "el ungido de una santidad santísima, será muerto". Pone la palabra Mesías justamente el texto Hebreo; y este intérprete dice que el "ungido por Dios con una santidad santísima" ha sido el sacerdote Onías en la persecución de Antíoco. La profecía es oscura, por tanto: vamos a San Lucas que la repite con más claridad (es oscura porque ahora los traductores católicos, impresionados por los racionalistas, han empezado a traducir en forma oscura esas palabras), pero es clara en las versiones antiguas y en la Tradición de los Santos Padres.

De manera que las traducciones actuales se han vuelto oscuras, pero San Lucas no es oscuro. San Lucas dice literalmente que "Jerusalén será destrui-

do, los judíos llevados en cautividad por todo el mundo" y que esa dispersión durará hasta que llegue "el tiempo del juicio de las naciones"; o sea, hasta que el devastador sea devastado; o sea, hasta que venga el juicio final o la Parusía.

2°) Otro ejemplo: se han hecho posibles las cosas desmesuradas que están al fin del Apokalypsis y los exégetas antiguos daban por imposibles. Es posible hoy día destruir una ciudad entera en una hora, como dice tres veces el Apokalypsis de la "Babilonia." Y los prodigios del Anticristo han sido hechos posibles por la ciencia.

El Apokalypsis menciona dos prodigios del Anticristo: hacer llover fuego del cielo sobre sus enemigos, hablar al mundo por medio de su imagen animada. Ambos son hechos posibles hoy día por la bomba nuclear y la Televisión.

La unificación del mundo, del cual ha de ser emperador el Anticristo por tres y medio años, también se ha vuelto posible; más aún; deseada y buscada: hay un partido en EE. UU., en Canadá y en Inglaterra, constituido para unificar al mundo, hacer desaparecer a las naciones y todos los límites, y hacer una sola gran nación del mundo entero. Le llaman los *oneworlders*.

El ejército de 200 millones de hombres que los antiguos, y aún el Padre Hallo, hoy día, creen imposible, y una mera alegoría, hoy solamente la China apretada un poco lo puede suministrar. Y la China con Rusia, o con Japón o con la India, fácilmente y sin aprieto alguno.

Los monstruosos caballos de metal que arrojan fuego, son un retrato simbólico pero exacto de los tanques de guerra, infantería motorizada: esos caballos color jacinto que describe San Juan –que es el color del acero– y que arrojan fuego y humo y muerte por las bocas y por las colas, matando la tercera parte de la humanidad o por lo menos la tercera parte del gran ejército de 200 millones de hombres. Los antiguos decían no puede ser, son demonios, son un ejército de 200 millones de demonios (!) y esto también dice el padre Hallo, que es un modernísimo racionalista, intérprete escéptico del Apokalypsis; sin embargo al llegar acá dice que es un ejército de demonios. Y hoy es perfectamente posible que un ejército de hombres sea así, porque en la guerra ha desaparecido la caballería montada: la caballería es infantería motorizada; y San Juan dice que son 200 millones de caballería, y describe

los caballos que son de metal y arrojan fuego y azufre, humo y muerte, por la cabeza y las colas; y ésos son los tanques artillados, exactamente.

Pero el peor signo es la apostasía universal, que no sólo es posible, sino que cunde hoy día. Hasta en la misma Iglesia, como saben, ha entrado la confusión. Hace solamente dos días un sacerdote me dijo que él no cree más en la Iglesia Católica, ésta; él cree en la que va a venir: un sacerdote que dice la misa y predica todos los días.

Y hoy me mandaron de la librería Lohlé una propaganda de un libro de un padre agustino, Robert Adolfs, que se titula *La Iglesia es algo distinto*; y la propaganda de ese libro, que no sé si será exacta o invención del editor, dice más o menos lo siguiente: la Iglesia hoy día pasa por una crisis espantosa, porque antes –dice– teníamos una tradición fija a la cual se apegaban los católicos, y ahora resulta que toda esa tradición antigua era equivocada. Todo eso debe ser clausurado, todo eso ha claudicado, y por lo tanto naturalmente hay una gran crisis; pero tenemos que esperar la formación de la nueva Iglesia que ahora se viene, y "es una cosa distinta". ¿Distinta de quién?

Que no vaya a ser tan distinto que venga a ser la Iglesia del Anticristo.

Como ven, han entrado por todas partes los vientos de la herejía. Hay progresistas y tradicionalistas que tienen ideas religiosas enteramente inconciliables, incluso entre los cardenales; y también, posiblemente, entre los Papas, pues nada impide sea elegido un cardenal progresista como Papa.

Si todo esto es así, lo único que queda por decir es: Dios nos pille confesados. Yo no lo voy a ver, pero por las dudas me conviene mantenerme confesado.

Índice

Sección Cuarta
Resumen de todo lo dicho en verso

Sección Quinta
Anexos

Impreso en Artes Gráficas del Sur
Alte. Solier 2450, Avellaneda
Buenos Aires, República Argentina

* * *

Diciembre del Año del Señor 2004

